

1884

HISTORIA

DE LA CAMPAÑA DEL ECUADOR
EN DEFENSA DE SUS INSTITUCIONES
REPUBLICANAS

CONTRA LA DICTADURA DEL GENERAL
IGNACIO DE VEINTEMILLA, EN

1882. -



POR ELOY PROAÑO Y VEGA.

TOMO I.

QUITO.



Imprenta de la heredera de Pablo S. Paredes, por J. Mora.

1884.

Campana (Campana)
1884

AL LECTOR.

Libro sin prólogo es nave sin proa, cuerpo sin cabeza, discurso sin exordio, carta sin fecha. Tan constante y general es el uso, y tan inviolable la ley que estrecha á todo escritor á dirigir siquiera cuatro palabras al público, cuando saca á luz una obra, por pequeña é insignificante que sea. Y quién ignora el tema eterno y *obligado* de todos los prefacios y prólogos del mundo? No lo puedes ignorar tú, lector benévolo, que has leído tantas obras, partos prodigiosos de ingenios muy pujantes. Recuérdalo y convendrás conmigo, en que todo prólogo ó prefacio se reduce á buscar un Mecenas, que extienda su sombra protectora sobre el autor y sobre el libro; ó á copiar largas aprobaciones y aplausos de literatos de tomo y lomo; ó á encarecer y recomendar de propia cuenta el mérito, á veces muy dudoso, del trabajo; ó, en fin, á tocar mañosamente y con afectada modestia, todos los resortes del corazón, para captarse la benevolencia del público ilustrado: corona codiciada y premio muy valioso de los sudores y vigiliass del autor; porque un libro que alcanza la dicha de

caer en gracia al público, tiene asegurado el éxito, por escaso que sea su mérito.

Pero yo no me las doy de autor, ni reconozco en este librejo título condigno para aspirar á tan honroso nombre. Por cuya razón apártome en este prólogo de la senda trillada, y me dirijo al juicioso lector tan sólo para advertirle algo que estimo necesario á fin de ilustrar su juicio acerca de esta escritura que me ha salido con algunos resabios de bosquejo histórico.

Y ante todo echo á volar estas hojitas por esos trigos de Dios, para que las recojan los hijos amantes de la Patria, y no los literatos á quienes, confiésolo de llano en plano, tengo un miedo verdaderamente cerval. Después del tribunal de Cristo, creo que no hay sobre el haz de la tierra otro más tremendo é inexorable que el de los literatos, sobre todo si son miembros correspondientes de la Academia Española. Estoy seguro de que si estas páginas cayesen en manos de tan inflexibles jueces, su pobre autor llevaría sin remedio calabazas, ó por lo menos tantas bolas negras como las que la H. Convención de 1884 ha puesto á los grados militares de algunos beneméritos restauradores. Así es que cuando pienso que leerá este librito algún literato, *re-duplicative* como tal; estoy por decir á mi escrito lo que aquel poeta llorón al suyo:

*Parve, nec invidéo, sine me liber ibis in Orcum,
Hic mihi, quo domino non licet ire tuo!*

Y cierto, no desconozco que este libreo en el tribunal de la literatura, es merecedor de las voraces llamas del averno.—Plagado de errores tipográficos que no me ha sido dado corregir con toda prolijidad y esmero; escrito desde un principio como dicen á vuela pluma, y en forma de folletín para “La República”; lleno de incorrecciones de estilo y de lenguaje, y de enojosas repeticiones é idénticas transiciones; sin duda este trabajo sería, lo confieso, muy digno de su mala suerte, si yo pretendiese neciamente llamar la atención de esos severos Minos y Radamantos. Pero lo repito, no quiero que lean estas hojas los literatos, sino los patriotas. A qué no se atreve el patriotismo! . . . Acabamos de verlo. . . .

Metióseles en la cabeza á los buenos hijos de la Patria derrocar la Dictadura militar, sostenida por tercios veteranos; y de la noche á la mañana saliéronse con ello sin ser soldados, ni llevar á los campos de batalla uniformes vistosos ni espadas deslumbradoras: por qué no podrá otro hijo oscuro de la misma Patria referir, sin ser Jenofonte, ni Tito Livio, las increíbles y gloriosas hazañas de esos improvisados combatientes? Una historietta referida sencillamente por un niño suele muchas veces ser más grata á los circunstantes, que otra engalanada con los refinamientos de una literatura melindrosa. Brota más pura la verdad de los labios de la candorosa infancia; y es delicia de una madre joven, el incierto balbucir del pequenuelo que

acaricia en sus rodillas. Si nuestra Patria es joven, oiga ella complacida el tímido balbucir del último hijo suyo!

En él hallará el Ecuador si no mérito literario, por lo menos verdad, veracidad é imparcialidad. Hay quienes juzgan que la historia para ser imparcial debe narrar solamente hechos antiguos ó remotos: y á esto debemos por desgracia las lagunas de nuestra historia Patria. Yo no soy de este parecer. En mi concepto, imparcialidad de un historiador no es fluctuación de un espíritu escéptico, ni estoica indiferencia de un corazón marchito; en mi concepto la imparcialidad no prescribe á la mente el sacrificio de profundas convicciones en favor de la verdad, ni al corazón la renuncia de nobles sentimientos en pro de la virtud y en contra del crimen. La imparcialidad es para mí una independencia altiva del pensamiento y afecto del historiador para juzgar rectamente de los hechos y para dar á cada cual lo que merece, sin torcer el criterio, ni dejarse corromper por el interés de pasiones mezquinas. Y como esto puede muy bien concebirse en la relación de los hechos coetáneos, no veo por qué se ha de prohibir al historiador ocuparse en lo presente para instruir á la posteridad. Por esto doy á la estampa este resumen histórico sin temor de faltar á este requisito indispensable. Escribo en medio de los testigos y actores de nuestra transformación; escribo cuando suelen sellarse los labios de la verdad por miedo de pasiones descontentadizas: y este sólo es-

fuerzo, que podría con razón decirse de valor, es una prenda de la veracidad y severa justicia de esta narración, en la que doy á cada uno la gloria que le corresponde, sin ponderar los hechos por exaltar el mérito de los personajes, ni atenuarlos por defraudar los títulos que los recomiendan á la gratitud. Refiero en esta primera imperfecta edición la campaña del Centro que seguí paso á paso, ya como testigo ocular, ya como actor, para que los abnegados Jefes y valientes jóvenes de esa reacción, en sus principios debil é impotente, refresquen, coronados hoy con el laurel de la victoria, la memoria gratísima de hechos, que aunque á primera vista insignificantes, fueron, bajo la acción de la Divina Providencia, germen fecundo de las glorias immaculadas de la Patria. Si esta primera parte ó jornada de nuestro drama es acogida con benevolencia, ella me estimulará á presentar en otra edición más correcta y limada la historia completa de nuestra restauración.

Y á quiénes he de dedicar este mi modesto trabajo? . . . A los vivos les basta coronarse con los rayos de su propia gloria, sin que amengüe su resplandor la añadidura de ajena lisonja. . . Bien convencido de que la verdadera gloria es póstuma, he ido á visitar, en medio de las alegres fiestas de nuestras últimas victorias, los cementerios de nuestra Capital, y en el silencio y lobreguez de ingrato olvido, he delectado suspirando muchos nombres que grabó la Patria agradecida en las modestas lápidas de sepulcros gloriosos. Son los nombres de las víctimas inmoladas en

sangrientos combates. . . . A ellos, sí, á los muertos dedico estas páginas. ¡ Ah si ellas fuesen de bronce perdurable para que eternicen la memoria de esos héroes! La alabanza de los muertos no es lisonja: la alabanza á los muertos nunca puede ser provocación de la envidia de los vivos. . . . A ellos, sí, á los muertos dedico estas páginas.



A LA
IMPEREGEDERA MEMORIA
DE LAS NOBLES VICTIMAS
QUE LAVARON CON SU SANGRE
LA AFRENTA DE LA PATRIA,
EN LA HEROICA LUCHA
DEL MAGNANIMO PUEBLO ECUATORIANO
CON LA OMINOSA DICTADURA
DE
1882

SU ETERNO Y AGRADECIDO ADMIRADOR

Eloy Proaño y Vega.

RESUMEN HISTORICO

DE

LA CAMPAÑA DEL CENTRO.

La historia particular de sucesos al parecer aislados, forma por lo común, la trama importantísima de la general cuyo conocimiento, al andar de los tiempos, y cuando las generaciones póstumas hayan recogido los frutos copiosos de esos hechos que ella narra, adquiere vital interés en la vida de los pueblos y como piedras miliarias en la distancia, fija en las Naciones las más notables épocas del curso de sus acontecimientos. Mas sucede á veces que los que como actores y personajes intervenimos en los hechos que tratamos de narrar, les damos acaso una importancia demasiado secundaria; parte porque el mismo conocimiento que tenemos de ellos nos induce á estimarlos en poco, y parte porque, concretada toda nuestra actividad á la época en que vivimos, no siempre extendemos la mirada hacia lo futuro, ni paramos mientes de ordinario, en la influencia que en lo venidero habrán de ejercer los sucesos del presente. De aquí nace que la historia es en sí misma deficiente, y lo que es más de lamentar aún, que no siempre lleva en sí ese caracter indisputable de verdad que debe fijar la meta á la incertidumbre del humano criterio, ante cuya austera voz debieran enmudecer las pasiones ciegas.

A fin de evitar este peligro conviene multiplicar las fuentes de la historia; y antes que el olvido se lleve consigo la memoria del presente, y el impetuoso turbión de los acontecimientos, siga arrebatando en su curso nuestra fugaz atención; debemos, fijar indeleblemente el testimonio de verdad de los hechos contemporáneos, para que los contraríen, rectifiquen ó des-

mientan los coetáneos ; y así, acrisolados por la lucha del presente, pasen á la posteridad, llevando consigo la indisputable sanción de la verdad. Si de esta manera se escribiese siempre la historia, y no se dejase su narración para épocas más remotas, ella sería de seguro consejera sabia en las fluctuaciones del espíritu, estímulo poderoso para las acciones generosas, incremento de lo bueno, eficaz correctivo de lo malo, premio glorioso de nobles sacrificios, eterna censura de pasiones bajas ; y en fin, galardón y recompensa del merecimiento de nobles adalides, cuyos generosos hechos relata. Y puesto que la historia, tanto particular como general, no debe proponerse la narración de los hechos, simplemente para conservar su memoria y satisfacer la curiosidad, sino que ha de levantar su intento á la enseñanza y moralización de las generaciones venideras, á fin de excitar su entusiasmo por lo noble y bueno, y arrancar su reprobación para lo indigno y malo, procuraremos en la nuestra hacer de vez en cuando, hincapié en las reflexiones que filosóficamente se desprendan de los hechos, sin que por eso aislemos la intervención providencial que tan claro campea en el éxito final y corona que alcanzaron los sucesos de nuestra particularísima y modesta historia.

Sin embargo de que en algo intervenimos en propia persona, y de que como un hilo concurrimos con ella en la urdimbre de la tela de nuestra historia, no nos desviaremos en un ápice de la *veracidad é imparcialidad* que han de mover y dirigir la pluma del historiador, y nuestro relato no ha de flaquear por este lado, ni ha de encumbrarse por el opuesto. Con esta advertencia entramos en materia, tomándola para conocimiento completo casi, casi *ab ovo Helenae*.

I.

El 12 de Junio de 1882 ha de fijar la época de nuestro relato, si hemos de partir de esa fecha, como la que determina la ostensible demostración del enojo profundo y aversión que la indomable juventud de la ciudad de Ambato, como la de toda la Nación, abrigaba contra la Dictadura del General Ignacio de Veintemilla, inconsulta y bruscamente proclamada el 26 de Marzo por

las fuerzas militares, y en mala hora autorizada por el círculo de sus empleados, en los diferentes ramos de la administración pública. Verdad es que ya desde el 26 del mes de Mayo, los numerosos sujetos anteriormente expatriados por Veintemilla, y residentes á la sazón en Ipiales y el Sur de Colombia, habian organizado, á esfuerzos de su patriotismo, una expedición para cuyo éxito habian procurado allegar cuantos elementos favorables tenían á su alcance; empero ni los nobles descos de sus caudillos, ni las prudentes combinaciones militares que habian concertado, alcanzaban á contrarestar el vigoroso impulso y la tenaz resistencia del ejército numeroso, contra el cual combatieran en el Norte de la República. Vencedores ya en Tulcán, fueron vencidos en Yura-Cruz; y si bien no se desconcertaron con la derrota, ésta produjo notable desaliento en todos los demás patriotas que se disponian á partir de la capital y de otros puntos para robustecer la reacción que se habia operado en el Norte. Unos cuantos jóvenes y denodados patriotas de Quito habian llevado el concurso de sus personas, armas y recursos al teatro de la incipiente guerra contra la Dictadura, y algunos de ellos, hechos prisioneros, después del combate de Yura-Cruz, fueron deportados á Guayaquil, para que el Dictador hiciese de ellos lo que más le viniese en grado.

El 12 de Junio habian llegado nuevos desterrados á Ambato, y esta circunstancia fué como la cita y aviso para los jóvenes de dicho lugar, que se dieron, desde entonces, á meditar en el medio eficaz de libertar á sus coopartidarios y amigos. El héroe ejecutor de la meditada empresa fué el nunca bastante llorado y valeroso joven Antonio Arteaga y Valdivieso, y los móviles que á ello le decidieron fueron los siguientes.

El joven Arteaga, oriundo de Cuenca, de noble descendencia, fué esmeradamente educado en el Colegio militar establecido en Quito, por el Presidente García Moreno: habia ya alcanzado desde aquella época, el grado de Capitán efectivo de Ejército, y como tal combatió en Galte, en favor del Gobierno constitucional del Presidente D. Antonio Borrero. Habiendo sucumbido en esa sangrienta batalla el Gobierno legítimo, el joven Arteaga se propuso lealmente, y lo cumplió, no envolver su nombre con el de los militares que formaron en las filas del nuevo gobierno del General Veintemi-

lla; y prefirió arrostrar en ajeno suelo toda clase de penurias, antes que manchar su nombre y desmentir su ingénita nobleza, con el dictado de traidor. ¡Tan hondo asiento tienen los sentimientos generosos en los espíritus levantados, que nunca creen que pueda atenuarse su culpa, ni aún con la colectividad de los que la contraen! Cosa sumamente engañosa y por desgracia muy practicada en los tiempos que atravesamos. El hecho es que no habiendo regresado á su país, tal vez por efecto de la persecución que en aquel entonces se había desplegado contra los borreristas, el joven Arteaga se estableció ventajosamente en Ambato, habiéndose desposado con una estimable joven, de condición social muy paralela á la de su digno consorte, y dotada además de cómodo y suficiente patrimonio.

Así entregado á las plácidas faenas de la vida agrícola, y regalado por los favores de la fortuna y halagos de la amistad, discurría tranquilamente la vida de nuestro amigo, hasta que un incidente del todo en todo particular, vino como á determinar su nueva aparición en la escena pública.

Para solemnizar no sé qué vulgar episodio de la administración del general Veintemilla, habíase decretado por su gobernador y coronel en Ambato, don Luis F. Ortega, públicos regocijos con atronadoras fiestas de corrida de toros. Los pueblos del Ecuador son, como todo pueblo, irremediabilmente aferrados á la tradición; y si á esta circunstancia ha de agregarse la inexplicable simpatía que siente el hombre por lo que agita ciertos sentimientos ó instintos bárbaros con que nos dotó naturaleza, muy de fácil y natural explicación es el frenesí con que afluye el pueblo á todo espectáculo, que por condenado que sea por la civilización, entretenga la congénita ligereza de la muchedumbre. He aquí por qué, apesar de la corriente civilizadora que se trata de llevar á las más bajas capas sociales, todavía, como en tiempos del paganismo, pueden los tiranos, para hacer de las suyas, entretener con corridas de toros á los pueblos, que claman aún: *panem et circenses*....

II.

Ocurrió que en el decurso de las susodichas fiestas, mientras todos se entregaban á las bacanales, ardían presa de las llamas unos cuantos *tablados* ó palcos levantados en la plaza para concurrir al público espectáculo. La alarma cundió rápidamente, y el peligro de incendio amagaba inminentemente á la población. Al toque de rebato acudió de aquí y allí apresuradamente una multitud de favorecedores; y al propio tiempo que éstos, también el miedo armado de remington, habíase instalado en el lugar del incendio, por parte de la autoridad; pues, preocupada como se hallaba siempre del temor de que el pueblo se lanzara á una revolución, hallábase de por vida cavilosa y suspicaz, y si oía un estornudo estrepitoso, tomábalo por convenida señal de ataque al cuartel. Cuánta, pues, no sería su turbación y susto, en alarma semejante, de suyo ocasionada á alborotos muy capaces de causar un serio temor á una autoridad odiada? El hecho es que inmediatamente trabóse una especie de lucha entre los que trataban de penetrar en el lugar acometido de las llamas para apagar el incendio, y los centinelas que se lo estorbaban, so pretexto de impedir el robo. Arteaga que llevado de su natural generoso, había sido de los primeros en acudir al peligro, fué rechazado por un centinela que trató de intimidarle con golpes asestados con el remington; mas habiendo insistido nuestro joven en su empeño, el soldado volvió de nuevo á la carga, en términos que Arteaga, para evitar un golpe, hubo de asirse de la arma con que se le ofendía y se la arrebató al polizonte.

Sofocado á la postre el incendio, restituyóse la abigarrada y protectora muchedumbre á su comun paradero, y la tropa á su cuartel. Inmediatamente se formuló contra Arteaga la acusación gravísima de sedicioso motín, y se le obligó á comparecer. Presentóse el joven sereno, dió la explicación justa á su conducta, devolvió el arma y quedóse en paz. El gobernador ante cuya autoridad se había tomado residencia al joven acusado, aprovechando sagazmente la ocasión trató de trahar amistad con Arteaga, para por ese medio po-

nerlo de su lado; y en efecto se cambiaron mutuos, efusivos y melifluos ofrecimientos, y quedó el acusado de amigo del acusador.

Pasaron algunos meses más y en el interin la obsequiosa voluntad de Ortega para con Arteaga, había subido de punto, y ya era demasiado ostensible la particular amistad de estos dos sugetos, para que los demás amigos y cofrades políticos de Arteaga, dejasen de notarla con extrañeza, y por lo bajo oíase el eco del resentimiento y cierta justificable murmuración. Más la verdad era que Arteaga, rendido á tanta demostración amistosa, habia sólo contraído amistad personal con Ortega, sin que sus principios políticos, sufriesen la más ligera depresion ó quiebra. Así lo demostró francamente en el hecho siguiente. Muerto el comandante Luis Jarre, jefe de la guarnición de Ambato, creyó el Gobernador Ortega llegado el momento de ganar al pundonoso Arteaga, ofreciéndole la plaza vacante para arrebatar al pueblo un intrépido defensor de sus derechos. Bien lo presentía el astuto Gobernador, pero se engañó al remate en su intento; pues Arteaga no sólo rechazó la propuesta como un sarcasmo injurioso á su persona. sino que agregó caballerosamente: "Coronel Ortega, Ud. se ha engañado si ha creído que mi amistad personal le ha dado derecho para tomarme como cooptidario suyo en política: he jurado no asentar paces con el gobierno del jeneral Veintemilla, y mal pudiera ocuparme en su servicio, al cual he sido llamado repetidas veces. Si como caballero soy amigo de Ud., como ciudadano idólatra de mis principios soy su enemigo, y el día que pueda seré el primero en hacer la guerra á UU. y si fuese necesario, seré el primero en amarrar á Ud. como enemigo político, y al propio tiempo extenderle mi diestra como amigo particular." Sea ó no sincera la impresion que produjo en Ortega esta terminante y explícita manifestacion de Arteaga, abrazóle estrechamente, aplaudió su franqueza y le reiteró nueva protesta de amistad, pues no podia menos de ser amigo de hombres tan caballeros como Arteaga, (*fueron sus propias palabras.*)

Así rodaban las cosas cuando el célebre y muy conocido Comandante Salas Villasis, que habia ocupado la plaza de Jarre en Ambato, se comprometió, con felonía inconcebible, á entregar el cuartel á los jóvenes del lu-

gar. La Providencia salvadora libertó á esa numerosa y patriótica juventud de una carnificina sin ejemplo, pues el pérfido Sinón, de acuerdo con su jefe, ensayaba la ejecución de un crimen atroz, y se empeñaba tenazmente en que concurrieran á la *recepcion* del cuartel, *todos los jóvenes sin excepción*, ó por lo menos los más notables. Llegó á sospecharse la traición que Salas Villasis preparaba; esquivóse algun tanto la ejecución por parte de los jóvenes, y un cuarto despues de la hora citada, fueron presos y desterrados unos cuantos SS. que no habian tomado parte en el asunto. Quedó descubierta la traición y desatóse la indignación contra tan villana, é incalificable trama. Hubo alguno que, capaz tal vez de hacer por sí mismo lo que temerariamente sospechaba de Arteaga, llegó á difundir entre uno que otro joven la idea de que era el noble, el inflexible, el incontrastable heroe, quien habia delatado el plan de tomar el cuartel, fundándose para ello en la amistad que el joven conservaba con el gobernador.

Bien pronto llegó el calumniado á sospecharlo, y aún se lo dijeron á propósito de retraerlo de la intimidad personal de su amistad: Arteaga entonces, despertóse como de un letargo, y dióse á meditar un medio eficaz para dar á sus amigos y coopartidarios una satisfacción plena, resolviéndose al sacrificio, si fuese necesario, para conseguirlo. La injuria que recae en un corazon generoso y ageno de indignidad, corroe el alma lentamente, *como el orin corroe el hierro*; y Arteaga cayó en cierto abatimiento al contemplarse objeto del desvío de sus amigos, y sospechado de partidario menos ardoroso en la causa por cuyo triunfo habia más tarde de sacrificar generosamente su preciosa vida.....!

Cómo he de vivir, exclamaba el joven, en medio de una sociedad que tan generosa acojida me ofrece, si hay quien sospeche de mi sinceridad y fiel correspondencia á sus afectos. ! No me queda más medio que, ó arrancarme de raiz de este lugar, ó dar una pública, eficaz y solemne demostracion que desmienta la vil sospecha con que se me infama. Lo primero me es poco menos que imposible; lo único practicable es lo segundo, y para ello no hay más que aguardar la primera coyuntura. Tal fué su propósito, y en tales terminos se expresó repetidas veces, en presencia de muchos jóvenes cuyo tes-

timonio invocamos, para la autenticidad de nuestro relato.

III.

No se hizo esperar mucho la ocasión de la prueba, y el 13 de Junio, fué la fecha de imperecedero recuerdo, en que se realizó tamaña empresa. Ya llevamos dicho que el 12 llegaron á Ambato los prisioneros de Yuracruz para pasar á Guayaquil. Eran estos el joven Juan Orejuela, de Quito, amigo de Arteaga, un joven Adolfo Saa, de Ibarra, de muy recomendables prendas, y cuatro mozos de tropa de la provincia de Inbabura. Arteaga se propuso libertarlos en aquel día y para ello concibió un plan temerario, cuya ejecucion solo pueden realizar los de la raza de héroes. . . . Comunicó su proyecto primeramente al joven Cárlos Fernandez, imberbe aún, pero dispuesto á ejecutar proezas de adiestrados varones. Hallóle afligido y lloroso por la prision de su amigo Orejuela, y aprovechándose Arteaga, del sentimiento caballeroso de Fernandez y de la ternura de su amistad con Orejuela, djole *¿quieres libertar á tu amigo?* De qué modo, replicó Fernandez.—Tomándonos el cuartel repuso Arteaga; y sin más explicación ni demanda, se apretaron las generosas diestras, y pasaron adelante. En seguida tocó Arteaga con el joven Augusto Naranjo, y hablóle en los términos que á Fernandez; y en la misma forma que este, comprometióse el joven Naranjo, á ejecutar sin reserva el plan á cuya ejecucion se le convidaba. Bien! dijo Arteaga, somos ya tres: vámos por el 4º y el 5º y el 6º. . . . A nueve llegó el número de los comprometidos por Arteaga, entre los cuales hemos de citar al Mayor Ricardo Darquea, á cuyo valor, militar ascendiente y pericia creyó oportuno encomendar la ejecucion de su temeraria empresa. Darquea, enfermo á la sazón, recobró como por ensalmo, la salud quebrantada al oír el propósito de Arteaga: probó á levantarse, y se creyó fuerte para acompañar á sus amigos. Admirable concierto de voluntades dispuestas al sacrificio en aras de la Patria, pero estimuladas de un modo muy poderoso é inmediato, por el odio rebosante que la juventud de Ambato y toda la población abrigaba contra la autoridad local, representada por el Coronel D. Luis F. Ortega el idem Ignacio Pa-

redes, que en los últimos días de su mando, con poca previsión y cordura, habían más de una vez humillado á la juventud en sus más estimados representantes; mantenían al pueblo en agitación constante, con la recluta permanente; habían autorizado entre los subalternos la expeculacion sórdida sobre los infelices que enrolaban sin tregua en las filas de la guarnición, puesto que para dejarlos libres, en cumplimiento de la misma ley que los exceptuaba del servicio, obligábanles á la devolución de las raciones que recibieran para su mantenimiento, mientras que en los días que permanecían en el cuartel desempeñaban como soldados, sus deberes; y finalmente habían establecido su autoridad sobre la de presión de los asociados, el favoritismo de sus adeptos, la impunidad de las faltas contraídas por los suyos, y la persecución permanente contra los que no estaban ligados á su comunidad política. La fuerza soguzgando groseramente y sin apariencia de justicia, la razón y el derecho, impotentes para hacer valer sus fueros, eran en suma las armas del gobierno en la Provincia de Tungurahua, y el sistema uniformemente aceptado por todos sus representantes. Tal es la verdad histórica á la que no debemos defraudar, aunque parezca algun tanto dura su austera palabra: y esto que pasaba en dicha provincia, se repetía con más ó menos frecuencia en las demás, y de aquí nació ese uniforme y simultáneo movimiento de los pueblos, para unir de consuno sus esfuerzos y sacudir el yugo de la dictadura al que se hallaban uncidos.

Estos combustibles hacinados debían levantar un incendio inapagable, y en efecto así sucedió.

El 13 de Junio celebraba Arteaga su natalicio, y acostumbraba á reunir en su casa á sus amigos y obsequiábales con generosa voluntad y largueza. Era por tanto día acomodado para que sin hacer notar como sospechosa la reunión de diez ó doce personas, pudieran estas concertar su ataque y allegar las armas para ejecutarlo. Arteaga encerró á sus amigos en una habitación, y obligóles á no salir de su casa sinó para dirigirse al cuartel: ofreciéronse todos, y tan solo él, para asegurar el golpe é inspeccionar el parque partió al cuartel, y obtuvo, insinuante y sagaz, que el oficial de la guardia, le permitiese la entrada para saludar á los presos. Una vez instalado allí Arteaga, encomendó al jo-

ven Augusto Naranjó el que comunicase á los presos el plan que para libertarlos se meditaba, é interesara la cooperacion interior de los soldados prisioneros, al punto que los de afuera atacaran el cuartel. Dirigióse en seguida al parque: (omitimos la relación de tantos peligros de ser descubierto en su intento que debió arros-
trar nuestro heroe; pues no fueron pocas, ni pasó de-
sadvertida su intención á ojos del oficial que le seguía la pista.) Pudo al fin acercarse al parque, y alegando la curiosidad que como á *forastero le estimulaba*, pudo pasear su ávida mirada sobre los elementos de guerra que contenia, siendo lo principal unos 20 cajones de nuevecitos *Remingtons*, que hacia poco habian llegado de Guayaquil. Volvióse incontinenti al cuarto en que estaban los presos; é inquirió con la mayor reserva su voluntad, descubriéndoles su proyecto: acogieronle todos con una demostración de aquiescencia, y sólo uno de ellos se opuso, haciendo para ello la observación de que podrían ellos ser las primeras víctimas, y que en caso de procurarles su libertad, sería mejor que se tratara de ella en el camino. Arteaga alejó su temor ex-
presándole la condición militar de la gente á la que de-
bian atacar, y alentó, y reanimó, su espíritu justamente desalentado en su condición de preso.

Un nuevo incidente ocurrido en el cuartel entre Paredes y otros jóvenes á quienes el oficial de guardia habia permitido la entrada furtivamente, para visitar á los presos, contribuyó con mucho á vigorizarlos en su propósito; pues Paredes trató descomedidamente de sacarlos á la calle, con expresiones depresivas del amor propio de jóvenes altivos y bien nacidos.

Salieron, pues, corroborados en su intento, y una vez reinstalados en casa de Arteaga, propuso éste el que se eligiera uno que como jefe les acandillase y á cuyas órdenes se sujetaran los demás. Recayó la elección en la persona de D. Ricardo Darquea, por las razones arriba indicadas, y éste á la vez, designó á Arteaga para que avanzara á la cabeza sobre el centinela y cuerpo de guardia del cuartel que debian tomar. No vaciló el joven heroe en aceptar la crítica comision, y llegada la hora, impávido, resuelto y sereno avanzó de bracero con dos jóvenes, al formidable asalto, sin ejemplo en nuestra militar historia ecuatoriana. Por justicia y para loor eterno de los dos compañeros de Arteaga

ga, no debemos omitir sus nombres; fueron estos los Sres. José Augusto Naranjo y Juan Viilacrés.

Conózcalos la Patria y agradecida á su generoso y fecundo sacrificio, coloque á lo menos la historia, sus nombres en las listas de los generosos patriotas, que no relusaron á la madre común su sangre generosa, para lavar con ella las manchas que la afeaban. Es tan men- guado el galardón de los hombres, y á las veces, áun esta pequeña recompensa se niega á los que verdadera- mente son á ella acreedores, y se prodiga con tanta pro- fusión á aquellos que, menos pródigos de su sangre, son más afortunados en el éxito que alcanzaron acaso con pequeño sacrificio!

Cerraba ya la noche y á merced de la incierta luz del crepúsculo ya moribundo lanzáronse los héroes, acaudillados por el eximio entre ellos: atacaron, cayó el centinela y penetraron en el cuerpo de guardia, que atónito y desconcertado, si bien opuso alguna resisten- cia y no sin escasear repetidos disparos, entrególe al fin y colocó en manos de los asaltantes un espléndido bo- tin de fecundísima victoria. El cuerpo de guarnición se componia de 80 hombres de fuerza veterana, y de 200 reclutas, que favorecieron la rendición del cuartel con su apresurada y desconcertada fuga. . . . Narrando Arteaga este brillante episodio del asalto, decía que si hubiese vuelto la mirada atrás cuando avanzaba resuel- tamente sobre el centinela, sin duda habría retrocedido al contemplar el diminuto número de los que en pos venían...pero ya una vez que penetraron en el cuartel, concurrió apresuradamente toda la juventud y se arma- ron largo de doscientos, formados casi en su totalidad de la flor y nata de la patriótica juventud del Tunguragua.

Dueños por fin de la plaza, empezaron á discurrir planes sin concierto. Proponían unos la inmediata mar- cha sobre la guarnición de Riobamba, fuerte de 100 hombres; otros oponían á este proyecto la falta de su- ficiente pertrecho para sostener el fuego, si se les opo- nía formal resistencia; y hubo quien meditando con más cordura, propuso como lo más conveniente y ha- cederó, la conducción de esas armas al Norte donde fla- queaba la reacción por falta de este poderoso elemen- to. El Sr. D. Antonio Alvarez quien sugirió este pro- yecto ofreciase á partir al Norte por cordilleras inacce- sibles al enemigo, cuya atención podía entretenerse con

unos pocos, mientras se pusieran las armas en salvo. Alegaba para esto la falta de un caudillo que asumiese la dirección ; la absoluta escasez de numerario para sostener por entonces una campaña en el centro ; la proximidad de un enemigo diez veces mayor, y en fin la falta de un caudillo que asumiese la dirección ; la falta de adecuada organización para una campaña ruda, con jóvenes que si bien estaban alentados por superior patriotismo, no tenían hábitos que se compadeciesen con las privaciones y rigores de una cruda guerra.

En medio de estas deliberaciones é incertidumbres aparecióse el General Victor Proaño, hasta entonces completamente *ignorante* del movimiento y heroico asalto operado por nuestros jóvenes. Habíase hallado en aquel entonces dicho General *confinado* en Lligua, á las inmediaciones de Ambato ; y un par de amigos suyos fueron *motu proprio*, á comunicar á su mutilado Mentor el triunfo alcanzado, y obtener el concurso de su más ó menos valioso consejo para sacar el mejor partido de la situación alcanzada. Bastó la anunciación del intento y el viejo y veterano, aunque mutilado, enderezóse sobre sus muletos, evocó sus antiguas glorias, agitó la hoguera de su patriotismo y prendió robusta llama en su corazón de militar, y haciéndose levantar al caballo, partió del lugar de su confinio á *incorporarse* con el nuevo y lustroso ejército de jóvenes, de quienes, en su mayor parte pudiera decirse con el Tasso :

En cuyos frescos labios aún no brota
Ni el primer signo de la edad de amores.

Si haya ó no sido bien recibido el General en semejante coyuntura, no hay para qué decirlo ; pues en esas peligrosas fluctuaciones del espíritu, y cuando todos creen tener igual derecho para imponer á los demás esos juicios de cuyo acierto no tienen conciencia sus mismos autores ; en esa aglomeración heterogénea de varios individuos, todos dispuestos á hacer algo bajo una dirección adecuada, cuya ausencia tan notable era ; en medio de la pluralidad de opiniones formuladas por todos con igual derecho, sugeridas por unos mismos deseos y tendentes á un mismo fin, y que sin embargo ninguna era acogida, ni subordinada á la unidad de acción práctica, la aparición de un hombre de cierto as-

rendiente y de próspera edad, á quien se supone estimulado por las mismas aspiraciones, reúne de hecho todas las voluntades á la suya, y somete á su juicio todos los disidentes de la multitud. Fué pues, por tanto proclamado el general Victor Proaño, por jefe y cabeza del nuevo batallón, y además como Jefe civil y militar de la Provincia.

IV.

✓ Tenemos, pues, ya un general á la cabeza de nuestra simpática y brillante juventud, armada en son de batalla, y dispuesta á dejar el dulce hogar, la solícita ternura de sus progenitores; el entrañable cariño de la adorada hermana, y á despedirse del soñado Eden, donde tal vez acariciado por encantadora ilusión, espaciaba su mente con la risueña perspectiva del casto amor ofrecido por una Eva pudorosa, dispuesta á endulzar con suave bálsamo las amarguras de la vida, á dirigir los descaminados pasos del inquieto joven, y á compartir con abnegación generosa, los infortunios anexos á la mísera condición humana. Oh patria! dulce patria, cuán poderoso resuena el eco de tu voz doliente en el corazón de tus buenos hijos. ¡Estás afligida, manos opresoras te han cargado de cadenas; tu rostro venerando está afeado con inmundó cieno y el recuerdo de tu honra mancillada nubla tus ojos con copioso llanto; pues bien: han oído los hijos el clamor de la madre; sienten en sus brazos el peso de las cadenas que la oprimen; cúbrese de rubor santo su faz, y ardiendo en justa indignación, allá van en su defensa jurando morir ó destrozarse las bárbaras cadenas que constriñen sus miembros delicados y enseñarla al mundo limpia de afrenta y radiosa de ventura: bien pronto verás, oh patria, á tus mejores hijos, convertidos en guerreros audaces, *Non indecoro pulvere sordidos*.

Difícil es para quien se propone hacer fielmente la historia de un acontecimiento, entrar en pormenores, cuya influencia ha sido trascendental en el malogro de una empresa, rodeada por otra parte de elementos favorables para llegar á feliz acabamiento. Pues si bien á nosotros no se nos oculta ninguno de los que por entonces dieron al traste con el éxito que era de esperarse, confesamos que su narración sería menos grata para

algunos de nuestros lectores, cuya intervención en los sucesos que venimos narrando, ó fué escasa, ó interesada ó adoleció de defectos cuya enumeración sería enojosa. Y como por otra parte éste no es sino un episodio cuyo conocimiento no tiende sino á ilustrar la historia sustancial de nuestra segunda y formal campaña, bien podemos omitir su relato, sin entrar en consideraciones menos conducentes al fin propuesto.

Bástenos saber á este respecto que el general Proaño además de que por su propia cuenta perdió un tiempo precioso en impartir órdenes y comunicar á sus amigos y subalternos la proclamación que se había hecho en su persona para "Jefe Civil y militar de las Provincias del Centro," vióse además muy embarazado en la dirección que debía dar á un ejército compuesto de jóvenes de superiores condiciones, extraños á los hábitos y militar disciplina, y muchos de ellos descontentos de su plan de campaña.

En esta sazón acababa de llegar á Ambato el modesto y simpático Dr. José M^o Sarasti, que regresaba del Norte con su hijo Manuel, jovencito de 20 años, quien había partido de la capital, al primer sonido del clarín guerrero: . . .

*Fortes creantur fortibus et bonis:
Est in juvenis, est in equis patrum
Virtus; nec imbellem feroces
Progenerant aquilae columbam.*

Hemos dado ya, por primera vez en el curso de nuestra noticia histórica de la *campana del centro*, con el nombre del ilustre caudillo cuya aparición en la escena, va á ser de tan eficaz trascendencia en la guerra contra la Dictadura: he aquí el modesto patriota que viene á colocarse en el rol de Protagonista de este poema en cuya acción se desenvuelve el porvenir de la patria y su rehabilitación en el ejercicio de sus principios republicanos y régimen constitucional: justo es por tanto que, sin divagar la mente en digresiones encomiásticas, de propia cosecha, y sin que incurramos en la nota de *parcialidad*, demos una rápida pincelada que dibuje la persona del Dr. José M^o Sarasti, bajo su aspecto político que es lo que hace al caso, y dé á nuestros lectores una idea adecuada de su credo y principios sociales. Sarasti no es un hombre cuyo ascendiente esté determinado *exclusivamente* por sus proezas militares en la

guerra contra la Dictadura: sus sanos principios políticos y la firmeza de sus convicciones habíale ya conquistado de un modo inequívoco el aprecio y consideración de sus conciudadanos, y elevádole á una posición digna del abnegado patriota y sincero *republicano* que aspira con toda la vehemencia de su corazón al engrandecimiento de su Patria, bajo la bienecchora influencia de los más *sanos principios sociales, practicados con honor y con lealtad*. Basta, para persuadirse de ello leer con la debida atención los documentos siguientes, publicados en un periódico de oposición que en 1877, redactaban en la capital de Quito, sus más ilustrados escritores, Considérese que en aquel entonces, era más cruda la persecución del gobierno contra sus adversarios, y se verá si había ó no entereza y dignidad en quien con tanto desenfado defendía sus principios en contra de un gobierno que castigaba con el destierro á los escritores que no aplaudían la injusta revolución por cuya obra había subido al poder.

EXPOSICION

SOBRE EL "CLUB DE LA ALIANZA."

Con este lema se ha publicado en la capital del Tunguragua una hoja suelta, manifestando el programa de dicho CLUB, para las actuales elecciones de diputados. En ese escrito aparece mi nombre, autorizándolo como socio honorario y como persona muy interesada en sostener cierta lista ministerial. Mis amigos y los demás ciudadanos que hayan leído la "Exposición del Club de la Alianza" habrán, talvez, fulminado ya contra mí el justo anatema que se merece un ciudadano vil, sin fé pública y sin honor.

Suspended vuestro juicio, conciudadanos:

Tengo derecho aún para apellidarme republicano, leal á mis creencias políticas, inflexible en mis sanos principios sociales.

Tengo derecho aún para formar en las filas de los hijos del pueblo—en ese campo en el cual he lidiado desde el primero y hermoso día que tuve el honor de entrar en el góce de los sagrados derechos de ciudadano ecuatoriano.

Suspended vuestro anatema! No he prestado mi nombre, ni consentido en autorizar dicha "Exposicion"—

Fuí nombrado socio honorario del "Club de la Alianza" y me excusé con dignidad y poniendo mi mano sobre el pecho—Algun amigo mio, que no conocia bien mi carácter, tuvo, talvez, la ligereza de hacer inscribir mi nombre. No le acuso de mala fé, no: sólo le culpo de imprudencia; ligereza ó imprudencia que han podido matar mi honra, si no tuviera el gran juez de la opinión pública.

Leed los siguientes documentos, y ya me daréis la mano amiga, que, con justicia, me la habiérais retirado, si guardara silencio, pasando por vil y miserable apóstota de mis principios.—*José María Sarasti.*

Patate, 30 de Setiembre de 1877.

Club de la Alianza—Presidencia del Club—Ambato, 27 de Setiembre de 1877—Al Sr. Dr. José M^o Sarasti.

Muy honroso me es poner en conocimiento de Ud. que, reunido el 20 del corriente un concurso de respetables vecinos de esta ciudad, convino en establecer este "Club de la Alianza," cuyos miembros en sesion del 22 del actual, resolvieron nombrar socios honorarios, y unánimemente, resultó Ud. electo uno de ellos. Al hacerlo, tomó en consideración, que sus relevantes méritos y su alta posición, le servirán de eficaz apoyo para llegar á su gran fin, cual es, nombrar para la próxima Convención los diputados de la lista que se ha acordado con la primera autoridad de la provincia, porque ellos formarán un gobierno que defienda *nuestra augusta religion, garantice la propiedad y establezca la paz.*

Con sentimientos de distinguida consideración, me suscribo de Ud. obsecuente amigo y S.—El vicepresidente.—*Francisco Barona.*

Patate, 29 de Setiembre de 1877.—Al señor Presidente del "Club de la Alianza."

En esta fecha he tenido el honor de leer el estimable oficio de Ud., fechado el 27, por el cual, se sirve poner en mi conocimiento, que reunido el 20 del corriente un concurso de respetables vecinos de esa ciudad, convino en establecer un Club, cuyos miembros, en sesión de 22 del actual, resolvieron nombrar socios honorarios: que unánimemente he sido electo uno de ellos, y que, al hacerlo, tomó en consideración que mi persona y posición le servirán de eficaz apoyo para llegar á su gran fin, cual es, nombrar para la próxima Convención los

diputados de la lista que se ha acordado con la primera autoridad de la provincia.

Al contestar este distinguido oficio, lo hago lleno de gratitud y profundo reconocimiento por el nobilísimo acto de atención con que esa ilustre Sociedad se ha servido honrar mi pobre persona. Pero ántes de emitir mi concepto sobre lo esencial del objeto que me propongo, permitidme hacer algunas reflexiones.

No ignorais, señor, que, leal á mis principios republicanos, sostuve con energía y dentro de los límites de lo justo, el Gobierno popular y legítimo que desapareció en Diciembre próximo pasado: que, como Jefe civil y militar de esta provincia y como ciudadano, fuí intransigible con la transformación política del 8 de Setiembre de 1876: que aquí, en el retiro de la vida privada, no he olvidado, ni olvidaré jamás esos dogmas que defendí en la escena pública; y que, enemigo de especulaciones y esclavo de mis creencias y principios, no he buscado nunca, pudiendo hacerlo, ni favores del vencedor ni simpatías del que manda.—Desde muy temprano he militado en las filas de la oposición y en defensa de la moral y de los santos derechos del pueblo, ya con mi grosera pluma, ya con mis pequeñas fuerzas. ¡Y hoy que los años me han dado nuevas y fortísimas razones para respetar mis antiguas creencias, podré desertar miserablemente? ¿deberé apoyar con mi voto y mis esfuerzos esa que hoy se titula *elección semi-liberal*?—No, señor Presidente, cien veces no:—El que fué Gobernador de esta provincia en los felices tiempos del *republicano* BERRERO, jamás podrá sufragar por la espada de los que abrieron el pecho de mil ecuatorianos en el panteón de Galte.

Estas reflexiones manifestarán á esa respetable sociedad que no puedo, ni debo inscribir mi nombre en el "Club de la Alianza," para el especial objeto de apoyar la lista ministerial de diputados para la próxima Convención.—Si esa honorable Sociedad se propone un objeto más noble, más patriótico y más haccedero, listo estoy, señor Presidente, á poner mi pobre nombre entre el muy respetable de muchos de los miembros del "Club de la Alianza." Por ahora, dignaos poner en conocimiento de esa ilustre Sociedad, que paso por la pena de excusarme, por las razones expresadas.

Aprovecho de esta ocasión, para ofreceros mis consideraciones y alta estimacion y suscribirme atento y S. S.

José María Sarasti.

Patate, Setiembre 30 de 1877.—Al señor Presidente del "Club de la Alianza."

He visto hoy la "Exposición del Club de la Alianza;" he leído repetidas veces este escrito, y no alcanzo á comprender qué motivos han movido á su redactor para inscribir mi nombre, autorizando dicha "Exposición." Mis antecedentes políticos han debido obrar en el ánimo de esa ilustre Sociedad para creer que nunca hubiera prestado ni mi nombre, ni mi persona para el objeto de salir á la palestra política, tan sólo con el fin de apoyar una lista que se publicará oportunamente, de acuerdo con el Jefe civil y militar de la provincia.—El solo hecho de haberseme nombrado socio honorario ó colocado en la lista de diputados suplentes, no era razón cumplida para suponer mi consentimiento. ¿Por qué no se esperó mi respuesta?—Ya la habreis visto, señor Presidente, y con justicia habrá sido calificando de ligereza, el acto de haberme alistado entre personas que, si bien la mayor parte de ellas es de individuos honorables, de respetabilidad y patriotas, también es verdad que hay otras que no se avienen con la honradéz política y con la integridad que caracterizan al ciudadano leal á sus principios y dogmas sociales.

En consecuencia, protesto solemnemente contra ese acto; porque compromete mi reputación pública; porque me hace aparecer vil ante mis conciudadanos de dentro y fuera de la República; y porque gusta á mi carácter lo único que me prodigó naturaleza.—el honor y la lealtad.

Aprovecho una vez más de esta oportunidad, para ofrecer á Ud. mis distinguidas consideraciones de estimación y aprecio.

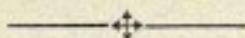
Soy de Ud. atento y S. S.

José María Sarasti.

Volvíase Sarasti juntamente con su digno hijo, sin haber podido incorporarse en la facción del Norte, pues en el camino y prófugo, encontró al joven y supo de su boca la rota de las fuerzas de Landázuri, en cuyas filas había combatido. La aparición del futuro fortunoso caudillo en Ambato fué tentadora para los jóvenes, pues deseaban que en vez del General Proaño, fuese Sarasti el elegido para dirigirlos; porque el 1º si bien al decir de sus amigos, perito en el arte de la guerra y autorizado para llevar al cabo el intento propuesto, ofrecía un sério é insuperable inconveniente por la falta de un miembro, sin el cual era imposible que pudiera moverse á caballo, sin el concurso de muchos, y en todo caso no podía prestarse á marchas penosas, imprevistas y violentas como requiere una campaña. Ni en el decoro del actual General Sarasti, ni en la lealtad de los jóvenes cabía permitir la realización de este deseo, y así continuaron las cosas abandonadas á su mala ventura, en tanto que el posterior caudillo del centro, retiróse á

su antigua agrícola labor, cuya ocupación había tres meses despues, de abandonar dejando como Cincinato, la esteva del arado, para acudir al llamamiento de la Patria y con los jóvenes alistados á su bandera, caer en un tiempo dado sobre el campo de los Equos.

El resultado final de la acción de armas á cargo del General Proaño fué la evaporación de su ejército, despues del combate de Chambo, cuyos pormenores conocemos poco. Asegúrase que allí se declaró el triunfo en favor de los reaccionarios, pero que desalentados por la falta de municiones, y el pequeño número de combatientes, no pudieron picar la derrota de las fuerzas comandadas por el General Mata y Coronel Ortega, (que ya entonces regresó de Quito,) y el General Proaño de retirada vino á parar por 2.^o vez en Baños con 60 hombres, en cuyo número formaban ya pocos jóvenes de Ambato. De allí pasaron á Patate, donde desconocieron á su infortunado jefe, y lo abandonaron en la hacienda de S. Javier. La gente sin capitán pasó adelante, y habiendo acudido al Dr. Sarasti para ponerlo á la cabeza, tuvo dicho jefe que prestarse para asistir á la muerte de esa facción agonizante, estimulado únicamente por el temor de que los 60 individuos, sin un jefe á cuyas órdenes se sujetaran, se desmanasen en direcciones varias y cometiésen extorsiones en los campos, causando daños al pueblo y haciendas circunvecinas. Esto acaecía el 28 de Junio, y al siguiente dia, reconociendo la impotencia física y moral para continuar una campaña absurda, disólviose la gente con el mayor sentimiento, y cada uno se retiró á los montes y más escondidas breñas para ampararse en ellos de la persecución de Ortega y su numeroso ejército. En efecto al día siguiente fué invadido el pueblo y territorio de Patate por 400 hombres que por Norte y Sur penetraron simultaneamente al mando de sus respectivos jefes y además del Coronel Ortega. Recogieron las armas que los anteriores prófugos habían dejado en poder del Sr. Adán Recalde, colombiano propietario en Patate; celebraron el triunfo, festejaron la victoria, y pacificado el territorio, volvieron los denonados vencedores á descansar tranquilos á la sombra de los laureles, cosechados en tan cruda y tenaz campaña. Cuan poco había de durarles su ventura, diralo la 2.^a parte de esta verídica y sucinta historia.



PARTE SEGUNDA.

I.

Al despedirse el último tercio de la anterior facción de su precario y simpático Capitan, hizole promesa de lealtad y formal juramento de fidelidad: y lo formuló cada uno de los disueltos, en estas precisas palabras. “No olvide mi General (ya desde entonces) de nosotros; estamos listos á reunirnos bajo sus órdenes, el día que tenga por conveniente.” El valeroso y culto Capitan Eladio Rivera, reiteró por parte suya el ofrecimiento de la gente de tropa, y abrazando á Sarasti, se fueron muy tristes de haberse puesto en arenas tan estérilmente.

Conviene saber que cuando, por efecto del mal resultado que tuvo la reacción acaudillada por el General Victor Proaño, y desbaratado todo plan de conspiración, penetraron las fuerzas del Coronel Ortega en el territorio de Patate, algunos sugetos de Riobamba que no pudieran salvar oportunamente el territorio agredido, buscaron su asilo en la hacienda de propiedad del autor de este relato, quien al verse tan repentinamente en la necesidad de amparar á sus amigos, y á la vez con el enemigo á las puertas mismas de la casa, observando que era imposible ocultarles seguramente en ella, entretuvo á los excursioneros atentamente, entre tanto que los refugiados pudiesen ser furtivamente conducidos á mejor lugar, y en efecto lograron escapar por veredas ocultas con un guía, á un punto desviado del camino por donde debian pasar los enemigos. Siguiendo los prófugos su rota acertaron á encontrarse con el Dr. José María Sarasti, que se habia también puesto á buen recaudo, concurriendo al mismo sitio. En dicho lugar escaparon de la persecución y despues de haber conferenciado largamente y condolidose de la situación, al despedirse, convinieron en no desperdiciar otra coyuntura adecuada para volver á las armas, contra la Dictadura, organizándose con más acierto y poniendo á la cabeza de la suspirada é hipotética reacción á Sarasti. Estos sugetos faeron el Comandante Felix Orejuela, su intrépido hijo, y el Mayor N. Capelo, quienes se con-

firmaron en su propósito, halagándose con la perspectiva de principiar la soñadora reacción por la toma del Cuartel de Riobamba. Circunstancia que vino á vigorizar la intención que ya Sarasti había concebido con la primera promesa de Rivera y su gente.

II.

“Al varon justo y constante en su propósito, dice el poeta, no le hará cambiar su resolución, ni el furor de la plebe que le impone, ni el ceño amenazador del tirano, ni el austro que borrascoso agita el mar, ni la mano poderosa de Júpiter cuando vibra sus rayos: si el orbe se desploma en pedazos, sus ruinas le herirán impávido”.... Tan sublime retrato moral podríamos aplicar á propósito de Sarasti, cuando acogiendo en su corazón el ofrecimiento de sus soldados de un día, retiróse, como Pelayo á las montañas de Asturias, él á las escondidas concavidades del Patate, para salir de allí más tarde enarbolando el estandarte nacional, y de triunfo en triunfo desplegarlo vencedor en las faldas del Pichincha.

Esa promesa baladí, y repufada aún para el que esto escribe, como una de tantas frases que se lleva el viento, fué para el futuro caudillo como una promesa bíblica, de cuyo cumplimiento había de depender la reacción moral del Ecuador y su rehabilitación al rango de pueblo libre. Inspiróse en la fé cuya eficacia allana montes, y fundando sobre ella su esperanza, entregóse á meditar los medios mas adecuados para iniciar en el centro y corazón de la República, una reacción tan inverosímil como peligrosa. La misma situación topográfica del territorio de Patate ventajosa para el caso de una campaña ya franca, debía ofrecer una gravísima dificultad en tratándose de allegar elementos necesarios para prepararla.

El pueblo de Patate, á orillas del río de este nombre, ocupa un territorio sumamente requebrado, y lleno de hendiduras y ribazos que le hacen aparecer como único y especialísimo en su naturaleza. Carece, casi en lo absoluto de caminos, y los que sirven como tales, son veredas poco menos que impracticables, fragosísimas y de muy difícil acceso. Limitale en toda su longitud el arrebatado y turbulento río de Patate, y para ponerse

en contacto con los convecinos pueblos, ya sea de Pelileo por el Sur, de Baños por el Oriente, y aún de Pillaro por el Norte tiene de pasarse por respectivos puentes, colocados sobre el río de Patate, ó sus afluentes, como el Cusatahua por el lado de Pillaro. Es pues un pueblo que bien pudieramos llamar *mediterráneo*, y por consiguiente oculto y escondido; de modo que para llegar á él, son muy determinadas las vías, y hay que atravesar poblaciones notables como las de Ambato, ó Pillaro y Pelileo.

✓ Dicho pueblo, fué pues el teatro preparatorio de la Cruzada que Sarasti, sus parientes y amigos habían de enarbolar contra la Dictadura sostenida vigorosamente por un ejército disciplinado y valiente, y tan numeroso además, como hasta entonces jamás habíamos tenido en la República, en tiempos normales. La provincia del Tungurahua, aún en épocas de mayor paz inspiraba serios temores al Gobierno, y con la asonada fresquecita del último asalto al cuartel, estaba ocupada por fuerzas relativamente superiores á las de las demás provincias; la vigilancia, espionaje y activísimo celo de su gobernador y jefe militar, hacían casi imposible concebir siquiera, cuanto más poner por obra algún plan de conspiración, sin que al momento fuese descubierto, reprimido y castigado. Circunstancias son estas cuya enumeración es necesaria, si ha de valuarse en su legítima significación, la importancia histórica de la reacción acaudillada por el General Sarasti, y fielmente sostenida y secundada por sus hermanos políticos el Dr. José Alvarez, y los Sres. Antonio y Emilio y demás parientes y allegados del abnegado y patriótico caudillo. Concebimos muy bien y enaltecemos el patriotismo de los respectivos Jefes que desde extranjeras playas y atravesando luengas tierras, se lanzaron generosos á la defensa de la Patria; pero no se negará que el mayor peligro que arrostraban estos intrépidos guerreros, era el de malograr sus nobles intentos, si las autoridades locales se los estorbaban, y que además podían á fuer de la distancia y con mayor facilidad, allegar mejores elementos para combinar una adecuada expedición, como en efecto, con tan indisputable gloria, lo procuraron. Al paso que conspirar así con el enemigo al frente, en medio de peligros inminentes, sin elementos de ningún género, y poniendo á cada

paso en subasta la vida, es empresa muy superior al común de los hombres, añadiéndose á todo esto la incertidumbre del éxito.

El Dr. José María Sarasti se propuso en primer lugar, solo y sin contar con el apoyo de ningún centro ó comité, como el que se había organizado en Quito para favorecer la expedición del General Landázuri, coleccionar las armas que aquí y allí, allá y acullá, aquende y allende habían quedado esparcidas, en número de una, dos ó tres, á cargo de algún amigo, ó como propiedad de cada poseedor. Había para ello que atravesar distancias de 10, 15 y hasta de 20 leguas, y naturalmente esta recolección de armas no podía hacerse sin dinero ni de día, pues tan perseguido era el objeto como la persona de Sarasti, que por efecto de su viaje al Norte habíasele declarado juntamente con su hijo, fuera de la ley al tenor del decreto publicado en aquel entonces. Por tanto la noche era el tiempo único que Sarasti destinaba para sus excursiones con el susodicho objeto. Para no infundir sospechas no debía desaparecer por dos días seguidos siquiera de la vista de las autoridades locales, secretamente encargadas de vigilarlo y dar cuenta á la superior. Y en efecto jamás dejó de estar en Patate, ausente por más de tres días, pues siendo este el pueblo de su residencia ocasional por tener allí su hacienda, no debía desaparecer de la vista de sus moradores.

Fué por consiguiente lenta la preparación, y su propósito no era sinó allegar cuantos elementos bélicos fuesen posibles, para con ellos armar la gente de que podía disponer, y secundar en el centro, cualquier nuevo movimiento que se promoviese en el Norte, á fin de llamar y entretener la atención del enemigo, evitar que las fuerzas de Veintemilla acudiesen en su totalidad á combatir las del General Landázuri y demás caudillos que le acompañaban, y así contribuir poderosamente al mejor éxito de esa expedición siempre que con patriótico tesón, volviesen á intentarla. Por tanto todo el conato del caudillo del centro era estar alerta para secundar en su territorio la guerra contra la Dictadura, puesto que le fuera difícil, temerario y contraproducentem lanzarse á la iniciativa sin los poderosos elementos que se necesitaban.

Debía por tanto ponerse en comunicación, á lo me-

nos con sus amigos de Quito, ya que le fuera imposible hacerlo con los caudillos del Norte, y revelarles su determinación, para que de la capital le favoreciesen con pertrecho que le faltaba y con noticias positivas sobre la actitud de los del Norte. He aquí una nueva fuente de inminentes peligros de ser descubierta la conspiración meditada, y por consiguiente de que esta fuese ahogada en su misma cuna. Servirse de las oficinas postales para comunicarse con los de Quito, habría sido, aparte de absurdo, inconcebible candor, pues aún en tiempos normales dichas oficinas no eran durante la administración del General Veintemilla, otra cosa que alta y secreta policía, ó la oreja de Dionisio, que ponía en su conocimiento cuanto más oculto y escondido guarda el santuario doméstico, aún en la más desvalida parte de la sociedad. Apelar á postas habría sido echarlo á rodar todo, pues la vigilancia de las autoridades en todos los numerosos pueblos del tránsito, era superior á cuanto puede imaginarse. Pues bien: ante semejante perspectiva no debía escollar un gran propósito. Una mujer casi anciana, había de ser el medio único seguro para comunicarse sin peligro, y para transportar de la capital á Patate cuantas cápsulas se consiguieran allá. Para precaver el peligro de que aún esta fuese sorprendida en el camino, inventóse un lenguaje adecuado, y posteriormente un alfabeto convencional. Esta mujer viajó durante tres meses, sin interrupción, cada ocho días, recorriendo á pié una distancia de setenta leguas entre la ida y su regreso. Condujo más de 6,000 tiros, conseguidos con diligencia admirable y comprados por los más próximos allegados de Sarasti, y puso en sus manos magníficos elementos para la campaña que bien pronto había de encenderse.

Mientras por estos medios habíase extendido hasta Quito el conocimiento del plan que Sarasti y los suyos incubaban secretamente, era necesario conservar á la gente con que se había de contar próxima á Patate y de modo que fuese fácil é inmediato su concurso á una hora dada. Esta hora debía llegar, pero de un modo indeterminado é incierto, y esta fatal contingencia traía consigo un cúmulo de dificultades, que para obviarlas, demandaban por lo ménos sobrado dinero. La gente que se hallaba en atalaya para concurrir en el momen-

to dado, no debía, pues, alejarse al interior de las montañas, en donde tenían establecidos sus trabajos en empresas de extracción de quinas y otras análogas. Tampoco podían estar mano sobre mano indefinidamente esperando una hora ó que tardaría demasiado, ó acaso no llegaría, y por tanto era de conveniencia para los jefes y de justicia para los que se contaban como soldados, el que se les pagara lo necesario á lo menos para la subsistencia diaria. Ya hemos dicho y lo repetimos que la reacción del centro ningún recurso recibía de los coopartidarios y afiliados políticos. Fueron los propios recursos de Sarasti y sus cuñados los que proveyeron entonces á la indeclinable necesidad de mantener á esa gente, y los que sobre todo, en no pequeñas partidas se invirtieron en la compra de armas.

Los lectores recordarán que habiendo venido 500 hombres de Babahoyo, al mando del Coronel Mariano Barona, con el objeto de robustecer las fuerzas de Ortega y batir á los que entonces eran llamados *revolucionarios*, suscítáronse gravísimos celos y punto de militar honra entre estos dos sugetos, sobre quien hubiera de mantener la supremacía en el ejército. Ortega, temeroso de que Barona fuese menos activo en perseguir á los jóvenes de Ambato, entre los que figuraban muchos sobrinos del jefe aludido, á quienes el Gobernador, por otro lado, deseaba castigar, trató de indisponer á Veintemilla contra Barona, formulando terribles acusaciones de infidencia, y en efecto parece que obtuvo su intento, pues pudo burlar todo empeño ó intención del jefe de Babahoyo, y á presencia suya, aprehendió á 17 jóvenes que se habían congregado en la hacienda del Hatillo, para ir al encuentro de Barona que venía de Riobamba, vindicarse de su *falta*, obtener indulto y burlarse de las conminaciones furibundas del jefe del Tungurahua. Algunos de estos jóvenes fueron vilmente tratados; y aunque á la mayor parte les dieron por libres, fueron cuatro ó seis desterrados á Guayaquil y de allí, por el Dictador, extrañados del territorio de la República, sin atender á los buenos oficios que el Coronel Barona interpuso para liberarlos.

La dureza con que fueron tratados algunos que solo por concomitancia, ó por parentesco con los sindi-

cados del motín, habían tomado parte en los últimos acontecimientos, á propósito de esquivar la persecución con que se les conminaba, y que habían antes mostrándose indiferentes, contribuyó con mucho á despertar el patriotismo, adormecido de tales sugetos, pues á juzgar por su prescindencia y prácticas demostraciones de absoluta separación de cuanto ostensiblemente pudiera acarrearles un compromiso, bien se les habría juzgado por partidarios de la dictadura.

Uno de estos fué el Sr. Francisco Barona, que habiendo intervenido en favor de sus deudos, fué villanamente tratado por Ortega, á pesar de que dicho sugeto nada hizo en contra de Veintemilla, ni á favor de sus adversarios, ni antes ni después del 13 de Junio; y sin embargo, la indignación y furor que manifestaba Ortega contra todos los que no estaban decididamente en favor de la Dictadura, encontró tambien como ensayarse en la persona de Barona, á quién trató ruivamente en presencia del célebre Ministro Ariás, que para arreglar este disturbio había partido á Ambato, en nombre y autoridad del gobierno.

La intervención que D. Francisco Barona trató de tomar desde entónces en la ulterior conspiración contra la Dictadura, vino á ser causa, si bien involuntaria y accidental, para que el Dr. Sarasti, iniciáse desde entónces sus relaciones con un centro ó comité que se habia organizado en Quito para servir á la causa de la restauración; pues no aceptando Sarasti el plan concertado entre Barona y el comité de Quito, tuvo que explicar la causa de su prescindencia en él, y su voluntad resuelta para continuar por su camino, tendiendo siempre al mismo fin. Desde entonces púsose en comunicación con el *centro* ó comité, y reconociendo éste que Sarasti era el apoyo vigoroso y único para el objeto, resolvió fiarse enteramente á él y aceptar todas sus resoluciones.

III.

Estamos por fin en el campo marcial, si así podemos llamar la primera aparición de los caudillos de la Cruzada contra la dictadura en el Centro de la República, que se desenvolvió de la manera siguiente.

Fija la espectación en los movimientos del Norte

para secundar su buen éxito con los proyectados en el Sur, casi, casi habia caído en desaliento la esperanza de una próxima reacción por cuanto la dilación de los caudillos del Norte en reorganizarse habia influido poderosamente en el centro, pues agotándose los recursos personales que sus fautores habian prodigado sin reparo en mantener cerca á la gente y comprar las armas, no podia conservarse indefinidamente, puesto que faltaba la única condición posible para su acción externa. Y como por las indicaciones de los amigos de la Capital y por el propio interes de los del Centro, no debia abortar su aparición en el campo de la lid, mientras no fuese esta iniciada en el Norte, sucedió que siendo ya imposible conservar á la mano la gente para lanzarse á la lucha, hubo de alejarse esta á sus ordinarias labores, si bien esperando que se le llamaria con oportunidad para el caso dado.

Trascurrieron cosa de 10 á 15 dias desde el alejamiento de la gente á lo interior de las montañas, cuando he aquí que de súbito apárcecese en Patate el 24 de Setiembre, un expreso, anunciando ser llegada la hora de ponerse en armas en el Centro, pues ya en el Norte el Gral. Landazuri habia penetrado en Ibarra despues de rendir á Yepez, y se disponía á marchar á la Capital inmediatamente.—Solo una voluntad incontrastable, y un propósito digno de hombres incapaces de desconcertarse ante dificultades insuperables, pudo acoger sin desaliento semejante nueva en las circunstancias que hemos mencionado. Qué hacer! El patriotismo engendra los héroes, y para llegar á serlo, no ha de marcharse por caminos accesibles al común de los hombres; sinó por las veredas escabrosas que van á dar en el templo de la inmortalidad y de la gloria; pues por ellas irán nuestros héroes! sigámosles.

Reunidos por la noche en la hacienda de propiedad de uno de los amigos, se concertaron los medios para llevar al cabo tan difícil empresa; despacháronse los postas necesarios á las montañas del Oriente, Riobamba y y aún de la Costa; á los de las haciendas en donde se hallaban los amigos iniciados en la conspiración, y el Dr. José María Sarasti con su hijo y el Sr. Cários Perez, que poco ha habia venido de la Capital, partieron á Riobamba para combinar con los amigos del lugar el ataque á ese cuartel, y de allí venir al

asalto del de Ambato, puesto que por efecto de la dispersión de la gente, no podia ya ser simultaneo dicho asalto, conforme ántes se habia meditado. Se concertó que los que en Patate quedaban, se armarián al punto que recibiesen el posta del éxcito alcanzado en Riobamba, y de acuerdo con ellos, se movilizarfan para caer á una hora dada sobre Ambato. Así determinado, allegaron los de Patate en el ínterin los amigos que mas próximos se hallaban á ese teatro, y engrosaban en secreto sus filas para estar listos al punto que llegase el aviso de Riobamba.

En este intervalo llegó á conocimiento de los conjurados de Patate que en la Hacienda de *Quillan*, de propiedad de Dn. Luis F. Ortega, existian 25 Remingtons con una dotación numerosa de pertrecho, los cuales no seria difícil de tomar, si acudian oportunamente á su apoderamiento. Este incidente vino á causar una perplegidad terrible en la determinación que debiera seguirse. Opinaban únos que era menester inmediatamente marchar á *Quillan* y tomar esas armas, antes que las autoridades de Ambato, llegando á comprender lo que pasaba en Riobamba y previendo lo que muy en breve habia de acontecer sobre Ambato, ó pidiesen las armas depositadas en *Quillan*, ó enviasen á dicha hacienda una escolta suficiente para impedir que los nuestros se apoderasen de ellas, como en efecto sucedió. Arguian otros, con razones de prudencia, que no convenia aventurar un asalto á *Quillan*, ántes de saber el éxcito alcanzado en Riobamba, pues si por desgracia fuese desfavorable, hallariánse los comprometidos con la responsabilidad de un hecho que no debía acometerse sino ya en el caso de ponerse en abierta y franca pugna con el Gobierno de la Dictadura; pero ¿y la importancia de la presa? y el temor de que mas tarde no pudiese aprovecharse estas armas. Difícil era y apretada la situación, y para proceder con mas acierto, difirióse el asalto á *Quillan* mientras regresase un posta que al intento de comunicar este incidente, se despachó á Riobamba. Dos días habia de dilatarse, á lo menos, el posta en su regreso, pasados los cuales y observando su dilación, volvió á inquietarse el ánimo temeroso de no conseguir apetecible resultado. En efecto en la noche del 28 se recibió noticia exacta de que el Gobernador de Tunguragua, que lo era á la sazón el Dr.

Juan Ruiz, por haberse ausentado á Quito el Sr. Ortega, habia ocurrido precipitadamente por las armas de Quillan y su pertrecho, y que á las 10 del dia siguiente no estarian aquellas á merced del primer ocupante. Qué conflicto! Las situaciones dificiles dan á conocer el temple de los espíritus varoniles, y la fortuna secunda los generosos esfuerzos de una resolución atrevida.

Para resolver pues á los pocos amigos de Patate, á tomar las armas de Quillan, antes que dispusieran de ellas los de Ambato, fingióse por uno de los conspiradores, la noticia de que se habia verificado la toma del cuartel de Riobamba y que por tanto convenia marchar sin vacilación á apoderarse de las armas de Quillan. Con desconfianza acudían y temerosos de la verdad de esa mentira, cuando al amanecer el 29 de Setiembre llegó en efecto el posta que comunicaba el triunfo de Riobamba, y la necesidad de que inmediatamente se pusiesen en marcha los de Patate, sobre la plaza de Ambato, hacia donde se movilizaban también los de Riobamba para atacar simultáneamente ese cuartel.

Con semejante nueva recibida con el entusiasmo frenético que puede imaginarse, avanzó al punto á Quillan una comision compuesta de los Sres. Antonio Alvarez, Antonio Arteaga, Emilio Alvarez, Rogerio y Pablo Suarez, Juan Villacrés y Darío Sarasti, con dos mozos y mulas provistas para la conducción del botin. Para evitar un conflicto, y aprovechando del conocimiento que teníamos de que el gobernador de Ambato habia ya anunciado á las personas de Quillan, que iba á ocurrir por las armas, se fingió á nombre del indicado Gobernador una nota *“en virtud de la cual ordenaba que en el acto de recibida pusieran esas armas y cápsulas en poder de los conductores, pues el gobierno las necesitaba para levantar sobre esa base un batallon á fin de combatir á los facciosos &ª &ª que trataban de perturbar el órden constituido y atacar al Supremo Gobierno.*

En efecto el más desconocido puso en manos de la persona á cuyo cargo estaban las armas, la consabida nota, y sí bien luego repararon en el ardid, fué despues de confesar paladinamente la realidad de la existencia de las armas en Quillan. Cuando se apercibieron del

engaño fué tarde, pues ya los bizarros jóvenes penetrando al patio de la hacienda manifestaron comedida pero resueltamente su irrevocable intención de cargar con ese elemento bélico cuya entrega pedían inmediatamente, esperando que una necia obstinación no les pudiese en el caso de hacer un uso violento de sus armas. Ante tan explícita intimación no hubo resistencia y las armas fueron puestas en manos de quienes muy en breve habian de disputar palmo á palmo y con las mismas, esa autoridad usurpadora de que era víctima la nación, y habian de reivindicar la honra de la Patria mancillada. Asi es como se explica el mas fiel cumplimiento de aquella persuasión tan profundamente arraygada, de que sería imposible una revolución eficaz contra la dictadura, mientras no saliera de los cuarteles. Y qué otra cosa constituye la fuerza de los cuarteles sinó las armas que una á una han sido arrebatadas á esa tropa inmoral sobre la que se asentaba incommovible la dictadura ? Nadie podrá poner en disputa que la reacción operada en el Centro se organizó, prosperó y triunfó únicamente con los elementos arrebatados al enemigo desde la unidad hasta las centenas, conseguidos ora en combate parcial y de uno á uno ; ora en vigoroso é inconcebible asalto ; ora con el irresistible empuje de diez contra ciento, de ciento contra mil en los campos de Belonay y Marte.

Triunfantes regresaban de Quillán, nuestros jóvenes y cargados de un botin grande y magnifico para las circunstancias de la incipiente y desvalida reacción sin haber disparado un solo tiro, cuando al atravesar por la hacienda de San Francisco de propiedad del Sr. Francisco Barona, encontraron al Dr. José Alvarez, que á la cabeza de 20 hombres de tropa, armados en Patate, acudia al encuentro de los demás compañeros que volvian de Quillán. Tratose allí del rumbo que debiera tomarse para dirigirse á Ambato, á unirse con los que (segun la noticia del posta) debian ya estar en camino hacia esa plaza ; tratóse de hablar y pedir unas armas que se sabia que existían en esa misma hacienda ; y como no hubiese facilidad para ello, resolvióse partir sin ellas á Ambato por la vía de Pillaro, á fin de que los jóvenes que allí quisiesen se armaran con los remingtons sacados de Quillán.

Partió en efecto la expedición compuesta de 30 hom-

bres hacia la ciudad de Ambato, y torcióse el itinerario meditado, partiendo por Quillán en vez de tocar en Pillaro: circunstancia que fué adversa hasta cierto punto, pues dejó de engrosarse la facción y las armas que debieron ponerse á brazos de hombres, continuaron á lomos de bestias, siendo esto en parte ocasión para no haber buscado y batido al enemigo que se presentaría como luego veremos. Prosiguiendo la marcha pasaron por la hacienda de Quillan, de donde tomaron tres caballos, esquivando la formal prohibición que el Dr. Alvarez intimase á este respecto; pues se había resuelto de un modo indefectible, la mayor circunspección y moralidad en la conducta de nuestra revolución. Detenemos á veces en estos pormenores al parecer nimios, porque á favor de su omisión y silencio, levanta su voz la malediscencia y la calumnia de los adversarios, ó de esa gentualla vocinglera que para justificar su incalificable ruindad y vileza, cohonestar su ciega adhesión á la dictadura que les proporcionaba *pan y cebolla*, con mentidas extorsiones de que se pregonan víctimas. Nosotros mismo lo hemos oído á las veces, y hemos tenido ocasión á este respecto, de admirar hasta dónde se desfiguran y ponderan los hechos.

Continuando la marcha se acampó, la noche del 29 de Setiembre, en las inmediaciones del *Socabon* de Ambato, esperando allí noticia de la aproximación de los compañeros de Riobamba. A fin de impedir que las tropas de Ambato supiesen la ocupación de los nuestros de un punto tan inmediato, mandóse una avanzada al puente al mando del Capitan Vicente Sapater, con orden de no permitir el paso hacia Ambato, á nadie. Dicha avanzada tomó preso allí al Capitan Ricaurte, Coronel de las milicias del Canton de Pillaro, de donde sabedor de lo que pasaba, iba precipitadamente á poner á disposición de la autoridad de Ambato, el contingente de hombres que en aquel día había reclutado. Su compañero pudo escapar, y el preso fué conducido al puente en que se hallaban los 20 hombres al mando del Dr. José Alvarez y de su hermano Antonio. Observando allí que ninguna nueva anunciaba la aproximación de los de Riobamba, se ordenó al amanecer del 30 la retirada de los 30 hombres hacia las "Viñas". Ocul-táronse algunos remingtons en las inmediaciones, para tomarlos á la hora del asalto, y se levantó el campo, y

emprendió la marcha siguiendo la dirección de la encañada del río de Ambato. Allí fué puesto en libertad Ricaurte y se pasó el día esperando nueva de Riobamba, cuando se anunció á la una del día que los enemigos de Ambato, en número de 60, venían á atacar á los que permanecían en la "Viña". Recibido el aviso, se apercibió á la defensa, y se tomaron convenientes posesiones, en las cuales habría podido hacerse riza del enemigo si trataba de avanzar. Anduvo éste, como siempre, *prudente*, y retrocedió *prudentemente*, por la misma vía por donde viniera, no sin *atacar* la hacienda de "Lligua" de propiedad de un virtuoso y laboriosísimo ciudadano Don Pedro Mantilla: mataron allí un perro y regresaron á Ambato á las 4 de la tarde, atronando el aire con estrepitosos vivas al triunfo obtenido. Decíamos arriba que la circunstancia de no haber partido por Pillaro hacia Ambato, fué adversa hasta cierto punto, pues suponiendo que allí se hubiera engrosado la pequeña facción de los 30, no se habrían atendido estos á la defensa, sino que hubieran buscado al enemigo hasta encontrarle, batirle y derrotarle, como aún á pesar del pequeño número, inferior en la mitad al del enemigo, tan arduosamente proponían muchos de los nuestros. Pero este supuesto llega á ser falso si se atiende á las ulteriores manifestaciones de los jóvenes de Pillaro en los largos días que acuarteló en dicha plaza la fuerza restauradora, pues no pasaron de 4 los jóvenes del lugar que se incorporaron á ella.

Así llegaba la tarde de aquel día, cuando hacia las 4, asomaba por desusadas vías un sugeto misterioso, cuya aparición en tal coyuntura, no podía menos de ser sospechosa en el estado moral de los invasores á Ambato. Envuelto en polvo y jadeante llegaba allí el joven Carlos Pérez, que venía á dar razón del paradero de los expedicionarios de Riobamba, despues del asalto y toma del cuartel. Fué aquello un consuelo en tan incierta y angustiosa situación, y el resultado de la entrevista con Pérez fué la inmediata marcha de los jóvenes hacia el pueblo de Quero, para incorporarse con los de Riobamba en ese lugar, y el regreso de la gente de Patate á su pueblo, de donde serían llamados en cualquier caso, pues siempre voluntarios y fieles á la voz de sus caudillos, acudían presurosos de donde quiera á su llamada. Lo que pasó en Quero, y el rumbo

de la expedición desde entonces, serán materia del siguiente capítulo de esta narración.

IV.

Si al consignar la relación del heroico asalto al cuartel de Ambato, acaudillado el 13 de Junio por el Sr. Antonio Arteaga y Valdivieso y sus invictos compañeros, decíamos que aquel hecho es superior á todo encarcimamiento, nos referíamos á la concepción misma y al denuedo con que fué ejecutada; pero la circunstancia feliz del buen concierto con que se aseguró el éxcito, y la calidad de verdadero *asalto*, y sorpresa, hácenle inferior, como acción de armas, al que se operó en Riobamba el 28 de Setiembre por el Dr. José María Sarasti, el Comandante Feliz Orejuela, su intrépido hijo Emilio, el Comandante Eladio Rivera, y demás gloriosos adalides. Uno y otro asalto tienen caracteres especiales como hechos militares de inmarcesible gloria; pero la circunstancia de haber sido el primero coronado con el más fiel cumplimiento de la previsión con que el talento militar y heroico valor de Arteaga combinó el asalto, cede al segundo el mérito de una tenaz resistencia ocasionada por haber los enemigos previsto el golpe con que se les amagaba. Este no fué sorpresa y asalto, fué combate y rendición. Campea el primero por la pericia militar y diestra combinación con que se ejecutó el plan preconcebido; enaltece al segundo la tenacidad heroica y temeraria resolución con que dos decenas de impávidos guerreros apretaron de tal modo el cerco á aquella fortaleza, que la rindieron á discreción y viéronse después tan pequeños en número que bien habrían podido los vencidos guardar prisioneros á los vencedores, si el pánico, la grita y un aparato cuya relación excita hilaridad al escucharla, no hubieran encontrado su verdadero asiento y domicilio en el cobarde pecho de Baquero, Dillón y demás gente de tropa que allí se entregaron.

El 25 de Setiembre partió, como hemos dicho el General Sarasti con su hijo mayor, el joven Manuel, y no sé si otro, á la ciudad de Riobamba, con el objeto de poner en conocimiento de sus amigos lo que habia acontecido en el Norte, y ser en consecuencia llegada la hora de poner por obra lo que tanto habíase deseado y

meditado. Aquella noche llegó á las inmediaciones de Riobamba é inmediatamente despachó un aviso á los amigos con quienes contaba de antemano. El martes 26 por la noche acudieron al lugar de la cita el Comandante Felix Orejuela, Capelo y algunos más, y observaron que (como aconteció en Patate) era imposible ejecutar un plan para cuya realización debió anticipárceles lo conveniente, á fin de convocar secreta y oportunamente á los conjurados, allegar las armas en un lugar dado, y salvar en fin tantas dificultades, que á falta de elementos, deben allanarse con previsiones prudentes y combinaciones atinadas, con las cuales, más que con la fuerza, ha de inclinarse la Victoria á conceder sus laureles. Agregábase á todo esto la circunstancia de estar ausente de Riobamba el Sr. Floresmilo Zarama con quién también se contaba para este caso. Era en fin tal y tan desesperada la situación que ya se disponia á regresar por el camino recorrido, sin poder dar cima al objeto del viaje. Entran en punto los adalides, pícaseles el amor propio y el Comte. Orejuela los primeros con Sarasti, desfilan á Riobamba dispuestos al sacrificio ó la gloria. Llegados á Riobamba colectaron las pocas armas que pudieron, y puestas en manos de gente aguerrida, avanzaron al cuartel y al rayar de la aurora; eran tan pocas las armas que Sarasti y algunos Jefes hubieron de armarse de machetes. No alcanzaron á 20 los invasores, y puestos una vez en son de ataque, dispararon y acometieron al cuartel, fuerte de 150 hombres. Asestaron á la puerta, y fueron de ella rechazados. La tropa estaba de antemano prevenida á resistir, pues sabían ya el ataque de que se trataba. El Comandante Concha y otros tentaron de nuevo á forzar la entrada y llegó su temerario arrojo hasta á meter el hombro y brazo hacia dentro; pero tan eficazmente combatia en favor de los invasores el pánico de los invadidos, que ese brazo de Escévola dispuesto al sacrificio si no acertaba el golpe al corazón de la Dictadura, si bien fué tomado entre las dos hojas de la puerta, salió sin más que una ligera herida; para continuar manejando la espada de cuya empuñadura habian de suspenderse los laureles cegados en San Andres, Chambo, Quero y Quito. Al aclarar el día determináronse al sitio del cuartel, puesto que no pudieron tomarlo en el asalto: á cuatro ó cinco por flanco alcan-

zaban á formar los sitiadores, y si los sitiados hubieran sido capaces de inspirarse del valor, habrían salido y exterminado al enemigo. Pero nada de eso: se concentraron más y más. Entonces practicaron los de fuera un hueco en una de las paredes del frente y por ella disparaban al interior. De allí salió también la bala homicida que acabó con la vida del valiente y heroico Comandante Felix Orejuela, cuya preciosa sangre fué la primera derramada en la cruda y tenaz guerra que ha sido necesaria para derrocar esa Dictadura funesta, fluctuante en un mar de sangre. Loor eterno á esa primera víctima sacrificada por la Patria!

El Gral. Sarasti, y sus heroicos compañeros indignados con la muerte de su valeroso conmiton, entraron en furor y juraron entonces definitivamente morir ó postrar al enemigo: mandó practicar un horamen en la parte opuesta, y por él introdujéronse el Ctan. Teófilo Santander con el Gral. Sarasti, cuyo temerario arrojo trataron de estorbar sus secuasas, impidiéndole materialmente y asiéndose de sus miembros para impedirle que penetrase por el agujero hacia el interior del cuartel, en donde sería víctima. Y quién lo creyera! su aparición repentina, en medio del pánico de que estaban poseidos los sitiados, fué eficaz para rendirlos al imperio de su voz. Entraron luego todos, y encontraron allí al Jefe de la plaza, Don Antonio Baquero, al Comisario y jefe también, Nicolas Dillon y otros varios. Tomáronlos por prisioneros y protegieron no solamente sus vidas, sino que mas nobles y generosos aún, pusieronles al amparo del insulto vil con que de ordinario se goza la victoria, insolente en sus ímpetus primeros.

Dueños ya de la plaza, no pudieron menos de permanecer en ella el tiempo necesario para organizar el ejército, con detrimento de la combinación concertada con los que habían quedado en Patate, dispuestos á encaminarse á Ambato, por el opuesto sendero al que debieran seguir los de Riobamba. Pudieron movilizarse por fin el 30 de Setiembre; y como á la sazón se supiera que Ortega avanzaba rápidamente hacia Ambato con 200 hombres de la Costa, (á donde le había llamado el Dictador para confiarle la dirección de la guerra que por Esmeraldas había comenzado Alfaro,) resolvieron acampar en Quero para allí determinar si era ó

no posible el ataque sobre Ambato, dependiente ya de la detención ó llegada de Ortega á esa plaza. A este fin y para comunicar á los de Patate tal resolución fué enviado el Sr. Carlos Perez, quien como ya lo sabemos llegó oportunamente al sitio en que estos se hallaban, y dióles cuenta de la determinación tomada.

El domingo 1º de Octubre, detúvose en Quero el ejército compuesto de 210 hombres con los prisioneros de Riobamba, y la flor y nata de su juventud, y notable parte de la de Ambato. El Gerl. Gonzalez, el Comandante Eladio Rivera y Concha mandaban como respectivos jefes la compañía de la gente Colombiana, cuyo total ascendía á cincuenta; lo restante del número indicado componíanlo los ecuatorianos, cuyas dos terceras partes eran jóvenes de calidad notoria, y unos y otros marchaban á voz del Gral. Sarasti como Jefe de operaciones. El lunes 2 se anunció la llegada de Ortega y su gente á Ambato, con cuyo número llegaba el de la fuerza de esa plaza á más de 400 hombres. Era, pues, en el caso dado, imposible pensar en el desarrollo del plan preconcebido, pues ya las condiciones se habian modificado al remate, y debía meditarse otro plan de campaña. Este mismo día dispuso el Gral. Sarasti que se movilizara la tropa hácia el pueblo de Pelileo, tanto por no ofrecer Quero recurso alguno para tan numerosos huéspedes, cuanto por evitar un ataque del enemigo que estaba á 2 leguas y media, pues no eran ventajosas las condiciones para abrigar con fianza de buen resultado antes de dar á la tropa una organización adecuada. Para conseguirla se dirigieron á Pelileo, y allí permanecieron ese día y el siguiente, ocupados instantemente en armar convenientemente la tropa, cerciorarse perfectamente de las intenciones del enemigo; y sobre todo determinar el rumbo de las operaciones militares recibiendo noticias del Norte, puesto que desde la primera no había vuelto á tenerse otra alguna. En esta incertidumbre se discurría de mil encontradas maneras, y en verdad que era difícil acertar con lo justo, á menos de tener datos seguros sobre el estado de las cosas.

Mientras así discurrían, el martes por la tarde recibióse un posta que anunciaba que Ortega se disponía á partir precipitadamente sobre los nuestros, dividiendo su tropa por Sur y Norte á fin de no dejar punto para

que evadieran de su formidable ataque, pues contaba á la sazón con 700 hombres, con el refuerzo que recibiera de Quito del Batallón 16 al mando del Coronel Juan Nepomuceno Navarro. Repitiéronse consecutivamente los avisos, y en tales términos arreciaba el peligro, que los pobladores de los campos y propietarios de las haciendas adyacentes al tránsito, se ocultaban aceleradamente en las más escarpadas é inaccesibles alturas. Uno de estos avisos oficiosos llegó á precisar de tal manera el hecho que aseguró que las fuerzas de Ortega habian ya ocupado la plaza de Patate, penetrando por el Norte y que las armas poco hacía remitidas á ese lugar estaban en poder suyo (Eran estas unos Chassepots que se encontraron en el cuartel de Riobamba; y como no se hubiesen tomado cartuchos propios de esa arma, enviáronse estos á Patate para conservarlos allí por sí mas tarde se proporcionasen proyectiles.) Tan explícita y terminante noticia puso en alarma al Gerl. Sarasti y su tropa, pero sin acobardarse en lo mas mínimo ni precipitar atolondradamente la marcha, ordenó que á paso redoblado se dirigiera hacia el lugar que se suponía invadido, dispuestos al ataque á la primera vista del enemigo.

Bajó en efecto la tropa de Pelileo, y era de verse la actividad, contento y entusiasmo con que emprendió la marcha, de modo que no parecía que fuese al encuentro de un enemigo poderoso para disputarle la victoria, sino que volvía ya triunfante, despues de haberla obtenido. Avanzaron bien pronto y pasados al territorio de Patate, ordenó el Gral. Sarasti que inmediatamente se cortasen los puentes para estorbar que la división de Ortega que debfa venir á la retaguardia, segun el decir de los postas recibidos, provocase por ese flanco un conflicto y estrechase la situación. Recibieron esta comision el Sdr. Antonio Alvarez para el puente colocado en la parte oriental del pueblo (Patate viejo) y el Dr. Jose Alvarez para el de la parte del Norte ó sea el puente de Tunga. Acampó esa noche la tropa en el camino, frente á dicha hacienda, y habiendo colocado las avanzadas al día siguiente, despues de tomar una ligera refección, se ordenó la marcha hacia el Norte ó para encontrar al enemigo, ó avanzar sobre Ambato, hasta encontrarlo ó allí batirlo.

Desfilaron el seis levantando el campamento de Tun-

ga en dirección á la hacienda de San Francisco, para ocupar esa posición militar é impedir que las fuerzas de Ortega pasaran por el puente de la misma, colocado sobre el río de Patate, en la profunda encañada que divide ese territorio por la región N. O. con el de Ambato, pues se aseguraba que una avanzada de las fuerzas dictatoriales había llegado á "La Viña" en aquel mismo día, y era lógico suponer que seguirían el único itinerario hacia Patate por el puente, en caso de atreverse á invadir. El Gral. Gonzalez recibió orden de ocupar el terreno que en antiplanicie corona la cavidad profunda entre cuyas abras y desgarraduras se precipita atronador el río: las altas peñas que se levantan enhiestas desde la profunda sima, destácanse formando salvajes obeliscos, llenos de hendiduras practicadas por el violento choque de las aguas, las cuales forman reductos superiores á cuantos pudiera practicar el arte de la guerra ayudado de poderosas máquinas; por manera que pocos hombres colocados sin el menor peligro entre las grietas, podrían contener al mismo ejército de Xerxes, en aquellas Termópilas formidables. Así asegurada aquella posición á cargo del Gral. Gonzalez, el Jefe de Operaciones pasó á disponer otra avanzada en una altura conveniente por el lado Norte, al mando del Comandante Arteaga con algunos jóvenes más: por manera que dispuesto todo con atinada previsión, podía contarse con la más plena seguridad con el triunfo, caso de sobrevenir un conflicto con el enemigo.

Los moradores del campo y todos los numerosos vecinos de San Francisco habían abandonado sus casuchas, y la casería misma de esa hacienda no ofrecía otro recurso á los huéspedes que el ponerlos al cubierto de las inclemencias del cielo. No encontrándose recurso alguno para entretener el hambre que arreciaba, pues muchos jóvenes no habían tomado bocado en aquel día, hubieron de pasar algunos á la vecina hacienda con el autor de esta verídica narración, en donde refrescados algún tanto, se dispusieron á pasar la noche, algo menos toledana de la que les esperaba en San Francisco, pues no habiendo probabilidad de una refriega por entonces, y sobre todo la pequeña distancia que mediaba entre la hacienda en que estaban y la que ocupaba el Gral Gonzalez con la tropa, bien permitía

pasar allí la noche, puesto que sin demora podrían incorporarse en caso necesario.

De fatídico y odioso recuerdo será siempre la memoria de aquella noche del miércoles 4 de Octubre en la hacienda de San Francisco y en el día del Santo del mismo nombre, para todos los caudillos y demás jóvenes que formaban el único tercio, verdaderamente fuerte y relativamente el más numeroso que desde entonces hasta la acción de Quito, el 10 de Enero, pudo formarse en la reacción del Centro. Doscientos cincuenta hombres aproximadamente, armados perfectamente, rebozante el entusiasmo en todos los corazones de los buenos hijos de la Patria; estimulados y alentados con la esperanza, ó mejor con la certeza que se tenía de la victoria alcanzada en el Norte por el Gral. Landázuri, y todos deseosos de acabar cuanto antes, por el lado que les tocaba, con el común enemigo, para entrar victoriosos á la capital y entonar con unísona voz un himno magnífico á la Patria redimida, y agradecidos doblar la rodilla ante el Dios de los Ejércitos, en cuyas manos está la suerte de los imperios y las naciones. Mas no había aún sonado la hora del triunfo, y plugo á Dios, sujetar á muy duras y ocultas pruebas la constancia y fortaleza de los defensores de la Patria. Aquel ejército magnífico rodeado de elementos adecuados, á cuya cabeza militaba un acreditado Gral. que compartía con el nuestro sus fatigas y demostraba secundar con igual entusiasmo sus disposiciones para colmarse de gloria; aquella formidable falanxe de jóvenes briosos por la edad, intrépidos por el valor, heroicos por el patriotismo, desapareció como por encanto en aquella noche lúgubre como el infortunio que condenaba irremisiblemente á la Patria á ser víctima de la desgracia que sobre ella pesaba.

Ocurrió esto del siguiente modo. Hemos dicho que para determinar la tranquila y segura marcha de la tropa hacia el enemigo y llegar á Ambato por la opuesta vía de Pelileo, se ordenó con toda prudencia, la interceptación de los puentes por los cuales pudieran los enemigos atacar por la retaguardia, y que á este propósito habían quedado dos comisiones á órdenes de sus respectivos jefes. La destrucción del puente inferior denominado de *Patate-viejo*, no ofreció dificultad, pues siendo provisional y de construcción débil, pudieron

quitar fácilmente la vigas que le sustentaban, que por cierto eran cortas, no teniendo dicho puente una longitud mayor de 12 varas. No así el otro de la parte superior, llamado *punte de Tunga*, pues tenía una longitud mayor de 20 varas, y estaba sustentado por robustísimas vigas, que no pudieran mover menos de 100 hombres. Habíase luchado en todo el día para desquiciar las vigas, y como faltase herramienta á propósito y maromas para tirarlas, cansados de probar mil maneras y á la caída ya de la tarde, ocurrióle á uno de los jóvenes encargados de la comisión, prender fuego al puente hacerlo desaparecer por las llamas. Fué esta una feliz idea para la eficacia del intento é hizose así; más como el fuego no pudo abrasar violentamente tan robustos combustibles, el jefe comisionado debió permanecer en el sitio á pesar de los peligros que tuviera que arrostrar en él.

Se ha comparado con razón la guerra á un juego de azar; pues con frecuencia la ganancia no depende sino de la fortuna de quien arroja la suerte. Un paso más hacia adelante, una involuntaria detención en el camino emprendido; una mentira oportuna, un concepto engañoso; en suma cinco minutos más ó menos en una situación dada, bastan para decidir el éxito de una campaña y dar al traste con las mejores combinaciones de una reflexión calmosa y previsoras. Y cuando se eclipsa la ignota estrella de la ventura y la ciega divinidad del fatalismo empieza á retirarse de sus favoritos, no hay humana previsión que pueda torcer su rumbo é inclinar de nuevo sus favores. Esta verdad se hace sentir á cada paso, y en el lenguaje de la fé esto explica la intervención providencial que Dios ejerce en la suerte de los pueblos.

A punto estaban de retirarse de aquel lugar, satisfechos del cumplimiento de su comisión los pocos hombres que habían bregado para derribar el puente, y ya al emprender la marcha, hicieron observar á su jefe el Dr. José Alvarez, que por el opuesto lado acercábase á prisa una persona, cuyos pormenores no podían distinguirse, pues ya la luz moribunda del crepúsculo de la tarde prestaba escasa claridad á los objetos. No tardó ésta en acercarse á la opuesta ribera, y así como se colocó en lugar de donde pudiera hacerse ver, hizo notar su intención con señas y visibles demostraciones de inte-

resar la atención de los del frente. Bien pronto se comprendió su intención y el Dr. Alvarez pudo persuadirse que él era la persona á quien con tanta avidéz buscaba la del frente, pues á las señas que éste le hiciera respondió aquella con señales afirmativas. Sacó entonces una carta furtivamente y llamó hacia ese papel la atención del Dr. Alvarez, dándole á entender que era á su persona á quien se la dirigía. Como no había ya paso á la opuesta ribera, fué necesario buscar medio á propósito para arrojar la carta, y así atandola á un canto y con las precauciones debidas la tiró del otro al lado en que estaba el Dr. Alvarez. Cayó el papel al agua y habria sido llevado en la corriente si no hubiera fluctuado merced á un sombrero que al intento habíase añadido al peso con que fué impulsada. ¡ Cuánto mejor habría sido que esa comunicación hubiera ido á parar ó perderse en las aguas del Pastaza ! Pero por desgracia salvóse el peligro y la recogió el Dr. Alvarez.

V.

Dueño ya de la comunicación con tanta avidéz esperada, pues era de Quito, retiróse apresuradamente para leerla ; y como estuviera concebida en un lenguaje convencional, cuya clave no era conocida sino á muy pocos, y el Dr. Alvarez no la tuviese consigo, acudió precipitadamente y como si llevase un tesoro, á unirse con todos sus amigos en San Francisco, á distancia de tres horas por lo menos, pues la noche era negra como la escena que iba á desenvolverse en ella.

Llamó inmediatamente á su hermano político, el General Sarasti, y demás amigos con quienes debiera contar y dióles razón, con la premura del caso, de la comunicación recibida. Llamóse también al joven Manuel Sarasti, que era práctico en la lectura del alfabeto facticio, y se leyó la comunicación.

Contenía esa funesta carta la noticia de la derrota de Cayambe y la sangrienta rísa de ese pueblo entregado despiadadamente á los furoros del saco. Iten más, agregábase en una *posdata* el concepto de ser impracticable una próxima reacción y que por tanto estaban sacrificados en el centro, porque las fuerzas victoriosas del Norte podían ya, sin el menor inconveniente, trasladarse á debelar la facción del Centro, única que

subsistía por sí sólo, destruido su punto de apoyo en el Norte, como sucedió efectivamente.

Después de semejante inesperada funesta nueva, quién podrá explicar el efecto de aquella nefasta carta? Silenciosos todos y profundamente impresionados, no osó nadie desplegar los labios para expresar su parecer. Entonces Sarasti rompió el silencio y dijo: *que aunque era sin duda funesto el golpe que los compañeros del Norte habían recibido, no reputaba la calamidad de tanta magnitud que pudiera creerse irremediable: que concebía muy posible una reacción en ese teatro y que para ello convenía llamar la atención del enemigo hacia estotro. Que si allá habían sucumbido, se había triunfado acá, y bien podía conceptuarse la reacción del Centro como una sustitución más vigorosa que la del Norte, y que por lo mismo convenía levantar el campo y marchar aceleradamente sobre Ambato para ocupar esa plaza y recuperar aquí, lo que se había perdido allá.*

Sea por efecto de la inesperada nueva, sea por el estado valetudinario del General González, que predispone de suyo al descaecimiento del más levantado ánimo, no fué dicho Jefe de la misma opinión que Sarasti, pues desalentado y casi abatido no tuvo, en su espíritu decaído eco alguno el razonamiento del Jefe de Operaciones, sino que al contrario creyó que la prolongación estéril de la situación crítica en que se hallaban, era generadora de inminentes peligros que amagaban á la vida de todos y cada uno de los que allí se encontraban reunidos. Bien pronto se sospechó entre los demás jóvenes y gente de tropa el objeto de la reunión, y aún llegó á comprenderse ser la calamidad mayor que la realidad, por cuanto el General González parecía no estar más dispuesto á proseguir en armas con la gente que comandaba. Fué por tanto mayor el número de los que se acogieron á la prudencia de Nestor y no á la determinación de Aquiles: después de media hora estaba desierto el campamento !!!...

VI.

Tranquilos y soñando en la gloria, y arrullados por la brillante perspectiva que se dibuja á la fantasía del joven ardoroso, esperando impacientes la aurora del

día venturoso que se prometían, estaban los demás con millones que hemos mencionado, reposando en compañía nuestra, cuando hé aquí que se nos presentan en alta noche el Dr. José Alvarez y su hermano Antonio, que regresaban de San Francisco, después de lo referido, para comunicarnos lo que llevamos dicho al respecto de la carta y demás incidentes en ella relatados. Entre los jóvenes allí congregados hallábanse, entre otros, los Sres. Carlos Perez, de Quito, que conservaba los fondos, y los jóvenes Martinez de Ambato, quienes partieron inmediatamente á ver lo que pasaba en el campamento, y habiendolo hallado desierto, también tomaron de largo su respectiva ruta. Con tal celeridad se verificó la desaparición de elementos y gente congregada después de tantas dificultades y sacrificios, que al siguiente día á las seis de la mañana, reparando Arteaga con extrañeza que no se le hubiera relevado en su comisión durante toda la noche, dirigíase al cuartel general, y cuánta no sería su sorpresa al encontrarse en el camino con los dos presos Antonio Baquero y Nicolás Dillón, que habían traído consigo desde Riobamba ? Iban estos dos sugetos caballeros en sus mulas, con ademan tranquilo y sosegado continente, camino de Ambato. Creyó Arteaga en el primer instante que se habían escapado y los detuvo intimidándoles; mas Baquero *púsole las manos* y rogóle que no le matase, pues no iban prófugos sino consentidamente y legitima libertados; y como aquello fuese un busilis indescifrable para Arteaga, le enseñaron, á fin de persuadirle de lo acontecido, las cartas que el General González escribía á su familia por medio de los presos que regresaban: en ellas daba cuenta á sus deudos del fracaso del Norte, y que en su consecuencia, desbaratado el ejército, había él resuelto pasar á Pasto, á mejores andanzas. Persuadióse Arteaga de la realidad de tan súbita catástrofe, y picando aceleradamente á su caballo para imponerse de lo que pasaba, llegó al campamento, y no halló uno solo de sus compañeros que le refiriese el cuento

VII.

De especial y muy grave consideración había de ser el estado moral de Sarasti en tan desastroso conflicto !

Iba tras los dispersos llamándolos, convidándolos, halagándolos y dando voces que se las llevaba el viento, pues nadie las acogía. ¡Persuadir á una turba desmoralizada que suspenda su fuga en una derrota!: empresa del todo superior á esfuerzo humano. Iban con tanta celeridad, ni más ni menos que si tuviesen al enemigo acosándoles ya por las espaldas, y en efecto tal era la persuasión de todos. Tanto pudo sinembargo la tenacidad é insinuación del Jefe infatigable, que logró detener á la turba fugitiva en la hacienda de Puñapí, y obtuvo que á lo menos no se llevasen las armas, pues les serían delatorias y funestas. Muchos se resistían á devolverlas; y para reducirlos los estimuló con el precio del dinero que lo fijaron, pagando á 6 pesos por cada arma. (1) Así pudo poner en cobro unas 80, y gratificando á algunos, volvióse tan sereno con el nuevo hallazgo de las *armas propias*, como si hubiese ganado una sustanciosa campaña.

El General González con 40 soldados tomó las alturas para encaminarse al Norte, y soldados y Jefes y Generales, huyendo la muerte presurosos y no creyendo seguro el más oculto y escondido andurrial para amparar en él su vida, diéronse en tal fracaso, á huir con tanta eficacia, que el jueves 5 de Octubre no quedaba en Patate más vestigio de los armados adalides, que los Sres. Antonio, José y Emilio Alvarez, en sus respectivas haciendas, el Dr. José María Sarasti y sus dos hijos, en el pueblo de Patate, el Sr. Antonio Arteaga y algún otro reservado para la divertida y curiosa relación de esta singular campaña, llena de episodios á la vez, ocultos y descubiertos, altos y bajos, claros y oscuros y por fin desconocidos, si el deseo de entretener á nuestros amables suscritores á "La República", y el de poner en claro el mérito de nuestros caudillos y libertadores, no le hubiese estimulado á menear su péñola, en el difícil y sencillo estilo de una historia tan especial y verídica como la del presente resumen.

(1) En la compra de estas armas nos referimos á la gente de tropa que se componía de los prisioneros tomados en el asalto al cuartel de Riobamba y de los demás que se habían alistado en nuestras filas, hasta formar el respetable Núm. de 230; y de ninguna manera á los jóvenes que militaban estimulados por su patriotismo é idénticos motivos que el Gral. Sarasti; pues sería absurdo suponer que jóvenes de notoria calidad hubiesen incurrido en tan sórdida granjería.

TERCERA PARTE.

Superior es á todo encarecimiento, la entereza y resignación con que los pocos que en Patate habían quedado, se disponían á ser víctimas de la más cruda y tenaz, persecución del gobierno de la Dictadura; pues destituidos de todo apoyo y posibilidad de nueva reacción, despues de haberse malogrado la última sin culpa de nadie, no les quedaba títulos en que fundar mejores esperanzas. ¡Qué de reflexiones amargas! ¡qué de previsiones funestas, qué de inútiles y falsos supuestos no multiplicaban los sinsabores de aquella situación ya de suyo tan enojosa! Veíanse de golpe y sin poderlo remediar arrancados indefectiblemente del seno de sus familias, destituidos de las comodidades de que habrían tan legítimamente podido disfrutar; reducidos á vivir prófugos y sin el dulce soláz de la sociedad; confiscados los bienes adquiridos con tanto trabajo y privaciones, expuestos al mal que á cualquier arrapiezo ó tenientillo de aldea se le autojase causarles; y por fin entregada su propia conducta, á propósito de su intento contra la Dictadura, á las murmuraciones de los propios amigos y al general menosprecio de los *prudentes*, teniendo sobre sí la exacta realización de la profunda observación de un sabio que dice: “El aprecio de los más no pone la mira en el mérito de las cosas, sino en el sucezo de la fortuna. . . . La mayor carga que trae consigo una adversidad es que todos creen que los desgraciados son verdaderos autores de la *culpa* que se les carga.

Empero todas estas reflexiones amargas, tan propias de un golpe de infortunio, no alcanzaban á postrar el ánimo de los hijos de la patria, ni hacían flaquear su corazón, que revivía á impulsos del patriotismo, cuando por vía de distracción, alguno de los compañeros proponía casos imaginarios de nuevas tentativas. Así pasó aquel día 5 de Octubre; y aunque todos tenían

certeza de que bien pronto estaría en Patate el fiero enemigo, á quien buscaban ayer y de quien huían hoy, con todo, aquel día pasaron reunidas las personas mentadas al final del último capítulo de la segunda parte, sin determinarse aún á la elección del rumbo que cada uno debiera seguir.

I.

Hacia las nueve de la mañana del siguiente día recibió Sarasti una carta de Quito, en la que se le refería la verdad del suceso de Cayambe y derrota de las fuerzas de Landázuri; pero al propio tiempo que comunicaba este contraste, hacía también entrever la posibilidad de una nueva reacción en aquel teatro, puesto que se aseguraba que aquel jefe había podido retirarse del campo de batalla con más de cien hombres armados, y en perfecto orden y disciplina: concluía dicha carta exhortando á los del Centro á no abandonar las armas y continuar inquietando al enemigo en el Sur, para dar tiempo á la reacción del Norte. Era por desgracia demasiado tarde para secundar los designios ó consejos de la carta aludida; pero como las situaciones extremas necesitan extremas resoluciones, llamó Sarasti inmediatamente á los cuatro amigos que estaban en Patate, y dióles cuenta del contenido de la carta.

En la apretada situación en que se hallaban todos, fué aquella nueva una chispa eléctrica que volvió á prender el fuego de aquellos corazones inquebrantables; y como por otra parte se tenía ya á la tropa enemiga en Pelileo, al frente de Patate y distante de una legua, todos buscaron su salvación en la resistencia con más seguridad que en la fuga, y reanimáronse mutuamente como Enéas á sus compañeros en la noche tremenda del exterminio de Troya, exclamando todos:

Una salus victis, nullam sperare salutem.

Inmediatamente partió el Dr. José Alvarez á Baños, para dar alcance y hacer volver á los jóvenes y tropa que por ese lado habíanse alejado el día anterior hacia las montañas; y Sarasti con su hijo Manuel encaminóse precipitadamente en pos del Gral. González, que con los colombianos, había marchado por las alturas á Colombia, como referimos anteriormente, para disuadir á unos y otros de la prosecución de su camino, y esti-

mularlos á continuar la campaña, alentándolos con las lisonjeras nuevas contenidas en la carta que hemos referido. Los demás quedáronse en Patate, reuniendo á los voluntarios de ese heróico pueblo, para apercibirse á la defensa y combatir contra las fuerzas de Ortega, que á la sazón permanecían en Pelileo.

Considérese la inquieta expectación en que debían quedar los tres individuos que estaban en Patate, tratando de armar á algunos de sus moradores, completamente desalentados después de la dispersión de los 230; sin que pudiesen entrever fundada esperanza de buen éxito para aventurarse á un sacrificio tan superior, y además persuadidos de su aislamiento, porque habían penetrado perfectamente la resolución de González y soldados que le acompañaron, y creían imposible que Sarasti pudiera reconquistarlos para una nueva, violenta y difícilísima resistencia. Con todo, merced á la insinuación y al ascendiente de que gozan como propietarios, pudieron conquistar en el pueblo 18 hombres dispuestos á armarse tan luego como supiesen el resultado que Sarasti obtuviese de González, caso de alcanzarle en su camino.

Tuvo en efecto el infatigable Caudillo la fortuna de avistarse con el Gral. González en una altura llamada Poato, en donde había pasado la noche con los mozos que le acompañaban. Tomóle á un apartado sitio y le descubrió el objeto de su viaje, estimulándole á volver á las armas, con las mayores promesas y bajo la seguridad de que bien pronto, ó quizás hasta esa fecha, ya los amigos del Norte habrían vuelto á reorganizarse; que ya el Dr. Alvarez había partido á Baños para estimular por todos los medios posibles á los demás dispersos, á reunirse nuevamente y resistir á las tropas enemigas; y que con el mismo fin se había ya organizado la gente de Patate, al mando de las personas que mencionamos en el capítulo último de la segunda parte; finalmente expuso á la consideración del Gral. González cuantas reflexiones pudo sugerirle el patriotismo y el interés de la propia conservación. No fueron bastantes todos estos esfuerzos á reducir al General, ni poderosos los mayores alicientes para inclinar su voluntad al partido que Sarasti le proponía, pues desalentado en su espíritu y desfallecido su cuerpo por una larga enfermedad, opuso á su vez razones en contrario;

pero Sarasti observando que era imposible contar en adelante con el jefe colombiano, tentó conquistar á la gente de tropa, y con promesas y halagos que en nada comprometían su dignidad ni la honra de la patria, obtuvo que se le adjuntasen 17 de los que acompañaban al Gral. González; y despidiéndose de éste regresó á Patate, tan contento como si hubiera estado á la cabeza de un numeroso ejército.

No debemos omitir aquí un peligro que tuvo que arrostrar Sarasti, y que dominó con entereza superior. Como había acudido solo en compañía de su inseparable hijo Manuel á la entrevista con el Gral. González, una vez que algunos conocieron la negativa de este para continuar prestando sus servicios en una nueva campaña, trataron de aprovecharse de una ocasión oportuna para obtener recursos, exigiendo al jefe del Centro, que se los proveyese en la medida de sus aspiraciones; pero una vez que Sarasti pudo enterarse de la intención de aquellos, revistióse de esa energía y serenidad que tan exclusiva es del valor verdadero, que con fuerza superior y como con magnética influencia avasalla, rinde y anonada. Por manera que la nobilísima actitud de Sarasti, se atrajo la simpatía de esos mismos hombres que tal vez pudieron ser hostiles, y ligóles á su persona, de modo que se resolvieron á acompañarle en la inmediata campaña que se preparaba, en aquel mismo día. Triunfos semejantes no son reservados sino á hombres de espíritu superior.

II.

Mientras Sarasti regresara de su empresa, los demás compañeros que estaban en Patate, se dieron á coleccionar los pocos y valientes mozos de aquel pueblo, á fin de armarlos y disponerse á la resistencia contra las tropas de los Cles. Ortega y Navarro que se hallaban situados en el vecino canton de Pelileo y prontos á la incursión en Patate, puesto que ninguna dificultad ni peligro estorbaba ya su intento. Los Sres. Baquero y Dillón, que, como antes lo hemos referido, regresaron á su casa, habían marchado primeramente á Ambato y referido á Ortega la dispersión de nuestra gente á consecuencia de la derrota de las fuerzas de Landázuri en Cayambe, y las demás noticias recibidas de Qui-

to. Por consiguiente, los dos Cles. movilizaron inmediatamente sus 900 hombres hacia Patate, temerosos no ya de peligro alguno, en sabiendo que no había quien les opusiera resistencia, sino de quedarse cortos en el merecimiento y gloria de debelar con su invicto y tradicional valor, la *facción miserable* que osaba levantarse contra su inmortal caudillo. En efecto el 6 de Octubre sentaron sus reales en la plaza y cuarteles de Pelileo, y el 7 se disponían á penetrar en Patate á tambor batiente, y clarín herido. Así lo hubieran verificado, si por dicha no se hubiese alcanzado á reunir 35 hombres entre los 17 colombianos que Sarasti logró traer de los que llevaba el Gral. González, y los que en Patate se alistaron, incluso los Sres. Antonio y Emilio Alvarez, el Comandante. Arteaga, el joven Alejandro Alvarez, los dos hijos del Gral. Sarasti y el autor de esta narración. El Dor. Alvarez había partido, como llevamos dicho, á Baños, para detener á los demas jóvenes y gente de tropa que en la noche del 4 se habían dispersado, tomando la vía de Baños á Riobamba y al corazón de las montañas.

El sábado 7 á las 8 a. m. mientras se combinaban con grande miramiento y cautela la manera de contener al fuerte y numeroso ejército de Ortega, presentaron en la plaza de Patate unos cuantos medrosos labriegos dando desaforados gritos y avisando *que ya las fuerzas enemigas se hallaban sobre el frente del sitio denominado Patate viejo, y se ocupaban en restablecer el puente para pasar á Patate*: cosa sumamente facil, pues tres vigas, desprendidas del lado del pueblo, habían quedado fijas en los mismos puntos en que se apoyaban en el opuesto. Ante semejante aviso, con la celeridad del caso, partieron violentamente hacia el punto ocupado por los contrarios, no los 35 hombres, sino el diez por ciento de ese numeroso ejército!!! pues los restantes debían acudir al otro punto del Norte, por donde se nos había anunciado que invadiría simultaneamente la tropa de Ortega, pues aquella dirección al propio tiempo que era de más facil acceso para ellos, reunía la ventaja de cerrarnos el paso para hacer imposible la evasión, presupuesta nuestra derrota, de que no dudaba el invasor. Era por lo mismo inevitable acudir con más precisión á conjurar ese peligro.

Al momento en que se alcanzó á divisar á la turba que

maniobraba en el puente, el joven Darío Sarastí, disparó un tiro, y cual si hubiese sido aquella una banda de tímidas torcazas, y como si el miedo les hubiese prestado vigorosas alas, desaparecieron de aquel sitio sin quedar uno solo. Tenían razón: aquella turba era una partida de 80 indios que el Cnel. Ortega había mandado como *vanguardia* al mando del Teniente político para que colocaran el puente, se persuadiesen de la ausencia del enemigo, y entonces bajar él con sus conmitones y camaradas á recoger los laureles de tan reñida campaña. El Teniente regresó á Pelileo á carrera tendida, aturdido con el silvido de la homicida bala, y jadeante y exánime refirió la aventura al jefe enemigo; quién, segun hemos podido averiguarlo, motejó de cobarde y fantástico al mensajero, y le aseguró que ni tal enemigo había en Patate, ni tiro alguno se hubo disparado; que en prueba de ello bien pronto iba él á bajar, y si no había á quien combatir pasaría, y si había, pasaría también, para acabar con esos cobardes.

Apenas había trascurrido una hora desde esta escena, cuando nuevos y repetidos mensajeros se presentaron en la plaza de Patate con la nueva de que la tropa enemiga descendía ya al puente en son de guerra, y anunciaban también que al mismo tiempo que por aquel punto, venía otra numerosa partida por la opuesta vía de Cusatahua y San Francisco. Aquello parecía muy natural y verosímil y por tanto á impedirlo debía marchar la mayor parte de los 35 hombres, al mando del Gral. Sarasti, ocupando posiciones ventajosas, á fin de cuidar ese flanco y dar seguridad á los que debían acudir al *puente de Patate viejo*, defensible con pocos, por el hecho de no haber otro paso de la una á la opuesta ribera.

Cúponos encargarnos de la defensa de aquel sitio con los Sres. Arteaga, Emilio y Alejandro Alvarez, Darío Sarasti y el Capitan Vicente Zapater. Atendido el peligro, observamos que no bastaban los 5 individuos para contrarrestar el empuje de los numerosos contrarios, y á todo escape regresamos á pedir al Gral. Sarasti auxilio de mayor número; más habiéndonos observado Sarasti que para la seguridad de los que íbamos á defender el sitio del puente, era indispensable se nos amparase por la retaguardia, para ello quedaba escaso el número si se desviaban algunos de los que debían acudir á la de-

fensa del punto por donde venía á ser más manifiesto el peligro. Con todo pudimos obtener cuatro soldados mas, y nos preparamos á la defensa en una lucha absurda, pues los 9 apenas alcanzaban á ser unidades de las centenas del enemigo.....

III.

Ocultamente y con la mayor cautela avanzó este ejército de los 9, al encuentro del opuesto, cuyo número, si hubiesen combatido con flechas, habrían podido taparnos el Sol, para pelear á la sombra, como respondió Leonidas cuando le anunciaron la venida del innumerable ejército de los persas. Aprovechando de la distancia á que estaban las fuerzas del Cnel. Ortega y de la lentitud de sus movimientos, ordenóse que el joven Darío Sarasti con los cuatro colombianos se situasen entre los paredones de una casa derruida, hacia la playa del río de Patate, ocultándose allí sigilosamente; y los cuatro combatientes arriba enumerados, colocáronse dominando la altura de la playa en una especie de reducto á propósito para el caso. Impartióse al joven Darío la orden de no disparar un solo tiro sobre el enemigo, áun cuando éste nos acosase con sus fuegos, mientras no se oyese las detonaciones de los cuatro de la parte superior, colocados en el lugar que hemos dicho, llamado *Buenos ayres*, posición ventajosa que ofrecía la comodidad de inspeccionar detalladamente el movimiento de los contrarios, ayudados de un anteojo de grande alcance, que permitía observar las más insignificantes acciones de todos los que acompañaban á Ortega, que se disputaban la vanguardia, mientras tenían acaso la convicción de la ausencia de todo peligro. Dispuesta así la situación, esperábase con grande ardor, no menos que con terrible inquietud el descenso del enemigo, hasta que llegase á ponerse en un punto accesible á los tiros de las armas de nuestros nuevos batalladores.

Uno de los cuatro clavada la vista en el anteojo coel piloto en el gobernalle de un navío, y sin apartarla un instante, áun en medio de los fuegos contrarios, anunciaba á sus compañeros cuantos movimientos observaba en los invasores, y al propio tiempo les indicaba la naturaleza de la resistencia que debía oponérseles para no malograr una ocasión de dar una saludable

lección, ó por lo menos un provechoso susto al jactancioso enemigo, y en esta uniforme actitud y voluntad convenidos, le esperaban todos con el arma preparada, y el espíritu anheloso. Mas el Cnel. Ortega, con su numeroso séquito y todo el Estado Mayor, conducidos por un avisado guía y muy usado en los ocultos vericuetos y enrucijadas de aquellos campos, torcieron el camino que conducía al puente, y lo enderezaron hácia Baños por la hacienda de Guadalupe, causando con ello una profunda pena á las nueve apercebidos á combatirle con repentinamente alarmas y provechoso estrago de las enemigas filas. Habrían caminado unas cuatro ó cinco cuadras en aquella dirección, cuando hicieron alto desviándose á una casucha, cuyas bardas formaban á modo de trincheras en toda la longitud del camino que mira al frente del territorio de Patate. Dejaron allí las caballerías y la gente de á caballo á pié y los soldados de infantería, acercáronse á la acomodada trinchera, de donde, perfectamente resguardados, rompieron los fuegos con atronador estrépito y recomendable coraje. Dimidiaba entre los enemigos una distancia de 15 á 20 cuadras, y apenas si se advertía la aproximación de los proyectiles en las cercanías de los defensores del puente. Como no se hubiese disparado ni un solo tiro del lado de Patate, los invasores suspendieron los fuegos, despues de un cuarto de hora, y volvieron á tomar los caballos para desandar lo andado. Así lo hicieron, y se conocía en la manera con que volvían, que aquel ensayo para descubrir la presencia de los nuestros, hábales persuadido de que no había en la costa los anunciados moros que buscaban.

Llegada la tropa al punto en que se uneu las dos vías, tomaron la que conduce derechamente al sitio del puente, desplegando la gente en guerrillas, ya para intimidar con el número á los contrarios, si los había, ya para evitar un estrago en el caso de ser por ellos atacados. Adelantaron resueltamente en el camino; y como Ortega alcansase á divisar con su pequeño anteojo un numeroso grupo en la *Loma de Pitula*, tomóla por gente enemiga y mandó tocar *alto la marcha*. Un nuevo simulacro de batalla y un poco del usado desperdicio de pólvora y proyectiles desvaneció su temor, pues tampoco se disparó tiro alguno de contrario en este nuevo ensayo. Suspendió entonces el fuego; y como

el jefe invasor notara que el grupo de Pitula no se había dispersado ante los fuegos de la fusilería enemiga, desplegó una táctica muy del caso y á propósito para inducir á miedo los corazones de los nueve que ocultos y resueltos esperaban la refriega. Consistió esta en signos de convenida *reunión* manifestados así por ademanes como por repetidos toques de corneta, de lo cual advertiéndonos el Comandante Arteaga como veterano y práctico en la guerrilla. Advertidos del peligro y temerosos de que los 27 hombres que al mando del General Sarasti acudieron á la defensa de Río-blanco para asegurarnos la retaguardia, hubiesen sido batidos por la superioridad de los contrarios, desviamos el anteojo del enemigo del frente y lo dirigimos á la Loma de Pítula, en donde se distinguía á la simple vista, la apariencia de soldados distribuidos en guerrillas numerosas. Fijado el anteojo en ese objetivo, descubrimos que aquella gente no sólo no era enemiga, sino que eran las mujeres de Patate, que asomadas en aquella loma, formaban el *cuerpo de reserva*, para cuya apariencia habíanse recogido las faldas á guisa de gregüescos; y á las órdenes de un travieso capitán, que discurría á caballo delante del femenino ejército, llamaba porfiadamente hacia él la atención del enemigo perplejo y acobardado. Con esta visión serenóse el inquieto y perturbado ánimo de los nuestros, y firmáronse en la resolución de conjurar el peligro y postrar al temeroso enemigo.

Con más cautela que coraje continuó bajando hacia el puente la tropa de Ortega y estimulando con su aproximación el juvenil ardor de los que le aguardaban con ansiedad indescriptible. Acercáronse á la última casuca próxima al río, y se disponían á dejar á buen recado las cabalgaduras para seguir pié á tierra camino del puente, cuando ya impacientes los nuestros con la vista del Capitán enemigo que desafiaba con su presencia el antiguo rencor y enojo que se había concitado con su tenaz adhesión á la causa infamatoria de la honra nacional, empezaron á graduar en 500 metros de precisión al alcance de los remingtons, esperando que desfilase el enemigo por la parte más angosta del camino, accesible en toda su extensión á los tiros del frente, para descargar sobre él, y allí finalizar con un solo golpe la funesta guerra que tanta sangre y lágri-

mas ha demandado á la Patria moribunda. Mas aconteció que mientras la mayor parte del Estado Mayor del Cnel. Ortega, ocupábase de asegurar sus caballerías, salió éste de la casa, y colocándose al frente de la pared que limitaba el patio, aplicó su anteojo á la vista y empezó á recorrer con avidez el campo que se explayaba á su frente, y hé aquí que uno de los más ardorosos de nuestros jóvenes no pudo contener los ímpetus de su coraje y aflojó el tiro sobre el contrario. Dicho tiro fué instantáneamente segundado por todos; pero la facilidad con que Ortega y los suyos se ocultaban en la casa del puente, alcanzó á evitarles el inminente riesgo en que se vieron de perder la vida. De esta manera acaece con frecuencia que el deseo de vencer que cada uno tiene en una batalla concertada con industria y sigilo, ofrece mayores dificultades para el buen éxito, que cuando una rigurosa disciplina militar somete el juicio y enfrena el ardor impaciente de valerosos soldados.

Ocultáronse pues todos los enemigos y se agruparon en torno del *saracum focum*, esperando sin duda la muerte con sobresalto en el corazón y palidez en el semblante. No contestaron con un solo tiro los disparos de los nuestros; y tan súbito y grave fué el espanto que les sobrevino, que abandonaron á su instinto salvador las caballerías, las que se dieron á correr por esos trigos, sin quedar más que seis ú ocho que fueron todas víctimas de la cobardía de sus ginetes. Cuando de vez en cuando asomaba alguno un perfil de su cuerpo, apenas perceptible, el vigía que no abandonaba un momento el perspicaz anteojo, lo indicaba á los compañeros, y al instante el curioso incauto desaparecía aterrado por el silbido del proyectil que zumbaba á sus oídos anunciándole hórrida muerte.

IV.

Hacia la una del día tuvo principio esta accion de armas, y en las condiciones referidas manteníase el enemigo bajo la mortal presión de los fuegos contrarios, reducido al asilo de la casita en que se amparaba, sin un solo caballo para intentar la evasion aunque fuese á costa de un peligro; y sobre todo sin tener medio para que el Cnel. Navarro, que se había quedado en Pelileo

con el resto del ejército, tuviese conocimiento del peligro y angustia que trabajaba á su congénere y amigo. Los mas ardientes de los jóvenes que tan halagüeño resultado habían conseguido, resolvieronse á vadear el río, ó pasarlo de cualquier modo para rendir definitivamente al enemigo y apoderarse de las armas, municiones y demas elementos que contenian sus reales. A este fin despachamos un parte al General Sarasti, que, como llevamos indicado, habia partido con los 27 hombres á hacer frente á los que conducidos por otros jefes, debian atacar por el Norte del territorio que los nuestros ocupaban. En dicho parte se le comunicaba la situacion del enemigo, y en consecuencia la facilidad que se prestaba para pasar el río y alcanzar el objeto propuesto. Para ello era tan sólo necesario un auxilio de 15 hombres avezados á hechos hazafiosos, los cuales pasasen al frente en union de los ardorosos jóvenes que estaban dispuestos y anhelosos del asalto. En esta coyuntura llegaba de Baños el Dr. José Alvarez dando cumplimiento á su misión de reunir á los dispersos que allí encontrara, y de hacer postas á los que hubiesen salvado aquellas montañas en dirección á las de Riobamba. Palpó dicho sugeto el estado del adversario común y apoyando el concebido proyecto de pasar al frente para consumir la victoria, pasó aceleradamente al lugar en que se habia situado Sarasti en expectación del anunciado enemigo. Sea por el prudente temor de que este concurriese luego por aquella via, y llegara á penetrar en Patate, al no hallar resistencia; sea por lo avanzado del día, malogròse por entonces este dictamen más de temeridad que de osadia. Ortega con los suyos pudo incorporarse con los demás de Pelileo, favorecidos así por los fuegos de la tropa de Navarro que bajó á *cinco cuadras de Pelileo*, tan luego como recibió aviso del corneta que pudo escapar por la culata de la casa; como protegido por la oscuridad de la noche que extendió sus sombras, en aquella ocasión desfavorables, pues alguno de los enemigos que se hallaron en aquel conflicto, ha confesado después sin violencia, la resolucion del General Ortega y los demás, de entregarse, las manos vencidas, á los nuestros, que á cada instante creian ver arrojarlos sobre ellos en aquella fatidica y memorable casita. La playa del río estaba defendida por el Sr. Antonio Alvarez en los puntos, accesibles al ené-

migo.

Imponderable fué la lluvia de balas que disparó la tropa del Coronel Navarro sobre muchos defensores. . . . pues los proyectiles caían al rededor como gotas de agua; sin embargo no hubo un solo herido, y lo que es más aún no escasearon sus disparos sobre el ejército contrario. Arteaga, malogrado y heroico hijo de Marte, alzó repetidas veces su erguida frente y ofreció su pecho á las balas enemigas, á trueque de dirigir las suyas al lugar de donde se escapaba y á la amedrentada gente que comandaba los Cles. Ortega y Paredes, quienes dieron en aquel día una entretenida y chamuscada escaramuza á los noveles guerreros, en cuyo pecho germinaba ya la cimiento de los héroes. Así terminó aquella jornada del 7 de Octubre, á las seis y media de aquel día: los moradores de las casuchas contiguas á aquel sitio aseguran, segun se nos ha referido, que al siguiente día al rayar del alba, bajaron de Pelileo algunos soldados, y arrojaron á las aguas del turbulento Patate tres cadáveres, y llevaron á Pelileo dos heridos. Nosotros salvamos la *veracidad* de la historia en este punto, pues no tenemos el pleno conocimiento que se requiere para afirmarlo: tan sólo al recorrer aquel campo al siguiente día, pudimos contar cinco caballos y un mulo muertos, tendidos en el camino.

V.

A las siete de la noche regresaba el Gral. Sarasti de la altura denominada *Mundu*, donde había permanecido todo el día aguardando la llegada del enemigo anunciado; y á la misma hora llegaban también al pueblo de Patate los que en ese mismo día habíamos trabado el conflicto que hemos descrito. Reunidos todos los promotores de aquel movimiento en una casa para deliberar maduramente acerca de la situación, el Dr. José Alvarez manifestó el éxito de su comisión á Baños, y la imposibilidad actual de convocar á la gente dispersa en San Francisco en la noche del 4; pues la mayor parte había ya internándose en diferentes direcciones, persuadidos de la impotencia de nueva reacción; que en Baños apenas había podido reunir 7 individuos á fuerza de insinuación y sagacidad, los cuales quedaban con el Capitan Folleco guardando el

puede de *Pititic*, para que las fuerzas de Pelileo no penetrasen por allí. Previsión cuerda y oportuna, pues en efecto si tal cosa hubiera llegado á acontecer, era inevitable y eficaz la ruina completa de la pequeña facción reaccionaria de Patate; porque así quedaba cerrada la única vía posible para una retirada, dejándonos completamente incomunicados y adueñado el enemigo del más expedito camino para penetrar en el territorio de Patate, sin los inconvenientes que ofrecía el paso del río, cuyos puentes se hallaban derribados. Y como el diminuto número de esos 7 era incapaz de contener el empuje de 900 hombres, propuso como único recurso la retirada á Baños, así para incorporarse con los demás á quienes había despachado postas (1), como para evitar un conflicto desastroso con las tropas enemigas, que al siguiente día debían acudir en mayor número para colocar el puente y penetrar sin resistencia notable en Patate.

Lo mismo opinaron los demas vocales de aquel pequeño consejo de noveles capitanes, y tratóse inmediatamente de movilizar la gente á Baños. Para esto se decidió que en Patate quedase uno con cinco individuos apercebidos á la defensa de la invasión esperada, y para que así se llamara la atención del enemigo, y se favoreciese la retirada de los demás. Se resolvió que otro partiese á Quito, para averiguar el estado de las operaciones del Norte, y según ellas ver si era ó no posible mantenerse en armas en el Centro, apoyando aquella invasión, y en tal caso procurarse los recursos necesarios, pues no se contaba absolutamente con este motor de la guerra. Debía además traer consigo unos 50 hombres armados que segun las comunicaciones de Quito, estaban listos para engrosar la reacción de Patate, y comunicarlo por la posta al que quedaba en dicho lugar, para que este á su vez lo anunciara á los de Baños, á fin de que oportunamente se incorporasen todos.

A las diez de la noche se realizó el partido propuesto habiendo marchado á Baños el Dr. José María Sarasti, sus dos hijos, el Sr. Antonio Alvarez, el Sr. An-

(1) El joven Leopoldo González que tan infatigable y constantemente acompañó al General Sarasti, partió á Riobamba con este objeto.

tonio Arteaga y el joven Alejandro Alvarez con toda la gente; pues áun cuando debieron quedar cinco para guardar Patate, el inminente peligro que les amenazaba al frente de todo el ejército enemigo hizo esquivar la orden á los señalados y todos partieron con Sarasti y los demás jefes. El Dr. José Alvarez con su hermano Emilio, marcharon á Quito con el intento enunciado, por las alturas y desconocidos páramos de la parte oriental, para no ser sorprendidos por los enemigos que se suponía estar emboscados en las vías ordinarias; y se designó al que esto escribe para la defensa de Patate y lazo de unión con los que habían partido á Baños y los que debían venir de Quito.

Todo se ejecutó con singular concierto y prontitud, y el domingo 8 de Octubre no se veía en Patate más gente armada que uno que discurría á caballo por la longitud de la playa del río disparando de vez en cuando ya aquí, ya allá, ya acullá para [que los contrarios no sospechasen nada de cuanto por la noche se hubo practicado. Dejemos marchar entre la oscuridad y silencio de lóbrega noche ese pequeño grupo de hombres que llevan consigo la esperanza y la honra de la Patria; bien pronto les hallaremos como varones diestros, usados en infortunio y dispuestos sin restricción al sacrificio.

VI.

De no pequeña consideración debió ser el estado moral del Cnel. Ortega y los suyos en aquella noche, al contemplarse no solamente burlado en su propósito, sino corrido é intimidado. En cuantas furibundas exclamaciones prorumpirían sus labios! cuántas recriminaciones justas habrían dirigido á Baquero y Dillon, que así le habían engañado, asegurándole con tan minuciosos detalles el desbarajuste y aniquilamiento de las fuerzas revolucionarias de Patate el 4 de Octubre! Con la escena de aquel día creyó indudablemente que todo lo referido por sus dos coopartidarios y amigos, no había sido sino fingimiento é intriga de los nuestros, enderezada al desenvolvimiento de algún plan infernal. Y sin embargo, verdad y palmaria fué el hecho de la disolución de las fuerzas en San Francisco; terrible y funesto el esparcimiento de todos los reaccionarios; y tangible y positiva la separación del Ge-

neral González y gran parte de los suyos; pues aunque le hubiese parecido numeroso el ejército que combatió en el puente, no fueron sino 9!!! porque de los 35 hombres que componían el total, los 26 se hallaron lejos de aquella acción, esperando también al enemigo para hacer en él, sino mayor, idéntico escarmiento. Este hecho de armas fué de muy fecundos resultados, pues creyeron sin vacilación los jefes contrarios, que las fuerzas de Sarasti eran fuertes de 400 plazas, y de gente bizarra y aguerrida : la verdad de esta creencia del Cnel. Ortega y demás Capitanes de la Dictadura se prueba con los siguientes hechos que pasamos á narrar.

VII.

Profunda y justa era la consternación de los moradores de Patate cuando al amanecer del 8 de Octubre, reconocieron el aislamiento en que se hallaba el pueblo, sin la pequeña guarnición para su defensa, y abandonada á las mujeres, ancianos y niños la seguridad de esa aldea que iba á ser en breve presa de los furios del saqueo y pasto de las iras del feróz Mavorte. Las mugeres de esa singular población, á pesar de su ánimo esforzado y viril, venían llorosas á donde nosotros, fiando en nuestra solicitud y sacrificio la defensa de su honra, de su vida, de su pequeño patrimonio ; y como de un momento á otro se esperaba que el numeroso ejército enemigo estimulado por la venganza, se desbordase sobre Patate como un turbión arrasador, dispusimos que las mugeres y los niños se situasen en lugares adecuados, como centinelas avisados, para anunciarnos la venida del enemigo. En efecto, hacia las 11 del día, dejóse ver por el declivio opuesto una partida de tropas que descendían sigilosamente hácia la playa del río, en tanto que una numerosa cohorte se agazapaba en una loma que domina todo la encañada de Patate, con ánimo, sin duda, de proteger con sus fuegos el descenso á la playa de las tropas de vanguardia. Entonces proveyóse á la defensa colocando *tres* tiradores en la misma posición de *Buenos ayres*, donde el día anterior tan buen éxito se había alcanzado ; y situando *otro* ocultamente en el lugar de la *tarabita* para impedir que la volviesen á colocar y pasasen por allí, miéntras nos llamaran la atención estrategicamente por el otro lado. Estas disposiciones fue-

ron adecuadas, pues sea por que aquel movimiento del contrario fuese falso, sea por que unos pocos tiros disparados del lado de Patate, hiciesen entender á las fuerzas enemigas que estaban defendidos los lugares expugnables, suspendieron su marcha los invasores, y aquel día pasó sin novedad. Durante la noche, se vigiló cautelosamente toda la playa, y de cuando en cuando hacíamos disparos en diferentes lugares, para que los contrarios conociesen que toda la línea estaba oportunamente defendida.

El lunes 9, muy por la mañana notóse el movimiento enemigo hacia la codiciada ribera, y parecía que en esta ocasión sería más osada la intención y más determinada la marcha, pues según los informes de los vigías, se aseguraba que habían ya tomado ocultas posiciones de modo que los lugares defensables de Patate, se hallaban ya dominados por los fuegos contrarios. El conflicto consistía entonces para nosotros en la escasez de hombres que pudiesen hacer uso provechoso del arma defensora, pues los dos que en el día anterior habían acudido á cuidar los puentes invadidos, habíanse marchado á Baños á incorporarse con los otros, temiendo con justicia ser víctimas indefensas del enemigo. Cualquiera que no hubiese presenciado el estado de esta situación del cerco de Patate, ó que no hubiese seguido paso á paso el curso de los acontecimientos de la *inverosímil* campaña que narramos, negaría con sobrada razón su asentimiento y credulidad á los hechos que referimos: y no nos ofenderíamos si hubiese quien dudase de la veracidad de nuestra narración, si por otra parte no pudiésemos apelar, para comprobarla, al testimonio uniforme de mil habitantes de las regiones que fueron el teatro de estos acontecimientos inverosímiles, y áun al irrecusable de los numerosos contrarios, á cuya presencia hemos emprendido la presente historia, *desafiando* las reclamaciones apasionadas de los querellosos; el resentimiento de los jactanciosos y pueriles; las murmuraciones de los espíritus egoístas y mezquinos; la odiosidad de los menos favorecidos; y en fin la injusta aversión de aquellos en cuyo detrimento viniesen á redundar los acontecimientos que han tramado la tela de nuestra historia. Al principiarla hemos dicho que debemos fijar indeleblemente el testimonio de verdad de los hechos contemporáneos, para que los contraríen, recti-

fiquen ó desmintan los coetáneos; para que así acrisolados por la lucha del presente, pasen á la posteridad, llevando consigo la victoriosa sanción de la verdad. Prontos y dispuestos estamos á acoger las observaciones y reproches que se nos dirijan, seguros de que si alguna pequeña inexactitud hubiese en esta narración, además de ser sobre algun punto enteramente secundario, y que en nada alteraría la esencia de la verdad del hecho, ninguna falsedad, pero ni siquiera exageración puede con justicia achacársenos. Referimos acontecimientos que en su mayor parte nos constan, como actores; y cuando no hemos podido serlo, hemos cuidado de recoger la verdad de fuentes puras y no inficionadas por el hálito de intereses abanderizados, ó enturbiadas por el fango de miserables pasiones.

El hecho fué que en aquel día sin mas concurso que el apoyo moral de dos Sras. jóvenes, dignas por su serenidad y temple de ser esposas de los Horacios y Curia-cios de la antigua Roma, sostúvose también el provechoso *statu quo*, á cuyo favor pudo Sarasti engrosar sus reales y robustecer su pequeña facción en Baños. Para oponer alguna resistenécia á los invasores en este día, despaachóse un muchacho á la vecina hacienda de Yamate, de propiedad del Sr. Antonio Alvarez para que trajese de allí el único remington que quedaba, tomóse otro de la hacienda de Pitula, que afortunadamente era servible; y con tres mas que se tenia pudimos armar cinco muchachos para acudir al encuentro del aguerrido enemigo. Habiendo llegado ocultamente á un lugar por donde no podían menos de ser visibles al contrario bando, usamos de una engañifa para quintuplicar el número, haciendo pasar y repasar á los cinco por un mismo lugar con diferentes apariencias; pues en la 1.^a ocasion desfilaron con *ruanas*, y por una vereda oculta volvieron al mismo camino para volverlo á pasar cruzadas las *ruanas*, luego repitióse la escena sin ellas, y por fin en otras actitudes análogas. Colocados finalmente en lugar seguro y adecuado, esperamos al enemigo que permanecía aún emboscado; y como este no hubiese avanzado más, á las 5 de la tarde se hizo una descarga simultanea de los 5 *remingtons*, que fué contestada por otra de la opuesta ribera: de vez en cuando y en lugares diferentes repitieron los de Patate sus disparos, y tambien los del frente los suyos, sin

que hubiese pasado el juego de Marte en aquel día de inocentes salvas y andanadas atronadoras.

En los días 10 y 11, aún cuando las tropas de los Cneles. Ortega y Navarro continuaban en Pelileo, no pasaron de vigilar los puntos dominantes y disparar frecuentemente cuando distinguían algunos transeuntes por los caminos de Patate, pues en estos dos días suprimieron el movimiento inconducente de sus tropas, con intento de trasladarse á Patate. Parece que esta táctica tan favorable á la reaccion antidictatorial, provenía del desacuerdo de los Jefes que comandaban el ejército contrario. Asegúrase que el Cnl. Ortega porfiaba tenazmente por la invasión á Patate, y que Navarro, su contendor, se oponía con igual tenacidad á tal propósito, temiendo un sangriento estrago en sus tropas. No se nos alcanzan las razones que para ello habrán empleado los dos Cneles. rivales, pues la historia no ha podido descubrir si estas eran fundadas en motivos racionales, ó eran sugeridas por el miedo que suele decirse que es de gigante estatura; ó si provenían de celos y etiquetas de disputada preeminencia. Lo que sí podemos aseverar es que en esta oposicion de los Jefes conductores del aguerrido ejército, sostén de la Dictadura, palpamos visiblemente la mano de Dios, que sirviéndose de los medios ordinarios y dejando á los hombres obrar segun el dictámen de mal aconsejadas pasiones, favorecia decididamente los generosos esfuerzos de los hijos abnegados de la Patria; robustecía su corazón no solo con el propio valor sino con la deficiencia de acertado consejo en el contrario; y ostentaba, en suma, su indudable proteccion suscitando un caudillo obra suya para que, aunque débil por entonces y destituido de recursos humanos, condújese á su pueblo victorioso y rehabilitado á la posesión de los sazonados frutos de la civilización verdadera, que es la que ofrece el árbol de la libertad plantado á la sombra de la cruz redentora. ¡Feliz el Ecuador si acierta á sengundar los designios de la Providencia y muestra ser un pueblo cuerdo y digno de los favores que el Cielo le ha dispensado!

VIII.

El miércoles á las 5 p. m. estábamos, como de ordinario, con la vista fija en el anteojo tratando de enterarnos de

los mas pequeños movimientos del *ejército filisteo*, cuando alcanzamos á ver que como unos 200 hombres entre infantería y caballería desfilaban por el camino de Baños, en la mas alta superficie del horizonte que limita el pueblo de Pelileo. Semejante movimiento nos puso en gravísima y justa alarma; reflexionamos que aquello podía ser motivado ó por una marcha verdadera hácia Baños, ó por una extrategia, euderezada á inducirnos en un engaño de muy fatales consecuencias. Si lo primero, iban Sarasti y los demás compañeros á ser inopinadamente sorprendidos y exterminados allí, pues ellos descansaban confiados en que de Patate se les despacharía posta de aviso en caso de una emergencia desfavorable ó de movilización de los enemigos en dirección á Baños. Si lo segundo, aquel movimiento podía haber sido fingido para procurar se creyera que se dirigían á Baños, á fin de que acudiesen los nuestros á prevenir el conflicto en dicho pueblo, y entonces torcer la vía y trasmontar la altura para dirigirse por el camino llamado de *Chumaquí* y *Chiquicha*, y venir á Patate por Cusatahua ó por el puente de S. Francisco que se conservaba aún. De todos modos había que conjurar un peligro gravísimo para la renovada campaña, y por tanto era menester que lo supiese el Gral. Sarasti. Eran las siete de una noche lóbrega y oscura: no había quien se prestase á atravesar el pésimo camino á Baños, entonces erizado de mayores peligros que los que de ordinario tiene, y hubimos de marchar personalmente á comunicarnos con el Jefe de Operaciones y manifestarle la conveniencia del regreso de una fuerza siquiera de 30 hombres á Patate. En este día recibimos del General Sarasti una carta que será bueno trascribirla aquí, para que se conozca y estime la situación y los *formidables elementos* en que se apoyaba la nueva reacción contra la Dictadura.

“Baños 10 de Octubre.—Nos hallamos en este pueblo donde todo marcha satisfactoriamente. Desde mi llegada aquí hemos tratado de organizarnos de una manera conveniente, y espero la gente que debe regresar con el posta que les ha hecho José y dos más que he despachado yo. He logrado enganchar algunos y se me han aumentado siete. Tenemos 15 más desde mi venida á Baños: nuestra reacción es un hecho casi seguro. La Providencia nos protege, pues contamos ya

con cerca de 60.

Confío en el valor y patriotismo de Ud. y en que lo prevendrá todo con la inteligencia que acostumbra para evitar allí un percance que nos acabaría á todos: procure entretener la situación como hasta aquí, mientras regrese José, ó el posta que debe mandarnos de Quito con noticias de Landázuri y la cosa de Cayambe, que no sabemos de positivo. Envío á las órdenes de Ud. al Teniente Llerena con tres individuos más para que le refuerzen y vigilen todo. Los que debieron quedar en Patate con Ud. se han venido y le considero solo.

Vuelvo á encargarle, por Dios, que prevenga todo y continúe entreteniendo á Ortega como si estuviésemos todos allá, pues de Ud. confiamos para obtener la reacción que aguarda aquí su afectísimo.

José María."

Por ser individuales los azares y peligros que corrimos en el camino á Baños en aquella memorable noche, omitimos su narración que no conduce al interés de la historia. Baste saber que hubimos de arrostrar el serio peligro en que nos vimos de ser muerto por la avanzada de los propios en el puente de Baños, y que á las 12 de la noche llegamos á dicho pueblo. Habiendo puesto en conocimiento del Gral. Sarasti lo que dejamos referido acerca del movimiento de las fuerzas enemigas y conferenciado sobre ello con los Sres. Antonio Alvarez, Arteaga y Pacífico Chiriboga, que se había ya vuelto á incorporar con los demás, ordenó Sarasti que inmediatamente se previniese la marcha de la gente de Patate, con el Capitan Vicente Zapater, y que los demás se movilizarían al siguiente día en la misma dirección á Patate, para conjurar el peligro que amenazaba. Así se verificó, y á las 8 de la mañana del 12 de Octubre entró en el pueblo de Patate una escolta de 18 hombres, dispuestos como al principio á correr cuantas aventuras les deparase el caprichoso juego de la guerra.—El cometa casi tangible en ese Oriente desplegaba como nunca su enorme cabellera lúcida, y alumbraba con diáfana y debil luz á los viandantes.....

IX.

A las tres de la tarde del mismo día incorporáronse con nuestra gente Sarasti, el Sr. Antonio Alvarez y los demás, en número de 20; habiendo quedado en Baños el Comandante Arteaga con los jóvenes Arsenio y Rogelio Suárez, Juan Villacrés, Hidalgo, el Cptán Erazo y tres colombianos que no pudieron marchar por enfermos. Al pasar por el frente de la hacienda de Guadalupe, fueron acosados por los fuegos de una avanzada enemiga, situada en el punto llamado *Cardón*, en que media entre los caminos ribereños una distancia aproximada de 450 á 500 metros. Desplegados en guerrilla los 20 hombres sostuvieron los fuegos, y continuaron la marcha hasta doblar un recodo donde se oculta el camino á la vista del opuesto lado. La avanzada contraria continuó disparando, pero sin causar el menor daño en los nuestros. La misma escena repitióse en otro lugar de la vía, próxima ya á la entrada de Patate, hasta que cesaron definitivamente los fuegos con la caída del sol en el Ocaso.

El ejército contrario fuerte de 900 plazas, podía sin menoscabo notable dividirse en brigadas de 100 y 200 hombres para intentar la incursión en el territorio que ocupaba la pequeña fuerza de que disponía el General Sarasti; y como según el movimiento del día anterior, corroborado por un aviso oportuno, parte de los enemigos había sido vista al atravesar por el camino de *Chiquicha* en dirección á Quillán, era lógico presumir que dichas fuerzas habían marchado á circunvalar la línea de ataque, ocupando el puente de Cusatahua y el de la hacienda de San Francisco de que hemos hecho repetida mención.

Jacula prevista minus feriunt, decían los romanos, insignes en el arte de la guerra. Un Cptan. de aventajadas partes en su ejército, no ha de extremarse en sobresalir por el ímpetu y denuedo en arremeter, cuanto por la discreción y cordura en prevenir, y por la oportunidad y acierto con que ha de revomer los mayores peligros, aunque fuesen remotos al parecer de los menos avisados. Y en esto mostróse Sarasti digno de ser señalado entre los Capitanes más prudentes y adiestrados. Cuántas veces despertábase el celo de los impacientes contra la lentitud de sus movimientos, y ofase

á lo somormujo cierta al parecer justificable queja, por no haberse practicado esto en vez de aquello; por haber remitido la ocasión de abalanzarse el enemigo para aventurar en temerario asalto el éxito feliz que alcanzóse á la postre con más calma y menos sacrificio; todo lo cual se debió á la serenidad, discreción y aplomo con que el ignoto y constante caudillo creó, esforzó y mantuvo el contrastado tercio que acabó con el enemigo en Patate, Sanandrés, Chambo, Quero y Quito, en cuyas lides buscó el suceso no con la fuerza robusta que le faltaba, sino con el artificio y combinación sesuda que estaban á su alcance.

Obedeciendo á esta táctica previsora aquella misma tarde, con la última luz del sol que se ponía avanzó Sarasti con 33 hombres á la altura de *Mundu* con animo de trabar pelea con el enemigo por ese flanco. Aquel lugar fué siempre el favorito de Sarasti, mientras permaneció en Patate; porque además de su elevación para dominar con la vista todo el horizonte accesible al enemigo, ofrecía la seguridad de no poder ser sorprendidos por contrario daño, hallándose defendida la parte oriental por una extensa y cuajada montaña de impracticable camino; la occidental limitada por el bramador Patate, cuyas aguas arrebatadas se estrellan contra las rocas que forman la base de la montaña, dispuestas en escalones, en partes perpendiculares y rápidos, y en parte en plano inclinado de superficie arcillosa, flexible y constantemente trabajada por el ímpetu de los violentos huracanes que ocasionan derrumbamientos continuos. La parte Sur mira hácia Patate, de donde la apartan terrenos interrumpidos con notables hendiduras y numerosas encañadas y ribazos; y finalmente por el Norte confina la indicada altura con la profunda sima por donde se abren curso las aguas del *Rio-Blanco*, hasta perder su pequeño candal en la confluencia del Patate. Por tanto venía bien la montaña de *Mundu* para desplegar en ella las tres decenas de combatientes de que venimos hablando. Excusado será que digamos que antes de emprender el camino á este cuartel al raso, Sarasti dispuso con tino y oportunidad la defensa de los demás sitios de Patate y del río, que pudieran ofrecer paso al enemigo, en el caso de que éste tratara de atacar por uno y otro cabo.

Acampada la gente en aquel lugar pasó la noche en

atalaya, sin que ningún conflicto sobreviniere.

En este estado llegó á nuestro conocimiento que una partida de gente allegadiza á los contrarios, habíase situado en el puente de Cusatahua y en la garganta que une el territorio de Pillaro con el de Patate, con el designio de impedir el tránsito de los pasajeros y no dejarles continuar hácia el pueblo, sino después de haberlos escrupulosamente registrado, cerciorándose de si eran ó nó portadores de comunicaciones, recursos ó pertrechos en favor de los reaccionarios. Sabíase que esta oficiosa partida no estaba armada sino con pocos remingtons, y que los más manejaban machetes, chusos y otros instrumentos más propios para intimidar á los campesinos, que para causar espanto en ánimos dispuestos y avezados. Era ya sobrado tiempo para que llegase de Quito el posta esperado, según lo anteriormente concertado, con noticias del estado de la guerra del Norte y de más datos conducentes á vigorizar la resistencia y encaminar la voluntad con decisión mayor, á la consecución del objeto de las aspiraciones generales. Sin embargo el expreso no llegaba y sólo sí súpose que en la hacienda de Cusatahua había sido maltratado y despojado un indio que conducía una carta que los contrarios tomaron. De este hecho concluimos que la comunicación era de Quito y aquel individuo su conductor. Hizose saber este incidente al Dr. Sarasti, pidiéndole al propio tiempo una pequeña fuerza para desalojar á aquellos intrusos que tan grave daño nos inferían. Inmediatamente despachónos al Cptan. Folleco con 20 hombres para obtener la evacuación del punto ocupado por los montoneros. Acudimos al conflicto, tomando la altura de la *Troje* de la hacienda de San Francisco del Sr. Barona, posesión ventajosa para dominar victoriosamente toda la cuenca que se dilata al frente, circunscrita por las suaves colinas que en derredor se levantan. Distribuidos los 20 hombres en una línea extensa y cautelosamente prevenidos para trabar batalla, hizo-se oír la corneta repentinamente, y los contrarios heridos de súbito espanto descargaron sobre los nuestros, ocultándose al propio tiempo unos entre los espesos matorrales y ribazos, y otros en el cauce de la acequia de la hacienda del Sr. Julio Velasco, la cual les ofrecía plena seguridad. Los 20 de nuestro lado también dispararon algunos tiros para mantener á los contrarios

bajo la presión del miedo, pero los otros no descansaron hasta que con las sombras de la tarde se dilataba la oscuridad en todo el campo. Pudieron entónces retirarse hacia Pillaro, alardeando una victoria que ni siquiera se había dejado columbrar, y narrando á la crédula población campestre las proezas y militares hechos que cada uno había practicado en aquel temeroso día. Habían pasado de 25 los soldados, que ocupaban esa posesión, á las órdenes del Mayor Antonio Bermeo, según lo manifiesta la nota que habla á este respecto. Folleco y la avanzada de Sarasti retiróse también á mejor abrigo, donde refrigerados y alegres pasaron la noche, ansiosos del alba para reiterar el ensayo intentado y adelantarse al enemigo en la ocupación de su territorio.

X.

Apenas rayaba la primera luz de la aurora, cuando Folleco, Leopoldo González, el joven Alejandro Alvarez, los Suárez, Rosero é Ibarra se adelantaban en precipitada marcha de la hacienda de Tontapí, donde pernoctaron, al puente de Cusatahua para ocuparlo antes de que los contrarios lo ganasen. A las 5 de la mañana mantenían ya aquella posesión sin el menor inconveniente; y observando que en aquel lugar podían ser atacados por la retaguardia por la brigada que había desfilado hacia el puente de San Francisco, que en el día anterior se conservaba intacto, determinó Folleco avanzar á sitio en donde pudiera prevenirse á la defensa; pero esta previsión venía á ser nula por cuanto la víspera de aquel día, habían en efecto descendido los contrarios con extraordinaria cautela, y obligado á unos peones á que destruyeran ese magnífico sólido puente, arrojando al agua las vigas y despedazando á golpe de hacha los sustentáculos. Con este procedimiento se vino á poner de manifiesto la táctica contraria que consistía no ya en invadir el territorio de Patate para debelar allí al pequeño enemigo; sino en evitar que éste cayese sobre el ejército de Ortega y Navarro, como parece que lo temieron y como lo comprueba el hecho de haber cortado el puente mas á propósito para intentar el paso.

No habiendo encontrado enemigo alguno en Cusata-

hua, apeáronse los de á caballo en la casería del Sr. Velasco, aseguraron las cabalgaduras, y todos á pié empezaron á ascender por la extensa cuesta de aquella campiña. No hubieron andado cinco minutos cuando en el límite superior apareció una compañía enemiga, como de 40 plazas que acudía á tomar las antiguas posesiones en el puente que ya habían ocupado los contrarios. Al punto dispararon estos sobre los 40, y al punto también volvieron los 40 las espaldas al peligro, poniéndose en vergonzosa y precipitada fuga. Los nuestros siguiendo su costumbre y modo de pelear, corriendo con ímpetu sobre el enemigo en la primera arremetida, acósanos llenos de coraje, y sin reparar en el número y fuerzas de los contrarios, ni en los ardidés de que podían ser víctimas al coronar la altura que se dilata al fin de la cuesta en extendida llanura, avanzan y avanzan picándoles aceleradamente la derrota.

Alentados con el suceso, ciéganse algunos y el Sr. Alejandro Alvarez con Folleco, Leopoldo González y dos mozos de tropa se arrojan temerariamente hácia la hacienda de Quillán, que naturalmente se suponía custodiada por numerosa tropa, así por ser punto extratéjico acomodado para desenvolver un plan militar, como por ser propiedad del Jefe más notable del partido contrario en la Provincia de Tungurahua, señalado en el regalo y comodidades de la vida, y en la posesión de cuanto fuese adecuado para su halago y amena pasadía.

El cansancio y la fatiga habrían podido bastar para asfixiarlos en aquella aspera y escabrosa pendiente, si el enemigo que huía medroso, reparando en los que les acosaban, se hubiese vuelto contra ellos y hubiera intentado aprisionarlos. Pero como nada más constantemente comprobado que aquel aforismo de la guerra, de que *jamás puede reaccionarse un ejército verdaderamente desmoralizado*, estos Horacios consumaron la rota de más de 25 hombres que tomaron esa vía en dirección á la villa de San Juan de Ambato, habiéndose desembarazado cerca de la casería de Quillán, del incómodo peso de unos cuantos remingtons y demás elementos de guerra.

Ocasión es la presente de honrar en nombre de la civilización y cultura de los tiempos que alcanzamos, no menos que del respeto debido á la verdad, la nobleza, mesura y miramiento con que el pequeño ejército de la

reacción central se condujo siempre, ya en las villas, pueblos y aldeas en que acamparon, ya en las más apartadas regiones, haciendas y casorriós de los campos. A merced del silencio y disimulo suelen medrar las aseveraciones antojadizas y falsas con que los vencidos acostumbran vituperar la conducta de los vencedores, presentándolos de ordinario como fautores de violentas extorciones, saqueos, inmoralidades, depredaciones propias más bien de merodeadores vandálicos, que de patriotas abnegados que han empuñado las armas en representación y salvaguardia de un principio justo, de una causa noble, de una defensa legítima. Hemos oído repetidas veces llenos de justa indignación y coraje mil imputaciones calumniosas y desahogos punibles, inculcando, en ocasiones dadas, hechos vergonzosos é imaginarios perpetrados en ciertos lugares en que nos hemos hallado. Por esto, y apropósito de los que se han achacado en Quillan, los desmentimos con toda la energía y el acento de la verdad, desafiando con firmeza los cargos fundados que se trate de inculpar á los jefes y caudillos de la campaña del centro. Entendemos sí por autorizado y legítimo en la guerra, el derecho de proveer á la propia seguridad y buen éxito, allegando los elementos indispensables para la expedita movilización de las faerzas, oportuna defensa contra el enemigo, y el uso de los medios más adecuados para que éste nos infiera el menor daño posible. Y en este sentido el mayor cargo que puede hacerse á los reaccionarios es la demanda de caballerías y bagages nesarios para la campaña. Pero áun esta dura é inevitable necesidad de la guerra fué ejercida con la posible contención y mesura, pues la mayor parte de los que militaban en el centro llevaban sus *propios caballos y recursos*, y en casos dados muchos se despojaron de lo propio para proveer á las necesidades comunes: (1) Disimúlesenos esta pequeña digresion.

Ocuparon los cuatro jóvenes la hacienda de Quillan, de donde dispararon algunos proyectiles á los ya lejanos prófugos, quienes á su vez arrojaban tambien los su-

(1) En los movimientos preparatorios de la Campaña, Sarasti y sus parientes y amigos inutilizaron sus propios caballos, como era natural; y después todos ofrecimos al servicio de la campaña nuestras caballerías.

ynos. Luego que aquellos se perdieron de vista, volviéronse éstos á incorporarse con el resto, dejando Quillán tal como lo encontraron, y sin causar más daño que la ruptura de una rejilla para pasar al *gabinete* de cuyo corredor se dominaba al derrotero de los prófugos.

Folleco, los Suárez y González incurrieron entonces en el temerario propósito de avanzar al renombrado cantón de Pillaro; y sin la menor vacilación volviéronse á la casa en donde habían dejado sus caballos, montaron luego y gallardeándose sobre ellos como triunfantes caballeros, emprendieron aceleradamente la marcha, dispuestos á cualquier aventura. Dejémosles recorriendo la amena y abierta llanura por donde se extiende la ancha vía que conduce al belicoso pueblo al que se dirigen los cuatro batalladores de la incipiente lid: llámannos ya con urgencia otros sucesos que preocupan seriamente los ánimos y el discurso de Sarasti y demás *reserva* acampada en *Mundu*.

XI.

Saepe in bello parvis momentis magni casus intercedunt: acontece con frecuencia en la guerra que de pequeños accidentes suelen depender graves sucesos: esta observación del primer Capitán romano, gloria de los tiempos antiguos y admiración de los modernos, vino á tener su mas fiel cumplimiento en la memorable campaña cuya historia se halla tegida de hechos por insignificantes desconocidos, y que han sido sin embargo de tan fecundos resultados, que sin ellos ni el Ecuador habría podido recobrar su dignidad conculcada; ni los nombres de los generosos patriotas que emprendieron su rehabilitación gloriosa, habrían quedado escritos con brillantes caracteres en los fastos de la patria historia. ¿Quién pudiera imaginarse que después de haber fracasado los mejores conatos y desaparecido los elementos allegados para combatir contra la *dictadura*; después de haber malogrado el simpático y numeroso tercio de una juventud gallarda, armada de punta en blanco, con el asalto del 13 de Junio en Ambato; después de haberse desvanecido como la sal en el agua el más brillante pié de fuerza alcanzado con el segundo asalto de Riobamba en 28 de Setiembre; quién pudiera imaginarse, repetimos, que después de tanto fracaso y des-

ventura, los esfuerzos de una decena de hombres acandillados por un modesto Capitán, hubiesen de alcanzar tan próspero suceso y tan brillante corona? . . . Siempre es poderosa una Nación cuando mantiene incorruptible el sentimiento de su dignidad, y se leuanta resuelta y airosa para sacudir oprobioso yugo. *Una Nación, cuando es ella la que condena á un gobierno, es siempre bastante fuerte para suprimir los males políticos.* . . .

Viénnensenos estas triviales reflexiones al entrar en la narración que vamos á hacer de lo que pasaba en Patate, mientras las huestes de Cusatahua huían desparvoridas á la presencia de los jóvenes alumnos de Marte.

Erán las 12 del día 13 de Octubre, cuando en asocio del jóven Alejandro Alvarez llegabamos á la tienda de Sarasti y le referíamos, como cosa de poco momento, la escaramuza de Cusatahua, derrota de esa guarnición y la persecución emprendida por Folleco y demás compañeros. Lo primero que del hecho se dedujo fué la comprobación del plan del Cnel. Ortega, de batar la fuerza de Patate por ambos extremos, é fbase á dar providencias á este respecto, cuando presentóse en aquella altura el Sr. Cura de Patate Dr. Modesto Villavicencio, acompañado del Sr. Ignacio Villavicencio. Preguntó por el jefe de la reacción y enseñóle una carta del Capitán contrario, en que le decía: "que un deber de humanidad le movía á dirigirse al Sr. Cura de la parroquia, para que como padre y pastor amonestase á sus *ovejas extraviadas* á fin que volviesen á mejor camino; y que previniese á los ancianos, mujeres y niños que inmediatamente salieran del pueblo, que iba á *bombordear* con cuatro piezas de artillería que acababan de llegarle de la Capital. Que por tanto declinaba el jefe la responsabilidad de tan grave pero necesario daño, para castigar á un pueblo rebelde contra el Supremo Gobierno de la República. Por tanto que se apartasen de las armas cuantos no quisieran ser víctimas de tan grave calamidad, la que podría facilmente evitarse si los culpables se sometían á la autoridad legítima y reconocían su gravísimo delito, &^a &^a &^a".

Esta carta fué divulgada por el pueblo y varios sacaron copias para leerlas á voz en cuello por la plaza y calles de Patate, cuyos habitantes, desde luego, entraron en conmoción y movimiento, unos dudando y otros

creyendo; pero casi todos huyendo con prudencia de tan peligroso teatro. Después de leída la carta en el pueblo, pasó el Sr. Cura á hacerla conocer al Dr. José María Sarasti.

La terrible conminación del *bombardeo* de Patate, fué más propia para excitar el buen humor que había desaparecido en nuestros serenos guerreros, que para despertar el miedo de un desastre de tanta magnitud en la inocente población que iba á ser *convertida en cenizas*. Verdad es que los niños, las mujeres y los ancianos, crédulos de todo lo desconocido y maravilloso, no dejaron de conmovirse hasta el punto de abandonar el pueblo, trasladando á más seguros campos todo el menaje de sus habitaciones, los animales domésticos y los utensilios indispensables para la cocina. Oíase por todas partes en el pueblo el desesperado llanto del consternado vecindario, y por todas las vías más incógnitas tropezábase con los que huían aceleradamente, sin atreverse á volver la vista, como la esposa de Loth, á la abrasada aldea, no por temor de verse convertidos en un mojón de sal, sino para evitar su metamorfosis en quemadoras cenizas. . . . Ya ya creían ver cruzarse en el espacio las formidables *bombardas*, que preñadas de fragorosos rayos, iban á derramar el exterminio y muerte en la humilde casita de su aldea, en los limoneros del frondoso huerto, en la fecunda mies del labrantio campo. Otros veían ardiendo ya como un Sanai la vecina colina, y arrojando rios de encendida lava sobre todos los habitantes de aquella infeliz región, cuya mayor culpa era contener en sus ámbitos las propiedades de los *culpables*, quienes á su vez, no veían en todo este aparato conturbador otra cosa que la risible bocanada de un travieso que había querido divertirse á costa de la natural credulidad y alarma de los medrosos labriegos, pues ni tales cañones tenían aún los contrarios, ni podía ser jamás *bombardeado el puerto de Patate*.

Regresó, pues, el Sr. Cura dando cumplimiento á su ministerio de paz; y cuando envió al Cnel. Ortega la contestación negativa de Sarasti, volvióse el portador con la inesperada nueva de que los jefes conminantes, habían en aquella misma tarde, alzado el campamento de Pelileo donde permanecieron 7 días, y regresado á los cuarteles de Ambato, sin que pudiera saberse la

causa. Acompáñelos el lector en su camino, mientras la historia nos convida á describir otras escenas en el drama que todavía se representa en el teatro de Patate.

XII.

Inmediatamente después de haber Sarasti negádose á la propuesta conminatoria del Cnel. Ortega, movilizó su pequeña *escolta* camino de Pillaro, tanto para proteger á Folleco y sus compañeros que solos como estaban, podían correr una mala pasada, cuanto para atajar al ejército de Ortega, cuya táctica conocida dejaba entrever en la amenaza del cañoneo, un intento enteramente opuesto al enunciado. Así fué que áun antes de saber el resultado que produjera en el ánimo de Ortega la contestación del Sr. Cura, Sarasti encaminóse á la hacienda de Cusatahua y pernoctó con su gente en la casa del Sr. Julio Velasco. Allá mandósele á las once de la noche el aviso de que el Jefe enemigo había alzado sus reales y plegado sus tiendas aquella misma tarde; y que pudiera ser que esto fuese para caer repentinamente por el opuesto lado. Enteróse Sarasti de la situación y se previno en los términos que dan á conocer la siguiente contestación.

“Cusatahua.—Doy á Ud. las más expresivas gracias por la noticia de la retirada de la *escuadra bloqueadora*.—Comprendo que es lo que Ud. dice, y estaré alerta por si aparezca el *negro Encalada*, contra el Fuerte de Tontapí. Aquí no hay nada nuevo. Mañana le comunicaré algo. Allá que organicen la gente y nada más. Su afectísimo S.”

Para atender como el peligro lo demandaba al mutuo reparo de las pequeñas secciones en que se dividía la treintena de hombres que formaba todo el ejército de la restauración en el Centro, escalonóse el Sr. Antonio Alvarez en la Troje de San Francisco con diez hombres, último resto de toda la tropa; pues al siguiente día del regreso de Baños, se tuvo por conveniente enviar á Riobamba en comisión secreta al Comandante Eladio Rivera, cuya actividad, interés, expedición y patriotismo fueron el más firme apoyo y sustento de esta problemática y arriesgada empresa. Dicho Comandante Rivera regresó de Baños desde el principio tan luego como fué posible continuar la resistencia, des-

pues de la dispersión de los 230 hombres en S. Francisco; y acompañado del joven Manuel Sarasti, de cinco ó seis más, todos de confianza, y de Arteaga que había quedado en Baños, marcharon á Riobamba con fines conducentes á vigorizar la reacción intentada. Habiéndose retirado el enemigo de los confines de Patate, pudo alzarse toda la gente ocupada de custodiar la ribera para acudir adonde por entonces arreciaba el peligro. Así que la reserva del Sr. Antonio Alvarez manteníase en atalaya desde la altura para proteger á Sarasti que, como hemos dicho, se hallaba en Cusatahua, inspeccionando el campo y tomando convenientes posesiones para el previsto conflicto con el enemigo.

Tal era la situación del trece de Octubre, cuando á las once de aquel mismo día dejábanse ver Folleco y sus compañeros descendiendo á Cusatahua, con un nuevo huésped que marchaba al centro de la comitiva. Era éste el Sr. Octavio Alvarez, sobrino del Cnel. Ortega, su secretario privado, mentor y discreto apoyo con que contaba así en su vida íntima como social. Los acalorados y emprendedores *ferentarios*, deseosos de sacar algún provecho en su atrevida excursión, habían pernococtado en Sanmignelito, pueblo contiguo á Píllaro; y por la mañana de aquel día 13, dispusieronse, con temerario arrojo, á penetrar en el pueblo de Píllaro, que bien pudo estar guarnecido por defensores, como lo aconsejaba el caso; y que en efecto parecieron armados de remington algunos que huyeron á la presencia de los cuatro invasores. El Sarjento Mayor D. Octavio Alvarez, enfermo á la sazón, no pudo salvarse oportunamente del alcance de los que le acosaban; y temeroso de ser víctima en un imprudente escape, detuvo su caballo, arrojó el remington y entregóse á sus enemigos, quienes desde aquel momento, no sólo no le infirieron la más leve ofensa, sino que se convirtieron en espontáneos y aficionados amparadores del prisionero que la fortuna propicia vino á poner en sus manos.

La historia prolija investigadora de las causas y de los efectos producidos por hechos que pasan desapercibidos al vulgo de los expectadores, tiene que reconocer y fijar en el aislado é individual de la captura de D. Octavio Alvarez, el nudo gordiano que ató y fortificó los rotos y débiles hilos que formaban la ya des-

pedazada trama de la reacción del Centro. Obsérvese con imparcialidad el desenvolvimiento de los acontecimientos que van á seguirse; conózcase la verdadera situación en que se hallaba Sarasti con un puñado de hombres resueltos pero impotentes, dispuestos al sacrificio pero sin suceso, perseverantes en la voluntad de continuar en armas, pero faltos de recursos para efectuarlo; dispersos, desorientados, sin unidad de acción ni concierto, y sin embargo bregando de pié firme por alcanzar *un ideal* que cada día se alejaba más de sus manos, y entónces se confesará sin reparo la verdad y fundamento con que asentamos, que la prisión del jefe sobrino del Cnel. Ortega, y por él amado con predilección especial, vino á ser el medio natural con que la Providencia unió, vigorizó y afianzó el éxcito final, aunque mil veces contrastado, de la campaña que vamos historiando.

XIII.

Con lentitud y calma iban aproximándose los mencionados aprehensores del inesperado prisionero en dirección á la hacienda de Cusatabua, de donde había partido el caudillo á Sanmiguelito, esperando el resultado de la excursión. Conducido á su presencia el preso, á quien habían acompañado algunos amigos suyos y de Sarasti, con el plausible fin de interceder por D. Octavio y obtenerle libertad, ofreciendo en su favor mil prendas de seguridad y áun personales garantías. El carácter noble, generoso y humanitario del General Sarasti, incapaz de airarse por el estímulo de punibles afectos, inclinado de suyo á la mansedumbre y la misericordia, acogió al preso con demostraciones de agasajo; y aunque no pudo acceder á los oficios de sus intercesores por motivos que á nadie pueden ocultarse, y además porque una especie de intuición secreta habíase apoderado de los ánimos de todos, para ver en la conservación del preso una prenda valiosa en el mejoramiento de la situación penosa, suavizó la suerte y condición afflictiva del prisionero con el dulce trato y el pleno goze de garantías en todo superiores á los que los contrarios acostumbraron á conceder á sus perseguidos, menos culpables aún que aquel que había venido á parar en manos de estos *formidables* enemigos.

En esta coyuntura aparecióse el Sr. Emilio Alvarez, compañero del Dr. José su hermano, que juntos partieron á Quito la noche del 7, con el fin que dejamos apuntado en su respectivo capítulo. Dicho sugeto había regresado de Tiupullo, á instancias de su hermano, habiendo en aquel lugar recibido noticias fidedignas del desastre del Jral. Landázuri en Cayambe; del triunfo completo del ejército conducido por D. Leopoldo Salvador, de su regreso á la Capital, dando por terminada aquella campaña del Norte, y en conclusión de la absoluta imposibilidad de una nueva reacción en ese teatro. Expuesto el objeto de su cometido, y palpando la esterilidad de la intentada reacción del fragmento de nuestros combatientes, regresó el Sr. Emilio Alvarez á sus antiguos recónditos Lares, á cuidar de su persona y de su abandonada labor.

Figúrese el sereno lector cómo sentaría tan placentero recado á los ya extinguidos bríos de nuestros contrariados campeones . . . Tanto mas desesperante venía á ser aquella relación del Sr. Emilio Alvarez, cuanto que preguntado si traía algunos recursos para pagar á los soldadós las raciones que se les debían ocho días há, para continuar en armas, respondió con la gracia característica que le distingue, que no habiendo llegado sino á Tiupullo, ¡muy fecundo teatro para conseguirlos! nadie había acertado á pasar para imponerle siquiera una contribución, y que aún él había perdido los propios . . . A dónde acudir en tal apretura en demanda de este elemento completamente agotado con los relativamente enormes é imprevistos gastos que se habían impendido? Nadie sabía cuál fuese el paradero del Sr. Carlos Pérez, que como comisario de guerra, conservaba los poquísimos fondos que aún le quedaban, y habían trascurrido 12 días que se mantenía sobre las armas, con los pequeños recursos que á prorrata erogaban los SS. Sarasti, Antonio Alvarez y algun otro sincero patriota siempre firme enemigo de ese inmoral, menguado y oprobioso sanhedrín que se llamó gobierno de Veintemilla.

El Gral. Sarasti dispuso que fuese conducido el preso á la hacienda de Tontapí, que servía de cuartel general, tanto por ser este lugar adecuado para la seguridad, cuanto para no conservar un embarazoso testigo de los movimientos militares que fuesen necesarios y

de la penuria de una situación asaz difícil y desvalida.

Entre tanto ibanse haciendo ostensibles las dificultades que afectaban á los nuestros, y algunos de los voluntarios habíanse vuelto á su hogar cansados de una vida incómoda y que no dejaba entreveer un término apetecible. Sabedores de ello algunas personas respetables, procuraron como allegados y parientes de los principales conductores de la contrariada campaña, buscar medios para salvar la situación que los trabajaba, consultando la manera decorosa de poner término á tan falso y peligroso estado. Tomaron pié para ello en la favorable disposición que les habia manifestado el Cnel. Ortega, de acuerdo con su compañero de mando el Cnel. Juan Nepomuceno Navarro, autorizando á dichas personas para que se dirijiesen á nuestros caudillos, provocándoles una conferencia que diese este resultado, mediante los buenos oficios de los intermediarios, y aún autorizandoles para ello. Los dos personajes que oficiosamente y estimulados por un buen deseo intervinieron en esto, dirigieron al campamento las siguientes comunicaciones que las publicamos así por conducir á la *integridad* de nuestra historia, como por que en ellas se fundan los hechos que vamos luego á referir.

Dicen las cartas como sigue :

“Guambaló 13 á las 12 del día.

Mi querido

No es posible explicarte por escrito las amarguras que hemos pasado, y por lo mismo te dirijo esta para pedirte que te prestes á tener una conferencia conmigo : estoy autorizado para ello. Indícame á la hora que puedo verte en la Tarabita para pasar á Guadalupe ; y si tu tienes algun recelo pasaré yo al otro lado, pero que solo sepa el Dr. Sarasti, á que no se atribuya á algun paso siniestro.

Saluda á toda la familia, y ojalá viniera el Dr. Sarasti al frente, pero no quiero que pase él, por temor que me falten á la palabra que me han dado para poder hablar con UU. (firmado.)

P.D. Es preciso que tú estés atento á las señas de M.—Ésta carta fue ayer, y no han podido hacerla pasar : hoy volvemos á escribirles ; y UU. nos contestarán lo que resuelvan, por la vía que mas les convenga.”

Dice la otra.—“A los Sres. Eloy Proaño, Antonio y Emilio Alvarez, José M^o Sarasti, sus dos hijos y Alejan-

dro Alvarez.—Guambaló 14 de Octubre de 1883.

Distinguidos amigos y parientes.—El día de ayer nos fué sumamente amargo, pues tuvimos que ir á Pelileo por hablar con el Cnel. Ortega por enredos en que nos metieron. Mas habiendo estado ahí, desvanecimos los cargos hechos; y estimulados por el buen éxito que encontramos con Ortega y acompañado del Cnel. Juan Navarro que habló con el Sr. M. hemos conseguido que tuviera una conferencia con UU., y le han facultado para unos arreglos que él tiene que hablar con UU., pues es imposible poderlo hacer por cartas. Con tal motivo escribimos ayer á UU. por la Tarabita, y hemos hecho gritar todo el día para que bajara una persona que recibiera la carta; más no pudiendo conseguir que nadie viniera, regresó muy tarde la carta, en momentos que nos daban la noticia de que el Sr. Ortega se iba con todas las fuerzas de Pelileo á Ambato, y que Pelileo está en silencio y sólo. Sin embargo le ha mandado recado al Sr. M. el Sr. Ortega para que hablara con todos UU., y por esto escribo esta carta para manifestarles que no hay riesgo ninguno, y que poniendo la Tarabita de Guadalupe pueden UU. pasar todos, y ahí hablaremos á la voz, y verán si les son ó nó oportunas las conferencias: no dudo que UU. no tendrán embarazo para oponerse. Este es un pedido de familia y esperamos la hora que me indiquen que puedan estar ahí, para bajar en el momento á Guadalupe, pues nosotros estamos en Guambaló en donde hemos permanecido con la familia y nos hemos puesto en muchos riesgos. El Sr. M. me encarga que ésta vaya en nombre de ambos, y que no escribe separado para no demorar que les llegue más pronto. Sabemos que están ya pasando del frente y les remitimos esta por Patate." (firmado.)

Estas dos cartas enviémoslas el Gral. Sarasti en cuyas manos fuerón puestas: habíalas leído en Cusatabua el 15, fecha en la que le llegarón. De su contenido dedujimos que el inesperado y repentino movimiento del Cnel. Ortega con sus tropas hácia Ambato pudo provenir de la noticia que de la aprehensión de su sobrino D. Octavio en Pillaro debió llegarle aquella tarde; y en consecuencia acaso concibió que podría acarrear un peligro grave á su sobrino, si continuaba en la actitud hostil y conminadora que contra Sarasti y los suyos conservaba. Asimismo dejábase entrever por lo propuesto en

las referidas comunicaciones, que el enemigo talvez estimulado por el falso supuesto de que era numeroso el ejército del Gral. Sarasti, se disponía á buscar medios encubiertos para llegar á un avenimiento que diera por resultado la pacificación de la Provincia por otros caminos que no fuesen los de la guerra. Estas deducciones naturales de los hechos acaccidos produjeron el desarrollo de una idea salvadora y sumamente á propósito para mejorar las condiciones de la violenta situación de nuestros esforzados é industriosos campeones.

XV.

Instalado el Sr. Octavio Alvarez en el lugar señalado para su prisión, creímos por nuestro deber y decoro necesario dispensarle cuantos buenos oficios demandaba su situación y enfermedad; y así custodiado por jóvenes no menos cultos que humanitarios, suavizósele con la atención y buenos tratamientos las aflicciones inherentes á su estado moral completamente decaído, agravado además por la dolencia física de una penosa enfermedad. Manifestámosle todos la pena que nos causaba su situación, reflejando la causa en la obsecación y tenacidad con que los partidarios del Gral. Veintemilla habían cerrado sus ojos y su conciencia á la luz, á la dignidad y honra nacional, convirtiéndose en verdugos de la patria, por sostener á un hombre de menguado espíritu, avaro de dinero, pródigo de su honra, estéril para el bien, fecundo solo para la degradación y ruina de la patria. Y como el preso hiciese coro comun con las justas quejas de aquellos á quienes había combatido como enemigos, y al decir de los partidarios y paniaguados del Dictador, de los *bandidos, filibusteros, revoltosos bandoleros, &c. &c.*, preguntámosle por qué no se expresaba así con su tío el Cnel. Ortega y le disuadía con razones nobles de la indignidad de la causa que defendía? “Ojalá me fuera dado, respondió, inclinar á mejores y más honrosos pensamientos á mi tío Luis Fernando; pero véome destituido de medios y me reconozco impotente para conseguirlo”. Insistiendo en ello estimulamos al Mayor Alvarez para que escribiera al Coronel Ortega y le manifestara su trabajo, á fin de que movido á compasión entrase en reflexiones más juicio-

sas y diese cabida en su corazón á más levantados sentimientos.

Sostenida como estaba la Dictadura en el centro de la República, por los eficaces esfuerzos y cooperación decidida del Cnel. Ortega, quien había desplegado en su favor una constancia y firmeza dignas, por cierto, de mejor causa, creíamos que si éste jefe hubiera sido capaz de oír las razones con que una convicción ardiente suele mover el corazón y la conciencia que aún conserve una luz siquiera debil y moribunda para reconocer sus errores, habríamos intentado arrojarnos á tan difícil cuanto arriesgada empresa; pues observamos á cada paso que la energía con que nos hallamos poseidos de una idea ó de un afecto, nos hace creer que nuestros semejantes deben igualmente hallarse bajo análoga influencia; y que sí el error ofusca á veces el esplendor que despidе la antorcha de la verdad, no puede menos de huir confundido á ocultar su ignominia entre las sombras, cuando ésta ilumina nuestra alma con más vívidos fulgores. Alentados con tan *candorosa* idea ofrecimos á D. Octavio los medios de ponerse en contacto con el Cnel. su tío, para probar ventura, con el desenvolvimiento del plan á que se prestaba la propuesta enunciada en las misivas que dejamos copiadas. Llamamos desde luego, la atención del lector hacia la circunstancia de que fueron los jefes enemigos quienes nos abrieron el camino para los *arreglos* de que hablan las cartas, como lo prueban los siguientes hechos y *documentos*.

Hé aquí las cartas que el Mayor Octavio Alvarez escribió á los SS. Luis Fernando Ortega y Juan Nepomuceno Navarro, jefes del ejército que en 7 de Octubre condujeron á las fronteras de Patate, y que regresó á Ambato el 13 del mismo mes, sin haber avanzado un paso fuera de los confines de Pelileo, donde fijaron sus cuarteles.

“Sr. Cnel. D. Luis Fernando Ortega.—Ambato.
S. Ignacio de Tontapi. Octubre 14 de 1883.

Mi querido tío: Las funestas peripecias de la guerra civil han venido á ponerme en las tristísimas condiciones de preso, en poder de adversarios terribles; y cuando reparo en la imposibilidad física en que me hallo para resistir á los contratiempos de esta situación dolorosa en que me ha colocado mi enfermedad, además

del natural sufrimiento y temor que como á preso me amenaza, nada más natural que volver mis ojos hacia Ud., por cuyo bienestar he velado en todo tiempo, haciendo abstracción del mío mismo por procurárselo á mi tío. No le serán desconocidos los peligros que me circundan, y sería injuriar sus sentimientos, indicarle los medios con que pudiera salvar mi situación. Consúltese con su propio corazón, y no dudo que en él hallará Ud. consejo prudente, bajo la inspiración del amor de familia y del reconocimiento que engendra la convicción de una voluntad dispuesta sin reserva, como ha sido la mía, en obsequio de mi tío.

Afortunadamente me hallo en casa del Sr. Proaño, quien sabedor de mi prisión ha obtenido el que me sitúen en su hacienda, en atención al penoso estado de mi salud. Excusado es que le diga la buena voluntad con que soy atendido y la solicitud con que el Sr. Proaño alivia mi situación en todo sentido, con remedios para mi afección física y consuelos en la moral. De aquí puedo dirigirle la presente; y como dicho Sr. está muy dispuesto en mi favor, deseo saber si Ud. pudiera tener una conferencia con él, á fin de buscar con ella medios adecuados para salvar mi situación y los últimos resultados de una *funesta contienda*. En este caso, convendría no precipitar un encuentro que indudablemente daría por resultado el que se jugara mi vida....

En fin, Ud. tiene corazón y sabrá bien qué es lo que le dicta: en él confío y me someto á la Providencia en cuyas manos me resigno: siempre ampara el Cielo la inocencia desvalida. Espera la inmediata contestación su afligido sobrino.—*Octavio*".

La otra al Cnel. Navarro dice: "Supongo que tiene ya Ud. conocimiento de mi prisión; y como á compañero de mi tío y amigo de ambos, me creo en el caso de escribir á Ud. la presente poniéndole por delante mi situación, é invocando su valioso apoyo, para que de acuerdo con mi tío Luis Fernando busquen medios adecuados para librarme de un peligro de muerte, y suspendan cualquier acción de armas que viniese á dar este resultado.—El sugeto en cuya casa estoy interpone su influencia con los de acá en este mismo sentido; y si un sentimiento de humanidad, ya que no fuese el deber de amigos, obra en Ud. y mi tío para alejar un inminente

peligro, no dudo que se conciliarán los intereses mutuos y evitarán los desastres de una guerra fratricida....

Confío en que el Cielo dictará á Ud. medios en armonía con este fin apetecible; y recomendándome á su valiosa cooperación, espera el resultado su atento y respetuoso amigo y S. S.

Octavio Alvarez."

XVI.

Así escritas las dos cartas del Mayor O. Alvarez combinamos la manera de enviar un expreso que no fuera detenido en su camino ni por las fuerzas del Gral. Sarasti, ni por las de los jefes contrarios, cuyas avanzadas suponíase que debían estar en diferentes puntos del otro lado del río, que divide la ciudad de Ambato del cantón de Píllaro. Para ello escribimos á Sarasti dándole á saber de lo que se trataba y pidiéndole que si le parecía conducir aquello á buen resultado, no impidiese el paso al portador de las comunicaciones anteriores. A la sazón continuaba el Caudillo acampado en Cusatahua. En efecto pasó el conductor con la aquiescencia de la avanzada de Patate, y no encontró obstáculo en el opuesto lado.

Al siguiente día muy por la mañana teníamos en mano la siguiente comunicación de puño y letra del Cnel. Ortega.

"1882. Ambato, Octubre 15.—Sr. D. Octavio Alvarez—Tontapí.

Mi querido Octavio.—Puede el Sr. D. Eloy Proaño y Vega, venir el día que quiera para entendernos cual convenga, fiando en mí palabra de honor, jamás desmentida, y en la del Sr. Cnel. Navarro, que autorizados por el Sr. Gral. Mata, (1) suscribimos la presente. Garantizamos el regreso del Sr. Proaño, y nos suscribimos de tí afectuosos servidores.—J. N. Navarro (firmado).—Luis Fernando Ortega". (firmado.)

Inmediatamente llamamos al Gral. Sarasti que vino con los pocos que aún le quedaban en Cusatahua. Reu-

(1) Asegúrase que las frecuentes denciones de los dos jefes durante los días de campaña en Patate, obligó á D. Leopoldo Salvador y al ministro Arias, á enviar al Gral. Mata, encargado del mando como Director de la guerra. Con tal motivo había llegado á Ambato el 14 de Octubre.

nidos en la hacienda de Tontapí dióse lectura á la carta y con ella abrióse dictamen sobre sí era ó no conveniente dar los pasos á que se nos invitaba, ó sí se ocultaría alguna celada peligrosa en tan espontáneo y é inmediato ofrecimiento. El Gral. Sarasti opinó por la aceptación del partido propuesto, por cuanto esto nos serviría eficazmente para pulsar la verdadera disposición de los contrarios, así como la posibilidad ó imposibilidad de vigorizar la reacción, acudiendo entre tanto á Quito por recursos, y esperando el resultado de la comisión despachada á Riobamba, cuyo silencio y dilación eran de siniestro agüero. Que la palabra empeñada por los Caudillos del ejército enemigo, así como la conservación del preso en poder de los nuestros, era una garantía de que no encerraba traición el ofrecimiento, y que sobre todo dejaba la aceptación al que debía correr el peligro, si se disponía á penetrar en la plaza de los enemigos.

Hemos descrito ya la absoluta penuria de recursos en que se hallaba la abnegada gente, pues desde los días que pasarón en los cuarteles al raso, fuera de las poblaciones, manteníanse sólo con raciones y con los víveres y vitualla que les ofrecía, ya el oficioso y de cidido afecto de los habitantes del campo y de los rudos indios, (que aún á ellos había llegado la hinchada ola del odio general contra la Dictadura); ya con los obsequios de los amigos en cuyas haciendas hospedaban. De modo que ofrecía un inconveniente serio el retorno de la guarnición al cuartel de poblado, porque ya allí era indispensable el uso de dinero cuya necesidad fué menos sensible en los campos. Pero como la paciencia con que habían llevado nuestros voluntarios la privación de su soldada debía tener límite, empezaron ya á reclamar el justísimo pago de lo que se les debía. Atendióse por lo pronto á procurarles *una buena cuenta*; pero era claro y evidente que no podría continuarse en armas, si primero no se proveía á esta necesidad. Para obtener recursos, ya que no se sabía absolutamente del paradero del Comisario de guerra, determinó Sarasti aprovechar de la coyuntura y tiempo que se nos ofrecía en la conferencia propuesta, para despachar un posta á la Capital, comunicando el éxito de la reacción providencialmente operada, despues de la disolución del 4, cosa que ignoraban todos los dispersos y

mucho más los corresponsales de Quito. Juzgaba Sarasti que el simple conocimiento del hecho de habernos reaccionado nuevamente en Patate, bastaría para que inmediatamente volviese el Sr. Carlos Pérez, á quien se suponía en Quito, trayendo consigo la mayor suma posible de dinero para seguir adelante, *única* manera de perseverar en porfiada y tenaz lucha. Y para practicar esto y esperar el auxilio de Riobamba venía de perilla la gestión para obtener una tregua reparadora.

Apoyados en este mismo designio por los Capitanes Folleco y Erazo pasamos á fijar las condiciones más conducentes á salvar la trabajosa situación, y fué la primera la concesión de una tregua, por lo menos de seis días, tiempo ínfimo para el regreso del posta de Quito y aviso de *Riobamba*; autorizando al Emisario para obtenerla, mediante la promesa de la libertad del preso, y la estipulación de las condiciones más en armonía para llegar á una conclusión pacífica y conciliadora. Bajo estas premisas determinamos pasar inmediatamente á Ambato con el fin indicado, y para ello el Gral. Sarasti extendiéonos la plena facultad conferida en los terminos siguientes.

“Llegado el caso de un arreglo que dé por resultado la suspensión de hostilidades, el Sr. D. Eloy Proaño y Vega podrá entenderse con los Sres. Jefes del partido beligerante, ante cuya representación le autorizo *plenamente*. Tontapí Octubre 16 de 1883.—El Jefe de Operaciones de las fuerzas del Centro, José María Sarasti.” (firmado.)

Hé aquí el origen de la *tregua* y de las bases de los arreglos ó tratados, que durante estos días se iniciaron. Va á verse en los siguientes capítulos á qué se redujo esta negociación, cuales fueron sus condiciones y finalmente los móviles que influyeron, fines á que se encaminó tal gestión, y la utilidad *incalculable* y *práctica* que se sacó de ella; sin que por otra parte pudiesen los adversarios imputar felonía en nuestro procedimiento, mucho menos tildarnos con nota de púnica mala fé.

Escribimos la historia de estos sucesos con *documentos auténticos*; y cuando no los tuvieramos presentes están las honorables personas que intervinieron en ellos, para confundir á los detractores, ingratos ó envidiosos, y á esos zotes pueriles y malévolos, que se han atrevido á propalar gratuitas y perversas especies á este res-

pecto, amparados con su proverbial cinismo, é ignorando por completo cuanto ha pasado en un teatro del cual se han hallado muy lejos en los días más angustiosos y conflictivos, y se han constituido después en rígidos y apasionados censores de hechos practicados con abnegados y patrióticos fines, fecundos en buenos resultados; y lo que es más indigno aún, desconocen los sacrificios de los mismos á cuyo heroísmo debe la nación entera su libertad y honra, solamente porque esos caudillos no pertenecen á su comunidad política, ni son partidarios ó corifeos de esos principios erróneos y dissociadores que ellos defienden. A estos infalibles maestros y detractores de la honra ajena desearíamos ver en situaciones análogas á las que han provocado sus necias y antojadizas murmuraciones contra las personas que han intervenido en ellas, y entonces observaríamos cuán de diferente manera juzgarían de los hechos, y cuán distinta habría sido su conducta

“Cuán cierto es, como claro conocemos,
 Que al doliente en salud consejos damos,
 I aprovecharnos de ellos no sabemos;
 Pero de predicarlos nos preciamos.
 Cuando en la sosegada paz nos vemos,
 ; Qué bien la dura guerra platicamos!
 ; Qué bien damos consejos y razones
 Lejos de los peligros y ocasiones. !
 ; Cómo de los que yerran abominan
Los que están libres en seguro puerto!
 ; Que bien de allí las cosas encaminan
 Y dan en todo un medio y buen concierto!
 ; Con qué facilidad se determinan,
 Visto el suceso y daño descubierta!
 Dios sabe aquel que la *derecha vía*
 Metido en la ocasión acertaría.”

XVII.

El 16 en alta noche y con aparato conturbador cual si viniese á la cabeza de un numeroso y aguerrido ejército, llegó en la hacienda de Tontapí, donde á la sazón hallábase el cuartel general y el preso D. Octavio Alvarez, el Comandante D. Antonio Arteaga, que regresaba de Riobamba adonde marchó con el Coman-

dante Eladio Rivera, el Mayor Manuel Sarasti y los demás, como llevamos dicho anteriormente. Los otros compañeros habíanse quedado en Riobamba, mientras Arteaga regresara de Patate dando razón al Gral. Sarasti del mal éxito de la comisión, puesto que hallaron aquel lugar prevenido á la defensa con fuerzas superiores. Aprovechando de la omisión entonces irremediable, de un plan político que revelara que todos los movimientos militares iniciados en las dos provincias de Riobamba y Tungurahua, eran única y directamente encaminados á combatir la Dictadura, sus partidarios y sostenedores exacerbaron el sentimiento de los pacatos é indolentes de la honra nacional, haciéndoles creer que el asalto al cuartel de Riobamba no había sido sino una concepción de los Colombianos quíneros para proporcionarse armas, acudidos por el Sr. Floresmilo Zárama, que ni siquiera intervino en ello; y en suma que ningún plan político encerraban esos hechos, puesto que no habían publicado sus autores programa alguno, ni habían provocado la cooperación del vecindario con alguna publicación conducente. En este sentido se expresaban dos publicaciones escritas con astucia y habilidad por los dictatoriales de Riobamba, las cuales produjeron su efecto: de modo que la comisión militar enviada por el Gral. Sarasti, no pudo realizar su objeto, y se retiró con prudencia y cautela á la casa de un amigo (1) entusiasta partidario de la causa, permaneciendo en ella mientras recibir nuevas y más convenientes órdenes del Gral. Sarasti.

No contribuyó en poco la relación del Comandante Arteaga para apoyar el desenvolvimiento del proyecto encerrado en la obtención de la tregua, previas las condiciones más en armonía con el fin propuesto y la dignidad y el decoro de la causa sostenida por los adversarios de la Dictadura en Patate. Debíamos, encaminarnos á Ambato en compañía del Sr. D. Antonio Alvarez, para tratar de este asunto; mas habiendo ocurrido un impedimento á dicho sugeto, fuimos solos y con la respectiva autorización é instrucciones del General Sarasti.

(1) El Sr. D. Julio Román, que despues con tan notable valor y heroismo combatió en Chambo.

XVIII.

El 17 tan luego como hubimos llegado á la Ciudad de Ambato, donde se nos esperaba, lo anunciamos á los Jefes con quienes debia tratarse del asunto, y al siguiente dia muy temprano tuvo lugar la conferencia siguiente en presencia del Gral. José Antonio Mata, los Coroneles Luis Fernando Ortega y Juan Nepomuceno Navarro, y un respetable sugeto particular, cuya asistencia como imparcial testigo, pareciónos oportuna para que no se interpretase mal, ó se desvirtuase la independencia y entereza con que habíamos resuelto mantener la dignidad de la causa que se nos había encomendado, como en efecto tenemos la complacencia de haberlo practicado.

El General Don José Antonio Mata, que ejercía la mayor autoridad entre los Jefes representantes del ejército dictatorial en Ambato, exigió la autorización ó credencial en cuya virtud habíamos sido designados para entrar en el arreglo, materia de la entrevista, y habiéndole presentado la que dejamos transcrita en el § XVI, preguntónos si sólo el Dr. José María Sarasti asumía toda la dirección entre los *revolucionarios de Patate*, ó había algunos otros que la compartieran con su persona. Manifestósele que era la persona del Gral. Sarasti la que reunía el mayor prestigio y la que estaba autorizada con la confianza general, para llevar á cabo el movimiento iniciado en representación de los principios constitucionales de la República, y que por tanto su firma era suficiente para la autorización exigida.

Luego el expresado Gral. exigió del emisario que formulara su petición y qué era lo que deseaba del *Gobierno* para abandonar el descabellado y criminal propósito que habían tenido para ponerse en armas. Respondiósele que como, segun las cartas é informes de las personas á quienes habían autorizado para que se dirigieran al Dr. José María Sarasti y sus amigos, se anunciaba un arreglo, era á los Sres. Jefes que lo promovían á quienes correspondía la enunciación de las condiciones segun las cuales se buscaba la paz en honra de la nación y bien de la humanidad. Entonces repuso el Gral. que el generoso gobierno que representaba su persona no hallaría embarazo en manifestarse magnánimo

en favor de sus ilusos adversarios, siempre que estos como ecuatorianos, celosos de la honra nacional, hubiesen promovido la guerra por sí solos, sin acudir á la vergonzosa cooperación de los extraños, y que esto era una mancha injustificable.—Replicósele á esta acriminación, manifestándole primeramente, como fué la verdad; que era muy superior el número de ecuatorianos que se había lanzado á las armas, comparado con el de colombianos (pues en efecto, no había entonces sino cosa de 15 á 20, distribuidos entre Patate y Baños); y que áun cuando no se desconocía que habría sido mejor que no figurasen sino ecuatorianos en la tropa combatiente contra la Dictadura, no era sin embargo tan extraño el que un amigo, en un conflicto, fuese auxiliado por el concurso individual y espontáneo de otro, que voluntariamente se ofrecía en su ayuda: que lo vituperable, lo indigno y vergonzoso era que un gobierno poderoso, hubiese dado tan pernicioso ejemplo, mendigando oficialmente en sus contiendas civiles, el apoyo colectivo de fuerzas extranjeras. Los Oceles, Ortega y Navarro replicaron con alguna exaltación que aquello era falso, y que Rosas y Figueredo vinieron voluntariamente á intervenir en pro de la causa liberal que era común con Colombia; pero que nada hicieron, porque bastaron las fuerzas del gobierno de Quito, para *exterminar á sus enemigos*. Tuvimos entonces la complacencia de afear sin temor alguno, la ruin conducta de esos traficadores infames de la honra patria, que formaban el personal del gabinete de Quito, y consignamos en esta particular historia, para honra del Gral. Antonio José Mata, la noble y patriótica franqueza con que unió su voz á la nuestra, execrando tan fea mancha, y justificando en cierta manera nuestra observación, afirmando que fué Vernaza quien llamó á los colombianos, según un documento que había llegado á manos del Gral. Mata, despues de los sucesos del 14 y 15 de Noviembre. Y áun cuando procuró atenuar la magnitud del hecho con la indignidad de la persona de Vernaza, no era menos cierto que en ese entonces el Gral. Cornelio E. Vernaza era la primera autoridad del interior; así como despues la primera persona y Ministro del gobierno de Veintemilla, hasta el día en que, despues de haber secundado fielmente las intenciones y ambición de su caudillo, cayó en la tentación de pro-

clamarse él mismo, traicionando nuevamente á quien con su eficaz y decidido apoyo, había allanado el camino para que realizara el más inconcebible y pavoroso ideal de las humanas traiciones.

Estas digresiones á nada conducen dijo el Cnel. Navarro, ahora lo que hace al caso es que busquemos los medios para poner término á la peligrosa situación en que se han colocado Udes. tratando de combatir un gobierno tan legítimo y fuerte como el del Gral. Veintemilla, y para esto fijaremos las bases de una *capitulación*, que será lo único á que Udes. puedan aspirar, despues del espléndido triunfo-obtenido en Cayambe por el Exmo. Designado Supremo.

XIX.

El Gral. Mata pasó á fijar las condiciones, y antes que las enunciara, le manifestamos que la primera y *única* condición que exigiamos de nuestra parte, era la fijación de una *tregua*, durante la cual pudiese determinarse las condiciones que diesen por resultado la terminación de la guerra.—Si hay en Udes. voluntad sincera de omitir los sacrificios y el derramamiento estéril de sangre, no es menester *tregua alguna*, observó el Gral. Mata; pues esta no conduce sinó á la prorrogación de un estado alarmante para los pueblos y amenazante para el gobierno: hoy mismo podría Ud. regresar y manifestar á sus compañeros las garantías que les ofrecemos con tal que entreguen las armas y reconozcan el gobierno, y mañana puede estar esto terminado.—Le observamos que esto sería impracticable tanto porque era menester determinar la extensión y plenitud de dichas garantías, cuanto porque, áun para aceptarlas, debería contarse con todos los jefes y gente que á la sazón ocupaban una extensa línea, desde Pillaro hasta Riobamba, por toda la dilatada región oriental, por donde pasa la via de Patate hasta ese lugar, y que además dicha tregua era condición *sine qua non*, exigida por los jefes de la reacción á quienes representábamos.—Nada pueden Udes. exigir de nosotros, puesto que no les reconocemos como *beligerantes*, repuso el Sr. Mata: yo represento un gobierno poderoso y legítimo; Ud. una miserable facción de rebeldes, por tanto no hay paridad, ni tratamos de potencia á potencia. Con

todo, y confiando en que se someterán se les concederá 24 horas de tregua, para que se dispongan á entregar las armas.—No Sr.: la tregua es conducente al mejor resultado, replicamos, pues si me volviese sin haberla obtenido, ningún derecho tendría para obtener la libertad del preso, que estoy autorizado á ofrecer, en cambio. Por otra parte, llámesenos ó nó *beligerantes*, el hecho es que hoy tratamos del modo con que podamos suprimir la guerra para llegar á un término apetecible para ambos partidos y decoroso para la nación. Este no puede ser otro que la mas pronta convocatoria de una Convención que devuelva á la República su forma constitucional, en armonía con el régimen de sus instituciones. Si somos republicamos todos é hijos de una patria comun, debemos volver por su honra y no prolongar su oprobio, bajo la forma de una Dictadura innecesaria y peligrosa. A este fin han tomado las armas los pueblos, pero cesará su acción desde el momento en que cese tambien la presión de las fuerzas, y se garanticen los derechos de los ciudadanos para que puedan elegir libremente los diputados á la Convención. A esto dijo el Gral. Mata.

Es precisamente esta la aspiración del gobierno, y lo único que lo está impidiendo es la alteración de la paz en esta provincia, puesto que ha terminado ya la guerra en el Norte, habiendo regresado ya triunfantes las fuerzas acaudilladas por el Exmo. D. Leopoldo Salvador, como puede Ud. verlo por estas cartas. . . . Hoy pueden trasladarse sin el menor inconveniente á este teatro esas tropas, y entonces serán Udes. incapaces de oponer la más pequeña resistencia, áun cuando tuviesen el triple de los 400 hombres que se dice que tienen en Patate. (!) Si tratamos de buscar medios de economizar la efusión de sangre es porque así nos lo aconseja un sentimiento de humanidad, pues somos hermanos; pero sí Udes. se obstinan marcharán inmediatamente los 1400 hombres de que disponemos en estos cuarteles, y nó seremos nosotros los responsables de las consecuencias.—Habiendo nosotros apoyado nuestras razones para obtener la tregua en este mismo razonamiento del Gral. Mata, convino dicho Sr. en conceder tres días, en los cuales debieramos ajustar las conclusiones de paz, prévias las siguientes basas.

1.º El Sr. Dr. José María Sarasti, con todos sus

compañeros de armas, se sometería al Gobierno, quién otorgaría toda clase de garantías á su persona y las de todos los ecuatorianos que con él militasen.

2ª Sarasti pondría en manos de quien la autoridad designase, todas las armas y elementos bélicos de que disponía.

3ª Promesa de reconocimiento del *gobierno constituido* del Exmo. Capitan Gral. D. Ignacio de Veintemilla, proclamado por los pueblos.

4ª Promesa de no volver á tomar las armas ; y

5ª Libertad inmediata del Sargento Mayor D. Octavio Alvarez.

XX.

Estas condiciones que no podíamos aceptar sinó *ad referendum*, sin embargo de la plena autorización de que estabamos investidos, fueron discutidas por nosotros en la forma que vamos á expresar.—Observamos respecto de la primera ; que si en virtud de la promesa de convocatoria de la Convención nacional, pudieran inclinarse los ánimos del Dr. José María Sarasti y sus compañeros á apartarse de las armas, previas las más amplias garantías, jamás podrían convenir en ello, mientras estas garantías no fuesen extensivas en la misma forma á todos cuantos habían militado bajo sus órdenes, sin excepción de ecuatorianos ó extranjeros. Manifestamos que este procedimiento exigido por la gratitud y la lealtad estaba además aconsejado por la conveniencia y honra nacional, puesto que al no hacerlo así, de hecho quedaban declarados *fuera de la ley*, los individuos que no fuesen ecuatorianos, resultando de esto que se verían obligados por el instinto de propia conservación, á oponer la mas enérgica resistencia á sus perseguidores, armados como se hallaban para poderlo hacer con la mayor ventaja. Que además semejante imprudente exclusión, sería generadora de muy graves y fundadas reclamaciones diplomáticas por parte del gobierno de Colombia, quien, con toda justicia, desplegaría el mayor celo en la defensa de los súbditos colombianos, á quienes se perseguiría en el Ecuador colectivamente, no pudiendo saberse nominalmente quienes se pusieron en armas y quienes nó para justificar el derecho de castigar á los culpables, sin envolver en

igual persecución á los inocentes, con gravísimo detrimento de la justicia y de la paz y armonía con la nación vecina. Que se atendiese al gran número de colombianos residentes en el Ecuador, respecto del cual era insignificante el n.º de 400 que se suponía que militaban con Sarasti (Eran entonces 14, como pueden comprobarlo los jefes que estaban en Patate, Folleco y Erazo; pero convenía que los contrarios se afirmasen en la creencia de que eran 400, cosa que por cierto nunca tratamos de desmentir).

Estas sólidas observaciones fueron contrariadas debilmente por las que opusieron los Cules. Ortega y Navarro, fundadas más en las disposiciones de sus ánimos predispuestos y resentidos, como la ocasión lo justificaba, que en reflexiones juiciosas, inspiradas por una idea elevada y una voluntad capaz de sobreponerse á las reclamaciones del amor propio. No así respecto del Gral. D. Antonio J. Mata, en cuya madura deliberación fueron de peso nuestras observaciones, y las acogió como fundadas, autorizándonos, por lo mismo á ofrecer iguales garantías á los nacionales y extranjeros que se hallaran en este caso.

Respecto de la 2.ª condición no observamos sino que no podíamos fijar ni aproximadamente el n.º de armas y elementos de guerra, de que disponía el Gral. Sarasti, por cuanto, ya lo habíamos dicho, la gente se hallaba dividida en una extensa línea.

En cuanto á la 3.ª y mas sustancial condición, replicamos con toda la energía de nuestras convicciones y espíritu republicano, que jamás podríamos sancionar con nuestra aquiescencia un hecho á toda luz y principio depresivo de la honra individual y refractario de las instituciones republicanas; que ántes nos someteríamos á las mas penosas y tristes consecuencias, que incurrir en una indignidad semejante, afirmando un hecho falso y marcando con baldón y oprobio la honra de la Patria amancillada. ¿Cómo podríamos jamás llamar *legítimo*, mucho menos *constituido* un gobierno sostenido por la fuerza de las bayonetas; proclamado por su propio círculo en oposición con las prescripciones de esa misma Constitución que se había dado en armonía con sus tendencias y aspiraciones ?—Sí, Sr.; Gobierno legítimo, replicó el Cnel. Navarro, puesto que los pueblos lo han proclamado, desde el Carehi al Macará, las municipa-

lidades han segundado esa espontánea manifestación, y el ejército sostiene la voluntad de los pueblos; y solo cuatro descontentos y rebeldes han osado levantarse contra un gobierno proclamado por toda la nación, como lo demuestran las actas de pronunciamiento.

—No puedo persuadirme—respondimos—que estas razones expresadas por el interes con que el Sr. Cnel. Navarro defiende una causa de sus simpatías, sean verdaderamente inspiradas por una convicción sincera; pues si por desgracia así fuera la verdad, confieso que la triste condición del Ecuador sería irremediable. Pero por fortuna los hechos atestiguan todo lo contrario. El gobierno del Gral. Veintemilla es gobierno de revolución; y si así no fuera los mismos jefes que lo sostienen no hablarían de la necesidad de convocar una Constituyente que devuelva á la nación su forma constitucional, alterada y desecha por la revolución sostenida por la fuerza militar: si para justificar este procedimiento se invoca la voluntad de los pueblos, yo podría invocar en contrario y con mayor fundamento, la autoridad de esos mismos pueblos; porque si se entiende por tales los nombres que figuran en las actas del “Ocho de Setiembre,” yo entiendo por pueblos los que en el Norte han derramado su propia sangre en protesta de ese hecho; pueblos los que están prestando en el Centro sus vidas y territorio en oposición al pronunciamiento del 26 de marzo; y pueblos, en fin, todos los de la República que al separar de ellos la presión de la fuerza, estallarían con la violencia de un poderoso resorte comprimido. Si se quiere que se nombre un *gobierno*, le designaríamos con la añadidura de *gobierno militar*, es decir sometiéndonos al reconocimiento de un *hecho*, que no fuésemos capaces de destruir; pues en tratándose de *legitimidad* yo creo que esta se halla de parte de la contrarrevolución, y la diferencia no está sinó en la fuerza de que dispone uno y otro partido.

Por mucha que fuese la argucia de nuestros contendores, no era facil desvanecer las sencillas razones que adujimos en contra de su acerto, pues aún cuando el Sr. Cnel. Navarro repuso que muy fácil le sería en un congreso, por ejemplo, manifestar todo lo contrario; y aún cuando el Cnel. Ortega insistió en la legitimidad disputada, el Sr. Gral. Mata concluyó en nuestro favor, diciendo que esta dificultad se salvaría en la re-

dación que la dejarían á nuestro cargo, reservándose sus señorías el derecho de revisarla.

La 4ª condicion parecía inutil, pues caso de desaparecer con la convocatoria de la Convencion la causa de haberse tomado las armas, la promesa claudicaba por si misma: observacion que la hicimos, juntamente con la formal promesa de la libertad del preso, como lo pedia la condicion 5ª. Asentado lo cual, nos despedimos de los Sres. Jefes, quienes nos dispensaron urbano y calleroso tratamiento.

Al separarnos el Gral. Mata añadió. "Como no quiero yo cargar con la responsabilidad de estos procedimientos, ni que más tarde se me hagan inculpaciones ofensivas á mi amor propio, debo consultarlo con el Spmo. Gbno. y en este mismo instante voy á despachar un posta á la Capital, con las condiciones ó basas que hemos sentado para nuestros arreglos, á fin de que no se me arguya despues. Comunique Ud. esto á sus compañeros." Nosotros agregamos á esta indicación la necesidad de que *constase* la autorización al Sr. Gral. Mata, y la anticipada aprobacion de cuanto su señoría hiciese en la materia, y uno y otro dimos el curso correspondiente á las proposiciones que habiamos fijado *ad referendum*.

Hé ahí fidelísima y puntualmente referida la materia forma y circunstancias de la conferencia que tuvo lugar en Ambato el 17 de Octubre entre los Sres. Mata, Navarro y Ortega, como representantes del gobierno de la Dictadura, y el autor de este Resúmen por parte del caudillo de la reacción iniciada en el Centro. Gratuitos enemigos y pueriles adversarios, extraños completamente al curso de estas gestiones, han ejercitado su mala voluntad ó ligereza, torciendo antojadiza y malevolamente la verdad de estos hechos, en mengua de nuestra reputación y jamás desmentida aversión, no solamente á la Dictadura, sino al gobierno del Gral. Veintemilla, desde la inmoral é injustificable revolucion del 8 de Setiembre, hasta el último y feliz día de su caída. Nosotros que por un puro y talvez exagerado sentimiento de dignidad personal, rehusamos gustosos continuar desempeñando un empleo de cuenta y honra en la limpia, popular y legítima administración del Sr. D. Antonio Borrero, jamás habríamos podido transigir con el más inepto Gobierno, estimulados por

mezquina graujería, con mengua de nuestra honra y estimación personal. Escribimos *en días de vivos*; y si todavía la perversión y mala fé de menguados adversarios se atreviese á dudar de la nimia fidelidad con que relatamos así estos hechos como todos los demás incidentes de la presente historia; si todavía la negrura de sus pasiones é intereses de partido les vendase los ojos para no ver la verdad que contienen los documentos que insertamos, acudiremos al incontrovertible testimonio de los mismos sugetos que han intervenido en los sucesos relatados, quienes, á pesar de la mala parte que por error han sostenido, no degradarán su dignidad permitiendo que se empañe el esplendor de la verdad que debe campear en una historia, con el impuro aliento de la malediscencia de innobles pasiones.

XXI.

Con la premura del caso regresamos á Patate, adonde habíase ya trasladado el Gral. Sarasti con su diminuta fuerza, juntamente con el preso, cuya captura por Folleco y los Suarez vino á poner la situación en los términos historiados. Convocados en casa del constante caudillo los pocos que podían deliberar sobre la materia, hallámosles sumamente conmovidos por la lectura de una pequeñísima esquila que en aquel día habían recibido de Quito, en la que se decía textualmente lo siguiente: “En los días de mi oculta permanencia en esta ciudad, he podido recoger algunas pocas noticias y datos que dan por resultado que no hay esperanza alguna en el Norte, de donde regresó ya triunfante Leopoldo Salvador con todas las tropas. Soy del parecer que se oculten bajo de tierra esas pocas armas que tienen en Patate, y que cada uno busque la mejor manera de salvarse”. . . . Hé ahí el *últimatum* de las esperanzas que aún halagaban á nuestros infortunados é invictos guerreros!

Pasamos luego á referirles la entrevista y conferencia con el Gral. Mata y sus dos camaradas, y las condiciones que dichos Sres. habían fijado para llegar á una conclusión pacífica; y si bien se hallaban decaídos los ánimos, más con la noticia consignada en la esquila de Quito, que con el resultado de la conferencia de Ambato, la promesa de una tregua de tres días llenos, rea-

minó notablemente los bríos juveniles de nuestros adalides, y fortificó la fé inquebrantable de su valeroso Caudillo, quien dijo : "No hay que desalentarse, amigos : en tres días pueden suceder muchas cosas, y modificarse nuestra situación : cuando nó habrá que conformarse y aplazar nuestro propósito para ocasión más propicia". Dejemos pasar estos tres días y esperemos su término para reconocer si hubo ó nó una especie de intuición, en quien con tanta serenidad de ánimo y filosofía se adaptaba á la corriente del tiempo que abate y que consuela, que encumbra y que derriba, que ensalza y que deprime.

Al siguiente día y primero de la tregua, tratóse de la libertad de D. Octavio Alvarez, como se había prometido ; pero este asunto ofreció dificultades y hasta serios peligros tanto para el mismo preso, cuanto para las personas que estaban ya, después del compromiso adquirido, en obligación de concedérsela y procurar el cumplimiento de la condición pactada para la tregua. En estas situaciones anómalas y difíciles, los ánimos mal dispuestos bajo la influencia de los más extraños y absurdos juicios, dan fácilmente acogida á cualquier dicho provocado por la ligereza ; y lo que en su principio no es sino una palabra burlesca, una suposición arbitraria, va poco á poco convirtiéndose en un hecho que produce el efecto de una convicción. Antojósele á algún travieso y divertido mozo decir que se habían recibido cuatro mil pesos en rescate del preso ; y sin más acá ni más allá lo creyeron los demás, y resolvieron no permitir su libertad, mientras no se les diese una buena parte de la cantidad recibida ! . . . Hubo, por tanto, de tratarse de la dimisión del Mayor Octavio Alvarez con suma prudencia y tino, y al efecto el Comandante Folleco y el Sr. Pacífico Chiriboga, le sacaron casi furtivamente del lugar en que estaba, y le condujeron á punto de donde pudiese continuar la marcha sin el inconveniente temido.

Hallábase de camino á Píllaro lugar de su residencia, cuando en la hacienda de Tontapí apareció el Capitán Teófilo Santander, acompañado del Dr. Benedicto Salgado, que iban á incorporarse con los demás en Patate, ignorando el estado de las cosas y el arreglo iniciado con los Jefes de Ambato. Informados los dos viandantes de la situación, disimularon su intento y re-

gresaban con el preso libertado; pero el Capitán Santander, que tan eficaces servicios ha prestado á la causa de la restauración con su valor, constancia y actividad, diónos aviso de una comunicación que llevaba al Dr. José María Sarasti, de parte del Sr. Carlos Pérez, que se hallaba en un lugar de la misma provincia, ignorante absolutamente de la nueva reorganización operada en Patate, y del suceso alcanzado en ese territorio contra las armas del ejército de la Dictadura. La pequeña jornada de Cusatahua y la derrota de la avanzada enemiga en aquel sitio, había llegado á oídos del Sr. Pérez, quien vino por ello al punto en conocimiento de lo que pasaba, y resolvió mandar á Santander á Patate con la comunicación de que hablamos, y para que observando lo que pasaba en ese teatro incorporarse inmediatamente, según ello, con el Gral. Sarasti y demás compañeros. Leímos la comunicación y nos pareció importantísima la ida de Santander á Patate, para que la pusiera en el acto en manos del Jefe del Centro; y en efecto así se verificó.

La comunicación del Sr. Pérez al Gral. Sarasti, haciéndole saber su paradero y esperando en él las órdenes del Caudillo para cumplirlas, manifestaba la sorpresa que le había causado la noticia de que en Patate estuviesen en armas, después de la disolución de las fuerzas en San Francisco, y fué indudablemente una nueva tan fausta y propicia, que con razón debió ser recibida con la exaltación y júbilo que lo demandaba el caso. El Sr. Pérez como Comisario de guerra, era áncora de salvación en aquella especie de naufragio en que por falta de lastre, fluctuaba azotada por el viento la barquilla de la esperanza. Regresó inmediatamente el mismo Ctan. Santander conduciendo cartas del Gral. Sarasti al Sr. Pérez, llamándole urgentemente; y en efecto al siguiente día llegó á Patate el anhelado Comisario de guerra, trayendo consigo los pocos recursos que aún le quedaban. Este día era el 2º de la tregua. (!)

XXI.

El postrero día debía regresar á Ambato el Emisario con la contestación del Gral. Sarasti, por ser aquel el último de la tregua y vísperas del aplazado para la conclusión de los arreglos iniciados. Al efecto el Gral.

Sarasti llamó á Consejo á todos sus fidelísimos y abnegados compañeros, para que cada uno expusiera su juicio y opinión en tan delicada y trascendental materia; y reunidos los pocos jóvenes que en Patate acompañaban á su Caudillo, hablóles éste en los términos siguientes:

“A nadie puede ocultarse nuestra verdadera situación y por lo mismo cada uno puede exponer con franqueza su manera de pensar. No quiero, ni puedo consentir jamás en que mañana, si nuestros esfuerzos resultan fallidos, se levante el criterio de la opinión por lo general injusta, para condenar mi nombre y reprobar mi conducta. Puede el hombre sacrificarse sin restricción, pero debe guardar incólume su dignidad. Hasta ayer nuestra situación no dejaba entreveer un rayo de esperanza: hoy ha cambiado algun tanto, y podemos aún conservarnos en armas unos días mas, mientras lo permitan los poquisimos recursos que ha traido el Sr. Perez, y el regreso del Comandante Rivera, á quien esperamos, con algun refuerzo de Riobamba. Todo el secreto de nuestra fuerza consiste en los recursos, y si alcanzamos á obtenerlos, podremos fácilmente engrosar nuestras filas y disputar palmo á palmo con el enemigo. Además, como aún para aceptar las garantías que se nos ofrecen, no podríamos hacerlo sin que estas nos sean aseguradas con la aprobación de lo que se llama *el gobierno*, como lo ha exigido nuestro emisario, deberán pasar necesariamente estos ocho días, sin que nosotros abandonemos el campo; y si en su decurso pudiésemos conseguir los elementos que nos faltan hoy, nos hallaremos mañana en el deber de continuar nuestra campaña, hasta redimir á la Patria, ó exhalar en su defensa nuestro último aliento. Creo, pues, que sin faltar á nuestra dignidad, podemos contestar á los Jefes de Ambato, haciendo hincapié en obtener lo que ellos no pueden concedernos sin la aprobación de sus superiores, á fin de ganar el tiempo, sin que puedan invadirnos; por otra parte si fuese sincero su ofrecimiento y eficaz su voluntad de terminar la guerra, convocarán la Convención, con la que llegaríamos al resultado de un triunfo, sin haber empleado las armas para conseguirlo. Si por el contrario, insinten ellos en traernos la guerra, conoceremos en el mismo hecho, que su ofrecimiento ha sido falso, y que solo han querido esforzar-

se con nuevas tropas y los cañones que esperan de Quito, para lanzarse sobre nosotros. En tal caso no nos queda otro recurso que disponernos á la resistencia, fiando á nuestro valor y última resolución la esperauza de la victoria. Tal es mi modo de pensar : espero que los demás expongan el suyo y vean si les parece ó no conveniente”.

De un modo análogo ó igualmente patriótico discutieron los Sres. Pacífico Chiriboga, y los demás estimulando al Gral. Sarasti para que contestara por escrito las condiciones enunciadas á la voz por el encargado, y exigiendo en la nota la aprobaci6n de ellas por parte del Gral. Veintemilla, para asegurarse de su cumplimiento.

En efecto contraido el Jefe de Operaciones á la contestaci6n indicada en uni6n del que esto escribe, formul6se su respuesta en el sentido que sigue.

“Sr. Gral. D. Antonio Jos6 de Mata.—Ambato.
Patate, Octubre 20 de 1882.

Señor :

El Sr. D. Eloy Proaño y Vega, debidamente autorizado por mí, me ha informado á la voz de las condiciones fijadas por Ud. en la conferencia que ha tenido en Ambato con la persona de Ud. y los Sres. Cneles. D. Luis Fernando Ortégá y Juan Nepomuceno Navarro.

En ella ha autorizado Ud. al Sr. Proaño y Vega para que nos ofreciese plenas garantías á fin de que depongamos las armas, pr6vio el ofrecimiento de Convocar una Convenci6n, y así terminar las hostilidades.

Como al tomar nosotros las armas lo hicimos animados de este mismo fin y deseosos de que se convocara una Convenci6n que devuelva á la Rep6blica su r6gimen Constitucional, no vacilamos por bien de la paz y de la humanidad, en aceptar dichas garantías, siempre que ellas se ajusten á las siguientes condiciones.

1^a Estas garantías se entenderán plenas y suficientes tanto para las personas, como para las propiedades de todos los que han tomado parte en los movimientos militares que han tenido lugar en las dos provincias de Tungurahua y Chimborazo, desde el 27 de Setiembre, hasta la presente fecha.

2^a Ningun colombiano podr3 ser molestado ni perseguido por motivos políticos, determinados por su conducta desde dicha fecha.

3ª Se convocará lo más pronto posible la Convención nacional, que deberá formular la Constitución de la República, alterada por la revolución del 26 de Marzo; y

4ª Prévias estas condiciones, el infrascrito se compromete á entregar las armas y elementos bélicos de que dispone, á una comisión ó á la persona que para el efecto se designe.

Estimo además como indispensable el que estas mismas garantías se hagan extensivas á las personas y bienes de los que hayan tomado parte en el acontecimiento del 13 de Junio en Ambato, y que para su cumplimiento sean debidamente sancionadas por la persona del Gral. Veintemilla.

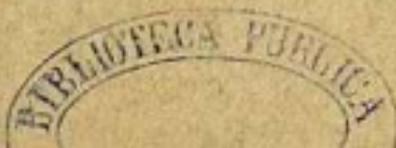
Como prenda de seguridad de estas disposiciones por nuestra parte, hemos puesto en libertad al Jefe prisionero, D. Octavio Alvarez, en cumplimiento de lo ofrecido por el Sr. D. Eloy Proaño y Vega, como prévia condición para la tregua.

En estos términos dejo contestadas las condiciones que Ud. se ha servido indicar al Sr. Proaño para que las pusiese en nuestro conocimiento, asegurándole por lo que á mí respecta, que me hallo impulsado únicamente por el bienestar de la Patria y su honra y dignidad.

Con esta ocasión cábeme la honra de suscribirme del Sr. Gral. Mata, muy atento y obsecuente servidor.

José María Sarasti.

Terminada la redacción de esta minuta de las condiciones, cuya concesión era poco menos que imposible obtener, por cuanto ellas fueran más propias de un vencedor ó de un poderoso rival, que no del jefe de una facción débil y destituida de elementos para poder contrarrestar el poderoso empuje de un ejército aguerrido, triunfante y orgulloso, dispuso el habil y sagaz jefe que nos encaminásemos á Ambato conduciendo la nota, é insinuándonos que insistiésemos eficazmente con la palabra, para que los tratados no se verificasen sino bajo el tenor literal de lo escrito, y así disponer el ánimo de los jefes contendores, á una solución no solo favorable á la causa restauradora, más también victoriosa; ó de lo contrario ponerles en el caso de desechar en lo absoluto el preconcebido negociado:



XXII.

En este día terminábase la tregua; por consiguiente era menester darse prisa para llegar á Ambato dentro del plazo natural, y así cumplir decorosamente con lo que la dignidad personal y la tramitación del caso prevenían. Habíamos emprendido la marcha, cuando antes aún de salir de los confines de la población vimos llegar un expreso anunciando al Gral. Sarasti la aproximación del Comandante Rivera con una falange de 80 hombres escogidos y probados en la guerra. En efecto partió inmediatamente á su encuentro el Caudillo del Centro, y á poco trecho saludó entusiasmado al invicto y ardiente Capitán que conducía ese tercio vigoroso de los futuros vencedores de Sanandrés.... Era este el postrero día de la tregua. Sarasti había hablado como un profeta, cuando dijo "No hay que desalentarse, amigos míos: en tres días pueden suceder muchas cosas, y modificarse nuestra situación"... Estaba en efecto modificada al remate la situación y cumplido el vaticinio....

No podemos omitir aquí la narración de un incidente que prueba hasta qué punto había crecido el inminente riesgo de evaporarse este último conato de la porfiada y tenaz resolución del Caudillo del Centro contra la incommovible Dictadura. Ya hemos dicho que bien contados los defensores de la patria que rodeaban á su jefe en aquel entonces, no llegaban á dos decenas, incluyendo en esta cifra una parte de los patateños que desde el principio tomaron las armas. Estos hallábanse en sus propias casas y no en el cuartel, por cuanto con la quietud de la *tregua* habíase remitido el peligro, y todos los que tenían alguna comodidad, preferían la ventaja del hogar á las molestias de cuartel; y el jefe había venido de grado en concederles este desahogo, tanto por la generosidad con que debía tratarse á gente voluntaria, cuanto por la penuria y egestad de las arcas restauradoras. Los pocos colombianos (13) y unos cuatro ecuatorianos más, que no eran de Patate, pasaban esos días entregados á una especie de huelga militar, entretenidos en jugar *pelota* y en otros pueriles divertimientos. Empero el ánimo, desviado ya del objeto con que se habían congregado, había desfallecido tanto que resolvieron abandonar los reales, y volver á la vida or-

dinaria, renegando por tercera vez de la *ineficacia* de sus esfuerzos y del *desatino* de sus Caudillos. Llegó, pues, á comprenderse el proyecto de rebelión por algunos; y el Sr. Pacífico Chiriboga, á la sazón Comisario de guerra, inmediatamente comunicólo al Gral. Sarasti. He aquí un serio conflicto, producido *por las delicias de Capua*. Pero el nuevo Anibal no habia contribuido á relajar los resortes morales de sus 20 conmitones; y entrando en Consejo con su *Estado Mayor*, (dos) removió el peligro con un expediente sumamente industrioso y original, cuya ejecución confiála á los jóvenes más campechanos y avispados. Este consistió en encerrar á la gente en el cuartel con la mayor suavidad, y para que no les viniése en mientes el deseo de poner por obra su disposición de abandonar su propósito y marcharse con las armas, como lo habian proyectado, insinuó, de acuerdo con el Comisario de guerra, el medio de divertirlos de su intento, haciéndoles renovar el recuerdo de sus *danzas y bambucos*, en cuyo ejercicio, al son del tambor marcial, (que para el caso lo era el tablero de la escuela) pasaron la noche, con tanta alegría y algazara, que juntamente con la aurora, sorprendióles el apacible Morfeo, tomando posesión de los hijos de Marte, por entonces entregados al gracioso ejercicio de la gentil Terpsícore. En un momento dado presentóse tambien el Jefe en el cuartel, como quién ignoraba la novedad de aquella fiesta, tau agena de Belona (1); y como los danzarines se comportasen á la presencia de Sarasti, estimuló éste el buen humor de los mozos de tropa diciéndoles que continuasen en su alegría inocente porque ella era el *preságio de la que muy pronto iban á disfrutar con la victoria que luego alcanzarían sobre el enemigo*. . . . Los mozos entusiasmados acogieron las palabras de su jefe; atronaron los aires con estrepitosos burras á la restauración y muera á la Dictadura, y pasóseles como por los cerros de Ubeda el recuerdo de dispersión, pues con la llegada del Cmdte. Rivera, al siguiente día de aquella noche, recobróse el ánimo de todos y ya no pensaban sino en ir al encuentro del enemigo. Tan feliz resultado alcanzó la original industria del Gral. Sarasti y su Comisario Pacífico Chiriboga.

(1) Perdónesenos en este gracioso episodio tanta alusión mitológica.)

XXII.

Con la llegada del Cmdte. Rivera, cuyo temperamento para la guerra fué de bien templado acero, y de sus ochenta comilitones, el Gral Sarasti reconocióse verdaderamente en las condiciones de un Xerxes, pues con este número, la gente de Patate, y los otros, incluso los jóvenes Pacífico Chiriboga, Luis y Javier Dávalos, Manuel y Darío Sarasti, Antonio Arteaga, Alejandro Alvarez, Juan Villacrés, Alejandro Sevilla, Joaquín Lalama, Leopoldo González, Virgilio Paredes, Emilio Orejuela, y Federico Martínez, (1) ascendía el total á 108 hombres, dipuestos á vencer ó morir. Reconociendo la necesidad de dar conclusión y remate al negociado que se tenía entre manos con los Jefes de Ambato, fué necesario el que partiésemos con las instrucciones arriba apuntadas, para que no se tildase de felonía púnica la conducta de los encargados de dirigir el movimiento de la reacción del Centro, y á este fin volvióse á récomendar al comisionado, la mayor entereza en sostener la dignidad de la causa confiada, puesto que los Jefes contrarios no podrían inferirle daño, pues habían comprometido solemnemente su palabra de honor y garantizádola por escrito con la aquiescencia del Gral. D. José Antonio Mata, Jefe de Operaciones de las fuerzas contrarias, en el Centro.

El viérnes 20 de Octubre partimos á Ambato, pues debía terminar la *tregua* en aquel día; y habiéndo anunciado nuestra llegada á los Sres. Jefes de la Dictadura y puesto en sus manos la nota del Gral. Sarasti, cuyo contenido hemos transcrito en el respectivo capítulo, el Gral. Mata, disgustado de la manera en que estaba concebida, manifestó que no era aquella la adecuada para poder llegar á un avenimiento de paz; que no había reconocimiento de *beligerancia* en la facción revolucionaria, y que no nos era dado imponer condiciones, ni pedir *recolectorias*. Sobre todo que, como nos lo había dicho en la anterior conferencia, no habiendo Su Señoría querido asumir la responsabilidad de un asunto de tanta trascendencia, ni pudiendo convenir en que se exigiesen condicio-

(1) El Sr. Carlos Perez partió á Quito en demanda de recursos al mismo tiempo que nosotros nos dirijiamos á Ambato, para dar fin al negociado de paz.

nes depresivas de la dignidad del gobierno que representaba, habiendo oportunamente dado cuenta al Excmo. Delegado (así llamábase comunmente al primer Designado para subrogar al Ejecutivo) con las indicaciones hechas por parte del Comisionado de Sarasti, en la primera conferencia, S. E. había resuelto enviar de Quito al H. Sr. Ministro Arias, para que él se entendiese en la materia: que por tanto daba por terminada la negociación y finalizada la tregua, la cual había respetado por su parte, á pesar de que por la nuestra se había faltado á ella, habiendo engrosado las *filas* de Patate, con nueva gente, de lo cual tenía conocimiento el Supremo Gobierno, y que además habíamos derribado un puente de Píllaro.

Observamos al Sr. Gral. Mata que era verdad la llegada de tropa á Patate, pero que aquella no era nueva, sinó parte de la que se hallaba diseminada en la línea que se extendía hasta Riobamba, como lo habíamos francamente aseverado en la anterior entrevista; que era muy natural el que se hubiese llamado á los mas distantes, para esperar el resultado de las gestiones actuales, é impedir cualesquiera movimientos militares que ellos hubieran podido emprender aisladamente, ignorando el estado de la conferencia anterior. Qué respecto de la imputación de haber derribado un puente en Píllaro, era absolutamente falsa. (Este puente asegúrase que fué destruido intencionalmente por unos partidarios de la Dictadura, para justificar con ello la ruptura de la tregua, atribuyendo el hecho á los restauradores de Patate). Añadimos que también los Sres. por su parte habían aumentado el número de sus batallones y que además, en los mismos días de la tregua habiales llegado los cañones de la Capital. No es lo mismo, observó el Gral contrario, pues el gobierno tiene derecho para todo porque es *gobierno* y Us. son *revolución*; y como no hay beligerancia, no podían Us. impedir que la autoridad escogitase los medios más adecuados para sostener sus derechos. En suma, agregó, habiendo terminado todo lo que por mi parte he ofrecido, hállome hoy en libertad de abrir las operaciones en el sentido que lo juzgue conveniente; y se lo digo á Ud. con la franqueza que acostumbro: mañana movilizaré sobre Us. 1400 hombres con que cuento; y con tres piezas de artillería serán escarmentados los que no han querido aprovechar de la ocasión

que se les ha ofrecido para deponer las armas y aceptar las generosas garantías que se ha tratado de otorgarles. No seré, pues, responsable de las consecuencias, ni de la sangre que se derrame. Pueden Udes. congregarse de todas partes, y ojalá así lo hicieran, para debelar de un golpe esta facción y restablecer definitivamente la paz; Qué ceguera es la de Udes. en proponerse resistir con gente colecticia á un ejército veterano y enorgullecido con los triunfos que acaba de obtener en el Norte? No se concibe que puedan insistir en un propósito temerario, habiendo desaparecido completamente las tentativas de los revolucionarios de allá, que eran indudablemente más poderosos y fuertes que los de acá, con los elementos que Landázuri pudo obtener con la rendición de Yopez; pero habiendo sucumbido aquel en Cayambe y perdido toda esperanza, no deberían tener objeto los esfuerzos de Sarasti, porque no puede encontrar apoyo alguno en otra parte; pues aún lo que se dijo de la invasión de Salazar (1), ha recibido comunicaciones oficiales el gobierno de haber sido desarmada por las autoridades del Perú. En fin, no habiendo convenido con lo que por mi parte he deseado, no seré yo responsable ni permitiré que se manche mi honra.

En esto el Gral. Mata procedía ajustándose rigurosamente á las terminantes y enérgicas disposiciones de su gobierno, el cual, por el Ministerio de la Guerra, hábale dirigido con fecha 19 de Octubre, la siguiente nota, que copiamos á la letra.

Al Gral. D. Antonio José Mata, Jefe de operaciones del Ejército del Centro....“Habiendo llegado á noticia del Gobierno que los insurrectos de Riobamba, que actualmente se encuentran en los pueblos de la Provincia de Tunguragua, intentan ó han propuesto (?) capitular ante la autoridad de U. S. E. el Designado Supremo, Encargado del Poder Ejecutivo, me previene decirle, que **de ningún modo, bajo ningún aspecto, ni condiciones,** debe U. S. aceptar tal capitulación; sino que al contrario (....) proceda inmediatamente á emprender en operaciones, hasta **batirlos de una manera ventajosa y segura, hasta destruirlos en su totalidad,** porque lo único accesible es ó puede serles el que se

(1) Fué esta la primera ocasión en que llegó á nuestros oídos la tentativa generosa del Gral. Salazar.

rindan á **discreción**. Tengo la satisfacción de participar á US. esta **providencia para los fines consiguientes**.—Dios y Libertad. Pedro P. Echeverría".

(Es fiel copia del libro del Ministerio de la Guerra).

XXIV.

En aquella misma tarde hicimos saber al Gral. Sarasti el *ultimatum* de la situación, para que se previniese á la defensa y no fuese sorprendido con repentino asalto, pues si bien no era esto muy fácil atenta la defensa natural del territorio de Patate, aislado por entonces por la falta de puentes que le pusieran en contacto con Pelileo que está al Sur, no sucedía lo propio por el Oriente, donde subsistía el puente de Baños, que dista 4 leguas de Patate. Por esta dirección era posible combinar un ataque sobre los nuestros, pues ya entonces hallábase desguarnecido aquel pueblo. Pareció tanto más necesario este oportuno aviso cuanto que llegamos á comprender que el Cnel. Ortega meditaba en una sorpresa por el hecho de que á la explícita y franca declaratoria del Gral. Mata, de que iba á movilizar sus fuerzas y que nos lo decía sin embajes, nos advirtió Ortega que no lo anunciáramos todavía á Sarasti, antes de que se pusiese en nuestro conocimiento el resultado de una conferencia que deberían tener en aquella noche, para meditar en un expediente que condujese á pacífico término la situación.....

Demasiado acentuada se dejaba entreveer la intención del tenaz é irritado Cnel. para que hubiésemos incurrido en el candór de aplazar á su respuesta el importante aviso con que debíamos prevenir la defensa del Caudillo del Centro, de lo cual cuidamos con la solitud del caso. El resultado de la tal conferencia expresada por Ortega, jamás llegó á nuestro conocimiento.

El 21 se disponían muy por la mañana á marchar sobre Patate las numerosas tropas de Ambato; y aunque parece que trataron de movilizarse por la noche, el tren de artillería lo impidió, pues uno de los cañones, dañado en el trayecto desde Quito, no pudo ser reparado en Ambato tan pronto como fuera menester, para disponer la marcha en alta noche. A las diez del día se pusieron en marcha todas las tropas, comandadas por el Gral. José Antonio Mata, como Director de la Guerra; los

Cles. Luis Fernando Ortega, como primer Jefe de la División; Cnel. Juan Nepomuceno Navarro, Jefe del 16. Los Cnles. Darío Camilo y Eusebio Montenegro y Marto Sanandrés al mando de sus respectivos batallones. . . . Cnel. Brito con el Daule; Cnel. Fiallos con el 2 de Abril &ª Y á este mismo tiempo acercábase á toda prisa por el Sur, el Cnel. D. Mariano Barona con otro batallón de la mejor gente de Babahoyo.

Instruidos del movimiento preparatorio de las fuerzas enemigas, á las 4 de la mañana nos dirigimos á nuestros reales, á fin de proceder como lo requería el caso; refiriendo al Gral. Sarasti cuanto habíamos oído y visto sobre las tremendas comminaciones del Ejército dictatorial, su conturbador aparato, y la resolución inquebrantable que traían de *excarmentar terriblemente á los revoltosos*. . . . Al despedirnos del Gral. Mata en el día anterior le anunciamos cuán difícil había de serles alcanzar la victoria. . . . ; Cuantas veces lo habré recordado este honrado Jefe, cuyo engaño puede en parte ser disculpa del funesto yerro en que incurrió sosteniendo la Dictadura. También lo habrán recordado los Cnles. Ortega y Navarro, pues, nuestra última palabra fué la explícita declaración del propósito que el imperterritito Caudillo y su invicto puñado de espartanos que con él militaban, habían jurado cumplir si no se verificaban las condiciones de paz, propuestas en beneficio de la patria y respeto de sus instituciones: “Combatiremos, habían dicho, hasta donde nos sea humanamente posible; y si la suerte nos fuese adversa, antes de poner nuestras armas en enemigas manos, buscaremos con ellas nuestro sepulcro en las aguas del Patate”..... Así terminaron las gestiones hasta el 21 de Obro. Veamos los sucesos posteriores en la siguiente parte, y ellos dirán si fué ó no veráz el propósito de nuestros adalides.

CUARTA PARTE.

La titánica é inverosímil lucha que pasamos á narrar en esta cuarta parte de nuestro resumen histórico, llamará sin duda la consideración del hombre reflexivo hacia la naturaleza de los dos elementos pugnadores. La arbitrariedad y la fuerza por una parte: el derecho y la debilidad por otra. Lo hemos dicho en otra ocasión y lo consignamos hoy por ser ello la síntesis que encierra una descripción verdadera, aunque débil, de la condición del pueblo ecuatoriano bajo el oprobioso dominio de la Dictadura, que no sólo imperó desde el 26. de Marzo, en que el gobierno del Gral. Ignacio de Veintemilla tomó mas decidida y francamente esta forma; sino desde el primer día de su execrable revolución, sin excluir la época de su gobierno constitucional; pues, como lo observa sagazmente el distinguido literato D. Sergio Arboleda, la Convención de Ambato erigió en constitucional la Dictadura, concediendo amplias facultades extraordinarias, cuyo ejercicio dejaba *ad libitum* al Ejecutivo.

Decíamos y lo repetimos, que la arbitrariedad y la fuerza dominaban al Ecuador: la arbitrariedad atropellando y conculcando la carta fundamental, con la inconsulta revolución del 26 de Marzo de 1882; la arbitrariedad desviando los elementos de progreso y mejoras del país, con la escandalosa dilapidación del erario público; la arbitrariedad, en fin, desafiando, ella sola, el poder en un país republicano irresistible, de una opinión, que á falta de armas y de libertad legítima, siquiera de queja, protestaba con el silencio de la indignación, contra tamaño abuso y desafuero. Nada tenía la arbitrariedad que temer del silencio del pueblo indignado, porque estaba sostenida por la fuerza, con una lealtad inesplicable, digna por cierto de mejor causa. Ella, la fuerza, con cinco mil bayonetas había rasgado en cinco mil girones la bandera de la Patria; ella, la fuerza, paseaba sus soldados de uno al otro cabo de la República, aturdiendo con las detonaciones de sus proyectiles el oído del medroso labriego, sembrando los caminos de cadáveres, y regando en áridas campiñas la sangre de un

pueblo inerme y desvalido. Esto era ayer : y hoy ?— Venid pueblos á contemplar maravillados el espectáculo que presenta el Ecuador. En un momento dado, en un instante supremo se ha dejado oír la voz de la Patria ; mil heróicos hijos suyos han presentado el pecho desnudo á las bocas del furibundo *Remington* : cayeron muchos. . . (Gloria eterna á su memoria !) ; pero en premio de tan cruento sacrificio, repartió la victoria entre los que sobrevivieron, sus frescos laureles, y trasladó el acero de las trémulas manos de la arbitrariedad y despotismo á los robustos brazos de la justicia y del derecho, los cuales nunca souríen más complacidos á la Patria que cuando la ven rodeada de cadáveres de hijos suyos, que cumpliendo con su deber, los afianzaron con su sangre. Ah ! en presencia de tan grandioso espectáculo, no podemos menos de corroborar el pensamiento de Donoso Cortés, cuando dice que *sólo una reacción, en su origen justa, puede poner el acero libertador en manos de las víctimas* . . .

Hemos referido en parte lo necesario para que pueda el lector justificar la razón con que decimos que los elementos contra los que combatía la Dictadura eran el derecho y la debilidad : nadie osará poner en duda la plenitud de justicia con que acudieron á las armas los generosos patriotas que acaudillaron respectivamente las campañas del Norte, Sur, Centro y Occidente de la República, contra el gobiernode la Dictadura ; y la descarnada narración que hemos emprendido, responderá si era ó no desvalida en sus principios la reacción operada por el Gral. D. José María Sarasti, en la provincia de Tunguragua. Fija nuestra atención únicamente en este teatro, no podemos afirmar lo mismo respecto de los movimientos del Sur y Norte, si bien se nos alcanza que en uno y otro escasearon los elementos apetecibles para prometerse el éxito que alcanzaron unidas á la del Centro, en Quito el 10 de Enero de 1883. Ahora, pues, de qué manera rodaron los sucesos y cuánta haya sido la eficacia de los esfuerzos de la reacción del Centro, encabezada por el Gral. Sarasti, para postrar el peligro y dar en tierra con el enemigo, se verá en la tranquila narración de los siguientes capítulos.

I.

El 22 de Octubre de 1882 hacia las tres p. m. el General Antonio José Mata y demás renombrados Jefes sentaban sus reales por segunda vez en el pueblo de Pelileo, asiento del cantón de su nombre. El pié de fuerza debió ascender á 1400 hombres, si acaso no exageraban sus propios Jefes; ocupaban estrechamente cinco cuarteles bajo cubierta, y disponian de tres cañones de montaña, los mismos con que habían acudido á combatir en el Norte contra las repetidas y malogradas tentativas del constante y valiente Gral. Ezequiel Landázuri y el inquebrantable Gral. Agustín Guerrero, con sus demás heroicos compañeros. Excusado sería hablar del espléndido equipo militar y abundantísimo pertrecho, así de artillería volante como de fusilería que formaban algunos centenares de cajones del parque enemigo. Por manera que con cerrar algunos puntos por dondó naturalmente habría podido movilizarse el enemigo á cuyo encuentro vinieron desde Quito, es indudable que éste, reducido á cansado y penoso sitio, ó habríase visto obligado á trabar batalla para sucumbir ante un enemigo trece veces mayor, ó habría debido abandonar ese territorio dejándolo en poder del vencedor.

El Gral. Sarasti en el opuesto lado observó la actitud del poderoso enemigo, y tomó cautelosamente las prevenciones mas á propósito para no ser sorprendido en aquella noche: y cual Condé en la que precedió á la batalla de Rocroi, entregóse tranquilamente al sueño reparador, para emprender al siguiente día su nueva, asperísima y fecunda campaña. . . .

El 23 las tropas enemigas salieron de sus cuarteles y tomaron posesiones desde donde pudieran maniobrar con la artillería, y disparar sobre el frente: en efecto rompieron el aire con tres cañonazos; y el pueblo de Patate ó su población femenina, tuvo idea del formidable estampido del cañón guerrero, cuyo eco retumbando de caverna en caverna, se dilataba estupendo, repitiéndose imponente y atronador por la extensa encañada. En vez de igual respuesta de cortesía bélica (pues no había en Patate sino remingtons cuyos proyectiles no nos era dado desperdiciar), Sarasti y sus amigos descubriéronse las frentes y saludaron con su-

ma cortesía á sus rivales. Era domingo este día, y tal vez el respeto al día festivo enfrenó el vuelo arrebatado del espíritu guerrero del contrario bando.

En esta coyuntura acaeció un incidente que será bien que aquí lo declaremos, como prueba concluyente de cuan irreprochable moral y disciplina exigía Sarasti de sus voluntarios soldados. Entre los pocos que se dejaron en Baños para guarnición y seguridad de ese pueblo, y más que todo para que cuidasen del paso del puente, hallóse también un mozo de tropa, llamado José López, más generalmente conocido con el nombre de *pitivi*. Era el tal López de genio vivaz, sumamente inquieto, activo, audaz, irascible y pendenciero; sobre todo cuando se hallaba bajo la influencia funesta de Baco, cosa que por desgracia sucedíale á menudo. Ya en días anteriores había faltado gravemente al Cura del lugar, y posteriormente el tal López, había tenido un disgusto con un honrado y pacífico morador de Baños, y sin que éste le diese motivo justificable disparóle un tiro de revolver que le atravesó el antebrazo, en términos de hacerse necesaria la amputación para no comprometer la vida. Esto sucedió cuando el Gral. Sarasti estaba en Patate en las condiciones que hemos referido; pero al punto que se le comunicó el delito de López, hízole venir á su presencia, mandóle preso y resolvió someterlo á las autoridades de Pelileo para que castigasen al culpable conforme á la ley, procurando así poner ejemplar escarmiento y lección provechosa en toda la pequeña tropa que comandaba. Así íbase á verificar cuando todos intercedimos en favor del culpable, y púdose temperar el rigoroso, si bien merecido castigo, ofreciendo á la reflexión del justiciero Jefe, el rencor y venganza con que los adversarios se cebarian en el culpable, á quien tal vez condenarían á muerte, juzgándolo más digno de ella por el delito de *rebelión* que por el de injuria inferida á su contendor. Vino de grado Sarasti en revocar su mandamiento, y ordenó que se conservara preso á López, y aún mandó se le *diera de baja*.

Débase notar que como el General Sarasti no militaba sino con jóvenes y gente enteramente voluntaria, sin que aún en las más críticas y apuradas situaciones hubiese jamás echado mano de la recluta, debía á esta condición de su tropa la facil observancia de una rigu-

rosa y nada violenta disciplina, así como la inapreciable y eficaz ventaja de poderse movilizar de día ó de noche, con la mayor celeridad, sin emplear la coacción á que los contrarios debían acudir para evitar la deserción constante que diezaba su numeroso ejército.

II.

El 24, en tanto que los enemigos desplegaban su actividad y singular extrategia, informándose de los puntos vadeables del río y de otros angostos para colocar en ellos *puentes levadizos*, el Gral. Sarasti con 60 hombres emprendió la marcha hácia Píllaro, así para batir á las fuerzas que por esa vía asegurábase que atacarían simultáneamente con las de Pelileo, como para, en caso de no hallarlas, hacerse presente en aquel pueblo que dá á la parte opuesta y distante 40 kilómetros de Pelileo, contando con que inmediatamente recibiría aviso de ello el Jefe contrario, y de esta manera distraerle de su intento de atacar á Patate por entonces.

En este día recibió Sarasti un expreso de parte del Sr. D. Floresmilo Zarama, con una carta en que se le comunicaba que el entonces Cnel. D. Mariano Barona, con el Teniente-coronel Juan Pío Mora, acababan de llegar á Riobamba con un Batallón, fuerte de doscientas plazas de gente de Babahoyo, mandado expreso por el Dictador á fin de que reforzara con ese contingente de tropa, el ya fortísimo ejército que tenía abiertas sus operaciones militares en el Centro. El Jefe de Babahoyo había tocado primeramente en Riobamba y se disponía á incorporarse con el ejército del Gral. Mata en Pelileo, pero algun amago de una pequeña fuerza que el Gral. Sarasti enviara dos días antes á las órdenes del Sr. Angel Negrete y de algunos otros patriotas, bajo la dirección del Sr. D. Floresmilo Zarama, retuvo en esa plaza al *Batallon Babahoyo*.

La celeridad con que el Jefe de Babahoyo movilizó su tropa de Riobamba, debió ser indudablemente á consecuencia de la orden que para ello recibiera del Gobierno, concebida en los siguientes términos:

“Sr. Gral. Jefe de operaciones sobre las provincias del centro.—Octubre 25.

Son las 8. p. m., en que, por la posta, se le previene al Sr. Cnel. D. Mariano Barona, que con el Bata-

llón Babahoyo que se halla á su mando, emprenda, sin pérdida de momento, la marcha de la ciudad de Riobamba á posesionarse de la de Ambato, donde debe permanecer para la mejor seguridad de aquella plaza. En consecuencia, S. E. el Encargado del Poder Ejecutivo me ordena decir á US., que proceda inmediatamente á obrar sobre el enemigo atacándole, sea de frente, de flanco ó del modo que US. crea más conveniente, sin hacer mérito de que se encuentre emboscado ó favorecido por las breñas, trincheras y parapetos; pues que para el efecto cuenta US. con la media Brigada de Artillería y fuerzas de infantes *mas que suficientes*, á fin de anonadarlo por diversas direcciones y puntos más favorables, hasta desalojarlo de su posición y *destruirlo totalmente*; puesto que no será posible que por tiempo ilimitado permanezca en sus escondrijos sin que se lleve á término su escarmiento y destrucción. S. E. espera que mediante la pericia militar y eficaces providencias que US. dicte, se concluirán, cual se desea, las operaciones iniciadas sobre el vandalaje de Riobamba, siendo esta la ocasión oportuna de que quede bien *escarmantado*. US. se servirá, pues, dar cuenta del resultado que produzca el cumplimiento de la presente providencia. Dios y libertad. *Pedro P. Echeverría*".

Tan luego como Sarasti supo esto, concibió el plan de salir al encuentro de esa fuerza y probar ventura cayendo repentinamente sobre ella. Pero, para que no se malograra su intento dispuso el *pasco militar* á Pillaro, como nos lo decia; y en efecto alcanzó el objeto que con él se propuso; porque inmediatamente que el Jefe enemigo lo supo, envió una fuerza competente en esa dirección para que batieran á la de Sarasti, quien contramarchó á la caída del sol, y al pasar por la memorable hacienda de *San Francisco*, fué sorprendido por los fuegos que el enemigo descargó sobre él desde las alturas de *Niton*, por cuyo frente caminaba en su regreso de Pillaro. Eran las 6 p. m. y tanto la luz debil del crepúsculo de la tarde, como la considerable distancia que mediaba entre los conflictores, contribuyó á serenar el espíritu de nuestros soldados, que después de una ligera y cauta detención, continuaron la marcha, sin perder más que una mula, cuya preciosa vida fué sacrificada por las enemigas balas, en justa represalia de la media docena de briosos corceles

que los de Patate inmolaron en la jornada del 7 de Octubre.

III.

Habiendo cerrado la noche prosiguióse la marcha hácia Patate, atravesando el peligrosísimo camino del *derumbo*, que aun de día causa horror al más práctico y usado en aquellas encrucijadas; pues la vía en dicho punto tiene á lo más una anchura de tres á cuatro decímetros, en una longitud de 20 metros, sobre una superficie que se escapa como un fluido al contacto de las plantas: y esto sin mencionar el resto de la travesía igualmente peligrosa. La parte de la peña, altísima é inaccesible, en que está practicado todo el estrecho camino, se compone de rocas de diferente estructura, unidas por una especie de cemento arcilloso, de poca consistencia, y se suspenden sobre terrenos deleznales cuya base se conmueve con la más leve presión; de donde resulta que minada la roca por la misma base ó desprendiéndose sus fragmentos poco adheridos, ruedan enormes y menudos cantos borrando la huella que sirve de camino. Por el lado opuesto se mira al río de Patate en una altura de más de 100 metros y el más pequeño desequilibrio en aquella especie de *maroma fija*, basta para rodar al abismo, sin la más remota esperanza de salvar la vida. Con frecuencia han perecido allí animales, y no faltan casos funestísimos en que han también sido víctimas algunos transeuntes. ¡Y este es el camino único que pone en contacto los industriosos pueblos de Pelileo, Patate, Baños y Pillaro, cuyo activo comercio es la fuente de riqueza de sus numerosos habitantes! La Convención de 1876 impuso la contribución extraordinaria del dos por mil á los propietarios de los Cantones de Pillaro y Pelileo, además de la comun del uno por mil; destinando su producto á la reparación de caminos. Hízose efectivo el impuesto con la mayor solicitud; y sin embargo, no se removió una sóla piedra de las vías públicas, cuya ruina es imponderable, y materialmente se arrojaron al agua ocho ó diez mil pesos, en poner los cimientos para dos puentes, el uno en no sé qué punto sobre el río de Chambo, antes de su confluencia con el Patate, para un camino que había de emprenderse al Amazonas . . . por el Oriente; y el otro para una carretera á Ambato por la dirección de Quillán; ni uno ni

otro existen hoy, pues los cimientos del 1º han sido arrebatados por las aguas; y los del 2º existen á 1 m. *de flor de agua*, pero en seco, pues el río de Quillan ha tomado otro curso (como se preveía) y ha dejado el proyectado puente á notable distancia del cauce. Entre tanto los púeblos han quedado medrados y los contribuyentes temerosos de un nuevo impuesto para entretener la especulación de nuevos obreros. . . . Ojalá un gobierno más ilustrado y patriótico ponga remedio eficaz á las premiosas necesidades de estos puebls.

A las diez de la noche llegó el Gral. Sarasti á su obligado cuartel de Patate con sus 60 voluntarios; y habiendo resuelto pasar de largo, camino de Riobamba, para batir las fuerzas que al mando del entonces Cnel. D. Mariano Barona habian llegado de Babahoyo á aquella plaza en número de 200, ordenó que en Patate quedasen 25 hombres al mando del Sr. Emilio Alvarez, para que hiciesen al enemigo una resistencia análoga á la que le opusimos durante los días transcurridos desde el 7 hasta el 13, en que no habiendo podido realizar la incursión á Patate, regresaron á Ambato las fuerzas de los Cnles. Ortega y Navarro. Tomó los 20 hombres restantes, y en número de 80 emprendió la marcha á Baños en avanzadas horas de la noche. El total del parque componíase de dos mil tiros, de los cuales dejó 400 á los defensores de Patate y llevóse 1600 para batir las fuerzas que según el posta recibido, se suponían acantonadas en Riobamba.

Al rayar la aurora llegaba el Gral. Sarasti con sus 80 al puente de Baños, y sin perder un momento en la forzada y presurosa marcha, abstúvose de penetrar en el pueblo, y siguió la vía que conduce derechamente por Penipe hacia Riobamba. A las 9 de la mañana tocó en la hacienda llamada *Juibi*, y allí *hizo alto*, tanto para que la tropa tomase algun refrigerio, que bien lo había menester, cuanto para esperar á algunos jóvenes que se habian desviado al pueblo de Baños, en demanda de algun recurso y vitualla cuya necesidad les acosaba. Incorporados todos, continuaron la marcha á Penipe, y ordenó Sarasti á los jóvenes Luís Dávalos y Leopoldo González que partiesen adelante á Riobamba con el fin de cerciorarse de la permanencia de las fuerzas del Cnel. Barona en esa ciudad, y de la posibilidad de una repentina y bien combinada sorpresa, á cuyo favor se al-

canzase tan codiciada victoria. Todo de acuerdo con el Sr. F. Zarama que permanecía en esa plaza.

IV.

Llegaron á Penipe á las seis de la noche y esperaban con indescriptible ansiedad el posta de Riobamba para continuar la marcha decididamente al combate; cuando á poco tiempo después regresaba el joven González con la desconcertadora y trístisima nueva de que el Coronel Barona con sus tropas, habiase movilizado de Riobamba el mismo día para incorporarse con el ejército del General Mata en Pelileo, y que la plaza de Riobamba hallábase desguarnecida. ¿Quién podrá figurarse la incalculable pena y desconcierto que tal nueva produjo en el ánimo del Gral. Sarasti? Presentose con una elocuencia abrumadora y desesperante el más horroroso cuadro á su imaginación herida. Desconcertado el atrevido y único plan á cuya realización había fiado la victoria, veíase como el culpable del cruento espectáculo que se ofrecía á sus ojos en el pueblo de Patate; á cuyos moradores contemplaba ya víctimas inermes del formidable enemigo. Presentábanse á su vista muertos ó prisioneros los 25 hombres que tan temeraria y cruelmente había dejado en ese pueblo á merced de los furios é irresistible empuje de un ejército aguerrido y estimulado por la venganza. Veíase él mismo sin tener adonde volver con sus 80 hombres, después de haber desamparado con tanta ligereza, el único refugio en donde, á lo ménos, le hubiera sido dado morir con los suyos, cumpliendo con un deber de leal amigo y valoroso Caudillo. . . . Oh! en aquel momento desfallecía su corazón generoso abrumado bajo un peso irresistible, y su imaginación herida de súbito con terrible espanto, reconocía la enormidad de su temeraria obra, que con desenlace tan trágico y doloroso terminaba. Silencioso, pálido y demudado el color del semblante cual no pudiera estarlo después de sangrienta derrota, hubiera sucumbido si la Providencia no hubiera reanimado los bríos del corazón del guerrero, inspirándole una resolución extraña al común de los héroes. . . . Reflexionó un instante y averiguó la hora en que el Cnel. Barona había dejado la ciudad de Riobamba. . . . Bien, dijo: á la fe-

cha no ha podido aún llegar á Pelileo: debe estar cruzando el páramo; pues vamos á su encuentro, apercebidos á la pelea: si no podemos vencerle moriremos en el combate: no podemos tomar otro partido, pues Patate debe ya estar en manos del enemigo, y este es el único medio de poner término á esta cruel angustia”.

V.

Inmediatamente se puso la gente en movimiento con resolución de encontrarse con las tropas del hoy Gral. D. Mariano Barona y trabar batalla donde quiera que se las topase; y habiendo salido de Penipe á las 9 de la noche, acertó á llegar el joven Desiderio Montalvo con la noticia de que el Batallón Babahoyo con sus respectivos Jefes había acampado en Sanandrés en aquella noche, y que al día siguiente continuarían la marcha á Pelileo, para incorporarse con el grueso del ejército, por orden del Gral. Mata, y que si se deseaba caerle de sorpresa, era menester redoblar la marcha, para llegar á Sanandrés ántes de que rayase el día. En este camino hizose encontradizo á Sarasti un compadre suyo, que maravillado al ver que por todo par que llevaba una bestia cargada, díjole: “Cómo hace esto por Dios, mi compadre: los contrarios llevan cargas de pertrecho por centenares. Bien, dijo Sarasti, por eso nó llevo yo.....

Cualquiera concebirá la sensación que la consoladora nueva de Montalvo debía causar en el Gral. Sarasti y los suyos, después de la perplejidad angustiosa en que les había puesto la consideración del enemigo que se les escapaba, y la resolución con que iban hasta encontrarle: por tanto prosiguieron la marcha, con tal ardor, que más parecía aquel movimiento carrera en derrota, que en dirección al combate. A las 5 de la mañana, en que apenas se dejaban ver con tenue luz los objetos, acertaban los próximos vencedores en Sanandrés, á pasar por el industrioso y extenso pueblo de Guano, cuya vía les encaminaba directamente al pueblo en que acampaba el codiciado enemigo. Afortunadamente verificóse el paso de la tropa sin ser de nadie sentida, pues hasta los perros parece que habían enmudecido entonces y no se les oía ladrar. A medida que más se aproximaban hácia el enemigo, mayor

era la celeridad con que caminaba la gente; hasta que por fin habiendo llegado á la quebrada de *Ingos*, distante no más de 5 cuabras del pueblo de Sanandrés, dispuso el Gral. Sarasti la manera y forma del Combate, instruyendo á sus 80 soldados acerca de la posición en que deberían distribuirse al coronar la planicie. Encargó que se guardase el mayor silencio mientras se ascendiese la pendiente, á fin de sorprender al enemigo en el primer ataque; pero desgraciadamente escapósele á un soldado el tiro, cuyo estrépido fué un grito de alerta para el enemigo que á tan corta distancia se encontraba. En efecto habíase hallado éste apercibido ya para el combate, segun se dejaba notar por las posiciones que conservaba, habiéndose colocado una avanzada en el límite del descenso de la planicie á la quebrada. Después del tiro disparado ordenó el Caudillo que los jóvenes Pacífico Chiriboga, Alejandro Alvarez, Desiderio Montalvo, Dario Sarasti, Luis y Javier Dávalos marchasen á la vanguardia hasta descubrir al enemigo, y que á una distancia de media cuadra les siguiese el grueso de la tropa, habiendo ántes dejado las caballerías en lugar repuesto. Con la misma prisa con que habían caminado durante la noche ascendían la cuesta, cuando los primeros de la descubierta fueron sorprendidos por una nutrida descarga del enemigo; y sin intimidarse continuaron la ruta, coronaron la altura y dispararon sobre el contrario que abandonó al punto la posición, corriendo á incorporarse con los suyos, que perfecta y oportunamente resguardados, detras de las grandes piédras que abundan en los alrededores de Sanandrés, hallábanse dispuestos á la más ventajosa resistencia.

Desde este momento trabose el conflicto; y para dar una cabal idea de él, dejemos hablar aquí al veracísimo y mesurado Jefe de Operaciones, cuyo lenguaje sencillo y modesto tiene el irresistible acento de la verdad.

“BOLETIN REPUBLICANO N^o 1^o—
PARTE Á LA NACION.

A la Nación es á quien debo dar parte de mi conducta y de mis hechos como Jefe de operaciones de las fuerzas que combaten en el Centro de la República contra la Dictadu-

ra del General Veintemilla; y consecuente con este principio tengo el honor de publicar el resultado de las operaciones del 24 al 27 del presente mes.

Cansados de aguardar y provocar al Cnel. Ortega en las posesiones del valle de Patate, comprendí que éste, sin embargo de su poderosa fuerza compuesta de una brigada de artillería y de 600 hombres veteranos, no se resolvía á librar un combate por no ser rechazado como lo fué en Cusatagua. Resolví entonces hacer una salida por la vía de Baños y batir en Riobamba las fuerzas del Cnel. Barona. En efecto salí de Patate con la fuerza de mi mando á las 8 de la noche del 24; y con marchas forzadas avancé al pueblo de Penipe á las 9 del día 26. Sabedores de que el mencionado Sr. Cnel. Barona se había movido sobre el pueblo de Sanandrés, determiné seguirlo y atacarlo en sus posesiones: partimos de Penipe á las 12 de la noche y avanzamos á la quebrada de Ingos á las 6 del día 27. El enemigo había notado nuestra marcha y estaba perfectamente bien emparapetado en la extensa colina de piedras que circunda la población. Para colocarnos en la parte culminante de la colina, en el menor tiempo posible, determiné marchar en la descubierta con los jóvenes Pacífico Chiriboga, Luis y Javier Dávalos, Alejandro Alvarez, Alejandro Cevilla, Darío Sarasti, Leopoldo González, Desiderio Montalvo y el Comante. Darío Capelo, tomando por un camino del costado izquierdo: por el costado derecho marcharon, con 8 hombres de infantería el Ctán. Roberto Bolaños y

el Tente. de ejército Alejandro Zambrano Balcázar. Con mi descubierta coroné la altura y nos estrellamos contra la avanzada enemiga que nos hizo fuego á quema-ropa : rompió el fuego el joven Alvarez y secundaron inmediatamente los demás jóvenes, con el valor y sangre fría que acompañan á los valientes que no llevan más divisa que el honor y la defensa de la patria. En este momento fué tal el entusiasmo del joven Chiriboga, que su fogosidad rayaba en delirio. Fué derrotada la fuerza de vanguardia y dueños de ese campo pudimos hacer trepar nuestra infantería por el gran peñasco que tiene algo más de 300 metros de elevación.

Ordené entonces el ataque dividiendo nuestra fuerza y formando dos alas y un verdadero semicírculo que abrazaba toda la línea del enemigo : la fuerza de éste, compuesta de 200 hombres, había estado colocada en el mismo sentido y al avanzar nosotros al desfiladero, rompió sus fuegos.—Inicióse el combate á las 6 del día p. m. y después de un cuarto de hora fué rechazada el ala izquierda del enemigo por la fuerza que comandaba el valeroso é inteligente Comandante Eladio Rivera.—El Comandante Manuel Folleco, que se hizo cargo de la fuerza de nuestra ala izquierda, marchó con la audacia y serenidad que acostumbra hasta arrollar al enemigo en su costado derecho, haciéndolo retroceder hasta la plaza del pueblo, en donde volvió á emparapetarse y resistir con resolución. Mientras tanto el Sr. Pacífico Chiriboga, mi ayudante de campo, tomó, llevado de su entusiasmo y valor, una

pequeña guerrilla de 12 soldados á la que acompañaron los jóvenes Dávalos, entusiasmando á todos con intrepidez y serenidad ejemplares.—Esta guerrilla penetró por nuestro centro; continuó desalojando al enemigo de su posesión y siguió por su izquierda: allí se detuvo un momento, sufriendo el fuego del enemigo que aún resistía favorecido por los parapetos y por haber muerto el caballo del joven Chiriboga y caído éste en tierra. Pero como el joven Alvarez, Sarasti, Cevilla y los demás continuaron combatiendo hasta tomar los muros, el enemigo huyó al centro y volvió á iniciarse la lucha con la fuerza del Comandante Folleco, la cual fué envuelta por los dos fuegos del enemigo. Tomé entonces una pequeña guerrilla con la que combatía el joven Leopoldo González y ordené á éste un ataque por la retaguardia de la fuerza enemiga: se verificó con prontitud y audacia y se salvó el Comandante Folleco con la derrota absoluta que la persiguió sin descanso. Mientras tanto nuestra ala derecha había avanzado de una manera prodigiosa y derrotado la izquierda del enemigo. Una fuerte guerrilla comandada por el valiente Cptán. Modesto León, nos fusilaba de sus parapetos y resistió hasta que le hirieron mortalmente. Solo quedaba una guerrilla que se batía con el Comandante Rivera y fué derrotada, habiéndole mandado yo un auxilio. Declaróse entonces la derrota absoluta con la toma de prisioneros, dentro de sus fuertes; y á las nueve de la mañana p. m. se coronó el triunfo de nuestras armas.

El Cptán. Bolaños y los jóvenes de la des-

cubierta combatieron en todas direcciones, manifestando valor heróico é inteligencia, en los lugares de mayor peligro, dirigiendo á algunos soldados que, llevados de su valor y entusiasmo en la pelea, se arrojaban con temeridad sobre los fuegos del enemigo. — Para completar el cuadro de lo que pasó el día de ayer, me es honroso expresar que nada es más recomendable en nuestros Jefes, oficiales y soldados como la conducta observada con los vencidos y el orden, subordinación y moralidad, tanto en las marchas como en el campamento.

No ha sido posible recorrer el campo de una manera perfecta por la desigualdad del terreno y por esto no podemos dar razón exacta del número de muertos y heridos del enemigo. Por lo que aparece hasta hoy hemos visto 30 heridos y unos 40 muertos inclusive dos oficiales. Nosotros tenemos 4 muertos y 10 heridos—todos de tropa.—Los prisioneros tomados son 55 individuos de tropa, y los siguientes jefes y oficiales. —Teniente Coronel Manuel Alban.—Sarjto. Mayor efectivo, Blas Barragán.—Sarjto. Mayor efectivo, Manuel Yanez.—Cptán. efectivo, David Barragán.—Cptán. efectivo, Vicente Ortiz.—Cptán. efectivo, Vidal Bústos.—Cptán. efectivo, Manuel Argüello.—Teniente, Antonio Espinosa.—Subteniente Virgilio Pazminio.—Subteniente, Antonio Cobo.—Subteniente, Agustín Roditi.—Subteniente, Pedro Rogerio Ruiz.—Subteniente, Andrés Naranjo.—Subteniente, Carlos Paez.—Subteniente, José Mora.—Subteniente, José Rojas. — Subteniente Flavio

Fabara.—Los elementos de guerra tomados al enemigo, son : todas las armas, 26 cajones dobles de cápsulas de Remington, algunos millares de cápsulas sueltas, 25 lanzas, el instrumental, muchos bultos de ropa nueva de soldados, &a. &a.

En obsequio de la verdad y la justicia tengo el honor de confesar que la fuerza enemiga se ha batido heroicamente, y que fué de algunos oficiales que se habían asilado en el templo, todos han cumplido con su deber.

Narrar minuciosamente todos los hechos de heroismo que se notaron en cada uno de los jefes, oficiales y soldados, sería extenderme demasiado en esta parte. Basta recordar que la guerrilla del nunca bien ponderado Cptán. Osorio tomó los fuertes, tocando con sus rifles los del enemigo y que unos y otros combatientes, cayeron muertos por las descargas simultáneas.

Concluyo manifestando á la Nación, que continuaré mi tarea hasta que los pueblos constituyan un Gobierno, que nos ofrezca paz, progreso y libertad ordenada.

José María Sarasti."

VI.

El combate de Sanandrés es indudablemente una de las proezas militares más gloriosas de la historia patria, y una de las concepciones más atrevidas de un guerrero intrépido. Entre todos los de la restauración ninguno, áun de los más reñidos y sangrientos, reúne como éste las condiciones que le distinguen como combate verdaderamente campal. En él viéronse, por una y otra parte, proezas dignas de ser perpetuadas por el pincel de los artistas; y si bien la de Sarasti componíase de sólo ochenta hombres, contra 200 aguerridos y valientes soldados de Babahoyo, pudo tanto en los pocos la consideración de su deplorable estado si no vencían despues de haber abandonado Patate, que reconociendo como por común consentimiento y acuerdo la inevitable ruina y destrucción que iba á sobrevenirles, con tal ímpetu corrieron á las armas, determinados á vencer ó morir, de modo que la misma falta de pertrecho prestoles un incentivo superior á cuantos estímulos pudieran despertar los guerreros bríos de combatientes denodados. Allí víose luchar cuerpo á cuerpo y arrancarse de uno á otro la arma homicida, desprendiéndose de ella juntamente con el postrer aliento. Tan pronto como caía un combatiente enemigo corría hacia él su contrario y apoderábase de sus proyectiles para seguir con ellos proveyendo á los suyos y combatiendo á los otros; hasta que finalmente la vista del pertrecho que el enemigo poseía en numerosos cajones colocados en la plaza, aguijó á los voluntarios del Gral. Sarasti á coronar su victoria con una impetuosa é irresistible arremetida, que les hizo dueños del enemigo campo.

Habiendo penetrado en el pueblo y apoderádose del botín, el Gral. Sarasti constituyose en el pretíl de la Iglesia, y hubo momento en que tan sólo él guardaba 20 ó 30 prisioneros, pues habia enviado á los suyos que estaban junto á su persona, á atacar una numerosa guerrilla de los contrarios que se resistían aún con imponderable brío y admirable valor. Sin embargo la Providencia amparaba con visible favor la vida del patriota y bien intencionado Caudillo, en medio de los inminentes y repetidos peligros que ha arrostrado, pues

áun después de terminado el combate una bala disparada detras de la Iglesia, privó de la vida al sarjento Miguel Benavides, que se hallaba junto al Gral., y que fué probablemente dirigida á su persona.

A la una y media, reunidos los prisioneros, acondicionado el pertrecho y recogidas las armas dejaba Sarasti el teatro de su gloriosa lid, conduciendo los ricos despojos de una victoria insigne á la noble y leal Ciudad de Riobamba. Empero volvamos nosotros á Patate y veamos qué pasa en ese antiguo teatro de reñidos y desiguales combates, entre las tropas del Gral. D. José Antonio Mata, constantes de más de mil hombres, y la reserva del Gral. Sarasti, destinada á la resistencia, en el número que la historia lo declara en el siguiente capítulo.

VII.

Acampado el ejército enemigo desde el 21 en los cuarteles de Pelileo, diéronse sus Jefes á meditar el plan de ataque sobre los nuestros de Patate, ayudados de tres piezas de artillería de grande alcance, y contando con la disciplina y valor de un ejército de línea, acostumbrado á vencer en los repetidos combates que se habian librado en el Norte, contra fuerzas relativamente superiores y mejor armadas que las del Centro. La única defensa, y por cierto no inexpugnable, con que contaban los nuestros, era la del río, cuyos puentes se hallaban cortados; pero como el territorio del pueblo era accesible además por el Norte y Oriente, sin los inconvenientes que habia que superar por el Sur, seguía-se que bien hubieran los contrarios podido penetrar por esas direcciones, burlando por completo la defensa que el puñado de guerreros de Patate habíale opuesto con la intercepcion de los puentes. La prueba más palmaria de este supuesto es que el Gral. Sarasti pudo con la mayor facilidad salir de Patate hácia Riobamba, por la misma via que los contrarios pudieron haber tomado si hubiesen tenido ánimo resuelto de penetrar en el territorio del pueblo que trataban de invadir. Quedábales además franca y expedita la via que por Quillan y Píllaro pone en comunicacion á los moradores de Patate con los de los pueblos convecinos; y como el ejército dictatorial era suficientemente numeroso, habria bastado enviar 300 hombres por ambos cabos, y atacar del

frente de Pelileo con otros tantos, para debelar sin remedio la pequeña fuerza restauradora, áun concediendo que los contrarios hubiesen creído de buena fé que esta llegaba á 400 hombres. Pero como en los decretos del Eterno habia sonado la hora de la caída del gobierno del Gral. Veintemilla y de sus obstinados defensores, cerróseles el juicio y ofuscóseles el entendimiento para no ver un palmo más del que á la simple vista descubrian.

De este modo vino á suceder que desde el 21 de Octubre hasta el 27, en que tuvo lugar al mismo tiempo, el combate de Sanandrés y la incursión de las fuerzas dictatoriales en Patate, se entretuvieron los jefes contrarios en combinaciones ineficaces, mientras al Caudillo del Centro, guiado por una luz de lo alto, diósele no solo burlar las temerosas amenazas de sus enemigos, sino tambien quebrantar su soberbia derrocando su dominación.

Ya hemos dicho que al siguiente día de la llegada á Pelileo colocaron los cañones en un punto desde donde pudiesen causar destrozos en Patate, pero afortunadamente las bajas debieron ir como enderezadas á la luna, pues no se sabía de los disparos sino por su formidable estampido. En este mismo día, y antes de que el Gral. Sarastí resolviese salir de Patate á batir al Gral. Barona, tratóse sériamente de un asalto por la noche á la batería y cuarteles enemigos, y para practicarlo se envió un expreso al campamento contrario, para que investigase todo y diese cuenta de la posibilidad de efectuarlo; pero el expreso que fué un muchacho de 14 años, cayó en poder del contrario y corrió la mala aventura que le deparara. Desde entonces desplegaron mayor vigilancia y multiplicaron los cuarteles para dividir la tropa, en términos de hacerse imposible una sorpresa por parte de nuestra temeraria gente. Mas el conocimiento de este proyecto, debió influir, como es de suponerse, para que los jefes no dividiesen su ejército en guerrillas, aleccionados como debían estar con la mala pasada que el Cnel. Ortega corrió en su primer intento el 7 de Obre., como lo dijimos en el capít. IV, Parte Tercera.

Rifiérese pues, que reunidos en Pelileo el Director de la guerra y demás vocales en respetable número y consejo, diéronse á meditar en la manera de verificar

el paso de la tropa hácia Patate, y despues de acalorados debates y no escasos enojos, convocaron á los conoedores del cauce del rio, para designar el punto más acomodado para colocar un *punte levadizo*, para cuya construcción dieron las providencias convenientes. Intimaron con el rigor del caso á las autoridades; tenientes y jefes de milicia del Cantón de Pelileo para que á una hora dada, tuviesen lista la gente necesaria para la conducción de las vigas y colocación del puente, y despacharon al Cnel. Ignacio Paredes con un práctico para la designación del punto mas angosto del rio, á propósito para tender el puente. En estos preparativos pasaron desde el 21 hasta el día 26, en cuya noche pudieron realizar la colosal empresa.

Hay en el sitio denominado *Santa Catalina*, al frente de la extensa playa de la hacienda de San Javier, una estrechura tal en el cauce del rio, que apenas media una extensión de 5 varas del un lado al otro, y como en dicho lugar se dilata en extendida llanura la playa que dá al territorio de Patate, no se había previsto por los nuestros la posibilidad que ofrecía este punto para tender un puente sobre el río. Santa Catalina queda á una distancia de 25 cuabras del sitio denominado Patate-viejo, en que, como ya lo hemos dicho, hallábase el puente derribado, conservándose aún las vigas apoyadas en el lado opuesto. Era natural suponer que este y no otro fuese el lugar en que los contrarios tratasen de restablecer el puente, como lo habían intentado, cuando diéron lugar á la jornada del 7. De donde resultó el que vigilado este sitio y además el de la *Tarabita* de Guadalupe, á cuya defensa habían acudido cuatro mozos valientes, inspeccionados por el Sr. Ignacio Alvarez en la hacienda de *Puñapí*, todos los demás soldados marcharon con el Sr. Emilio Alvarez y el joven Manuel Sarasti, al otro lado de Rio-blanco, por donde era mas accesible al enemigo la incursión en Patate.

La avanzada ó vanguardia que vigilaba el puente de Patate-viejo, habíase instalado en la altura de dicho sitio, tomando posesiones análogas á las que ocupamos en idéntica ocasión y lugar, y el total de esa fuerza ascendía á 14 hombres, que se gobernaban por sí propios, sin capitán ni jefe alguno, pues ya hemos dicho que los demás, en mayor número esperaban al enemigo por,

el extremo opuesto al de Patate, creyendo seguramente que esa y no otra sería la verdadera línea de combate con el enemigo.

VIII.

Hacia las cuatro á m. ya los defensores del puente, de Patate—viejo sospechaban instintivamente la aproximación de las fuerzas contrarias á la ribera del río; y al punto apercibiéronse á la defensa, ya colocándose en lugares de donde pudieran causar daño sin recibirlo, ya situando algunos de los 14 en la caja de una acequia muy próxima á la playa, cuyos bordes podían servir como de trinchera. En efecto al primer rayo de la incierta luz de la aurora, habían roto los enemigos sus fuegos; y al notar los de Patate que esos fuegos venían de la opuesta playa, y que avanzaban en dirección al lugar del puente, dispararon igualmente y contuvieron al enemigo en su simulado ó real descenso. La artillería colocada en posición segura y conveniente, maniobraba con ventaja sobre los nuestros, quienes defendidos por unas bardas, no daban punto de reposo al numeroso ejército enemigo, en términos de reducirlo á posesiones de las que no podían extraviarse sin arrostrar la muerte. Así combatían de pié firme hasta las 9 y media á. m., hora en que, al propio tiempo que quemaban sus últimos cartuchos, habiendo vuelto la mirada atrás acababan de descubrir un considerable número de enemigos que les rodeaban en direcciones varias, habiéndose ya apoderado del territorio de Patate.—En este mismo instante acudían en refuerzo de nuestros combatientes el Sr. Emilio Alvarez, Sarastí (hijo) y toda la gente que en aquella misma mañana habiase apartado notablemente de Patate, para combatir á los contrarios, á quienes esperaban por la expedita vía que les quedaba, según lo hemos dicho ya. Habiendo recibido allí aviso del decidido ataque que se operaba contra la guerrilla del puente, partieron aceleradamente en su ayuda y refuerzo, y al llegar al lugar de la pelea para incorporarse con los combatientes, vieron, juntamente con estos, que ya las guerrillas enemigas avanzaban sobre ellos, cerrándoles el flanco izquierdo y la retaguardia. En tal conflicto la única vía de salvación que les quedaba era la que acababan de recorrer y por ella

contramarcharon en medio de los fuegos convergentes del enemigo, cuyo impetuoso avance en su persecución contenían con sus últimos disparos. De esta manera pudieron ponerse en cobro, sin que pereciese ninguno ni el contrario recogiese una sola arma por despojos de su victoria.....

Confesamos de buen grado que en esta ocasión la acertada extrategia de los Jefes contrarios pudo burlar la vigilancia y previsión de los poco avisados y escasos combatientes de Patate, en compensación de la táctica con que el Gral. Sarasti pudo tambien, con su audaz y resuelto movimiento, desaparecer de Patate, burlando la previsión de los muchos y advertidos enemigos, para caer como un rayo sobre el ejército costeño, combatirle y vencerle, pudiéndosele aplicar (*si licet magna componere parvis*) aquel tan lacónico como jactancioso parte de Cesar al Senado Romano: *vine, ví venci...*

IX.

Ahora, pues, el modo con que se verificó el paso del ejército dictatorial á Patate fué el siguiente. Habían maniobrado durante la noche con notable actividad, cortando vigas y conduciéndolas á Santa Catalina, lugar que, como hemos dicho, se ocultaba á la vista de los que en atalaya vigilaban el puente de *Patate-viejo* y la *tarabita* de Guadalupe; y habiendo colocado pequeñas vigas de maguey, (chahuarqueros) asegúrase que por ellas pasaron los necesarios para que del otro lado pudiesen tirar las vigas mayores, ayudados de maromas. Otros refieren que los primeros que pasaron el río lo hicieron á nado, y áun añaden que de tres que fueron arrebatados por las aguas se salvó uno y perecieron los otros.—El hecho es que de cualquiera manera que esto fuese, pasaron los suficientes para colocar el puente, en cuya importante y fatigosa obra sorprendió les el día; y para que los defensores de Patate no les estorbasen la conclusión, simularon un falso movimiento hácia el verdadero sitio del puente derribado, y allí sostuvieron cuatro horas de muy nutrido fuego, durante las cuales, terminada la obra, pasaron á Patate largo de 200 hombres de infantería, que tomando la altura por ocultas veredas, circunvalaron á los nuestros que, creyéndose seguros y fuera del alcance de los contra-

rios, seguían combatiendo ventajosamente con la parte mas numerosa del ejército, que fingía insistir tenazmente en restablecer el puente primitivo. Una vez que habían conseguido pasar á Patate sigilosamente por Sta. Catalina, hallábanse perdidos los poquísimos defensores del pueblo, y esta circunstancia unida á la falta de proyectiles debía indeclinablemente dar por resultado su derrota, en los términos que hemos referido.—Los enemigos perdieron en el paso del puente 3 hombres y 2 cajones de cápsulas que cayeron al río, además de otras víctimas que se asegura murieron en la refriega.

Abuyentados los de Patate, pudieron los contrarios consagrarse libremente á restablecer el puente de *Patate viejo* por el que pasaron los de á caballo, en tanto que los primeros soldados, diseminados ya por los campos, saqueaban, talaban é incendiaban las casitas contiguas al camino. Una de estas partidas penetró en la hacienda de San Javier, y habiéndose primeramente dirigido á una casa nueva en el lugar que está el hermoso baño de dicha hacienda, rompieron las puertas y se situaron allí como en un Sebastopol, disparando á cuantos, intimidados con tan horroroso estrago, discurrían atóuitos por esos campos. Luego invadieron la casería principal de la hacienda y habiéndose apoderado de cuanto era dable (sin perdonar ni al *mico* que allí había, que fué el único viviente que cayó *prisionero*) rompieron á balazos los fondos y cabezotes de los alambiques, cargaron con cuantos barriles de aguardiente había en las bodegas; y cuando no pudieron ya opilarse más del horroroso líquido, trastornáronle en tierra. Uno de estos tigres que arrastraba el carro de Baco en aquel funesto día, murió allí mismo de exceso de embriaguez. . . .

Los otros que tomaron el camino recto al pueblo de Patate avanzaban con el hacha incendiaria en la diestra sembrando pavor y consternación donde quiera que asentaban su planta. Invadieron la hacienda de Pítula, cuyo dueño, el Dr. José Alvarez que en el día anterior regresó de la Capital, pudo escapar á las alturas oportunamente. Excusado es que digamos con cuanta avidéz cebóse allí la voráz rapacidad de esos villanos merodeadores en medio de las ruinas. No satisfechos con el despojo de cuanto les fué dado apoderarse, rompieron, destrozaron y trituraron el magnífico mobiliario de las piezas, cargaron con todos los li-

bro que allí había, despedazaron los armarios é instrumentos de Cirugía, que como aventajado médico poseía su dueño, y llevados de insensato frenesí, llegaron hasta á aplicar la tea incendiaria al edificio; que por especial fortuna preservóse de las llamas.

De allí avanzaron al pueblo de Patate, donde redujeron á cenizas 18 casas, y expurgaron solícitamente todas las demás. . . . pareciendo que en aquella ocasión el vencimiento sobre un enemigo que no existía, había de señalarse tomando por trofeos de esa menguada victoria, el mísero ajuar de la indigencia, pasando á cuchillo á los animalejos domésticos, á los cerdos de los corrales, y destruyendo, por fin, cuanto por su propia naturaleza no pudiera sustraerse al exterminio.

Habiendo una turba frenética penetrado en una pobre cabaña donde habitaba una anciana y una jóven madre que llevaba á espaldas á su hijo pequeñuelo, el primer esbirro que llegó á las puertas, disparó un tiro que atravesó el pecho que amamantaba al tierno hijo, causando la instantánea muerte de la madre. El tiro fué disparado de frente á una distancia de seis varas de la víctima, y la bala, aunque penetró el pecho de la madre, tomó una dirección oblicua en el interior; y como si hubiese perdido instantáneamente su prodigiosa fuerza de impulsión, quedose en el cuerpo casi rompiendo la epidermis de las espaldas, sobre las que descansaba la criatura inocente: de esta manera sucedió el caso inverosímil y providencial de haberse salvado el niño, sin embargo de hallarse estrechamente unido y formando como un solo cuerpo con su desgraciada madre. Llamábase esta mujer Clara Tamayo, casada con Teodomiro Vasco.

Finalmente acudieron á la hacienda y casa del Sr. Ignacio Villavicencio, donde hicieron zafarrancho con cuanto allí había; y cuando hubieron bebido y agotado 28 barriles de aguardiente que encontraron, cargaron con todas las zuelas de la curtumbre que dicho sugeto beneficia: hasta que á la postre no hallando ya nada que robar destrozaron todo lo que quedaba.— Otro tanto hicieron en la casa del ciudadano frances M. Enrique Fisseau. Buena parte de los despojos tocó á los vecinos y gente de los alrededores del vecino pueblo, que moran en los campos entiguos á Patate, pues según lo hemos averiguado, acudieron éstos asociados

con las voluntarias del ejército ó tropeñas, en considerable número, y ellos eran los conductores de los despojos; habiendo llegado su ratería y mezquindad hasta el extremo de extraer de la tierra la patatas de una sembrera de la hacienda de San Javier.

La historia se ve indecisa sin poder determinar hasta donde se extienda la responsabilidad de estos excesos, á los jefes poco escrupulosos en la observancia de una rígida disciplina; pues tambien las tropas maleadas con los funestos hechos de Cayambe, militaban estimuladas más por el incentivo del saqueo y halagos de la licencia, que por la defensa de una causa cuya inmoralidad é injusticia no podían serles desconocidas, y mucho menos por la mezquina soldada con que se les recompensaba.

Todos estos excesos se habían ya cometido, sin hablar de otras violencias propias de una tropa desenfrenada, cuando se dice que el Gral. Mata y otros Jefes llegaron al pueblo, y entónces procuraron contener los desmanes de la tropa, ya ébria y saturada de alcohol. La dilación de los Jefes fuese ó no voluntaria, debió ser prudente y estudiada, pues era probable que al tratar de imponer contención y disciplina en un ejército viciado, hubieran sido desobedecidos como Jefes innovadores, que se propusiesen privarles del saqueo, ó por lo menos les habrían dejado solos guardando las banderas. Por tan natural y legítimo reputábase entre la tropa de la Dictadura tan violento abuso de la victoria: y tan á menudo resonaba en los labios de algún Jefe la terrible conminación de incendio. ¡Ay de la opulenta ciudad de los Shyris, si la Providencia la hubiese dejado sucumbir el 10 de Enero!

X.

Ebrios con la victoria, no ménos que con los vapores de alcohol entregáronse los cuerpos al descanso despues de tanta fatiga!

*Plurima perque vias sternuntur inertia passim
Corpora; perque domos, et relligiosa Deorum
Limina.*

Si al ver semejante espectáculo la poca gente de Pa-

tate que permanecía oculta en los cañaverales vecinos al pueblo, observando todo, hubiesen tenido cápsulas como tenían armas, indudablemente habrían exterminado en aquella ocasión á sus enemigos, alcanzando una victoria superior á la que el Gral. Sarasti había reportado aquel mismo día en Sanandrés, y entonces mismo habría caído la Dictadura, pues allí, en Patate, hallábase casi todo el ejército que la sostenía: pero como no estaba cumplida la expiación, todavía la Justicia Eterna demandaba la noble sangre de las víctimas inmoladas en Chambo, Quero, Quito y Guayaquil. Así fué que todo aquel día mantúvose impunemente en Patate la triunfante tropa enemiga y cargada de miseros despojos, en vez de trofeos de una verdadera y gloriosa victoria. Disponíase á conservarse algunos días en Patate, fijando allí el cuartel general y persiguiendo en todas direcciones á los fautores del movimiento restaurador en el Centro: asegúrase que al día siguiente debían partir las diferentes comisiones por todas las haciendas y campos, en persecución de los nuestros; cuando de repente y en alta noche interrumpióse el solemne silencio de aquella región, con el agudo sonido del clarín que anunciaba repentina y presurosa marcha. . . . En efecto al amanecer el sábado 28 había desaparecido el ejército del luctuoso teatro de Patate, y al bullicio y agitación del día anterior habíase sucedido tranquilidad pavorosa.

A las 6 de la mañana estaba completamente evacuado el territorio y entonces afluyó la población ahuyentada, á contemplar con ojos anublados por el llanto el total exterminio de sus hogares y el saqueo de que eran víctimas. No había quedado en todo el pueblo un solo andrajo con que pudieran reemplazar el vestido que tenían puesto. Habían desaparecido cuantos animales domésticos criaban; y hasta las marmitas y platos de barro estaban reducidos á menudos tiestos, de modo que no tenían un sólo traste en que preparar el mezquino sustento que podían proporcionarse, apelando á los cereales y verduras de los campos. . . .

Así entregados á la mas profunda consternación se hallaban, cuando hé aquí que acompañados de notable muchedumbre y con grande ruido y algazara, aparecían en esos momentos dos soldados, que profundamente dormidos por efecto de la embriaguez, habíanse queda-

do mientras sus compañeros salieron súbitamente de aquel campo. Ya puede el lector imaginarse la sorpresa que estos dos habrían experimentado al verse solos, rodeados de una muchedumbre enemiga y en un pueblo que en el día anterior había sido despiadadamente entregado á los furios del saco. Fueron desarmados violentamente, é instigados unos de la venganza por los ultrajes de que habían sido víctimas, querían hacerles pagar bien caro su baladí triunfo tomando la revancha sobre los dos infelices; pero otros, mas piadosos y humanos, tratáronlos con misericordia y les pusieron bajo su protección y amparo, reconociendo que no eran ellos sino sus jefes los culpables. Dieron aviso al Dr. José Alvarez de la captura de estos dos soldados y dicho sugeto habiéndolos hecho comparecer á su presencia les dirigió varias preguntas, y reconocióse por las respuestas que las prevenciones de algunos de los Jefes contra los moradores de Patate, sobre todo contra los hombres, respiraban una poco comun é injustificable venganza. Después de lo cual y habiéndoles dado algún recurso para el camino se les dejó en libertad.

La repentina y acelerada marcha de la tropa dictatorial cuando apenas empesaba á saborear su tan singular victoria en Patate, fué ocasionada por la noticia del combate de Sanandrés y derrota del batallón que venía de Babahoyo para robustecer todavía más, el ya de suyo vigoroso y fortísimo ejército que mandaba en Jefe el Gral. Antonio José Mata, compuesto de los batallones Convención—14 de Noviembre—26 de Diciembre—2 de Abril—Daule & & segun hemos enumerado antes.

Si hayan ó no tenido conocimiento los jefes contrarios del movimiento del Gral. Sarasti sobre Riobamba es cosa que no puede afirmarse con certeza, pero es presumible que no lo hayan ignorado por cuanto los pueblos por cuyo territorio debió pasar el Caudillo del Centro, estaban sujetos á la autoridad del gobierno; y sus empleados, como enemigos de la restauración, han debido dar aviso del paso de Sarasti con su tropa, con facilidad tanto mayor, cuanto que no era notable la distancia á que dichos lugares se hallaban del cuartel general de Pelileo, en donde permanecieron las tropas durante los tres días que dilató Sarasti en recorrer el camino que llevaba desde Patate hasta Sanandrés. Agré-

gase á esta fundada presunción la circunstancia de que no faltaban en Patate algunos partidarios de la Dictadura, quienes informasen al Cnel. Ortega del número de tropa y movimientos que se operaban en este pueblo, y hay motivos para creer que de allí se comunicó á Pelileo la salida del Gral. Sarasti, y el poquísimo número de gente que había quedado en el pueblo; ni falta quienes aseguren que instado el jefe contrario para que verificara la incursión tan fácil en ese estado, atribuyó á intriga y engaño el informe y creyó necesario proceder con mayor cantela, como en efecto lo verificaron en la forma que acabamos de historiar. (1)

XI.

Cuando el Gral. Mata y los demás Jefes de su dependencia habían penetrado victoriosos (!!!) al pueblo de Patate, en horas vespertinas del mismo día, llegó el Cnel. Barona á Pelileo, trayendo en su frente abatida marchitos los laureles de sus antiguas victorias. Tocó á dicho Jefe la buena ventura de haber partido de Sanandres una hora antes, camino de Pelileo; y habiendo ordenado que le siguiera luego su tropa, marchó él adelante con una escolta de 20 hombres. Como no se hubiese alejado aún la distancia suficiente para que dejara de percibirse el estridor de la batalla, sorprendido con la detonación repetida de los tiros, contramarchó hácia Sanandrés, y le fué imposible acercarse á ese teatro de cruda guerra, pues las balas cruzábanse en todas direcciones: con lo cual reconociendo el gravísimo peligro, juntamente con la esterilidad del sacrificio á que debía exponerse para incorporarse con la tropa que ya en derrota huía despavorida por distintas vías, volvió á enderezar su camino á Pelileo, donde llegó en la coyuntura y tiempo que señalamos. Una vez avistado con los sujetos que prefirieron quedarse en aquel pueblo custodiando las banderas, antes que

(1) José Torres Balarezo es el nombre de la persona que, según después lo hemos sabido, vino desde Penipe con el objeto de dar aviso del paso del Gral. Sarasti á Rlobamba. Testigos presenciales de la escena nos han asegurado que el Cnel. Ortega despreció el aviso primero por inverosímil y después por engañoso; pero que al fin lo creyó y entonces se resolvió la invasión á Patate

correr el inminente peligro que para entrar á Patate arrojaron los demás heroicos guerreros, dicen que la primera exclamación del Jeje del *Babahoyo* fué la del siguiente epifonema: “¡Contrastes de la guerra! UU. están aquí de victoria, en tanto que yo vengo en derrota”. Refirió luego el suceso de Sanandrés, tan fausto, fecundo y bendecido por la causa restauradora; y no habiendo podido hablar con el Gral. Mata que á la sazón segaba los laureles de la victoria de Patate, regresó el Gral. Barona derechamente á Babahoyo, llevando ya consigo el germen de las simpatías con que las causas nobles suelen cautivar definitivamente los corazones generosos. . . .

XII.

Con la noticia de la llegada del Cnel. Barona, cerciorados de la cruel é insolente burla que les había jugado el temeroso Marte y evacuada la plaza de Patate, se encaminaron las tropas semi-victoriosas semi-derrotadas al obligado cuartel de Pelileo, para de allí dirigirse á Riobamba donde á la sazón permanecía el Gral. Sarasti; y como necesitasen combinar más acertado plan para la nueva campaña que debían abrir sobre la plaza de esa Ciudad, detuviéronse dos días en Pelileo, tanto para el reparo del ejército y curación de algunos heridos, cuanto para esperar á D. Leopoldo Salvador, cuya venida de la Capital, en calidad de Supremo Director de la guerra, había anunciado en el mismo día, en que supieron en Quito la derrota de Sanandrés.

En efecto el 30 con una escolta de 50 hombres á caballo, llegó por fin el Sr. Salvador, como un Aquiles irritado por la desgracia de su amigo Patroclo, jurando tomar sangrienta venganza del nuevo Hector, que había puesto en derrota los aguerridos tercios que militaban en defensa de su rubio Menelao.

El 31 marchaban con grande aparato militar, con numeroso pertrecho, con cañones, con jefes resueltos y veteranos y á caballo casi toda la tropa, en persecución del Gral. D. José María Sarasti, cuya victoria de Sanandrés, aunque modificó notablemente la penuria de su situación, sin embargo no tanto que pudiera medirse en otro teatro con tan numeroso y robusto enemigo, como el que se dirije á combatirle en la Provincia

del Chimborazo, adonde nos traslada la historia para darnos á conocer una lucha titánica como la imponente y magestuosa naturaleza que decora á la importante Ciudad que se recuesta en el regazo espléndido del Rey de los Andes.

XIII.

A pesar de la prontitud con que comunicaron á Quito y las demás provincias el triunfo que habían alcanzado las fuerzas dictatoriales en Patate, no les fué dado saborear, siquiera por algunas horas, tan singular victoria. Apenas redactaban un pomposo parte para publicarlo en solemne bando, cuando llegó también la noticia del triunfo del Gral. Sarasti en Sanandrés, de manera que hubieron de omitir la fiesta que preparaban para celebrar el triunfo de Patate, y tan sólo alcanzaron á dirigir al Gral. victorioso la felicitación expresada en el oficio de fecha 29 de Octubre, concebido en los términos siguientes.

“Sr. Gral. Jefe de Operaciones sobre las provincias del Centro.—Patate.—Quito, 29 de Octubre de 1882.

“Al haber destinado á US. el Supremo Gobierno al mando de las fuerzas que forman la División Central, le manifestó la convicción de que se estaba apoyado en sus relevantes prendas y pericia militar que tan dignamente le caracterizan á US. En apoyo de ese convencimiento se ha recibido con la más grata satisfacción, el apreciable oficio de US., fechado en su cuartel de Patate, el 27 del que rige, dando cuenta, de que á virtud de las acertadas operaciones dirigidas por US. que difundieron toda confianza en la División para atacar al enemigo con un valor y heroísmo recomendables hasta desalojarlo completamente de sus reductos y atrincheramientos, después de tres horas y media de un reñido combate é intrépidamente sostenido, verificando para esto el peligrosísimo paso del caudaloso rio por medio de un palo que se había logrado colocar al través de los fuegos. Por este resultado tan lauroso para US. y de grande importancia para el país. S. E. el Encargado del Poder Ejecutivo, me ordena enviarle en su nombre, el del Supremo Gobierno y el de la Nación la felicitación más cumplida y las debidas gracias porque, á virtud de los esfuerzos empleados por US., hu-

biese conseguido destruir con esa facción de vándalos que, en sus posiciones, se creían seguros é invencibles. S. E. encarga, pues, á US. que la misma felicitación se sirva transmitir á los Sres. Jefes, Oficiales é individuos de tropa que componen las fuerzas victoriosas encomendadas al mando de US., por su denuedo y valor nunca desmentidos, persuadiéndoles que han merecido bien de la Patria, y la gratitud del Gobierno y de todos sus camaradas existentes en esta Capital. — Tan luego como reciba el parte detallado, me será plausible poner inmediatamente en noticia del Supremo Gobierno Delegado Encargado del Poder Ejecutivo, y hacerlo saber al público por la prensa.—Dios y Libertad.—*Pedro Pablo Echeverría*".

Probablemente cuando hubo llegado este parte detallado á Quito, muy lejos de darse á la prensa, debieron ocultarlo al conocimiento del público; pero la inesperada y violenta resolución de S. E. D. Leopoldo Salvador, de partir incontinenti al teatro de la guerra, para asumir el cargo de Supremo Director del Ejército, bien claro publicaba la naturaleza del triunfo anunciado. Así fué que partió en efecto, con una respetable escolta que bajo el nombre de guardia de honor, formaba una competente fuerza, para vigorizar todavía más la numerosa tropa que comandaba el Gral. Antonio José Mata, como Jefe de Operaciones.

Quando el Sr. Salvador llegó á Ambato dió órdenes severísimas para que dentro de tres horas se le entregasen 300 caballos de superior calidad, so pena de tomar S. E. por cuenta suya la requisa. Como ese día era lunes, que es el de la *feria* en Ambato, cerraron las vías públicas, y desmontaron á cuantos regresaban á sus lares, caballeros, siquiera fuese en rosinantes, clavileños y áun rucios, y así diéronse maña en satisfacer el impuesto de guerra exigido por el Supremo Director. Arreando con todos partió á Pelileo, habiendo allí puéstose á la cabeza del ejército, su primera alocución y arenga militar fué la orden inflexible y terminante que promulgó de que *sin fórmula alguna sería pasado por las armas cualquier individuo ó Jefe que se atreviese á hacer observación alguna á las superiores disposiciones de S. E.* Con lo cual callaron ti-

rios y troyanos, y se sometieron á su dirección como los aguerridos tercios prusianos á la de su Molke eximio.

XIV.

Al día siguiente movilizóse el ejército á Riobamba, donde el Gral. Sarasti permanecía ya dos días, sin poder organizar con mayor ventaja una fuerza á propósito para la nueva campaña que debía sostener. Tan luego como después de la batalla de Sanandrés entró en la plaza de Riobamba, ocupó el cuartel en su mayor parte con los prisioneros, porque la gente propia, entretenida con la victoria y muchos de los mozos de tropa satisfechos con el mezquino despojo alcanzado, habíanse alejado en circunstancias en que era más que nunca necesario congregarse. De este modo ocasión hubo en que 60 prisioneros estuvieran custodiados por poquísimos hombres, sirviendo para las guardias los jóvenes más pundonorosos y entusiastas. La actitud de la sociedad riobambeña en favor de la causa restauradora era indudablemente favorable; empero el entusiasmo con que se esperaba que acogerían el triunfo obtenido en Sanandrés, no fué tan satisfactorio como debía serlo, por cuanto con excepción de los jóvenes que se habían ya alistado en las primeras filas del Gral. Sarasti, cuyos nombres registra con aplauso la historia de la Restauración, todos los demas, embozados con el mantó elástico de la prudencia, no prestaban sino el apoyo moral, importante pero por la común estéril. Y esto no sólo aconteció en Riobamba en la ocasión de que hablamos, sino también en algunos otros lugares notables de la República, en un cierto número de personas, limitado por cierto, cuya activa intervención no se hizo sentir, como era de esperarse, en favor de tan generosa causa. Después. . . . después, en el día del triunfo muchos de los prudentes batieron con furor las palmas y compartieron, á poca costa, los lauros con el vencedor; más todavía: casi adueñados de la victoria, estimaron en menos los eficaces esfuerzos del patriotismo desinteresado, y miraron con desden á los vencedores. . . .

En conclusión fué, pues, bien poco lo que el Gral. Sarasti pudo hacer á fin de engrosar su tropa; pero en cambio pudo organizarla y equiparla con más ventajas

que las que hasta entonces había alcanzado. Al efecto compartió el mando de su pequeña fuerza llamando á su participación al Sr. Floresmilo Zarama, con quien se contaba para los mismos movimientos preparatorios; pero que por circunstancias accidentales, no concurrió sino á este tiempo para intervenir decididamente en esta nueva lid. Incorporáronse juntamente con otros jóvenes más, el Sr. Julio Román, D. Reinaldo Larrea, &^a y el Gral. Sarasti tomando ya el carácter de Jefe civil y militar ó Jefe de Operaciones, nombró al Cnel. Zarama Jefe de la División, dando así sucesivamente la colocación militar que demanda la buena disciplina y organización gerárquica de la tropa.

XV.

El 1º de Noviembre se anunció al Gral. Sarasti y demás conmlitonos que el Excmo. Sr. Leopoldo Fernandez Salvador, se aproximaba á la ciudad de Riobamba, á la cabeza de un ejército constante de 1,400 hombres, respectivamente comandado por el Gral. Mata, Gral. Rendón y Cneles. Navarro, Ortega, Montenegro, *et ceteris ejusdem fuxfuris*. Y como el total de las fuerzas del Candillo del Centro no alcanzaban ni á 200 hombres, no tuvo por prudente aventurar un combate, cuyo más inmediato resultado había de ser la ruina de la ciudad y su consiguiente saco. Por tanto resolvióse apartarse del poblado y buscar lugar más á propósito para la resistencia. Aseguróse todo el parque que no era posible movilizar por faltar el suficiente número de bagajes, y á las cuatro de la tarde del primer día de Noviembre, evacuó Sarasti la plaza de Riobamba. Adelantó la infantería, y para atender á la más segura y reposada marcha, envió 14 hombres á caballo para que situándose en la *loma de Quito*, en la misma dirección por la que avanzaba el ejército dictatorial, se ofreciesen extratéticamente á su vista, como si estuviesen dispuestos á combatirle. En efecto, tan luego como los contrarios alcanzaron á divisarlos en la indicada loma de Quito, al Occidente de Riobamba, suspendieron la marcha y acamparon durante la noche en la llanura, sin atreverse á penetrar en la ciudad hasta el siguiente día, en que sabedores de la retirada del enemigo, entraron á Riobamba á guisa de vencedores.

Los 14 que hacían de añagaza en la colina, se retiraron cuando extendidas las sombras de la noche, no podían ser visibles al contrario ejército, y se incorporaron con la infantería en las alturas de Cacha, por donde se dirigían al pueblo de Cajabamba al Oeste de Riobamba, para esperar al Comandante Angel Negrete que debía regresar de Guaranda, adonde había partido para engrosar las filas con algunos patriotas de aquel lugar. Era la noche lóbrega é intenso el frío, como que en aquella región, próxima á las eternas nieves del Chimborazo, sopla constante un vientecillo que penetra los huesos y deja los miembros ateridos. Recorrieron el pésimo camino que lleva á *Guaytayúe*, y llegaron á las dos de la mañana á esa propiedad del excelente patriota D. Abelardo Villacrés, ardiente partidario de la causa restauradora.

A las 6 á m. continuóse la marcha á Cajabamba, habiéndose recibido aviso falso de que las fuerzas enemigas se aproximaban, pues éstas en realidad no se atrevían á perseguirlos por esas alturas de terrenos accidentados, donde les era muy posible caer en celadas peligrosas. En Cajabamba permaneció dos días la pequeña tropa de Sarasti, y las autoridades de este pueblo informaban escrupulosamente á D. Leopoldo Salvador, cuanto pasaba durante los dos días que acamparon en él.

Entre tanto el Supremo Director de la guerra daba parte al femenil gabinete de Quito de la actitud de su ejército y naturaleza de las operaciones militares ordenadas por su autoridad. El Ministro de la guerra contestando la nota que á este respecto le dirigieran de Riobamba, dice:

“Quito, Noviembre 4 de 1882.—Con suma complacencia, se ha impuesto S. E. el Encargado del Poder Ejecutivo del contenido de la muy estimable nota de U.S. fechada en su cuartel general de Riobamba el 2 del presente, comunicando que con fecha 31 del mes anterior, S. E. el Supremo Director de la Guerra, dispuso abrir operaciones sobre la Capital de esa Provincia, en la que se encontraba el enemigo con la totalidad de su escasa fuerza; y que habiendo emprendido la marcha el ejército que está á sus órdenes, desde Pelileo, llegó á esa plaza sin novedad alguna, puesto que, aunque los insurrectos hicieron apariencias de resistir,

luego que tuvieron conocimiento de la superioridad, huyeron despavoridos; y no duda el Supremo Gobierno, que adquiridos los datos de la dirección que lleven, el Excmo. Supremo Director de la Guerra, con la actividad y energía que le son características, continuará sin descanso la persecución hasta conseguir el completo aniquilamiento de ese vandalaje.—En esta plaza no ocurre novedad alguna que merezca poner en conocimiento de US.—Dios y Libertad—*Pedro P. Echeverría*?

XVI.

Hallándose entre los pueblos de Cajabamba y Sicalpa, súpose por el Jefe de la restauración que el ejército dictatorial se aproximaba por la dirección del pueblecito de Sn. Luis con lo cual levantaron sus cuarteles y se encaminaron por el histórico y terrible páramo del Puyal, donde aterido de frío, pereció una gran parte del ejército de Bolívar. Dirijíanse por aquel camino hácia Guaranda para incorporarse con una partida de patriotas de aquel lugar que debían venir con el Cmdte. Angel Negrete, que habia partido allá en demanda de gente y recursos, como dijimos ya. En efecto 27 voluntarios se añadieron á la tropa del Gral. Sarasti, en la hacienda Culluctos, donde descansaron algunas horas para continuar la penosa marcha con dirección á Columbe. A las doce de la noche discurrían estos esforzados y constantes guerreros por los páramos más elevados de la Cordillera occidental de los Andes, en medio de una oscuridad tan pavorosa, que apenas se alcanzaba á divisar opaca la blanca nieve sobre que pisaban. La escarcha más abundante que de ordinario en aquella madrugada, enervaba casi por completo los miembros ya rígidos con el intenso hielo que hollaban las plantas; en terminos que los prisioneros de la costa tomados en Sanandrés, habrían perecido de frío si algunos generosos jóvenes de Riobamba no se hubiesen despojado de sus ponchos de abrigo, cediéndolos á esa pobre gente que sin ellos habrían sido incapaces de resistir á tan cruda intemperie. Continuaron caminando por la cordillera de *Guacona* y atravesaron durante el día 4 los páramos de Chuichino hasta llegar á Columbe, adonde se adelantó el Gral. Sarasti, en compañía de dos de sus commilitones. El ejército que le seguía, en su larga y difícil mar-

cha no había tomado refrigerio alguno, y á pesar de que en los páramos, encontraba á menudo muchísimo ganado, no causó el más leve daño á sus dueños; y cuando alguna vez era indispensable proveer de carne á la tropa, comprábase una ó dos cabezas pagándolas, por lo común, á mayor precio que el ordinario. Entre tanto los adversarios, gozábanse en entrar á saco las propiedades de los partidarios ó comprometidos en la Campaña del Centro, acaudillada por Sarasti, y en Riobamba exterminaban los alfalfares, dando en ellos suelta á los caballos.

En Columbe aumentaba la tropa restauradora con el contingente de 20 hombres más que vinieron con los jóvenes Federico Martínez, Juan J. Villacrés, Virgilio Paredes y Víctor Carvajal, se dió la orden de marcha en dirección á Licto, en donde descansaron algunas horas recibiendo el agasajo y regalo generoso con que los acogió el Cura de aquel pueblo Dr. D. Félix Proaño. De allí prosiguieron la ruta hácia Guaillabamba y el día 5, á las 8 de la noche llegaron á dicho lugar, cuya situación topográfica ofrecía superiores ventajas al Gral Sarasti y sus compañeros, hallándose defendidos en ese territorio por las eminencias de la cordillera oriental de los Andes, al Norte por las profundas y desgarradas cavidades de la quebrada de Guaillabamba y el torrencioso río Chambo al Occidente:

Entre tanto que el puñado de montañeses que comandaba el Gral. Sarasti como Jefe de Operaciones discurría por caminos inaccesibles, y burlaba con su prodigiosa movilidad la persecución del poderoso enemigo, éste alelado rebullíase por acá y acullá sin tener un norte fijo por donde se dirigiera; y tan sólo á la distancia ponderaba su actividad y pericia, dando repetidos partes de sus operaciones á la Capital. De allí el Ministro de guerra contestaba al Sr. Salvador, y demás jefes con fecha 7 de Noviembre lo siguiente:

“Sr. Gral Jefe de Estado Mayor Gral. del Ejército del Centro.—Noviembre 7 de 1882.

El muy apreciable oficio de US. que, por orden del Exmo. Sr. Delegado Supremo Director de la Guerra, se sirve dirigir desde su cuartel gral. de Riobamba con fecha 3 del que cursa, ha instruido á S.E. el Segundo Delegado Supremo, Encargado del Poder Ejecutivo, de que una vez resuelta la marcha de la división central

para buscar á los insurrectos que causaban grandes daños en los pueblos de la Provincia del Chimborazo; se tomaron todas las medidas necesarias para ejecutar dicha marcha, con la debida regularidad, según todo se puntualiza en el oficio que contesto; siendo el último resultado, (. . .) que los revolucionarios tomaron las alturas de Cacha, avanzando á Cajabamba, y que se emprenderá en su nueva persecución, obtenidos que sean mejores datos.—Dios y Libertad.—*Pedro Pablo Echeverría*?

XVII.

Con la noticia verídica de que las fuerzas comandadas por el Vencedor de Cayambe permanecían en el pueblo de San Luis, que se halla á pequeña distancia del río de Chambo, que divide de Riobamba el territorio que ocupaba el Gral. Sarasti, dispuso éste que los Caudtes. D. Julio Román, León Mancheno, Reinaldo Larrea y Jesus Concha con una escolta de 30 hombres á caballo, se adelantasen al enemigo en la ocupación del puente de Chambo. A las 8 de la noche y entre una oscuridad que no dejaba ver las palmas de las manos, adelantóse el Comandante Román, guiado en aquellas veredas confusísimas por el experto y ardoroso joven D. Reynaldo Larrea, y después de dos horas, conservaban la posición apetecida, sin haber vencido para ello otros peligros que los que les ofrecía la naturaleza de aquellos pésimos caminos en una lóbrega noche. Estos tenían orden expresa de mantenerse en aquel lugar, pero también habíaseles prevenido que no desentablasen el puente; y como aquellos veteranos avezados al peligro, cuya consigna es el cumplimiento del deber que una orden superior les impone, pasaron allí la noche, esperando que rayase la luz que había de alumbrar el funereal estrago que esa guardia de Espartanos había de hacer en las atónitas y aguerridas huestes del contrario bando. De los 30 hombres con que el Comandante D. Julio Román y sus compañeros defendían el paso del puente, no quedaron al tiempo de la refriega sino 22; y el adversario descendía á aquel mismo sitio amparado con un ejército que por su multitud y cohesión parecía más bien una muralla ambulante que una tropa en combate. A las siete de la mañana descendía ya el ejército dictatorial hácia el puente de Chambo, y

ocupaban en compactas filas el callejón de *Pantus*: lo cual observado por los jóvenes que tenían clavado sobre el enemigo su anteojo de campaña, obligóles á multiplicar los postas al Gral. Sarasti que se conservaba aún en Guajibamba, orientándose escrupulosamente de la situación topográfica y tomando las más convenientes posiciones para el combate que deseaba librar en ese territorio.

Entre tanto que el ejército enemigo continuaba su marcha sin trepidar, reconoció el Jefe de nuestra avanzada, sita en la garganta del puente, que una parte notable de la infantería enemiga, avanzaba decididamente al paso del puente, en unión de una competente guardación de caballería; y como el objeto con que el Gral. Sarasti había confiado á Mancheno, Román y demás la comisión de guardar el puente, era para que en un caso dado, tratasen de impedir su acceso al enemigo, viéronse los noveles y serenos guerreros, en la necesidad de afrontar un combate cuyo éxito sólo podía acrisolar el heroísmo de los defensores del puente, y repetir en la Patria de Maldonado la inmortal jornada con que Leonidas eternizó en Esparta el nombre de las *Termópilas* Rompiéronse los fuegos á las ocho de la mañana, y sin disminuir un instante el formidable y activísimo disparar del violento rémington, sostúvose incontrastable y exterminador durante hora y media de crudo batallar. Trascurrido este tiempo en que los 22 guerreros habían podido contener con una barrera de muerte el ímpetu irresistible del numeroso ejército contrario, éste, contando con su centuplicada superioridad numérica, y como si se hubiese inspirado con el ejemplo de los tercios prusianos en el combate de Sedán, avanzaba con valor incontrastable, recorriéndola una senda empedrada de cadáveres, en términos que los más afortunados de la vanguardia ocupaban ya el puente y se dirigían, ciegos de coraje, á las posiciones defendidas por el Comandante Román y sus imponderables compañeros y soldados. Estos cuyos proyectiles se les agotaban, replegáronse entonces, haciendo fuego en retirada, con el fin de incorporarse con el resto de tropa que ya suponían acudir en su refuerzo con el Gral. Sarasti, quien en efecto, al oír las detonaciones del cañon desde Guajibamba, y recibiendo además los repetidos postas que le enviaban los del puente, dióse la mayor prisa para llegar á Chambo, y

pudo incorporarse solo, con los combatientes de la avanzada, en los primeros recodos de la subida del puente.

XVIII.

Los contrarios reconociendo que los nuestros se alejaban de las primeras posiciones de donde les oponían tan cruda y tenaz resistencia, acometieron con resolución mayor é invadieron el territorio del lado opuesto. Entre tanto la pequeña tropa del Gral. Sarasti, desorientada y en tropel, por causa del repentino y acelerado movimiento, observando que la poca gente de la avanzada del puente se había retirado del primitivo lugar del conflicto, juzgan que aquel movimiento era una derrota consumada, y acobardados los mas, rehuyen el nuevo combate, y solo se lanzan á las armas cosa de 80 hombres; pero con tal denuedo y coraje que hacen retroceder al enemigo, cuyas apiñadas filas veíanse interrumpidas por la muerte de pelotones de tropa que caían exánimes. El ejército dictatorial observando que se encarnizaba la refriega, colócase en numerosas partidas detras de las cercas del camino, disparando sobre los 80 en direcciones oblicuas y convergentes; pero éstos no cejan y cargan con tal ímpetu que hicieron en los vencedores más feroz estrago que éstos sobre los vencidos; ocasionándose de allí que por la falta de atinada dirección, pagóse con la muerte del ejército el desatino de los Generales. Muy difícil es describir un tan desigual y sangriento combate. ¡Ochenta contra 1,400 hombres!

Herido de muerte el valiente y esforzado Comdte. D. Angel Negrete, todavía luchaba más con el enemigo que con la misma muerte, hasta que por fin exhaló su espíritu inmortal como sucumben los héroes. Allí mismo cae también el nobilísimo joven Luis Dávalos, dejándonos indeleble la memoria de su valor y heroísmo y, afianzando con su sangre generosa el triunfo de la patria sobre sus opresores. Por todas partes donde se distinguía un grupo de combatientes, ofrecíanse á los ojos atónitos escenas indescriptibles de valor, que por ser múltiples é inverosímiles, no se prestan á ser descritas por un historiador cuya veracidad pondrían en duda. Jefes y soldados batallaban con tal heroísmo, que á menudo arrojábanse sobre el enemigo para arrancar-

le á *tornillo* las cápsulas de que carecían ya.

A pesar del número y copia del ejército contrario, la victoria mostrábase accesible á los nuestros, cuando fué herido el Comandante Mancheno, con lo cual, desamparado el flanco izquierdo y reconociendo la esterilidad del sacrificio y su enevitable destrucción, alejáronse del sitio de la guerra, con tanto concierto y orden como el que pudiera alcanzarse, en una clara y definitiva victoria. De esta manera quedó el enemigo poseedor del campo, pero no de la victoria.

Al retirarse del lugar del combate el Gral. Sarasti cumpliendo con un deber de leal amigo y digno caudillo, hizo conducir al pueblo de Chambo al Comandante Zarama, que fué gravemente herido en lo más recio de la batalla. Habiéndole situado en el Convento y atendido en lo posible á su reparo, volvió al campo para recoger á sus soldados y con los que encontró emprendió la retirada, que se verificó con la posible regularidad.

Cuando hubo llegado á sitio remoto y libre de peligro, escribió sobre las rodillas el siguiente parte que se publicó en Quito, el mismo día en que circulaba también el del gobierno.

“BOLETIN REPUBLICANO N^o 5^o—
PARTE Á LA NACIÓN.

Después de la jornada de Sn. Andrés, marchó á Guaranda una comisión con armas y municiones pedidas por los patriotas de ese Cantón y se operó un pronunciamiento en favor de nuestras armas.—El día 30 del pasado se presentó toda la fuerza de los dictatoriales á diez cuadras de distancia de Riobamba y la fuerza de mi mando ocupaba sus cuarteles.—A las cinco de la tarde saqué veinticinco hombres á la loma que domina la ciudad; y la presencia de esta pequeña fuerza obligó al enemigo á acampar en la pampa, variando de dirección por la noche.—Aprovechando de esta circunstancia y con el objeto de

unirme á la fuerza de Guaranda, tomé la altura de Yaruquíes y ocupé el Pueblo de Sicalpa á las siete del siguiente día, hora en que entraba recién la fuerza enemiga á la Ciudad de Riobamba.—El 3 del presente me uní con la fuerza de Guaranda y contramarché por la cordillera occidental hasta posesionarme del territorio de Guailabamba—en Chambo. Como la gente estuviera demasiado cansada fué imposible continuar la marcha hasta el puente y ordené que una fuerza de treinta hombres á caballo, y á mando de los Comandantes León Mancheno, Julio Román, Reinaldo Larrea y Jesus Concha ocupara dicho puente y lo defendieran hasta que llegara el resto de la fuerza.—La comisión cumplió con su deber y se batió heroicamente más de dos horas contra la artillería, y los mil hombres que atacaban de la altura de Riobamba. Habiendo llegado yo en ese momento, y viendo imposible la defensa y que nuestra fuerza no llegaba, debiendo haberlo hecho á las seis a. m. ordené la retirada y se verificó á las nueve, más ó menos.—Quedó el puente libre y entonces fué que el enemigo se posesionó de él y siguió la marcha hácia Chambo, protegido por los fuegos de artillería y de sus mil bocas de fuego.—Había yo ordenado la ocupación de la fuerte quebrada de Guailabamba para librar allí el combate, aprovechando de la buena posesión, cuando me encontré con el Comandante Zarama que conducía parte de nuestra fuerza en son de batalla; y abusando de su valor había ordenado ya el ataque, en circunstancias que yo estaba al borde de la

quebrada, observando la salida del enemigo. Fué, pues, indispensable aceptar el combate al raso y así se verificó.—Nuestra ala derecha destrozó toda la vanguardia del enemigo hasta dejarla en tierra.—El ala izquierda flaqueó muy temprano, por haber sido herido gravemente el valeroso Cptan. M. M^o Valencia y por la circunstancia de que los prisioneros de S. Andrés, que se hallaban agregados á esa Compañía, se desbandaron unos, y otros se pasaron al enemigo. Más de una hora resistió herido y á caballo el Cptan. Valencia y por ese costado hicimos los mayores esfuerzos para detener la salida de las guerrillas enemigas que frecuentemente se renovaban. Pero estábamos completamente fusilados por los fuegos de Riobamba, puesto que ocupábamos una altura que servía de blanco.—Mientras tanto los jóvenes de Riobamba, Guaranda, Quito, Ambato y otros lugares—prez y honra de la Patria, tomaron el centro y arrollaron al enemigo hasta la quebrada.—El ala derecha ocupada por los valientes Comandantes Rivera, Concha, Folleco, Erazo y Bolaños, tomaban prisioneros. Herido gravemente el simpático y arrojado Comandante Zarama, pasé un instante á verle y ordenar se le conduzca al Convento del pueblo.—A mi regreso encontré rechazado nuestro costado izquierdo.—Un nuevo esfuerzo habría coronado el triunfo; pero era temeridad continuar una lucha tan desigual y ordené la retirada. ¡Poco más ó menos cien hombres combatieron contra toda la fuerza dictatorial! El arrojado de muchos oficiales y solda-

dos nuestros, nos fué bastante adverso, pues penetraron hasta el centro del enemigo y fueron flanqueados hasta dejarse tomar. Toda la fuerza de nuestra derecha se retiró ordenadamente y se conserva organizada, con sus armas y municiones al mando del Comandante Concha y Captán Bolaños. — La demás fuerza quedó á mi consignación y fué organizada en el pueblo de Chambo: acompañado de varios oficiales y del valeroso Comandante León Mancheno—herido,— continué mi marcha, combatiendo en retirada á las doce del día.— Llegamos á la quebrada de Guailabamba y fuimos perseguidos por una fuerza de infantería y caballería, que supuso, sin duda, que nos habíamos derrotado. La presencia de esta fuerza nos obligó á continuar el combate y tuvimos la suerte de que el enemigo se derrotó de la manera más absoluta, despues de un tiroteo de una hora, al mando del Cptán. Andrés Gallegos. Como mi retirada conduciendo parque y otros elementos de guerra, era y debía ser lenta, continué la marcha. Nos habíamos separado algo más de una legua, cuando un refuerzo de artillería é infantería volvió sobre nosotros é intentó el paso por el lugar dejado. El enemigo quedó, pues, dueño del campo, pero nunca con las glorias de un verdadero triunfo.— He ordenado que se me unan las fuerzas del Comandante Concha, y mientras tanto se conservarán intactas y ordenadas las que deben ocupar Pungalá y Cebadas, al mando de los Capitanes Arciniega, González, Ibarra, Fajardo, Villacrés, Gallegos y otros valientes que han

sembrado el espanto en el ejército enemigo.

Así terminó la jornada de hoy: y sacrificios y sangre noble derramada no pueden ser estériles. Estas purísimas ofrendas consignadas en aras de la Patria, no serán ¡Oh Ecuador! deshechas por la borrasca de la desgracia.— Fecunda es la sangre bendita de tus hijos, y de ella renacerán cien héroes que sepan darte libertad y glorias.

Puente de Pungalá, á 6 de Noviembre de 1882.

José María Sarasti."

XIX.

Débase notar que el Gral. Sarasti previendo el decaimiento de los ánimos y la mala impresión que debía causar en los partidarios de la causa este natural contraste de Chambo, usaba alguna vez de un lenguaje adecuado para que no se difundiese el desaliento; y con frecuencia omitía en sus partes el verdadero número de sus combatientes, pareciéndole, con razón, que al expresarlo, ni podría ser creído, ni mucho más inclinar los ánimos en su favor, si llegaba á extenderse la desconfianza, dependiente del verdadero conocimiento del escaso número de su tropa. Y como por otro lado el Gobierno de la Dictadura al paso que ponderaba la robustez de su ejército y copia de elementos, procuraba también exagerar la penuria de su contrario, debía tenerse en cuenta todo esto por un Caudillo previsivo, cuya causa se sostenía todavía más, con el apoyo moral de la opinión, que con la fuerza física. Por esto hay alguna vez pequeñas diferencias (respecto de número) entre los partes del Gral. Sarasti, y la narración histórica estrictamente ajustada á la más inflexible veracidad.

Una vez que hemos visto el parte auténtico del Gral. Sarasti, de cuyo original autógrafo nos hemos servido, bien será que para la integridad histórica, publiquemos también el que á su turno, dieron los Jefes de la Dic-

tadura, sobre su luctuosa victoria de Chambo. El lector juicioso, en vista de uno y otro documento, apreciará los hechos y pronunciará el fallo correspondiente.

“Suprema Dirección de la guerra.—Cuartel general en Riobamba, á 7 de Noviembre de 1882.

H. Sr. Gral. Ministro de Estado en el Despacho de Guerra y Marina.

Si cuando el 4 de Octubre al dar cuenta al Supremo Gobierno de la victoria de Cayambe, sentí satisfechas las exigencias de mi patriotismo y colmadas por entonces mis aspiraciones de magistrado y ciudadano; hoy, al dirigirme al mismo por el digno órgano de U. S. H. con el objeto de elevar el parte detallado que acerca del combate librado el 6 del corriente en Chambo, me ha pasado el Sr. Gral. Jefe de Estado Mayor General del ejército que comando; la conciencia me dice que he cumplido el deber que me imponían mis compromisos adquiridos y los momentos solemnes que atravesaba la República.

Profundamente conmovido, H. Sr. Ministro, por el valor y lealtad del ejército, no puedo hacer caso omiso de la gratitud á que generalmente se ha hecho acreedor por su gallardo comportamiento en los momentos supremos del peligro y de la gloria, así como no me es posible dejar de expresar la particular admiración que me inspira la conducta de los Sres. Grales. Antonio J. Mata, Manuel S. Yépez y Francisco Rendón; los primeros por haberse desempeñado con lucimiento antes y después del combate, cumpliendo exactamente mis órdenes, y el último, porque sereno siempre y heróico en todas ocasiones, obligó, por decirlo así, á la victoria para que nos dispense sus favores.

En general todos los jefes y oficiales han cumplido su deber rivalizando en denuedo y valentía, y es por esto que creo, que todos sin exceptuar ninguno, han merecido bien de la patria.

Con sentimientos de la más distinguida consideración me suscribo de U. S. H. atento S. S.

Leopoldo Fernández Salvador.”

“Ecuador.—Estado Mayor General del Ejército del Centro.—Cuartel General en Chambo, á 6 de Noviembre de 1882.

Excmo. Sr. Director Supremo de la Guerra.

Excmo. Sr. :

Honrado por V. E. y designado sin merecimiento de mi parte para desempeñar el Estado Mayor General del ejército del centro, siendo preferido quizá á tantos jefes beneméritos que lucen su valor y aptitudes en el rol de la milicia nacional, debo corresponder á las labores anexas al delicado cargo que se me confió, relacionando á V. E., siquiera sea someramente las operaciones extratéjicas que precedieron al combate librado el 6 del corriente, entre las inaccesibles breñas que forman la cuenca del río Chambo y las cercanías del pueblo de idéntico nombre, sin omitir la manifestación de los movimientos de táctica, que preparando y concurriendo al suceso coronaron su brillante resultado.

Para proceder con método tomaré los acontecimientos desde la incorporación de V. E. al ejército. El 30 del próximo pasado llegó V. E. al cuartel general de Pelileo, y bastóle un simple reconocimiento, que el 31 verificó, de las inmediaciones de Patate, para saber que el enemigo había trasladado el teatro de sus operaciones á la provincia del Chimborazo.

Como con la presencia de V. E. se unificaron las voluntades un tanto disidentes, y la presteza y virilidad que adquirió nuestra acción, hizo renacer el entusiasmo y la confianza en todos los ánimos, V. E. se sirvió disponer que en la misma fecha abandonáramos el campamento de Pelileo y marcháramos sobre Riobamba.

En Mocha tuvimos ocasión de convencernos de que los cálculos de V. E. no habían sido infundados, porque en este pueblo supimos, con toda seguridad, que el enemigo se hallaba acantonado en Riobamba, dejándonos entrever la esperanza de combatirlo; mas esta ilusión duró poco, porque el 2 entramos en dicha ciudad con tambor batiente y sin que los facciosos nos hubiesen dispensado siquiera el saludo de ordenanza. El 4 nos movimos de Riobamba sobre el pequeño pueblo de Lican, menos con el objeto de batir unas partidas del enemigo que acampaban Zicalpa y Cajabamba, con

el propósito de desorientarle ocultándole el verdadero itinerario de nuestra división; para lo cual, simulamos también una contramarcha á Riobamba y pernoctamos el 5 en San Luis, donde supimos que los rebeldes concentraban todas sus fuerzas en Chambo, retirando al efecto las que tenían en Columbe.

El alba del 6 nos sorprendió batiendo el campamento con el orden y regularidad que distingue á nuestras tropas; y, las ocho a. m. marcaba nuestro cronómetro de campaña, cuando llegamos á las alturas que dominan la orilla izquierda del río Chambo y nos pusimos á la vista del puente en donde, de orden de S. E., hizo alto la división, compuesta de media brigada de artillería, el batallón "Diez y seis de Diciembre", la columna "Dos de Abril", dos compañías del "Catorce", denominadas columna de descubierta, y la escolta de honor de S. E.

Ninguna observación habría dado el menor indicio de la presencia del enemigo, tal era la prolijidad con que éste se ocultaba entre las concavidades y breñas que se elevan á la margen opuesta del río. Mas S. E. ordenó, sin vacilar, que su escolta de honor al mando del Teniente Cnel. Servilio Morlás, efectuara un reconocimiento del puente y sus alrededores, siendo dirigido dicho reconocimiento por el Sr. Gral. Francisco Rendón, Comandante Gral. de la división.

El enemigo que acechaba la oportunidad de hacer víctimas á mansalva, rompió sus fuegos sobre el Sr. Gral. Rendón y demás individuos de la escolta exploradora, quienes contestaron inmediatamente. Entonces dispuso S. E. que una guerrilla de las dos compañías pertenecientes al "Catorce" protegiera á la descubierta; mientras el batallón "Convención" forzando su marcha, ascendía á la altura opuesta á las posiciones del enemigo, y batiendo con fuegos de cañón y fusilería las breñas en que se parapetaba, protegía así el paso del puente á nuestra fuerza de vanguardia.

Para que el resultado no se hiciera esperar, ordenó S. E. que también la columna "Dos de Abril", descendiera á la vega del río por un sendero de nuestra izquierda y cuadyuvara al éxito; mientras el batallón "Diez y seis de Diciembre" por su parte, orillando el cauce del río, dirigía sus fuegos á las pendientes escarpadas, de la izquierda del enemigo, y vadeando procu-

raba flanquearle.

El ataque fué simultáneo y de tal manera bien dirigido, que franqueó el paso del puente á nuestras fuerzas de vanguardia, las cuales á costa de sangrientos y fatigosos esfuerzos, lograron al fin escalar las alturas y desalojar á los facciosos de las más formidables posiciones que pudieran nunca elegir.

En tal estado, y cuando ya la cabeza de nuestras fuerzas pisaba la meseta en que se asienta el pueblo de Chambo, el Sr. Gral. don Francisco Rendón dispuso un pequeño alto para organizar las tropas, previendo una nueva resistencia de los rebeldes en las inmediaciones del citado pueblo. Sucedió en efecto, que el enemigo derrotado de sus primeros atrincheramientos, buscó nuevos parapetos en las cercas que dividen los terrenos cultivados del Este del camino que conduce á la población; pero todo esfuerzo fué nulo é ineficaz, porque las guerrillas que de orden de S. E. se desplegaron por nuestra izquierda, desalojando al enemigo sucesivamente, obligaron á una parte de él á derrotarse por la quebrada de Subgal, al paso que el resto se replegaba á la encrucijada que forman los caminos que colindan con la loma de San Sebastián, desde cuya cima lo mismo que de los caminos mencionados, el enemigo hacía fuegos oblicuos, nutridos y convergentes al centro de nuestra línea de ataque, desplegando una brillante resistencia que no tiene precedente en la táctica de los vencidos en Yuracrúz, Cayambe y Pisquér; pero redoblado el ardor de nuestros soldados á causa de la misma obstinación de sus adversarios, y dada por S. E. la disposición de que una pieza de artillería batiera la cumbre San Sebastian desde la llanura de nuestra derecha, al mismo tiempo que nuestras guerrillas flanqueando por el Oeste de la loma de aquel nombre verificaban un impetuoso ataque, la derrota se consumió de tal modo que á las doce m. no quedaban mas enemigos sobre el campo de batalla, porque desalojados de sus excelentes parapetos se entregaron á la fuga, su recurso obligado y favorito.

Cuatro horas de combate han sido menester para lavar con la sangre derramada la ingratitud de los colombianos que, olvidando el generoso hospedaje y fraternal acogida que tuvieran en nuestra patria, se comunaron con algunos ecuatorianos espúreos para des-

garrar su corazón y traer á su seno la guerra con todo su cortejo de calamidades.

Ojalá, Excmo. Señor, que la terrible lección que han recibido y la generosidad que hemos desplegado, haciendo uso moderado de nuestras ventajas y no abusando de los lauros de la victoria, consigan deponer el gratuito encarnizamiento de nuestros enemigos, trayéndolos á mejor camino.

Incompetente me creo, Excelentísimo Señor, para hablar del comportamiento de S. E. en el campo de batalla, y solo el deseo de no defraudar la gloria adquirida por el vencedor de Chambo, me hacen que lo diga : que son tantos tan brillantes y señalados los servicios que viene prestando S. E. á la causa de la lealtad y el orden, ora en los campos de batalla, ora en la curul de la representación nacional, ora en fin, en el bufete de la magistratura, que juzgo árdua tarea discernirle el título que se ha conquistado á la gratitud pública; mas S. E. el Jefe Supremo que siempre se ha distinguido por la justicia de sus apreciaciones, sabrá estimar en su verdadero valor los sacrificios del noble campeón que le secunda en la empresa de salvar al país de la anarquía; en tanto que la historia, único juez inapelable de la opinión imparcial, contará el nombre de S. E. en el número de sus ilustres favoritos.

Excusado me parece hablar de la conducta del Señor General Don Francisco Rendón, quien por la subordinación que le distingue antes y despues del combate, como por la heroica intrepidez que le caracteriza en los lances mas peligrosos de toda batalla, es digno de justísimo encomio.

En general, el ejército por su valor en el luctuoso torbellino del combate y por su magnanimidad con los vencidos, ha probado que es muy merecedor de que la victoria venga á descansar á la sombra de sus banderas.

Al llegar aquí séame permitido, Excelentísimo Señor, manifestaros mi condolencia y la de todos mis subordinados por la muerte del Teniente Coronel Servilio Morlás, Sargento mayor graduado Alejo Peñafiel, Capitán Manuel Chavez y cincuenta y cinco individuos de tropa que han llevado el cumplimiento de su deber hasta el sacrificio de sus vidas.

Tenemos heridos dos jefes y dos oficiales, hallándose entre los primeros el valiente Comandante Brito,

jefe de la columna "Dos de Abril." El número de nuestros individuos de tropa heridos alcanza la cifra de cuarenta y ocho.

El enemigo, no obstante sus formidables parapetos, ha perdido dos jefes y veintiseis de tropa.—El número de los prisioneros que tenemos en nuestro poder pasa de sesenta, entre los cuales hay veintitres heridos, hallándose entre ellos Floresmilo Zarama, jefe de la fuerza colombiana que combatió; advirtiéndose que la mayor parte de los prisioneros que conservamos, son enganchados de aquella nacionalidad.

Los datos adquiridos, la porfiada resistencia de los rebeldes y la confesión sincera de los prisioneros, ponen fuera de duda que el enemigo presentó en combate cuatrocientos veinticinco hombres que adueñados de las termópilas de Chambo, no desconfiaban un instante de su triunfo, porque olvidaban, sin duda, la calidad de los soldados del orden y los prodigios que éstos vienen realizando en cumplimiento de su deber.

Las armas tomadas al enemigo en el campo de batalla llegan á ochenta y seis, sin incluir en este número las que día por día se recogen abandonadas en las alturas por los derrotados.

Al terminar el presente parte me es altamente grato felicitar al Supremo Gobierno por este nuevo y brillante triunfo que asegura el orden y la paz de la República, augurando una era de prosperidad y bienestar á los pueblos que solo anhelan ser felices por el pacífico medio de la industria y el trabajo, desgraciadamente atrasados por inícuas y cobardes revueltas.

Dios y Libertad.—*Antonio J. Mata.*

Ecuador.—Estado Mayor General del Ejército del Centro.—Riobamba, Noviembre 7 de 1882.

Lista de los Señores jefes y oficiales que más se han distinguido en la jornada de Chambo, librada el seis del corriente.

Suprema Dirección de la guerra.—Los ayudantes de S. E.—Cnel. Rafael Larenas Alvarez.—Sargento mayor Julio A. Vázcones.—Capitan Ricardo Cornejo.—Capitan Manuel López.—Comandancia General de la División.—Ayudante del Gral. comandante Gral.—Sar-

gento mayor Amador L. Játiva (herido).

BATALLÓN CONVENCIÓN.

Capitán Manuel Chavez (muerto).—Capitán graduado José Antonio Arteaga.

BATALLÓN 16 DE DICIEMBRE.

Capitán Eusebio Montenegro.—Capitán Daniel Mejía (herido).—Subteniente Ezequiel Calle.

COLUMNA 2 DE ABRIL.

Teniente Cnel. José A. Brito (herido).—Sargento mayor graduado Alejo Peñafiel (muerto).—Subteniente Miguel Alcides Franco.

COLUMNA DE DESCUBIERTA DEL BATALLÓN 14 DE DICIEMBRE.

Capitán Alejandro Saá.

GUARDIA DE HONOR DE S. E. EL SUPREMO DIRECTOR DE LA GUERRA.

Teniente Coronel Servilio Morlás (muerto).—Capitán graduado Octavio Icaza.—Teniente Rafael Izurrita (herido).

El General.

Antonio J. Mata."

XX.

La serie de hechos heroicos verificados en Chambo, darían materia para leyendas bellísimas, dignas de la inspiración de los poetas; y por sensible que nos sea omitir la narración de todos, vémonos obligados á hacerlo, porque siendo los episodios múltiples y variadísimos interrumpiríamos notablemente la unidad histórica: sin embargo publicamos por ahora uno que otro, y esperamos que plumas expertas meneadas por más hábiles escritores que el que movido tan sólo de patriotismo ha ensayado esta sumaria y desaliñada narración,

describirán más tarde esas escenas gloriosas, que tanto enaltecen el heroísmo de los Sarasti, Rivera, Román, Zarana, Chiriboga, Larrea, González, Folleco, Mancheno, Valencia, Negrete, Dávalos y otros tantos nombres de modestos y verdaderos héroes.

La serenidad y pericia de guerrero veterano que en esa jornada desplegó el Comandante Eladio Rivera es muy digna de mención. Hallábase éste jefe en compañía de Román, González, Larrea y tres mas en número de siete, ocupando el centro de una planicie desde donde dirigían sus fuegos con una rapidez prodigiosa, cuando fueron de súbito invadidos por una guerrilla enemiga, de más de 30 hombres, que se dirigían resueltamente al grupo de los 7. El furor del Comandante Rivera rayaba en frenesí, reconociendo en esos momentos que iban á ser presa del enemigo, caso de nó sucumbir ante sus fuegos. Refiérenos que ébrio de coraje, tomó el sombrero en la mano y lo estrujaba con violencia, al propio tiempo que se adelantaba con los siete al encuentro de los 30 contrarios, hasta ponerse á una distancia de 20 varas. Entónces intimóles rendición, y como le fuese devuelta la intimación con resolución mayor; á tiempo que se disponían los 30 á disparar simultáneamente sobre los siete, Rivera, serenando su furia con un bruseo cambio, volvióse al flanco izquierdo, y con voz robusta y persuasivo ademán pronunció estas palabras: "avance esa guerrilla á cerrar ese flanco izquierdo sobre el enemigo" . . . Con lo cual creyeronsé los 30 circundados por la guerrilla á la cual dirigía Rivera la voz de mando, y torcieron su marcha, ocultandose intimidados en una choza, donde fueron acosados por los fuegos de los 7, hasta verse en la precisión de abandonar su asilo, despues de haber perdido en él algunos hombres.—De este modo ahuyentaron con la astucia y las armas á sus enemigos, y escaparon de caer en su poder ó sucumbir en su presencia.

Otro hecho digno de referirse es el siguiente.—El Cnel. Servilio Morlás que avanzó entre los primeros combatientes del ejército dictatorial, habíase adelantado al lado opuesto cuando los defensores del puente retrocedieron, y acertó á encontrarse con el Gral. Sarasti que acudía en ese instante desde Guallabamba á sostener y dirigir el combate que se había empeñado en la loma de San Sebastián y el callejón de Chambo. Avis-

táronse los dos opuestos combatientes, y Morlás como si tratara de hacerlo saber á los suyos que suponía venían detras, dijo: "Aquí está Sarasti" Entónces el Caudillo del ejército restaurador replicóle: "Sí, avance Ud." y al decir esto hizo ademán de empuñar su remington, que traía á las grupas del caballo; pero Morlás, lejos de avanzar volvió las riendas de su caballo y se dirigió hacia un grupo de combatientes enemigos, á quienes juzgó equivocadamente por propios. Tómanlo éstos por prisionero y lo ponen en manos del Comandante Rivera, quien enardecido con el fragor del combate, y de antemano propuesto á no dar cuartel á los que pasaran del grado de Cptan., esto es á los que desempeñasen el rol de jefes en el ejército de la Dictadura, habiendo inquerido de Morlás su grado militar, y hallándose áun circundado por los fuegos enemigos, hizolo pasar por las armas. La historia que no puede defraudar la verdad, ni sellar sus labios cuando se trata de fijar los hechos, consigna aquí la realidad de lo acontecido en la muerte del Tente. Cnel. Servilio Mariás, equivocadamente atribuida al Cnel. Floresmilo Zarama, con cuya persona confundió el mismo Morlás al Comandante Rivera.

Incalculables y gravísimos fueron los peligros, é imponderables los sufrimientos que á consecuencia de esta falsa creencia padeció el Cnel. Zarama, en el pueblo y casa parroquial de Chambo, adonde habiéndole hecho trasladar Sarasti, tuvo de quedar en poder de los adversarios. Muchos querían apagar el último resto de vida que aún le quedaba; pero, en honra de la verdad y recomendación de los Jefes que ampararon al Cnel. Floresmilo Zarama, y referentes á su testimonio, aseveramos que en esta ocasión mostráronse humanitarios y generosos el Sr. Salvador y el Cnel. Ortega, que impidieron con severidad y eficacia, que la venganza esteril se cebase en una víctima indefensa. . . .

Como de tan notoria y pública fama fué también la hazaña del Gral. Rendón, que habiendo sido hecho prisionero pudo escapar merced á su valor, justo parece que consignemos en este lugar la manera con que se verificó el hecho, para que se vea que si hubo serenidad y valor en el Jefe, sobró nobleza y generosidad en el soldado. N. N. fué quien, como arrebatado de impetuoso valor, adelantóse á los suyos y se afrontó

con el Gral. Rendón, que á caballo, hallábase en aquel momento solo á punto de ser circundado por sus contrarios. N. que al verlo corrió hacia el caballero con el arma preparada, al hacerse de la brida que maneja-
 ba el Gral. Rendón, bajó el arma y depuso su enojo, intimando rendición al Jefe enemigo, con respetuosa energía; y al ver éste que su adversario no usaba de la dura disyuntiva con que los guerreros formulan la conminación terrible en semejante caso, hizo ademán de apearse del caballo, y disparó el revolver sobre su enemigo, que cayendo exánime dejó libre al Jefe á quien tenía ya por prisionero. De este modo pagó con su muerte la extemporánea, si bien nobilísima generosidad que usara al aprehender á su terrible enemigo. Fué y con razón celebrado el hecho hazañoso del Gral. Rendón, por todos los suyos y difundióse la fama de su valor, en términos de haberse repetido por el Director de la Guerra esta expresiva frase en elogio del renombrado Jefe: *“obligó por decirlo así, á la victoria para que nos otorgase sus favores”*.

El Capitán Manuel Valencia que defendía el flanco izquierdo cuando se empeñó el combate en la loma de San Sebastián, fué gravemente herido; y sin acobardarse á presencia de la muerte que tan de cerca le amagaba, continuó en la refriega durante dos horas, combatiendo á caballo; y no abandonó el campo sino despues de haber perdido la mitad de su gente, y por orden terminante del Gral. Sarasti, que dispuso se le condujera á la casa parroquial del pueblo.

Habiendo el soldado N. España, de la primera compañía del Batallón “Restauradores”, avanzado notablemente al encuentro del enemigo, fué tomado por éste: y el oficial que mandaba esa guerrilla dispuso que se le atara á un árbol, mientras terminara el combate: disposición que fué ejecutada con la violencia de caso. Asegurado así España, alejáronse de él sus aprehensores, cuanto lo demandaba la necesidad de combatir en diferentes posiciones. Entonces el prisionero logró desatar los cordeles con esfuerzos é industria: una vez recobrada su libertad, tomando uno de los remingtons que tenía á su lado, dirigióse á incorporarse con los suyos, y lo obtuvo habiendo para ello dado muerte á tres de sus enemigos. Luego que se confundió con los demás compañeros, su primer acuerdo fué poner en sal-

vo el parque, previendo que era inminente el peligro de que cayese en poder de los contrarios, y no se alejó de aquel sitio sino en unión de su Caudillo, en cuya compañía condujo las municiones á lugar libre de riesgo.

XXI.

De esta manera finalizó la inmortal jornada de Chambo, cuyos resultados fueron tan fecundos para la restauración, como á caso no lo hubiera sido tanto la victoria misma. El 6 de Noviembre de 1882 pasará á la memoria de las generaciones póstumas, como una fecha de recuerdo indeleble, en que una escasa porción de impertérritos adalides inmolaron en cruenta hecatombe, las victimas con cuya sangre habíase de lavar la afrenta y baldon de la patria, sollozante á los piés de sórdida codicia.

Perecieron en la refriega cerca de 200 hombres del ejército de la Dictadura y unos 50 de la restauración, sin contar con el crecido número de los heridos. Fueron tomados por prisioneros sobre el campo de batalla seis ú ocho de la tropa del Gral. Sarasti; y si más tarde aumentose esta cifra fué con otros que las numerosas bandadas de indios de los pueblos circunvecinos tomaron, maltrataron y aun mataron, para alcanzar gracia ante los jefes de la Dictadura y sus partidarios, que para hacerlos favorables á su causa, habíales prometido suprimir los diezmos, asegurándoles que los contrarios, si triunfaban, les agravarían con dobles impuestos. De aquí resultó que mayor y más frecuente fué para los restauradores dispersos y prófugos, el riesgo de caer en las bárbaras manos de los indios, que el peligro de que huyeran, acosados por el vencedor. Al fin, en pequeñas partidas de dos, tres y cinco, y otras en mayor número se fraccionaron los soldados del Gral. Sarasti, tomando unos la vía de *Quimiag*, otros la de *Cachipata*, y los más la de *Guailabamba*, que dan respectivamente al N., N. E. y S. de Riobamba.

El Gral. Sarasti con su hijo Darío y el Cptán. A. Alvarez, vadearon el río y pasaron á Licto, donde dictó las providencias que exigía la situación.—Entre tanto el ejército dictatorial acampó en Chambo y pasó en ese pueblo hasta el día siguiente. De allí se dirigió á Riobamba orgulloso con la victoria, cuyas galas tan

poco habian de durarle; y por mucho que se ponderaba el triunfo de Chambo como la corona y remate de las batallas libradas desde Mayo, la verdadera estimación que los mismos vencedores dieron á esa victoria, hállase formulada en la siguiente originalísima providencia, que en orden general se publicó en el Ejército, para solemnizar la memoria del sangriento triunfo.

“Quito, Noviembre 25 de 1882.

Señor General Jefe de Estado Mayor General del Ejército del Centro.

De orden de S. E. el Encargado del Poder Ejecutivo, y con el objeto de que se publique en los cuerpos pertenecientes al ejército del mando de US., cábeme la honra de remitir copia legalizada de la orden general publicada el 15 de los corrientes, por la Comandancia general de Guayaquil, previniendo que el Ejército existente en aquel Distrito, lleve luto por seis días, como homenaje á la memoria de las víctimas sacrificadas en el combate de Chambo.—Dios y libertad.—*Pedro P. Echeverría*.....; Qué triunfo!!!

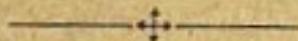
XXII.

El ejército dictatorial regresó á Riobamba, y sus jefes persuadiéronse que el triunfo de Chambo aseguraba definitivamente el mando del Gral. Veintemilla, y la estabilidad de su gobierno, como lo da á entender claramente la felicitación que con fecha 15 dirigió el Gabinete de Quito, al Excmo. Sr. D. Leopoldo Salvador y demás Jefes, y que insertamos en este resumen por término y remate de la cuarta parte, á fin de que pueda el lector tener conocimiento de estos bellísimos documentos incógnitos que se ha tenido la fortuna de encontrar entre los restos del archivo del Ministerio de la Guerra, que el autor ha registrado con escrupulosa diligencia.

“Señor General Jefe de Estado Mayor General de las provincias del Centro.

Por oficio que el Excmo. Sr. Supremo Director de la guerra, se ha servido pasarme desde su cuartel general de Riobamba, con fecha 7 del que rige, y me ha cabido la honra de recibir hoy á las 9 a. m. remitiendo original el parte detallado que US. le dirigiera el

día anterior, dando cuenta de todas las operaciones ejecutadas por el ejército, que tan acertadamente se puso al inmediato mando de US., desde el 30 de Setiembre último hasta el 6 del presente, que se libró el combate en Chambo, se ha impuesto con suma satisfacción S. E. el Encargado del Poder Ejecutivo de las eficaces extratéticas y oportunas maniobras empleadas en una lucha que tantas dificultades presentara, por la inexpugnable posición del enemigo, que siempre emboscado y favorecido en las breñas y parapetos, sólo puede chocar así con nuestro intrépido y leal ejército. La victoria adquirida en la jornada de Chambo, aumenta una página de gloria á los esclarecidos méritos y precedentes militares que US. inviste, mereciendo, una vez más, bien de la patria y la justa, cordial y sincera felicitación que por mi conducto le envía el Supremo Gobierno, lo mismo que á los Sres. Grales., Jefes y Oficiales é individuos de tropa del ejército vencedor, que **han afianzado** con heroísmo la prosperidad de la República, procurándole **la consolidación de la paz**, que es la fuente de felicidad para toda nación culta; aunque no á costa de las víctimas de nuestros denodados camaradas, que en cumplimiento de su misión han ofrecido el sacrificio de la vida en aras de la patria, y cuya pérdida será siempre bien sentida.— Dios y Libertad.—*Pedro P. Echeverría*.".



QUINTA PARTE.

El sangriento espectáculo y mal suceso de las armas restauradoras en la memorable jornada de Chambo, en nada desconcertó los ánimos, ni produjo mudanza en la incontrastable y resuelta determinación del Gral. Sarasti y los pocos compañeros que de la guerra comenzada en Patate le quedaban. Todos los esfuerzos heroicos de los iniciadores de la contrastada campaña del Centro, no habían pasado antes del combate de Chambo, de otra cosa que de ensayos más ó menos afortunados en su éxito relativo, y la constante movilidad y actitud bélica que mantenían, había dado resultados favorables en los diferentes encuentros de Patate, Cusatahua, Sanandrés, &c. Estas victorias parciales, además de la utilidad que encerraban en sí mismas, produjeron la incomparable ventaja de avalorar más y más los bríos juveniles y patrióticos de nuestros campeones, y robustecerlos con eficacia tal, que los hallara el infortunio dispuestos á recibir sus rudos golpes, con entereza superior á la que era de esperarse en soldados no acostumbrados aún á soportar con ánimo tranquilo las duras pruebas de cruda milicia. Por manera que, muy lejos de caer en desaliento con el suceso de Chambo, reconocieron de cuanto no eran capaces los esfuerzos del patriotismo, puestos en acción por pechos levantados. Persuadiéronse que en Chambo les habría sido muy fácil triunfar si hubiese concurrido al combate toda la gente que militaba con el Gral. Sarasti; adquirieron conciencia de su poder, cuando vieron destrozados los tercios enemigos por un puñado diez veces inferior; y el estrago y matanza con que habían ensangrentado la falsa victoria que el enemigo blasonaba haber alcanzado en Chambo, afirmó irrevocablemente la primera intención con que empuñaron en Patate las armas, pudiendo en aquellos varoniles y esforzados pechos más la vergüenza y oprobio de la Patria, que el temor de la inevitable muerte á que su tenaci-

dad y porfía les condenara, si no fiaban á su espada y desnudo la rehabilitación de la honra nacional, prostrando el peligro que les amagaba y triunfando en nueva y gloriosa batalla.

I.

Después de la jornada de Chambo fué diferente la ruta que siguieron los constantes combatientes de la restauración; por cuanto las vías más expeditas á los lugares donde era más fácil y conveniente su reunión, fueron ocupadas por los indios que les perseguían con tenacidad y encarnizamiento superior al del enemigo armado. El Gral. Sarasti, acompañado del mayor número de sus soldados, habíase replegado al puente de Pungalá; y como no creía tener fácil paso al opuesto lado, vadeó el caudaloso río y emprendió su marcha, camino de Lieto, después de impartir las órdenes oportunas, como lo demandaba la situación. De dicho pueblo dirigióse á Patate únicamente, en compañía de su heroico hijo Darío y el joven Alejandro Alvarez, con el fin de proporcionarse recursos y coleccionar allí mayor número de gente, contando, desde luego, con la pequeña reserva que habia quedado en este pueblo, cuua primitiva y teatro de la restauración.

Detúvose en dicho pueblo un solo día en que pudo reunir 28 hombres, con los cuales partió á la provincia del Chimborazo recorriendo el mismo trayecto, por donde doce días antes se encaminó á Sanandrés. Como no podía escaparse á la previsión del enemigo la probabilidad de reacción inmediata de la pequeña facción del Gral. Sarasti, con el fin de estorbar el paso de los dispersos hacia Patate, habíase situado en Penipe el Cnel. Víctor Fiallos, con 100 hombres. Pero el Gral. Sarasti, abstúvose de acampar en el pueblo con su escolta y ascendió á la altura de *Utunac*, á corta distancia de Penipe, así para incorporarse con las fuerzas que esperaba en ese sitio, adonde debían acudir los de Riobamba, según orden comunicada desde Patate, como para batir con ventaja al enemigo, si éste se resolvía á atacarlos; pues la posición de la altura de *Utunac* podía considerarse como un baluarte inexpugnable. Fuese que el Cnel. Fiallos hubiese creído que Sarasti disponía de fuerza superior á la suya, ó

fuese que reconociera la dificultad de alcanzar buen éxito en Utuñac á causa de su situación topográfica, lejos de intentar combate, alejóse de Penipe y dirigió su rumbo á Riobamba, y entonces bajó de Utuñac el Gral. Sarasti á ocupar el pueblo. Impuestos allí los jefes enemigos del itinerario de los reaccionarios, regresaron á Penipe con mayor número de tropas; lo cual observado por nuestro Candillo, determinose á dejar dicho pueblo, tomando la altura de la *Candelaria*, á presencia de los contrarios, que juzgaron que este movimiento de Sarasti se encaminaba con el intento de ocupar la plaza de Riobamba repasando el río de Chambo: con lo cual contramarchó el Gral. Yépez aceleradamente para adelantarse al enemigo en la ocupación de esa plaza.

El Gral. Sarasti que no trataba entonces sino de fatigar al enemigo con simuladas marchas, sin librar combate, regresó nuevamente á Penipe y ocupó el campo abandonado, usando en todos estos atinados movimientos de admirable táctica y previsión superior á la que en circunstancias análogas emplearan otros jefes de merecida fama. Allí se le unieron todos los demás compañeros y gente que se hallaban acampados en *Cebadas*, *Hatillo* y *Matus*, y reunidos en número de ciento, se dispusieron á combatir con las fuerzas comandadas por el Coronel Luis F. Ortega, quien sabedor de la ocupación del territorio de la cordillera oriental por las de Sarasti, abandonó precipitadamente el pueblo de Patate, adonde había acudido con 300 hombres, después del combate de Chambo, para impedir que volbiesen á reaccionarse en este lugar favorito de la restauración central. En esta nueva incursión de las fuerzas del Coronel Ortega á Patate, volvieron sus moradores á ser víctimas de otro saqueo, si bien es cierto que por entonces poco pábulo encontraron que cebase su rapacidad, pues apenas empezaban á procurarse las cosas indispensables para la vida, que les habían sido arrebatadas en el primer saqueo. De modo que en este segundo no hicieron otra cosa que roer, como hambrientos perros, los huesos descarnados, que no habían alcanzado á devorar en la ocasión primera. Las fuerzas del Cnel. Darío Montenegro que penetraron á Patate por el Sur no causaron daño alguno, pues su Jefe supo cumplir con su deber, sujetándolas á rígida contencion y disci-

plina; pero las que penetraron por el Norte con otros Jefes se desmandaron, como lo hemos dicho, ocasionándose de este hecho un rompimiento público entre los Capitanes principales de una misma tropa.

II.

Como el Gral. Sarasti comprendió claramente que el Cnel. Ortega con sus 300 hombres se dirigía á Penipe, con el fin de unirse al Gral. Yépez, á quien, sin duda, suponía acampado allí, dispuso, que su pequeña tropa contramarchase á la altura de Utuñaé, posición como lo hemos dicho, infianqueable para el enemigo, y ventajosísima para combatirlo. Este audaz movimiento, á presencia de la avanzada de las fuerzas de Ortega, produjo notable confusion y sobresalto entre sus filas; y no obstante haberse colocado en son de batalla, no se atrevieron á provocar un combate cuyo éxito pudiera serles adverso. El Gral. Sarasti, á su turno, dispuso sus fuerzas en prudente expectativa, creyendo ser atacado por la noche; y como durante ella lo hubiesen pasado como si el enemigo se hallase á remota distancia, resolvióse á atacarlo en Penipe, cayendo sobre él por la dirección de *Gansi*. Cuando al siguiente día se movian las fuerzas de Sarasti al encuentro de las de Ortega, habían éstas retirádose ya á Rio-bamba, á incorporarse con las del Gral. Manuel Santiago Yépez, Jefe General de la División central.

Véase como antes de quince días del combate de Chambo, cuyo triunfo creyeron los Jefes de la Dictadura que afianzaría por largo tiempo la dominación de su Caudillo, halláronse de tal modo conminados por la generosa porfia de los sostenedores de la honra patria, que no pudieron conservar ni siquiera en la apariencia, frescos los laureles de la fantástica victoria del sangriento combate. La agitación y movilidad constante del numeroso ejército del gobierno diez mábanle con mayores bajas que las de un combate; y la pérdida de armas y pertechos que sufrían en tan violentas idas y venidas, marchas y contramarchas, recorriendo enormes distancias, proporcionaban al contrario bando, mayores ventajas y despojos que los que pudieron alcanzar con la misma victoria. Vieronse las fuerzas de la Dictadura en la necesidad de dividirse en numerosas

fracciones, situándolas en todos los lugares accesibles al enemigo, confiándolas á jefes inexpertos, poco acostumbrados á la observancia de una rígida disciplina: con lo cual, viniendo á menos la moral del ejército, tenía necesariamente que debilitarse su valor, puesto que ella le robustece y vivifica.

Muy luego verá el lector cuánto se lamentaba el Gobierno dictatorial de este mortal cáncer que se había apoderado de sus tropas, sin que por otra parte fueran parte para extirparlo, las enérgicas providencias que impartía. Por ahora véanse las disposiciones que la Comandancia Gral. de Quito dictaba al Jefe de Operaciones del Ejército, para que atendiese á los múltiples peligros que por todas partes le circundaban.

“Sr. Gral. Jefe de Estado Mayor Gral. del Ejército del Centro.—Noviembre 20 de 1882.

Instruido S. E. el Encargado del Poder Ejecutivo de la muy apreciable nota de US., fecha 19 de los corrientes, así como de la que remite original el Sr. Gobernador de la Provincia del Chimborazo y de los comprobantes que á esta se acompañan; tiene á bien disponer: que la Columna Brito, se estacione en la Capital de la Provincia de Tungurahua; y que las columnas que se hallan á las órdenes del Sr. Cnel. Graduado. Don Victor Fiallos y del Tente. Cnel. Don Darío Montenegro, ambas al inmediato mando del primero, emprendan, sin pérdida de tiempo, en una activa persecución sobre los Colombianos revoltosos por los puntos de Atillo, Cebadas y Matus, procurando con todo tino, vigilancia y energía, el completo exterminio de aquel vandalaje; debiendo US. permanecer en Ambato hasta que reciba aviso de la total destrucción. Por la otra comunicación de US. de la fecha antes citada, se ha impuesto también S. E. de los avisos que el Sr. Jefe Político del Cantón de Calvas ha dado al Sr. Gobernador de Loja, sobre haber arribado á Cariamanga una descubierta de tropa de la invasión preparada en el departamento de Piura; y en consecuencia dictará las medidas convenientes á éste particular.—Dios y Libertad.—*Pedro P. Echeverría*”.

III.

Débase notar que despues de pocos días de la batalla de Chambo, volvió á la Capital el Designado Encargado del Poder Ejecutivo, habiendo dejado constituidas las autoridades civiles en las Provincias de Chimborazo y Tungurahua, y areglado el mando militar á cargo de los jefes de su mayor confianza; de modo que el Gral. Yépez hallábase á la sazón en Riobamba como Jefe Superior Civil y Militar. Parece que el Gral. Mata estaba sumamente contrariado tanto por la insubordinación de los jefes é inmoralidad de la tropa, cuanto por la violencia que ha debido inferirse para sostener una causa tan generalmente adversa á la opinión de toda la República. Con este motivo deseaba restituirse á la Capital, después del combate de Chambo; pero no consintiéndolo los representantes del Gobierno debió quedarse en el teatro de la guerra, como Jefe de Estado Mayor Gral., y como Jefe Superior civil y militar de las provincias del Chimborazo y Tungurahua, el Gral. Manuel Santiago Yépez, como lo hemos dicho ya.

Las siguientes órdenes, en el mismo sentido que la anterior fueron dirigidas alternativamente á uno ú otro jefe: insertámoslas en esta historia porque ellas harán ver al lector, á primera vista, la angustiosa situación del Gobierno despues de su *triunfo definitivo*, y la falta de acierto en sus contradictorias disposiciones.

“Sr. Gral. Jefe de Estado Mayor Gral. del Ejército del Centro.—Quito, Noviembre 20 de 1882.

S. E. el primer Designado Supremo, Encargado del Poder Ejecutivo me ha ordenado decirle: que conviene á los intereses del gobierno la permanencia de US. en la Ciudad de Ambato, con el objeto de conservar esa autoridad superior en las provincias de Tungurahua y Chimborazo para velar y hacer que se cumplan y lleven á debido efecto las disposiciones impartidas por el Supremo Gobierno con relación al Ejército del Centro.—Previene asimismo que US. mande preparar la marcha á esta Capital de los Batallones “Convención” y “16 de Diciembre”, así como del *resto* de la columna Brito, que debe verificar su retirada lo más pronto posible quedando de guarnición en Ambato la Columna 26 de Marzo aumentada con el mayor núme-

ro de plazas posible, y al mando del Sr. Cnel. graduado Don Camilo Montenegro. Que la Columna Fiallos; la fuerza que está á órdenes del Comandante Urbina y la Columna comandada por el Cnel. Maridueña, cuyas denominaciones se servirá US. indicar para conocimiento de este Ministerio, formen la guarnición de Riobamba, permaneciendo aquella fuerza en la Provincia del Chimborazo. Que el Teniente. Cnel. Don Darío Montenegro que ha regresado á Guaranda organice una Columna de 150 hombres, tomando de base la gente que tiene á sus órdenes el Sargento Graduado Don Diego Terrán, y permanecer la Columna que debe organizar en el Cantón de Guaranda; y que por ahora no conviene absolutamente que se separe de la Provincia del Chimborazo el Batallón Babahoyo y la Compañía 8 de Setiembre que se hallan á las órdenes del Sr. Comandante José María Urbina, y si éste Jefe tiene necesidad de trasladarse á Guaranda, puede hacerlo sin la fuerza que está á su mando.—Todo lo que tengo la satisfacción de decirlo á US. para los efectos consiguientes.—Dios y Libertad.—*Pedro P. Echeverría*".

Cualquiera que recorriese la inagotable serie de *Columnas* y Batallones que sostenían el edificio que trató de levantar el Gral. Veintemilla sobre las ruinas de la Patria, se inclinaría indudablemente á creer que ese edificio debfa ser incommovible, y que era una verdadera locura proponerse minar sus robustísimos cimientos; empero el resultado posterior probaríale de un modo irrefragable que no hay poder superior al de la opinión cuando ella cuenta en su apoyo con la justicia y la rectitud de una idea altamente generosa y digna. De aquí es que la Providencia favoreciendo con visible protección los esfuerzos del patriotismo, preparó insensiblemente y por los medios naturales á que suele ajustar de ordinario el desenvolvimiento de sus ocultos designios, el triunfo más inverosímil que acaso registra la historia ecuatoriana.

Continuemos dando á conocer al lector otras y otras órdenes y contraórdenes del Gabinete de Quito, cuya perturbación se hace notar en ellas.—

"Sr. Gral. Jefe Superior Civil y militar de las Provincias del Tungurahua y Chimborazo.—Quito, Noviembre 22 de 1882.

Impuesto S. E. el primer Designado Supremo. Encar-

gado del Poder Ejecutivo de la nota que US. se ha servido dirigirme con fecha 18 de los corrientes, comunicando que datos seguros recogidos con particular interés, dan el convencimiento de que los perturbadores del orden público comandados por el Dr. José María Sarasti se encuentran en las alturas de Matus y en el Atillo esperando la llegada de Colombianos que deben salir de los bosques de Oriente para adjuntarse á aquella pandilla y continuar en sus desordenes. me previene diga á US. que reformando la disposición que sobre este particular se expidió al Sr. Gral. Jefe de Estado Mayor general del Ejército del Centro, en 20 del que cursa, ordena : que de la fuerza existente en Riobamba se le suministre al Sr. Cnel. Don Victor Fiallos la que necesite para aumentar la columna de su mando hasta 150 plazas, y con dicha columna emprenda una tenaz y activa persecución sobre los revoltosos, hasta destruirlos en su totalidad. Lo digo á US. para los efectos consiguientes.—Dios y Libertad.—*Pedro P. Echeverría.*”

Con esta misma fecha 22 de Noviembre, otra nota dirigida al Gral. Mata, Jefe de Estado Mayor general dice lo siguiente :

“Por comunicación oficial del Sr. Gral. Jefe Superior Civil y Militar de las provincias del Chimborazo y Tungurahua, sabe el Supremo Gobierno que en las alturas de Matus, se encuentra la pandilla comandada por el Dr. José María Sarasti esperando aún la llegada de Colombianos para proseguir sus correrías ; y S. E. el Encargado del Poder Ejecutivo, tiene á bien disponer que reformando la providencia comunicada á US. con fecha 20 del actual se dé de la fuerza existente en Riobamba al Sr. Cnel. Don Victor Fiallos la necesaria para poner la que está á su mando en el n.º de 150 plazas, con la cual deberá el referido jefe, emprender una *perseverante y activa persecución de los revoltosos*, hasta conseguir su aniquilamiento. Comunicólo á US. para su conocimiento y más fines ; haciéndolo además, en contestación á la 1.ª parte del estimable oficio de US. fecha 20 de los corrientes.—Dios y Libertad.—*Pedro P. Echeverría.*”

IV.

El último día del mes de Noviembre de 1882, abandonó el Gral. José María Sarasti con toda su comitiva,

los límites del territorio de la Provincia del Chimborazo, cuya guarnición militar aunque suficientemente numerosa y robusta, no daba muestras de un conflicto próximo con la facción *vandálica*, que había sido desbaratada en Chambo. Empero como aquel desbarajuste no fué sino aparente, los mismos adversarios reconocían de grado cuán natural y fácil les era reaccionarse; y temían con razón que se multiplicase por todas partes, adquiriendo mayor fuerza, y dimensiones en sentido inverso de lo que acontecía en las falanjes que militaban en favor del Gral. Ignacio de Veintemilla. Por esto la vigilancia era mucho más activa y no había un solo movimiento, aún en lugares remotos y desconocidos, donde pudiera organizarse alguna fracción adversa, que no fuese al instante sorprendida por la perspicacia del miedo que se había apoderado de todo el ejército dictatorial. Así el lector, después de haberse enterado de las comunicaciones que se cruzaban entre los jefes del ejército del Centro y los que formaban el personal del gobierno de la Capital, habrá reparado en la presteza con que informaban los primeros y la eficacia con que los segundos arbitraban los medios para conjurar el peligro.

El Gral. Sarasti, á cuya previsión no podía pasar desapercibida la actitud del enemigo, reconoció que éste no se aventuraría á un nuevo conflicto en ese teatro, sinó cuando contase con cien probabilidades en su favor; y como el campo que ocupaba en Penipe no era tampoco muy adecuado para mantenerse en él libre de riesgo, resolvió pasar á territorio más conocido y favorable, donde, así pudiese contar con mejores recursos para mantener su tropa, si se prolongaba la campaña, como colocarse en posiciones que le prometiesen buen éxito, si el adversario se atrevía á invadirle en ellas. Partió hácia Patate el 19; pero sabedor que el Cnel. Ortega debía acuartelarse en Ambato con su tropa, y que recorría á la sazón el páramo de Sanancajas, de camino á esa plaza, envió al Comandante Rivera con el *Escuadrón Sagrado*, para que ocupara el antiguo asiento de Mocha-pata y batiese al Cnel. Ortega, fuese por sorpresa ò en combate franco. Partió Rivera alentado con la esperanza de volver con el lauro de la victoria, y aunque fué rápida su marcha, no tuvo el contento de avistarse con el enemigo á cuyo encuentro iba;

pues, éste había pasado de largo por Mocha, y prefirió caminar 5 leguas por la noche, dando ocasión á que se le desertasen algunos soldados, antes que exponerse, acampando en el pueblo, á un asalto en que se hubieran derrotado todos.

Al siguiente día 2 de Diciembre retiróse Rivera con el Escuadrón Sagrado, y se detuvo en Quero, de donde siguió la ruta á Pelileo para incorporarse con el resto de la tropa. Descansaron aquel día en dicho pueblo, donde permanecieron de asiento las fuerzas enemigas en las dos tentativas de invasión á Patate; y al siguiente levantaron el campamento y entraron á Patate, pisando las cenizas humeantes aún . . . *Luctus ubique pavor, et plurima mortis imago*. Esas ruinas Conmovieron el corazón de los guerreros con elocuencia igual al acento de la Patria; y sin dar más treguas á la justicia, aproximaronse á Pillaro para provocar al impune enemigo, que había arrastrado el carro de la guerra, sobre los floridos vergeles cultivados por las manos de aldeanas.

V.

Con el último rayo del sol que se hundía en el Ocaso entraban 130 guerreros con su constante y afortunado Cptan. al pueblo de Pillaro, á distancia de tres leguas del cuartel enemigo; y para que éste lo supiera, al otro día circulaba impreso el siguiente Boletín, que compendia toda la narración histórica de los anteriores capítulos.

BOLETIN REPUBLICANO N^o 6^o— PARTE Á LA NACIÓN.

Lo más interesante de mis operaciones, después de la jornada del 6, está circunscrito á lo siguiente :

Como los Comandantes Rivera, Concha, Folleco y otros oficiales salieron por la vía de Penipe, después de ordenada la retirada; y como me fuese imposible unirme á ellos por estar ya ocupada la plaza de Chambo, marché por el pueblo de Licto, atravesé la

carretera y me dirigí á Patate, con el objeto de ponerme en relación con las personas que ocupaban Baños, Penipe y otros lugares de la cordillera. En efecto, desde Patate impartí las órdenes conducentes á la concentración de la fuerza, en Utuñac, territorio de Penipe; y marché sobre este pueblo el día 14 del pasado con la pequeñísima fuerza de 24 hombres. El enemigo, fuerte de cien hombres, ocupaba el expresado pueblo de Penipe, á mando del Cnel. Victor Fiallos, según se me ha dicho. Yo llegué á Utuñac el 16 por la tarde, y Fiallos estaba seguro de mi llegada y del número de la escolta que me acompañaba: sin embargo este jefe no quiso entenderse con nosotros y marchó á Riobamba en la más completa desmoralización, creyéndose incompetente para atacarnos. Después de dos días regresó una fuerza de 300 hombres, bajo el mando del Gral. Manuel S. Yépez, y ocupó la plaza de Penipe. El 24 nos movimos sobre la altura de este pueblo y pasamos á media legua de distancia del enemigo, descendiendo por la profunda quebrada de Rio-blanco, dominada por éste, y en su presencia seguimos la vía de la Candelaria manifestando al enemigo nuestro propósito de ir á Riobamba. El Gral. Yépez creyó de buena fé que nuestra marcha era á dicha ciudad por la vía de Chambo; y con este motivo marchó repasando precipitadamente el río de Penipe y dirigiéndose á Riobamba para salir á nuestro encuentro. Quedamos, pues, dueños del campo por segunda vez. En la misma fecha nos unimos con la

fuerza comandada por los Capitanes Arciniega, Bolaños y Bucheli y contramarchamos á encontrar las fuerzas que el Cnel. Ortega traía por Baños á unirse con el Gral. Yépez en Penipe : aquel tomó el Pueblo de este nombre con 300 hombres ; y sabedor de que nosotros regresábamos, puso sus fuerzas en estado de combate. Trepamos la elevadísima cuesta de Rio-blanco, en presencia de una avanzada que tenía el enemigo por ese lado ; y el Comante. Concha, á cuyas órdenes marchó la descubierta, ascendió el primero y dominó la altura de Penipe. Muy notable era el desconcierto de las fuerzas contrarias. El Coronel Ortega andaba por las alturas con su telescopio y probablemente la batalla estaba dispuesta ; y sin duda, para manifestarnos que tenían artillería nos hizo un tiro con un cañón que estaba en la plaza. Mi fuerza concluyó el ascenso á la altura, á las 4 de la tarde y en circunstancias que todo el cerro, inclusive el pueblo, estaba cubierto de niebla. Sabedor el Cnel. Ortega de que nos habíamos aproximado sin respetar su fuerza, varió campamento y así pernoctó. Como viniera la lluvia y mi gente necesitase comer y dormir, tomé el costado izquierdo del enemigo que es la entrada al pueblo y me posesioné de Utuñac, posición buena para atacar y ser atacado con ventaja. El 26 muy temprano repartí municiones al batallón y ordené marchara sobre Penipe por la vía de Gansi ; pero el Sr. Cnel. Ortega había ordenado la retirada, antes que yo le ataque ; y no sé si fué desgracia nuestra ó felicidad el que no

hubiera aceptado el combate. Siguió precipitadamente camino de Riobamba y nos dió un adios, hasta reunir mil hombres que es el número redondo con el que acostumbran abrir operaciones contra mi fuerza. Desengañado de que no me atacarían en ese lugar marché con toda mi fuerza al cantón de Pelileo á provocar al Sr. Gral Mata y permanecí en ese pueblo de mala posición militar, para inspirarles la idea de que me atacaran. El 1º mandé á Mocha el “Escuadrón sagrado” armado de rifles al mando del Comandante Ribera, con orden de que batiera al Cnel. Ortega y su tropa, en el punto donde le encontraran, viniendo de Riobamba; pero probablemente tuvo conocimiento de nuestra operación y nos burló, pasando por Mocha horas antes. Al siguiente día se retiró “El Escuadrón” al pueblo de Quero y continuó á Pelileo por la tarde. El enemigo fuerte de 300 hombres no ha querido honrarnos con su salida y permanece encastillado en los cuarteles de Ambato. El día de ayer volví á enviar, por la noche, una comisión de 40 hombres, por la vía de Ambato; y en este lugar hubo gran aparato de defensa de la plaza. La verdadera ruta que seguí era hacia Píllaro, posición ventajosa para observar los movimientos del enemigo y para otros objetos que decidirán probablemente mis operaciones. Hoy, he concentrado toda la fuerza, y mis movimientos posteriores estarán en relación con las operaciones del ejército del Norte y de las fuerzas que han ocupado á Cuenca.

Si yo cediera á la voluntad firme de la fuerza de mi mando, ya estaría batida la de Tunguragua; pero, responsable como soy, ante Dios y ante la sociedad del resultado de mis decisiones, he detenido muchas veces su bravura, por evitar el derramamiento de sangre y un conflicto dentro de la ciudad de Ambato: aguardaré en este territorio, el ataque de los dictatoriales.

No dudo que la Nación triunfará y que, levantándose en masa, hara temblar al Dictador y le pedirá cuenta de su conducta.

La fuerza con que cuento servirá para hacer respetar la voluntad del pueblo... y la República vencerá!....

Cuartel general en Píllaro, Diciembre 4 de 1882.

José Maria Sarasti.

VI.

La permanencia de las fuerzas de Sarasti en el Cantón de Píllaro fué de incalculable utilidad, no solamente para el aumento y organismo militar de la tropa, sino también para su mayor prestigio moral. Píllaro, el más importante pueblo de la Provincia de Tungurahua, es lugar fecundísimo y enriquecido por una naturaleza feráz que ostenta en admirable profusión los mas exquisitos cereales. Hállase situado en la parte más explanada y alta de la cordillera inter-andina, cuyas inmensas pampas, cubiertas de doradas mieses, se pierden en el horizonte oriental. Limitante al E. inmensos páramos cuya vegetación primaveral da abundante y perpetuo pasto á numerosos hatos de ganado mayor. Parte límites por el N. con la provincia de León, de la cual divídele el caudaloso y cristalino río de *Gua-pante*, para cuyo paso hay que atravesar un profundo y renombrado declivio que toma el nombre del mismo río. Siguiendo éste su curso por hondo é inaccesible

cauce, va ciñendo el territorio de Pillaro y marcando los linderos con el Cantón de Ambato por el Occidente y demás puntos intermedios, desde el denominado *Culapachán*, hasta la confluencia con el río de Ambato en Quillán; donde toma ya el nombre de *Patate*, y corre hacia el Oriente, recibiendo varios raudales que forman el enorme caudal de las aguas del Pastaza. De modo que el pueblo de Pillaro está como ceñido por el brazo gigante de un río que va creciendo sucesivamente á medida que más avanza hacia el Oriente: sin que sea posible llegar al poblado sin atravesar un río por cualquiera de los puntos cardinales del horizonte.

Queda tan sólo expedito un camino en que no hay río notable, y es el que pone en contacto las poblaciones de Pillaro y Patate; pero éste de tal modo estaba vigilado por las fuerzas de Sarasti, que era imposible que los adversarios intentasen penetrar por aquella dirección. El puente de Culapachán había sido derribado por los mismos partidarios de la Dictadura, de acuerdo con el Cnel. Ortega, para apoyar en ese hecho que se trataba de atribuirnos, la ruptura de la tregua pactada, conforme ya lo dijimos en el lugar correspondiente.

Dejóseles sí expedita la vía del S., conservando intacto el puente de Quillán, á fin que el enemigo invadiese á los nuestros por allí; porque en tal caso se contaba con la certidumbre del triunfo.

Otra utilidad de consecuencia que obtuvo el Caudillo del Centro con la ocupación de Pillaro fué la aproximación á la Capital, y por consiguiente la inmediata y fácil comunicación con las personas que formaban en ella el núcleo de la restauración. Al andar de tres días recibía el Gral. Sarasti contestación de Quito, y casi diariamente las comunicaciones que le dirigian los Sres. D. Rafael Pérez Pareja y D. Fernando Pérez Quiñones, que eran los corresponsales del Caudillo; y cuya actividad, fé inquebrantable y esfuerzos *prácticos* y eficaces fueron muy firme y sólido apoyo para la campaña del Centro. En los momentos más críticos, en las situaciones de mayor penuria, en la incertidumbre mas penosa á estos dos generosos patriotas se dirigía y consultaba el Gral. Sarasti, y de ellos recibía ora aliento para perseverar, ora recursos más ó menos suficientes para proveer á las necesidades urgentes y

diarias de la campaña ; ora, en fin, avisos secretos y oportunos para subordinar á ellos los movimientos militares más convenientes, ó el desenvolvimiento de planes bien concebidos. La Patria debe á estos dos sujetos y los demás con quienes ellos contaban, un voto de intensa y merecida gratitud por sus patrióticos y abnegados sacrificios ; y la historia para ser justa, no debe omitir los nombres de los buenos servidores de la Patria, debiéndolos premiar siquiera recomendando á la gratitud de la posteridad los nombres de los buenos y desinteresados patriotas.

De esta manera provista la seguridad de la pequeña tropa, fijó el Jefe su residencia en Pillaro durante 22 días, en los cuales á nadie se infirió el más leve daño. La población abrióle los brazos y el corazón y nunca fué más numerosa y abundante la *feria* ó mercado público que en los días que permanecieron acuarteladas en Pillaro las fuerzas de la restauración, que pagaban de grado á más altos precios que el ordinario, los artículos de consumo. Nadie se atreverá á quejarse de depredaciones, inmoralidades ó extorsiones perpetradas por las fuerzas del Gral. Sarasti en Pillaro ; y aún las mismas propiedades del Cnel. D. Luis F. Ortega, que se hallan en esa jurisdicción, fueron respetadas mucho más de lo que podía esperarse después del hecho de Patate. De la hacienda de Quillán no se tocó una estaca en esta ocasión, sin embargo de que á ella acudía con frecuencia fuerza armada, para inspeccionar si el enemigo asomaba por la colina opuesta : y de los páramos pertenecientes al *Carbón*, que es el hato de dicho jefe, sólo se sacaron 19 reses en dos partidas, y esto sin que lo supiese el Gral. Sarasti, pues el Comandante Rivera había ordenado que las tomaran sin acuerdo del 1º. Posteriormente ciertas personas allegadas al Sr. Ortega, echaron á volar groseras patrañas, y sextuplicaron este número, esperando sin duda que triunfara la Dictadura para obtener una indemnización, semejante á la pequeñísima que el *damnificado* reclamó después del asalto al cuartel de Ambato en 13 de Junio, en que obtuvo, según es pública voz y fama, la suma de 14,000 pesos por unas esteras, calzado viejo, ropa ya raída y otras zarandajas que dieron pasto al buen humor de los jóvenes de Ambato, que las exhibieron en girones por ricos trofeos y valiosos despojos de la victoria.

La 1.^a disposición que el Gral. Sarasti dió al acantonar su gente en esa plaza fué la prohibición de vender aguardiente á su tropa, bajo la multa de 25 pesos al que tal hiciese. Con lo cual removié la mayor inmoralidad y los excesos consiguientes á la embriaguez. Organizó luego militarmente la pequeña tropa, y formó el *Escuadrón Sagrado*, segregando de la tropa común á los jóvenes que diariamente y en numerosas partidas se alistaban á las banderas de la patria, acudiendo á ellas desde Riobamba, Ambato y Latacunga; y así logró ponerlo en 120 plazas, que tenían por divisa, lealtad y valor.

Distribuidas las comisiones y avanzadas correspondientes en todos los puntos que ofrecían algun peligro, el resto de la tropa pasaba tranquilamente, sin preocuparse por la proximidad del enemigo, y al propio tiempo alistaban las armas y pertrechos para estar apercebidos al combate.

Dejemos pasar estos primeros días al Gral. Sarasti y sus fieles compañeros de armas en el campamento de Píllaro, y entretengamos al lector con la exposición de algunos documentos oficiales que le orientarán de la actitud del bando contrario, mientras los nuestros descansan sosegados.

VII.

Habíamos prometido al lector que muy pronto tendría ocasión de conocer el *penoso cuadro* que ofrecía el ejército dictatorial cuya insubordinación al propio tiempo que era una amenaza para las poblaciones en que acampaban, era también presagio inéquivoco de futura disolución en la batalla. Sin moralidad no hay valor verdadero, y sin verdadero valor el triunfo es imposible.—Bien lo presentían los representantes del gobierno y buscaban, aunque en vano, expedientes seguros para moralizar un ejército esencialmente viciado. Estas notas que aquí transcribimos revelan todos estos secretos y dan á conocer las disposiciones de los jefes y representantes del beligerante contrario, cuya historia encierran.

“Sr. Gral. Jefe de Estado Mayor Gral. del Ejército del Centro.—Quito, Diciembre 1.^o de 1882.

Habiendo tomado en cuenta con sumo pesar el Excelentísimo Sr. Encargado del Poder Ejecutivo las ra-

ziones consignadas por US. en su oficio muy apreciable, fecha 24 del mes anterior, manifestando el penoso cuadro que en la actualidad ofrece el ejército, á causa de la insubordinación extremada, relajación completa de la disciplina militar y los actos atentatorios y escandalosos que continuamente se cometen; y exponiendo, que, disuelto el ejército del Centro con los acantonados á los diferentes cuerpos que le componian, no puede quedar subsistente el Estado Myor. general, que tan acertada y oportunamente se puso al cargo de US. porque además tiene necesidad de retirarse al seno de su familia, puesto que el quebranto de su salud exige un pronto reparo, me ordena decir á US. en contestación, en cuanto á la primera parte, que el Gobierno tomará las medidas más oportunas, eficaces y convenientes, con el objeto de procurar, que no solo se aleje, sino que desaparezca por completo la desmoralización que por desgracia se está observando en las filas, y en circunstancias que más necesaria é imperiosa es la subordinación y disciplina militar. Mas en cuanto á la separación de US. del ejército central, privándole á éste de su importante autoridad, que garantiza en las circunstancias críticas que atravesamos, el apoyo del Gobierno y el sostén de la estabilidad de la paz, no puede resolverse por ningun modo, á convenir en el retiro de US. del mando del ejército central; pues que sobre este particular, privadamente aun, le ha suplicado ya S. E. para que por ahora desista de tal intento, ya que un ilustre Gral. de los precedentes de US., no desatenderá á la situación azarosa de su patria.—En estos términos me es honroso dar respuesta al oficio de US. ya citado.—Dios y Libertad.—*P. P. E.*”

“Sr. Gral. Jefe de Estado Mayor general del Ejército del Centro.—Quito, Diciembre 1º 1882.

Habiendo tomado en cuenta S. E. el Encargado del Poder Ejecutivo, el contenido de la nota muy estimable de US. fecha 26 del próximo pasado, acompañando copia legalizada de la que el Sr. Cnel. graduado D. Victor Fiallo había dirigido al Sr. Comandante de armas de la provincia del Chimborazo y esta autoridad le trascribió al Sr. Gral. D. Manuel S. Yépez, quien lo hizo á su vez á US., me ha ordena-

do decirle, que jamás podrá el Gobierno, ni persona alguna hacer el más pequeño mérito, de las frases verdaderamente usadas y sin premeditación por el Cnel. Fiallo, y por dignidad del mismo Gobierno y de la alta gerarquía militar que les inviste, considera más acertado mirar con desprecio palabras vertidas por un Jefe que no ha pesado la gravedad de ellas, ya que la bien sentada reputación de US., por su acrisolada conducta pública y privada, por su ejemplar y encomiado comportamiento en el desempeño de importantes destinos que se le han confiado, tienen bien simentado su crédito ante el juicio público y por lo mismo, nada puede hacerle desmerecer la opinión inventada sin el menor fundamento por el Cnel. Fiallos.—Dios y Libertad.—*P. P. E*”.

“Sr. Gral. Jefe de Estado Mayor general del Ejército del Centro.—Quito, Diciembre 2 de 1882.

Me es satisfactorio dar contestación á la estimable de US. fecha 29 del pasado, insistiendo en manifestar que crece de punto la situación actual del ejército, puesto que sembrada la insubordinación, ha desaparecido por completo la moralidad y disciplina de los cuerpos. En consecuencia, y de conformidad con lo que digo á US. en oficio fechado el día de ayer, el Gobierno ha dictado la Circular que verá US., relativa á la profunda pena con que observa el estado de demoralización de las filas, mandando se castigue severamente y sin distinción por cualquiera falta que en adelante se cometa.

El Sr. Gral. Jefe Superior civil y militar de las provincias de Tungurahua y Chimborazo, así como ha dado cuenta á este Ministerio en oficio fecha 28 del mes anterior, de que por disposición expresa de S. E. el Jefe Supremo de la República habrá conferido pasaporte al Sr. Cnel. graduado D. Victor Fiallos, para que con la pequeña fuerza de 50 hombres de la Columna que está á su mando, marche á la de Alausí, con el objeto de aumentarla al mayor número posible y observar si es evidente la existencia de unos 41 hombres armados, que el Jefe Político de aquel Cantón ha asegurado se hallan en Moyocancha y sus contornos, ha debido también poner en conocimiento de US., así como el que por la misma orden confirió pa-

saporte para Guayaquil al Sr. Cnel. Marcelino Mari-
dueña y Tenientes Cneles. D. José María Almeida y
José M^a Urbina, habiendo quedado las Columnas Ba-
bahoyo y Yaguachi, al mando de su tercer Jefe res-
pectivo, circunstancia que no ha podido tener lugar,
en el hecho de que el Sr. Gral. Jefe civil y militar
recibió instrucciones de S. E. el Jefe Supremo, para
reducir esas Columnas á un solo cuerpo.—Respecto á
que el Subteuiente del Batallón 16 de Diciembre Eze-
quiel Calles, ha desaparecido de esa plaza, sin pasa-
porte ni permiso de autoridad alguna, se providenció
lo conveniente para que sea capturado en esta ciudad,
lo cual habiéndose verificado, se le ha mandado juz-
gar inmediatamente por el crimen de deserción en cam-
paña, como se hará con todos los que cometan iguales
crímenes y faltas que deshonen la carrera de las ar-
mas.—Ya que en el Distrito del Azuay, está aconte-
ciendo otro tanto, como lo comprueban las cartas par-
ticulares que US. adjunta al oficio citado, y que le
ha dirigido el Sr. Gobernador de esa Provincia y el
Sr. Cnel. Jefe de operaciones, oportuno es, que por la
extraña conducta que han observado los Comandantes
Benigno Rivera y Guillermo Arris, en el desempeño
de una comisión tan crítica é importante, como la que
se les había confiado, US. por su parte prevendrá á
nombre del Gobierno, que los referidos Jefes sean so-
metidos á juicio sin pérdida de tiempo, para que el cas-
tigo á que se han hecho acreedores, lo sufran con el ri-
gor que el Código militar les impone; es sumamente
triste y vergonzoso, que en las actuales circunstancias,
unos no cumplan con sus deberes, otros dejen el terri-
ble cáncer de la insubordinación é inobediencia, y fi-
nalmente, áun los oficiales subalternos á su antojo, tra-
ten de separarse cuando quisieran de las colocaciones
que les ha designado el Gobierno, procedimiento que
deja traslucir, les obliga el temor del peligro.—Pues-
to que el Sr. Gral. Jefe Superior civil y militar, tiene
orden de no moverse todavía de la ciudad de Riobam-
ba, y en circunstancias que se anuncia la permanencia
de 200 colombianos insurrectos, en la hacienda de Gua-
dalupe, puede US. pedirle la remisión á Ambato de la
Columna "26 de Marzo". Con el apoyo de esta fuerza,
y con una Columna de dos compañías que se trata
de remitirle de esta Capital, compuestas de 100 pla-

zas, al mando de los Sarjentos Mayores José María Naranjo y Micolás P. Vélez, para que aumente el Batallón "16 de Diciembre", ya podrá U.S. hacer frente á cualquiera ocurrencia que acontecer pudiera en la provincia de Tungurahua.—Dios y Libertad.—*P. P. E.*"

VIII

Tiempo es ya de que volvamos á los Lares y Penates del pueblo de Pillaro, y veamos cuánto han adelantado el Gral. Sarasti y su séquito glorioso en la sostenida campaña en que se hallan empeñados.

Ha marchado el Cmdte. Concha en comisión á la ciudad de Riobamba, con el objeto de conducir el pertrecho que antes de partir al combate de Chambo, hubo de dejarse oculto en casa de un amigo de ese lugar, y que se escapó milagrosamente de caer en manos del Sr. D. Leopoldo F. Salvador, que hizo las mayores pesquisas para conseguirlo. Desde que Sarasti se estacionó en Pillaro dió cautas y previsivas órdenes para que se le remitiesen las cápsulas; pero como no podian trasportarse sino en partidas de 200 y 300 introducidas en sacos de harina de arrieros conocidos, la traslación debia ser muy lenta, en tanto que apreciaba la necesidad de estar prevenidos para un conflicto, pues no se tenia en el campamento de Sarasti sino 2,000 tiros.

Habiéndonos comunicado el Gral. Sarasti que la falta de este elemento le preocupaba sériamente y le obligaba á diferir el proyecto de dar un repentino asalto al enemigo, atacándolo en los cuarteles de Ambato, nos cupo la complacencia de haber desempeñado una comisión atrevida para poner en manos del Caudillo una dotación considerable de cápsulas sacadas del parque del Oncl. Luis F. Ortega. Referimos aquí este incidente nó porque estimemos en algo un merecimiento personal, sino por cuanto la narración de todas estas circunstancias desconocidas, prueban la visible protección que dispensaba la Providencia á los generosos esfuerzos del patriotismo.

Después de las gestiones de la tregua, hubimos de ocultarnos por haberse ordenado que se nos aprehendiese, por cuanto se había descubierto que por autorización del Gral. Sarasti tratábamos de entender-

nos con el Cnel. Don Mariano Barona para evitar, con su adhesión á la causa restauradora, los desastres de una sangrienta lucha: y como al tiempo de huir de Ambato, llegase á nuestra noticia que un indio trataba de vender secretamente cápsulas á un cohetero, procuramos descubrir la verdad; y de acuerdo con el joven Julio Alvarez, á quien se reveló el hecho por una Señora descubrióse en efecto que la noche en que el Cnel. Ortega llegó á Ambato, habíasele extraviado una mula cargada de dos cajones de peritrecho, la que fué á parar á casa del mencionado indio, quien la descargó y ocultó el hallazgo creyéndolo dinero. Pasados algunos días, abrió el tesoro y dióse, en vez de él, con un objeto desconocido. Descubrió al fin que contenia en el interior una parte de pólvora, y fuése á venderla al cohetero, quien, más *politico* que el indio, se horrorizó del hallazgo é intimidó al indio, poniéndole en la disyuntiva ó de volver los cajones al amo Ortega, ó de arrojarlos al agua, antes que se supiese su criminal hallazgo. El indio resolvióse á esto último, y antes que lo ejecutase pudo el joven Alvarez con nuestro acuerdo, recaudar los dos cajones dando al indio una buena propina. En alta noche se trasladaron á seguro sitio y allí permanecian, sin que á la sazón supieran su existencia otros que los dos.

Llegado el caso de la necesidad de 2,000 tiros cuyo hallazgo era realmente un tesoro para nuestros guerreros, partimos, un lunes por ser *feria*, á Ambato y pudimos sacar los dos cajones á lomos de los propios caballos; y caminando á pié durante la noche y por desusadas vías, pudimos aumentar con esos 2,000 tiros el diminuto parque del Escuadrón Sagrado.....

Tenemos también que el Cmdte. Folleco, con una pequeña escolta ha hecho una excursión audáz, como las suyas, y ha penetrado en la ciudad de Latacunga, apoderándose de un regular botín de guerra, compuesto de 40 armas entre Remingtons, la mayor parte buenos, y Chassepots, en perfecta conservación; algunos caballos, pero sobre todo buenas lanzas, cuyo aspecto terrífico, suele á veces, y especialmente en los campos, ser de más efecto que las simpáticas armas de tiro rápido. Todos estos eran elementos y triunfos parciales que debían afianzar el éxito final.

VIX.

Los jefes dictatoriales que en estos días se habían agrupado en Ambato, de un modo análogo al que el miedo, dominador de la infancia, suele agrupar en un haz á los niños cuando la crédula abuela desata los labios para narrar las miedosas consejas del moro en penas, ó del gigante tragador de niños crudos, distraían á veces sus cuitas y procuraban desplegar el arrugado ceño, jugando *treceillo*: en cuyos intermedios mezclábanse pláticas de la guerra con los tecnicismos del juego. Debió concurrir á la tertulia un huésped de Colombia, y con su presencia encontraron un expediente de hábil ingenio para desbaratar los planes de Sarasti, dejándolo solo y abandonado.

Un Sr. Ricardo Soto, natural de Colombia, pasaba á la Capital con el carácter de Cónsul de su república en la frontera; y dando á su investidura diplomática una elevación que está muy lejos de tener, prestóse á las sugerencias de sus corteses huéspedes, poniendo en juego el ascendiente de su empleo para apartar del lado del Gral. Sarasti, á los pocos Colombianos que le acompañaban. Escribió una carta al Cmdte. Eladio Rivera, en los términos que luego verá el lector; y tan sólo faltaba el valiente y candoroso que se prestase á conducirla, pasando á beber las aguas del campo enemigo. Había de ser el conductor sugeto de alguna valía, insinuante y sobre todo sostenido, para que desempeñase la comisión diplomática de Emisario de guerra. No faltaban tales aptitudes á muchos, pero todos como que olfateaban el peligro y reconocían que era algo difícil la empresa; pero al fin hubo un joven, y como tal inexperto y generoso, que se ofreció á desempeñar la comisión, sin que fuese parte á disuadirlo los prudentes temores de sus amigos y parientes, y las francas advertencias de algunos de los mismos jefes.

El Dr. Joaquín Vázconez que por una de aquellas comunes é inexplicables aberraciones del pobre corazón humano, de adversario del Gbno. del Gral. Veintemilla, paró al fin en partidario de su Dictadura, prestóse á la peligrosa comisión; y sin reparar en nada, tomo un ligero corcel, recibió la nota de D. Ricardo Soto, y hételo cruzando á galope tendido, la anchurosa vía que lleva á Píllaro. Jadeante el alazán,

no menos el ginete, llega después de dos horas, y encaminase resuelto á la tienda del Caudillo. Pregunta por Rivera, y pone en sus manos con aire triunfal la consabida nota. Pásala éste luego al Gral. Sarasti y sus principales compañeros, que á la sazón hallábanse reunidos, y va la nota á parar en la faltriquera y el emisario en el cuartel. . . .

El Dr. Vázconez había incurrido en el gravísimo caso de franca seducción y podia ser condenado á muerte en Consejo de guerra. Pero lejos de pensarse en tan terrible castigo, refiase del candor del Emisario como de la pretensión del autor de la comunicación. En la prisión fué tratado el Dr. Vázconez con esmerada atención y consideraciones; y como el Gral. Sarasti deseaba cangear al preso con los prisioneros de Chambo, los cooptarios y sacrificadores del generoso Emisario, contestáronle que *su sangre sería vengada con el decuplo; y que muriese en esta persuasión como un valiente*. Semejante consuelo debía serle en la eternidad tan eficaz que pudiera resucitarle, como Renán lo afirma, cuando dice que la fruición que los muertos deben sentir en la tumba, puede volverlos á la vida, como sucedió con Lázaro. . . . Débenlo saber los vivos: y lejos de arrancarse el cabello de dolor, en la desaparición de los suyos, alégrense intensa y desusadamente en su muerte, para que los difuntos resuciten!!!

A la postre se puso libre al Dr. Vázconez, bajo su palabra de honor; y el Cmdte. Rivera, de acuerdo con el Jefe contestaron al Sr. Cónsul de la frontera, en los términos que expresa el siguiente Boletín N^o 7^o que trascribimos por ser poco conocido como todos los publicados por el Gral. Sarasti, durante los días de conflicto con el enemigo, que tenia sujetos á sus armas todos los pueblos de la República, con excepción de las aldeas que ocupaban las fuerzas restauradoras.

BOLETIN REPUBLICANO N^o 7^o— PARTE Á LA NACIÓN.

*Jefatura de Operaciones de las fuerzas del Centro.—
Plaza de Píllaro, Diciembre 9 de 1882.*

El día 4 á las seis de la noche marchó á

Latacunga el Comandante M. Folleco Albornoz, con 30 hombres del "Escuadrón Sagrado", y el 5 por la mañana se apoderó del cuartel y de la guarnición, después de pocos disparos y sin resistencia alguna.— En el cuartel se tomaron 40 armas buenas, pocas municiones y algunos caballos. Según el parte que dicho Jefe me ha dado, el pueblo entusiasta saludó á la guarnición con el placer que inspira el sentimiento republicano. Muchos jóvenes patriotas se incorporaron y hoy nos honran como defensores de la causa santa que defendemos.

Las fuerzas dictatoriales siguen encastilladas en los cuarteles de Ambato. Los jefes han desplegado la táctica de la intriga, y creen vencernos desorganizando nuestro leal y valeroso ejército, por medio de espías y ocultos emisarios. Se han buscado, además, medios para inquietar el ánimo y acostumbrada energía del Comandante Eladio Rivera. Pero nuestros soldados, firmes por convicción, han rechazado á los intrigantes, y cada día se enorgullecen de desafiar á su adversario.

El Sr. Comandante Rivera ha probado una vez más, que no solo es bravo en el campo de batalla, sino que es noble, preciso y fuerte en la discusión.

Para que el público juzgue doy á luz copias de las siguientes comunicaciones, sin comentarios.

José María Sarasti.

SEÑOR ELADIO RIVERA.

Adonde esté.

El Gobierno de los EE. UU. de Colombia ha tenido á bien nombrarme Cónsul de la República en la frontera, y entre las instrucciones que he recibido del Presidente de la Unión es la más importante, “la de impedir el enganche de ciudadanos Colombianos para mezclarse en las cuestiones intestinas del Ecuador, pues, terminantemente él me dijo: que el Poder Ejecutivo no miraba con complacencia, sino que condenaba enérgicamente toda intervención de ciudadanos Colombianos en asuntos domésticos del Ecuador”.

Lo que tengo el honor de comunicar á Ud. para su conocimiento. —Su atento servidor.—
Ricardo Soto.

Ambato, Diciembre 4 de 1882.

SEÑOR RICARDO SOTO.

Ambato.

Muy Sr. mío:

Con la mayor complacencia paso á contestar la nota que con fecha 4 del presente, se ha dignado Ud. comunicarme. A la cual digo:

1º Que si el Gobierno de los EE. UU. de Colombia ha tenido á bien nombrar á Ud. Cónsul de la República en la frontera, habrá sido para los asuntos *puramente comerciales* que ahí ocurriesen, que no para lo político, pues para ello tiene acreditado Ministro diplomático en la persona del Sr. Dr. Manuel M. Castro; y todo asunto que no viniese por ese órgano, tengo para mí, que no puede considerarse como legítimo; tanto más que nosotros

estamos en el centro y no en la frontera, y por consiguiente fuera del círculo de las atribuciones de Ud.

2º Que los ciudadanos Colombianos que hemos tomado parte, no lo hemos hecho por *enganche*, sino voluntariamente, conmovidos por la suerte de un pueblo desgraciado en el cual se han atropellado los derechos más santos de la democracia, de la República y de la justicia, como lo comprueban el Golpe de Estado y los acontecimientos de Cayambe, Patate, Chambo &ª

3º Que el Gobierno de la Unión mire con repugnancia la *intervención oficial* de Colombianos en el Ecuador es justo y justísimo, como que las leyes del Derecho Internacional la prohíben, sin que basten para justificarla las intervenciones de Francia en los negocios de España é Italia; pero no sucede lo propio con las personas particulares. En todas las naciones se han visto ejemplos de ello, que no aduzco por no extenderme inútilmente.

4º Añadiré, además, que aunque los que sostienen la dictadura en el Ecuador hablan de nuestra ingratitud para con la nación que nos ha dado hospitalidad, lo cierto es lo contrario, esto es, por lo mismo que la amamos y tenemos vínculos que á ella nos unen, no podemos mirar con indiferencia su suerte. La Dictadura no es la Nación. Por el contrario el grito unánime de todos los pueblos se subleva contra ella. Tengo seguridad que el filantrópico gobierno de mi patria, Colombia la Libre, tiene simpatías por los que combaten aquí por la libertad.

Con la más profunda consideración y respeto me suscribo de Ud. su atento amigo y seguro servidor q. s. m. b.—*Eladio Rivera.*

X.

Con la prolongada permanencia del Gral. Sarasti en el renombrado pueblo, persuadiéronse los enemigos que no podía disolverse la gente por *consumción*, como lo esperaban; sino que al contrario se engordaban y robustecían, en términos de ser muy posible un pugilado en que alcanzasen la palma y acudieron á Riobamba y Quito alternativamente, llamando en su favor el socorro de mayores fuerzas. Entre tanto intimidáronse hasta el extremo de no atreverse á sacar una avanzada á los términos de la población de Ambato. Los restauradores por el contrario, cada día cobraban nuevos bríos, y ya las avanzadas no se detenían en sus excursiones nocturnas en los confines de su acantonamiento, sino que los Capitanes hacían gala y punto de honra en acercarse temerariamente al enemigo; y de ordinario se aproximaban á Ambato, sin la menor vacilación.

Sabían que la tropa de Sarasti se aumentaba diariamente, y no escaseaban postas remitidos por los allegados del Coronel Ortega, oriundos y habitantes de Píllaro, comunicándoles detalladamente cuanto acontecía y se disponía en los cuartelès. Y sin embargo, pudo *vivir* tranquila en este pueblo la gente que en el espacio de un mes, debió ser atacada treinta veces, una de las que habrían sucumbido, y entonces les habría sido moral y físicamente imposible reaccionarse. Lejos de concebir un plan militar, no diremos atrevido, pero siquiera adecuado, los jefes de la dictadura buscaban á su contrario donde bien sabían que no estaba, y huían cuando tropezaban con él.

El Teniente Coronel Elicio Vázconez que recibió la valerosa comisión de recorrer Patate, unos días antes que regresaran de Riobamba las fuerzas de Sarasti, había cumplido su comisión con el resultado más satisfactorio, como lo verá el lector en la nota de contestación al parte; y es cosa que excita hilaridad descubrir la mezcla de triunfos y decepciones, de exaltación

y abatimiento, de esperanzas y temores en que fluctuaba simultáneamente el espíritu de los jefes dictatoriales. Nos repugna la monotonía que acaso ofrecemos al lector con la transcripción de una serie de notas que á falta de datos más concretos, nos vemos en la necesidad de insertar; porque su variado contenido corrobora la narración, y sostiene la integridad histórica que nos esforzamos en mantener. Ellas contribuirán, no lo dudamos, á instruir al avisado y discreto lector, despertando la suspicacia de su ingenio para suplir con ella lo que falta, hasta llegar á fechas señaladas por hechos de más trascendencia.

XI.

“Sr. Gral. Jefe Superior civil y militar de las provincias de Tungurahua y Chimborazo.—Quito, Diciembre 2 de 1882.

Impuesto S. E. el Encargado del Poder Ejecutivo, en la apreciable comunicación de U.S. fecha 28 del mes anterior, dando cuenta de que el Batallón “Convención” y la Columna “26 de Marzo”, sin primero ni segundo Jefe y únicamente al mando de Sargento Mayor Elicio Vázcones, ingresaron á esa plaza el 26 por la noche, después de la escursión en los pueblos de Pelileo, Patate, Baños y Penipe, bajo las inmediatas órdenes del Sr. Cnel. D. Luis Fernando Ortega, sin haber encontrado enemigo alguno en todo el trayecto y solo haber recibido noticias de su existencia en las alturas de Penipe, entre las montañas y punto denominado Matus, me ordena decir á U.S. en contestación: que siendo como es de su mayor desagrado la injustificable conducta de los Jefes que en circunstancias tan apremiantes, han abandonado sus cuerpos, siendo este procedimiento de graves trascendencias y reprochable aún en un oficial subalterno, U.S. sin la menor consideración y con la severidad que el caso exige, debe castigar semejantes faltas, así como prevenir el respectivo juzgamiento, en los delitos y crímenes que exijan un inmediato y ejemplar castigo; porque de otro modo, la insubordinación, la desobediencia, la falta y desaliento en el cumplimiento de sus deberes, dejarán funestos resultados en el ejército.—Por la comunicación que contesto,

se ha impuesta también S. E., de que, por expresa disposición del Excmo. Sr. Gral. Jefe Supremo de la República, ha conferido US. pasaporte al Sr. Cnel. graduado D. Victor Fiallos, para que con la pequeña fuerza de 50 hombres de la Columna de su mando, marche á Alausí, á aumentarla al mayor número posible, y observar si es evidente la existencia de hombres armados, que el Jefe Político de aquel Cantón había asegurado se encontraban en Moyocancha y sus contornos; y que por la misma disposición, confirió también pasaporte al Sr. Cnel. D. Marcelino Maridueña y Tenientes Coroneles D. José María Almeida y José María Urbina á fin de que se trasladen á Guayaquil; habiendo quedado en consecuencia las Columnas Babahoyo y Yaguachi al mando de su tercer Jefe, circunstancia que hace temer la considerable deserción. Como US. hubiese recibido instrucciones, para que esas columnas se constituyan en un solo cuerpo; procediéndose así, y mediante la vigilancia y cuidado de los respectivos jefes y oficiales, cree el Gobierno que se evitará el grave mal que ocasiona la deserción.—Puesto que por autorización de S. E. el Jefe Supremo, ha conferido US. el inmediato ascenso, al Sargento Mayor graduado de ejército Marco Antonio Jaramillo, Jefe de la Columna Yaguachi, oportunamente se remitirá su despacho con la antigüedad de la fecha en que se le ha otorgado aquel ascenso.—Dios y Libertad.—*P. P. E.*"

"Sr. Gral. Jefe de Estado Mayor Gral. del ejército del Centro.—Quito, Diciembre 2 de 1882.

Doy contestacion al estimable oficio que US. se ha servido dirigir en esta fecha, por la posta, comunicando la amenaza de un ataque de los filibusteros colombianos, que habiendo ocupado Pelileo, mandan sus avanzadas hasta la altura de Pachanlica. Como el Sr. Gral. D. Manuel S. Yépez, se halla mas inmediato á US., ha debido pedirle inmediatamente una parte de las fuerzas que están á sus órdenes como por ejemplo la Columna 26 de Marzo, puesto que, según comuniqué á US. en 28 del mes pasado, tenia orden de no moverse de Riobamba. Por lo que hace al axillio que se le debe mandar de aquí, en oficio de esta fecha participo á US. las providencias que se están tomando.—

Dios y Libertad.—*P. P. E.*”

“Sr. Gral. Jefe Superior civil y militar de las provincias de de Tungurahua y Chimborazo.—Quito, Diciembre 2 de 1882.

Acaba de recibirse por la posta un oficio que en esta fecha ha dirigido el Sr. Gral. Jefe de Estado Mayor Gral. del ejército del Centro, comunicando que en Ambato se hallan amenazados de un inmediato ataque, por los filibusteros colombianos, que habiendo ocupado Pelileo, mandan sus avanzadas hasta la altura de Pachanlica, en circunstancias de que dicho Sr. Gral. Jefe de Estado Mayor Gral. no cuenta con mas fuerza que la de 150 hombres de que se compone el Bata. llón 16 de Diciembre, al paso de tener que cuidar de los prisioneros de guerra como de esta Capital no se le ha podido mandar inmediatamente un auxilio de fuerza, hallándose más inmediatos los que se encuentran al mando de US., oportuno es proveerse de una mutua protección; y por lo mismo S. E. considera de imperiosa necesidad, que US. le envíe la fuerza que crea conveniente para reforzarlo.—Dios y Libertad.—*P. P. E.*”

“Sr. Gral. Jefe de Estado Mayor Gral. del Ejército del Centro.—Quito, Diciembre 3 de 1882.

Instruido S. E. el Encargado del Poder Ejecutivo de la estimable nota de US. fecha de ayer, en que comunica que muchos facciosos, bajo el mando de Sarasti se han refugiado en Patate, hasta tener nuevos refuerzos, que los pongan en condiciones de poder atacar Ambato, ha tenido á bien disponer que US. se dirija inmediatamente al Sr. Gral. Jefe Superior civil y militar, existente en la ciudad de Riobamba imponiéndole de la situación, á fin de que, obrando de acuerdo, se verifique la reconcentración de las fuerzas que guardan las dos provincias y pueda tomarse la ofensiva contra el enemigo, antes de que reciba mayores esfuerzos y se organice en mejores condiciones. Reunidas las fuerzas debe US. tomar el mando de ellas y operar con rapidez y acierto hasta obtener un completo triunfo sobre el enemigo.—Dios y Libertad.—*P. P. E.*”

“Sr. Gral. Jefe de Estado Mayor Gral. del ejército del Centro.—Quito, Diciembre 4 de 1882.

En virtud de las últimas instrucciones que ha dado S. E. el Jefe Supremo de la República, determinando la inmediata marcha á Guayaquil, por la vía de Yaguachi, del Sr. Gral. D. Manuel Santiago Yépez, Jefe Superior civil y militar de los provincias de Tungurahua y Chimborazo, llevando consigo el Batallón Babahoyo, la Columna Yaguachi y las compañías del Ocho de Setiembre, queda modificada la disposición que comuniqué á US. por la posta, en oficio fecha de ayer; y en consecuencia se previene al expresado Sr. Gral. Yépez, que antes de verificar su marcha mande en el acto el resto de las fuerzas que no debe llevar á Guayaquil y han permanecido en Riobamba á sus órdenes, á consignación de US., para que tomando el mando de éstas y las que se encuentran en Ambato, con el caracter de Jefe Superior civil y militar de las provincias León, Tungurahua y Chimborazo que últimamente tiene á bien designarle S. E. el Jefe Supremo, se estacione donde crea más conveniente, para obrar con toda eficacia contra los enemigos del orden. Mas si para esto no considera aún suficientes los cuerpos de que debe disponer, contando aún con los que vengan de Riobamba, se servirá dar aviso inmediatamente por la posta.—Si á US. le parece ser posible y prevee que no puede ocurrir riesgo en el trayecto hasta Riobamba, es ocasión oportuna, de que, con la escolta correspondiente, remita US. todos los prisioneros de guerra, á cargo del Sr. Gral. Yépez, para que aprovechando de los cuerpos que debe llevar, los conduzca con seguridad á Guayaquil, pero si US. considera no ser posible esto, sírvase comunicar por la posta al expresado Sr. Gral. Yépez, para que no demore su marcha, esperando la llegada de los referidos prisioneros.—Dios y Libertad.—*P. P. E.*”

“Sr. Gral. Jefe Superior, civil y militar de las provincias de León, Tungurahua y Chimborazo.—Quito, Diciembre 5 de 1882.

Como por la comunicación muy estimable de US. fecha 3 del que cursa, manifiesta que los bandoleros colombianos, abandonando el pueblo de Patate, han pasado á ocupar el Cantón de Pillaro, con el el propósito de engrosar sus fuerzas para determinar un ataque por sorpresa á las que están al mando de US., debo de-

circé en contestación: que reforzándose con todas las fuerzas de que en la actualidad debe contar, inclusive la del Batallón "Convención", que por ningún caso puede venir á esta Capital, ni separarse de ningún otro punto, ya que se ordenó se remitiera á disposición de US. como le participé en oficio fecha de ayer, debe US. elegir el lugar que crea más fuerte y conveniente para las operaciones, teniendo siempre en cuenta á que ofrezca mejores ventajas para atacar con buen resultado y destruir á ese infame vandalaje; para lo cual se hace indispensable que los cuerpos se hallen reunidos y que si posible es aumentar la Columna "26 de Marzo", que ha recibido nueva denominación de Tiradores de Tungurahua, emplée US. todo esfuerzo y anhelo para conseguir aquel aumento muy oportuno y ventajoso en las presentes circunstancias.—Dios y Libertad.—*P. P. E.*"

"Sr. Gral. D. Manuel S. Yépez, Jefe civil y militar de las provincias del Chimborazo.—Quito, Diciembre 6 de 1882.

Oportunamente instruiré á S. E. el Encargado del Poder Ejecutivo del contenido de la estimable nota de US. fecha 2 de los corrientes, comunicando que ha cumplido con todas las instrucciones dictadas por S. E. el Jefe Supremo de la República, dando cuenta de la llegada del Sr. Cnel. D. Luis F. Ortega, con una división de operaciones, desde el pueblo de Patate á Riobamba, en cuyo trayecto no ha encontrado enemigo alguno á quien combatir, porque si es cierto que se encuentra refugiado en Penipe y en las montañas; y haciendo presente la necesidad de que el Sr. Cnel. graduado D. Camilo Montenegro, permanezca desempeñando la Comandancia de armas de la provincia del Chimborazo.—Dios y Libertad.—*P. P. E.*"

"Sr. Gral. D. Antonio José Mata, Jefe de Estado Mayor general del Ejército del Centro.—Quito, Diciembre 13 de 1882.

Tengo la satisfacción de acusar á US. recibo de sus dos oficios apreciables, fecha ocho del que rige, dirigidos por la posta, y de tres que pasa el 10 del mismo, recibidos en el correo de hoy, contraído el primero á manifestar que ni la circular expedida por el Supremo

Gobierno, ni las diarias órdenes generales y amonestaciones hechas por US., son suficientes para mejorar la situación del ejército, ya que el Sr. Cnel. D. Luis F. Ortega ha salido de ese lugar con el tren de su Estado Mayor, sin permiso ni orden alguna; comunicando en la segunda, la llegada á Ambato del Batallón "Convención" con tres piezas de artillería, con cuyo cuerpo y las fuerzas de que dispone, procederá á emprender las operaciones sobre el enemigo; y acompañando á las tres últimas las representaciones del Sr. Cnel. D. Antonio Baquero, del Teniente Cnel. graduado Juan Becerra y del Capitán Guillermo Salvador, oportunamente daré cuenta de todo al Excmo. Sr. Encargado del Poder Ejecutivo, y lo que tuviere á bien resolver, participaré á US.—Dios y Libertad.—*P. P. E.*"

"Sr. Gral. Jefe civil y militar de la provincia del Chimborazo.—Quito, Diciembre 16 de 1882.

La estimable nota de US., fecha del mes en curso, ha instruido á S. E. el Encargado del Poder Ejecutivo, de que el día anterior marchò á la ciudad de Ambato el Batallón "Convención", sobre cuyo arribo da aviso el Sr. Gral. Jefe de Estado Mayor general del Ejército del Centro.—Dios y Libertad.—*P. P. E.*"

"Sr. Gral. Jefe de Estado Mayor general del Ejército del Centro.—Quito, Diciembre 16 de 1882.

S. E. el Encargado del Poder Ejecutivo, impuesto con sumo desagrado, por la estimable nota de US. fecha 8 del que rige, de que ni la circular expedida por el Gobierno, ni las diarias y frecuentes órdenes generales y amonestaciones particulares hechas por US., son suficientes para mejorar la situación del ejército, me ordena decirle en contestación: que revistiéndose US. de la energía consecuente al elevado destino que desempeña, y sin miramientos de ninguna clase, mande juzgar en el acto al primero que se desborde en cometer crímenes que deshonoran al Gobierno y dan en tierra con el lustre de la carrera de las armas, para que aplicándosele la pena á que fuere acreedor, con todo el rigor de la ley, se ponga un ejemplo á los que desviados de la moralidad militar, se entregan á toda clase de desórdenes.—Dios y Libertad.—*P. P. E.*"

Sr. Gral. Jefe de Estado Mayor Gral. del ejército

del Centro.—Quito, Diciembre 16 de 1882.

Por la comunicación apreciable de US. fecha 10 del que cursa, se impuso S. E. el Encargado del Poder Ejecutivo de que el día anterior ingresó á esa plaza el Batallón Convención con tres piezas de artillería, sin novedad alguna, procedente de la ciudad de Riobamba, y que US., con ese cuerpo, el Batallón 16 de Diciembre y la Columna Tiradores se proponía emprender las operaciones que convengal sobre el enemigo.—*Dios y Libertad.—P. P. E.*"

—
"Sr. Gral. Jefe de Estado Mayor general del Ejército del Centro.—Quito, Diciembre 20 de 1882.

Impuesto S. E. el Encargado del Poder Ejecutivo, del contenido de la estimable nota de US. fecha 18 del actual, en la que transcribe la que el Sr. Cnel. Jefe de operaciones del ejército del Sur, le ha dirigido á US. de Cuenca, el 15 del mismo, dando cuenta de que los expedicionarios habían avanzado hasta ponerse á la distancia de tres cuartos de legua de la indicada ciudad de Cuenca, sin que resuelvan un ataque á las fuerzas del Gobierno, y que por sus maniobras se recela justamente, de que tratan de tomar el camino de Azoguez para unirse con los revoltosos del Centro; me ordena diga á US. en contestación: que como el principal objeto de uno y otro vandalaje, ha sido proveerse de buenos y suficientes caballos, esto prueba muy bien, ó que los existentes en el centro, tratan de unirse á los que han avanzado sobre Cuenca, ó éstos seguir una marcha desviada y violenta para hacerse fuertes con aquellos; y por lo mismo, lo que en el día conviene es, que US. mande redoblar el espionaje más conveniente y de toda confianza, para que en el caso de moverse los que se hallan en Píllaro, pueda US. proceder como muy bien lo ha opinado, poniéndose á la retaguardia en persecución de ellos, ya que el Sr. Cnel. Jefe de operaciones sobre el Distrito del Azuay, ofrece hacer lo mismo, en su respectivo caso.—Hoy ha salido de esta plaza la parte del Batallón Convención, al mando del Sargento Mayor D. Antonio Franco, con 19 oficiales, un Cirujano y docientos individuos de tropa bien armados y municionados, con el objeto de que esta fuerza se establezca en la capital de la provincia de León, bajo la inmediata dependencia y

órdenes de US., para que obre, como mejor convenga á su juicio y con mejor conocimiento de las constante maniobras que emplean los facciosos de Píllaro; y actualmente se está organizando un regimiento de caballería, para que marche también á órdenes de US., sobre cuya movilidad se le dará aviso oportunamente.—Dios y Libertad.—P.P. E^o.

XII.

Una de las comunicaciones que el lector ha visto anuncia ya bien claro que la expedición del Gral. Salazar, tanto más gloriosa cuanto menos robusta, avanzando resueltamente desde extranjeras playas, habíase aproximado á la ciudad de Cuenca, sometiendo con atinada extrategia y habilidad diplomáticamente militar, los pueblos en que había acampado. Debil arroyuelo cuyo pequeño caudal, en fuerza de su corriente, habiendo atravesado sin consumirse, por la abrasada arena del desierto, empezaba á engrosarse con los pequeños hilos de *puras aguas* que manaban de la hermosa cordillera azuaya. Esos manantiales unidos á los del Tungurahua é Inbabura, formarán bien pronto impetuoso aluvión; y precipitándose en turbión incontenible abri-ran-se magestuoso paso conmoviendo el caudaloso Guayas en su cavidad profunda, y llevándole guerra en vez de tributo, para arrojar á remotos mares al monstruoso cetaceo que enturbiaba la plácida corriente de sus ondas snaves.

Este hecho debía ser acogido con patriótico júbilo por los reaccionarios del Centro, puesto que á lo menos complicaba la atención del acobardado enemigo; y si bien el Gral. Sarasti ignoraba la verdadera actitud y elementos bélicos del Gral. Don Francisco Javier Salazar, y debía seguir resueltamente la campaña iniciada, sin embargo, como Caudillo patriótico y desinteresado que no temía ver disputada su gloria por egoistas ó pueriles rivalidades, acogió con íntima fruición la aparición de un nuevo y acreditado adalid, para unir los esfuerzos comunes en favor de la Patria.

Como la distancia que aún le separaba del teatro de operaciones del Gral. Salazar era considerable, no podía Sarasti ponerse de acuerdo para convenir en los detalles de un plan de campaña bien combinado; pero

confiando en que el habil Gral. trataría por sí propio de elegir medios adecuados para llegar á la unidad de acción, instruyó á los amigos de Riobamba acerca de lo que debían hacer, en caso que el Gral. Salazar se aproximase á Riobamba y buscara medios de ponerse en contacto con los militantes del Centro.

Entre tanto nuevas tropas de Quito disponíanse á la Provincia de Tungurahua, puesto que no era posible al Gral. D. José Antonio Mata y Cnel. D. Luis F. Ortega, aventurar con los 500 hombres de que disponían, un combate contra los 200 del ejército del Gral. Sarasti. . . . En efecto el día 20 de Diciembre recibióse en Pillaro por posta *ad hoc*, la noticia de la próxima marcha de 200 hombres de la Capital á incorporarse con la división dictatorial; y el mismo día también el Gral. Mata recibía otro posta también *ad hoc*, con la siguiente comunicación del Ministerio de Guerra.

“Sr. Gral. Jefe de Estado Mayor general del Ejército del Centro.—Quito, Diciembre 20 de 1882.

Como S. E. el Encargado del Poder Ejecutivo ha dispuesto que el día de mañana emprenda mi marcha á esa Ciudad para proceder, de acuerdo con US., al arreglo que sea necesario respecto del Ejército cuyo mando le está confiado, entonces se podrá arreglar también lo relativo al Sr. Cnel. D. Luis F. Ortega, y á los Oficiales del Batallón “16 de Diciembre”, Teniente Juan Oleas y Subteniente Manuel Salvador, de quienes habla US. en sus apreciables oficios de 17 y 18 del actual. Entre tanto, reitero á US. lo que dije en otro oficio de esta fecha, sobre que debe US. proceder inmediatamente en la persecución de Sarasti, caso que éste trate de abandonar su posesión de Pillaro para tomar la vía de Cuenca, á incorporarse con los filibusteros venidos de Loja.—Además ha dispuesto S. E. que US. mande colectar en esa Provincia unos 40 caballos, no de aquellos que sirven para bagajes (1) sino de muy buena calidad, en los que pueda obrar con ventaja (!!!) la caballería que se organice en esta Capital, en un caso dado (2), para lo que dichos caballos deben

(1) Es claro que éstos no siendo á propósito para correr, no podían ser estimados por el solicitante.

(2) El de la derrota.

ser robustos y de poca edad.—Dios y Libertad.—*Pedro P. Echeverría.*”

XIII.

No podía el Gral. Sarasti y la pléyade de generosos jóvenes que le acompañaban, mantenerse inertes ante semejante nueva, y alzando aceleradamente el campo, marcharon al encuentro de la anunciada tropa, con tanta avidez como la del noble lebrél sobre la presa.—Cedemos la palabra en la narración de esta jornada militar, al Gral. Sarasti, sin tener nada que añadir á su concisa relación.

BOLETIN REPUBLICANO N^o 8^o— PARTE Á LA NACIÓN.

Después de haber permanecido en Píllaro 20 días, esperando un ataque de las fuerzas dictatoriales encerradas en Ambato, el miércoles 20 de Diciembre por la noche, salimos con dirección á Quito, para ver si, situados en Machachi, sacábamos al Gral. Mata de la inmovilidad incomprensible en que se hallaba. En Sanmiguel tuvimos aviso de que 200 hombres venían de la Capital á engrosar las fuerzas enemigas del centro. Apresuramos la marcha para batirlos, y llegamos á las diez del día juéves á Latacunga, en donde paramos lo necesario para que nuestra tropa descansase y tome alimento. En este intervalo nos dieron el falso aviso de que el enemigo avanzaba ya de Mulaló hacia Latacunga, con lo que apresuramos nuestra salida por el camino viejo, en son de ataque, esperando toparnos con él á cada vuelta del camino, seguros del éxito más completo.—A nadie encontramos.—Una mentira nos perjudicó grandemente, mentira forjada ó por algún enemigo,

ó por alguno de Latacunga, que temía un combate en la población, escarmentados como están todos por los saqueos de Cayambe y Patate; pues á pesar de que los dictatoriales tienen el cinismo de hablar de su popularidad, insultando así al Ecuador, consideran—no sin razón—á las poblaciones como enemigas. Nosotros obtuvimos en Latacunga el triunfo más completo: el entusiasmo del pueblo llegó á su colmo. Muchísimos jóvenes pedían tomar las armas: algunos se nos incorporaron armados; honra y gloria de los jóvenes latacungueños! La lucha contra la Dictadura pertenece más á la juventud que á nadie, como que ella ha sufrido cruelmente en la guerra á la ilustración, con los desaforados ataques del Bárbaro á las Universidades y Colegios. En los jóvenes ecuatorianos se quiere extinguir ese aliento inmortal que da vida á los pueblos: — el amor al saber y á la libertad.— ¡Tiranos, sólo así podríais conseguir vuestro diabólico intento y esclavizarnos para siempre!.....

El enemigo, entre tanto, tomó el camino de la hacienda de la Ciénaga, y se encastilló en esa como fortaleza, rodeada de enormes zanjas. Nosotros hubiéramos podido tomarlos por asalto, pero con muchas pérdidas, y como el enemigo avanzaba aceleradamente á retaguardia; si no hubiera alcanzado á la lucha, nos hubiera hallado, por lo menos, en actitud harto desfavorable, ocupados en atender á los heridos, y, por consiguiente, en estado poco á propósito para librar nueva campaña. A pesar del ardor que nuestros soldados muestra-

ban por combatir, no se lo permitimos, pues no podemos aventurar nada, en tratándose de la suerte de la Patria. Todo el viérnes (22) se nos pasó en provocar al enemigo para que saliera á la pampa; mas no lo conseguimos. Véase el hecho siguiente.—

A las 4 de la tarde vimos á la Diligencia, camino de la carretera, y como ya sabíamos que venía en ella el Gral. Echeverría, á servir de Jefe de operaciones, tratamos de tomarle. Nosotros ocupábamos la hacienda de Callo del Sr. D. Juan Donoso, á 20 cuadras del enemigo: quince jóvenes del “Escuadrón Sagrado” se pusieron á cuatro cuadras, tomaron tres prisioneros, registraron el equipaje en busca de comunicaciones y llevaron su arrojó hasta lanzarse á dar tiros á las guerrillas que el enemigo destacó por los alrededores de la Ciénaga, obligándoles á retirarse. Desgraciadamente el Jefe de operaciones había tomado desde la *Cruz de Tiopullo* el camino de esa hacienda á caballo advertido por un posta con mucha anticipación.

Persuadidos de que el enemigo no abandonaría su inexpugnable castillo, y amenazados por las tropas del Gral. Mata que estaban ya en Latacunga; nos pusimos en movimiento el sábado á la una de la mañana, pasamos por la carretera á cinco cuadras del enemigo, tiramos por la vía de Tilipulo á Pujilí, pernотamos en Sanantonio y llegamos el domingo muy temprano á Cusubamba, posesión muy ventajosa de la cordillera occidental. Ese día nos lo pasamos en observar al enemigo. Este se unió con los de la Ciénaga y contramarchó

el sábado á Latacunga y el domingo á Ambato; no sin tener hora y media de combate, terrible combate. . . . á lo Don Quijote con los molinos de viento, ó con el rebaño de ovejas. En el pueblecito de Pansaleo, unos indios vestidos de *Yumbos* y *Danzantes* echaron á tronar cohetes y morteretes (vulgo, *camaretas*); y hé ahí que el enemigo despliega sus fuerzas en guerrillas, coloca de frente sus cañones y rompe fuegos contra cabuyos y sus sombras danzantes y no danzantes. El resultado de tan inaudito combate fué que mataron á algunos *yumbos*, á un infeliz arriero que les seguía en pos de unas mulas que le habían quitado: aprehendieron tres danzantes y perdieron más de cien hombres desertados durante el *combate*. Algunas de esas armas con sus cápsulas están en nuestro poder. ¿Quién fué el vencedor de Pansaleo?.....

Como el enemigo llegase muy tarde al tambor de Cunchibamba, se nos notició que ahí debía pernoctar. Resolvimos un asalto nocturno; pero, al llegar á Mulalillo, nuestra partida de exploración descubrió que había pasado directamente á Ambato. Burlóse así nuestro intento. El lunes por la mañana proseguimos nuestra marcha á Píllaro, de donde habíamos salido cuatro días antes. Como el ataque á nuestras fuerzas podía verificarse por Quillán, marché con parte del "Escuadrón Sagrado" á inspeccionar ese territorio, dejando al Comandante Vaca, con una pequeña fuerza, para que junto con las comisiones nombradas al efecto, defiendan el paso de la quebrada de Culapachán. A las 6 de la ma-

ñana de este día aparecieron unos cien hombres al otro lado de la quebrada. Salí á observar toda la línea con parte del "Escuadrón Sagrado", y al presentarnos, rompieron fuegos. Ordené que el Comandante M. Hidalgo Egües marchara con una escolta compuesta de los jóvenes Ramón Montesdeoca, Joaquín Lalama, Alejandro Cevilla y Juan González, para observar el paso del enemigo por aquella quebrada. En efecto, bajaron con el valor que les caracteriza, y habiéndole encontrado cerca del río, le batieron con denuedo; y, desalojándole de sus posesiones, le obligaron á emprender la retirada hacia el pueblo de Izamba, dejando seis muertos al lado opuesto del río.—En la marcha hemos ejecutado movimientos audaces y de celeridad increíble por arenales muertos. Hemos ganado mucho en fuerza física y moral y hemos llegado á convencernos que el enemigo no tiene soldados, sino sombras, que se van disipando como el humo. La deserción ha sido tan considerable como consecuente con el sistema del reclutamiento forzoso para defender una causa infame. Así se explica por qué se encierran en los cuarteles, para no perder armas, municiones y gente.

Este es el estado de las cosas hasta la presente fecha, y no dudo que nuestro *Mañana* será de más felices resultados.

EL JEFE DE OPERACIONES,
José María Sarasti.

Píllaro, á 25 de Diciembre de 1882.

XIV.

Enterados ya nuestros lectores de los movimientos de la tropa restauradora en las faldas del Cotopaxi ó Iliniza, tratando de batir al encastillado enemigo, trasladémonos á su feudal cuartel, y sigamos los movimientos que en él se operaban; puesto que hallándose los enemigos avistados en campo abierto, no habría razón que disculpe al historiador que se limitase á referir lo que pasa en los reales del un combatiente, omitiendo los que en los del contrario acontece: sobre todo siendo tan fácil y asequeable su conocimiento.

El 21 había partido de la Capital el Teniente Cnel. Antonio Franco con 200 hombres, y al siguiente día 22 de Diciembre seguíanles en la Diligencia el Gral. Pedro P. Echeverría con dos ó tres oficiales del Estado Mayor, llevando consigo la cantidad de 10,000 pesos para gastos generales de guerra.

En las llanuras de *Jambelí* ó sus cercanías recibió el Gral. Echeverría dos postas de la *Ciénaga* con aviso que el Gral. Sarasti tenía distribuida su tropa en toda la longitud de la bajada de *Tiopullo*, dispuesta á dar un asalto á la Diligencia, sabiendo que en ella iba el Gral. Echeverría, Director de la guerra. Con semejante nueva suspendió dicho Jefe el curso de la Diligencia, y montando á caballo torció el rumbo por senda extraviada, para incorporarse con el Comandante Franco en la *Ciénaga*. Las personas que nos han suministrado estos datos refieren que era tal el pánico que se había apoderado del Gral. y sus compañeros de modo que iban temblando, con el arma preparada; y huyendo de todo objeto móvil.

Incorporados todos en la *Ciénaga*, ordenó el Gral. Echeverría que se dispusiese la tropa en son de combate con el enemigo que les tenía sitiados en dicha hacienda; pero reflexionando que el resultado podia serles adverso, en luchando con fuerzas iguales, desistieron del intento, y aplazaron la pelea para el siguiente día, en que esperaban las de Ambato, al mando del Gral. Mata y del Cnel. Ortega. A las 10 de la noche, dice el cronista, se recibió un posta de la hacienda del Sr. Juan Donoso, con la noticia que Sarasti se preparaba á combatir en breve, por lo cual se

desplegó vigilancia mayor, pero sin salir un palmo del amurallado castillo, que como tal debe considerarse el antiguo caserío de la Ciénaga.

La contestación del Gobierno de Quito al parte acerca de este movimiento es como sigue.

“Sr. Gral. Comandante en Jefe del Ejército.—Quito, Diciembre 23 de 1882.

Hoy he tenido la honra de recibir el muy apreciable oficio de US. dirigido de su cuartel general de la Ciénaga, comunicando que había arribado á esa hacienda á las 5 p. m. del día de ayer venciendo obstáculos y dificultades, y salvando únicamente el dinero de la Comisaría de Guerra; y que habiendo encontrado al Batallón “Convención” con el mejor espíritu de combatir á las fuerzas de Sarasti que estaban al frente, en la hacienda de Callo del Sr. Donoso, había hecho un posta al Sr. Gral. Jefe de Estado Mayor general del Ejército del Centro, para que avance con un refuerzo de 200 hombres; é impuesto S. E. el Encargado del Poder Ejecutivo, de estos particulares, aprueba la medida adoptada por US., previniendo que para cortar la retirada que intentará Sarasti, en el caso de ser atacado, se dirija US. por la posta al Sr. Gral. Jefe civil y militar de la provincia del Chimborazo, ordenándole que, con la fuerza de que pueda disponer en Riobamba, inclusive los heridos y prisioneros, se traslade inmediatamente al pueblo de Baños, y haga que se corten todos los puentes; debiendo el Sr. Gral. Jefe de Estado Mayor general del Ejército del Centro, dejar en Pelileo la fuerza necesaria para el caso de que batidos que fueran los de Sarasti y trataran de dispersarse por aquel pueblo, se los persigan activa y tenazmente, hasta destruirlos en su totalidad.—Debo esclarecer á US. en conclusión, que siendo probable el que los facciosos evitando un combate en la hacienda de Callo, traten de retirarse á su cuartel general y posesiones de Píllaro, debe US. emprender la persecución por ese trayecto, con la fuerza que tiene el Batallón “Convención” y la que se le incorpore de Ambato; de modo que no les quede recurso de poder refugiarse ni en Baños ni en Pelileo ya que en el primer pueblo no tendrán tránsito, y que en el segun-

do se hallará la fuerza que se manda destacar.—Dios y Libertad.— *Martín Icaza.*

XV.

Al amanecer del segundo día (24) supóse que el Gral. Sarasti había desaparecido de aquel campo sin saberse adonde: con esta plausible nueva pudieron continuar hasta unirse en la hacienda de *Rumipamba* con el ejército que venía de Ambato. Reunidos prosiguieron la marcha á Latacunga (1), no sin temor de una sorpresa en algún punto del camino. El orden de marcha fué el siguiente: —La descubierta como de 70 hombres al mando del Comandante Eusebio Montenegro. Detrás de él, y á una distancia como de 20 cuerdas, el Estado Mayor; y en seguida todo el Ejército. Continuaron la marcha, y reparando que se había atrasado notablemente el Ejército se detuvo el Estado Mayor para aguardarlo en el puente de *Pansaleo*. Reunidos allí, alcanzaron á oír unas detonaciones de cohetes en una fiesta que se celebraba en la loma que está á la derecha del camino; y un instante después llegó á oídos de todos el estrépito de una nutrida descarga de fusilería. El Estado Mayor, persuadido que se había trabado el combate con la descubierta, adelantóse al sitio en que peleaban y en el trayecto dieron con un oficial que volvía á escape tendido, con la noticia de que la descubierta había caído en manos del enemigo. . . . Retrocedió entónces el Estado Mayor hacia el Ejército, y recibió parte de las descargas que éste hacía sobre él por turbación, ó porque lo equivocase con el enemigo. Se convirtió aquel en un campo de Agramante; y, ¡ cosa admirable !: el blanco era un pobre indio, que con la mayor calma del mundo, ascendía por la colina hasta descender sano y salvo al otro lado. La artillería montó los cañones y operó sobre los cerros de la izquierda, donde aparecía una multitud de mujeres curiosas. El Gral., observando en derredor con el antejo, no descubría, no diremos un hombre, pero ni una mosca que les ofendiese, man-

(1) De aquí se separó el Gral. Mata, dejando su lugar al Gral. Echeverría, y manifestándole los temores de una derrota, á consecuencia de la insubordinación y habitual beodez de la tropa.

dó cesar el fuego; pero imposible: enardecidos en el combate les parecía una traición suspenderlo y dejar escapar la victoria de que se creían dueños. Varias compañías desplegadas en guerrilla ascendían por las colinas inmediatas; y de éstas volvieron algunos, y otros gustaron más de ir á gozar de la fiesta de Pansalco. Después de media hora cesó por fin la chamusquina, pero se prolongó aún el fuego en la descubierta.

Pasada la mortal refriega, jadeantes, empolvados y orgullosos se acercaron á su Gral. los soldados de la descubierta y le presentaron, en prueba de la victoria sobre el enemigo, un prisionero vestido de enaguas y faldas mugeriegas, cruelmente atado y sangrando por las heridas causadas por los golpes que le daban. Maravillado el Jefe de que algún maligno encantador hubiese convertido en yelmo lo que juzgó bacía, y en mamaracho al que juzgó guerrero, preguntó si de ese tipo eran todos los revoltosos; y el acendreado prisionero respondióle: *mi amo, bailando estábamos en la fiesta...* En efecto, desencantado el preso, dejóse ver el danzante, al que dieron libertad, con aditamento de pescozones y espaldarazos.

En seguida, otro grupo de la misma descubierta, puso en manos de su Gral. D. Pedro Pablo Echeverría un mal rocin y un florete, arrancados al enemigo; pero inmediatamente presentóse á reclamarlos con iracundia su dueño, que lo era el oficial de la misma descubierta, ciega é irresistiblemente despojado por los propios soldados. Finalmente se presentó el aturdido Jefe de la heroica descubierta, Comandante Eusebio Montenegro, y con altivo ceño y apuesto continente, en elegantes términos, *dió parte* de la derrota del enemigo; y tanto instó, juró y perjuró, que el Gral. ya no se atrevió á révocar á duda la verdad de tan descomunál fazaña.

Este original combate dió por resultado ochenta bajas en el ejército dictatorial; dos soldados muertos, y fué herido un negrito loco que se había unido á la tropa desde la Ciénaga.

XVI.

El día 25, hallándose las fuerzas en Ambato aseguró el Cnel. Ortega que en su hacienda de Quillán estaba

el General Sarasti con toda la tropa; y al siguiente día partieron con resolución de combatirlo, distribuyendo el Ejército en la siguiente compartición.—La mayor parte tomó la derecha del pueblo Izamba, en dirección á la bajada de Pillaro. Al flanco izquierdo de esta brigada y á notable distancia, seguía la Columna Tungurahua, al mando del Comandante Becerra; y cerraba el flanco derecho el Batallón 16, al mando del Coronel Ignacio Paredes y el Mayor Antonio Arteaga (1). Llegada la tropa á la bajada de Pillaro (por Quillán), se desplegó en hileras para el combate, destacándose la descubierta y distribuyéndose las correspondientes guerrillas. Permanecieron en esta posición y en profundo silencio, como si tuviesen al enemigo pegado á las narices, permaneciendo en tal actitud durante hora y media; pero al fin cansados de esperar, pasó el Estado Mayor á una hacienda de donde pudo divisar al enemigo que estaba á una grande distancia y entonces (2). . . .

Caló el chapeo, requirió la espada

Miró al soslayo, fuese, y no hubo nada.

Hallándose indecisos en aquel lugar por más de tres horas, sin resolverse al combate ó á la retirada, llegó (para poner término á la incertidumbre) un posta de Riobamba con comunicaciones del Gral. Yépez, anunciando que el Gral. Salazar se aproximaba á esa ciudad; en cuya virtud alzaron el campo y replegaron-se al cuartel de Ambato, para de allí partir á Riobamba con 100 hombres y dos cañones, al mando de los Jefes Eusebio Montenegro y Antonio Arteaga.

El 27 pasaron revista de todo el Ejército y hallóse que de 1,000 hombres que aparecían de las situaciones diarias, no habían en puridad de verdad sino 575, que pasaron aquella noche sobre las armas, porque el Cnel. Ortega aseguró que el enemigo estaba en Izamba.

(1) Este Mayor Antonio Arteaga, no debe confundirse con el heroico joven, cuyos sacrificios y gloriosa muerte recordará la Patria agradecida.

(2) Los tiros cruzados entre las avanzadas del Cnel. Ortega y Gral. Sarasti en este mismo día fueron en el opuesto lado de Culapachán.

XVII.

Llegados hemos por fin á la parte más sustancial del interesante drama, en que se entreeve ya el término favorable de la acción que desenvuelve. Entramos en la narración del combate de Quero, teatro verdadero de la rehabilitación gloriosa de la Patria, en que se alcanzó el triunfo más alto, y del cual debían desprenderse, como corolarios de un teorema matemático, los subsiguientes que faltaban aún, para coronar la redención del Ecuador. La analogía del nombre de los campos de *Quero* y *Queronea* tráenos á la memoria por contraste, el recuerdo de aquella jornada en que sepultóse la independencia y poderío de la Grecia antigua. Allí sucumbe el *Batallón Sagrado*, selláudo con su gloriosa muerte el sepulcro de la Patria; y acá entre nosotros, el nombre de Quero simboliza, como el de Pichincha, el renacimiento de un pueblo generoso á la vida, y posesión de una libertad tanto más legítima y apetecible, cuanto más estrecha y sincera es su alianza con el orden que la sostiene y conserva. En Grecia perecen los 400 del *Batallón Sagrado*; y aca los 200 afortunados jóvenes que de improviso se trasformaron en veteranos guerreros, también bajo el nombre de *Escuadrón Sagrado*, corren agobiados de los inmarcesibles lauros segados en la batalla de Quero, á ofrendarlos á la Patria moribunda para alcanzarle nueva y robustísima vida. . Así merecieron con su heroísmo y generoso sacrificio, que la victoria les precediese en adelante llevando su carro triunfal á las playas de la gloriosa patria de Olmedo, Rocafuerte y García Moreno.

Si antes de Quero la Providencia, no hay como dudarlo, mostróse favorable á la causa de la restauración, después de la victoria obtenida en ese combate podemos afirmar, que el Dios de las batallas, como si porfiase en dispensar sus favores al pueblo ecuatoriano con eficacia tal amparó al vencedor, que aún los pasos que la humana prudencia calificó de erroneos, fueron en último resultado, sapientísimas combinaciones encaminadas al triunfo definitivo contra el comun enemigo. . . .

Victrix causa diis placuit.

XVIII.

El 27 de Diciembre, no repuesto aún Sarasti de la fatiga consiguiente á una serie de marchas penosas y forzadas, habiendo discurrido por las cordilleras de levante y occidente de los Andes, supo que la tropa enemiga debía encaminarse á Riobamba, reclamada por el Gral. Yépez para combatir con las del Gral. Salazar y Cneles. Reinaldo Flores y Raimundo Peyger, que eran los jefes más señalados de aquella audaz falange. Y como se preveía al propio tiempo la actitud en que el enemigo se colocaría, para impedir que las fuerzas del Centro le atacasen por la retaguardia, tan luego como se creyo indudable la movilización de las tropas del Gral. Echeverría y Cneles. Ortega, Paredes, &c. &c., dispuso Sarasti la marcha de los suyos, para dirigirse paralelamente al enemigo en una misma dirección, hasta llegar á paraje á propósito para combatir; ó si esto no le fuese posible, situarse á la retaguardia y atacarle simultáneamente con el Gral. Salazar, á cuyo encuentro avanzaban las fuerzas dictatoriales. De modo que si llegaba á trabarse conflicto con las *expedicionarios del Sur*, no podía haber sido dudoso el triunfo una vez colocado el enemigo en medio de las tropas acaudilladas respectivamente por los Jefes del Sur y Centro de la República.

Este movimiento que decidió casi por completo el éxito de la campaña del Centro habíalo meditado su Caudillo, á consecuencia de un aviso que recibió de Ambato, comunicándole que la tropa del Gral. Echeverría se disponía á partir á Riobamba al otro día, y lo comprueba la siguiente carta que con el pié ya al estribo, escribió el Gral. Sarasti al Dr. Emilio Uquillas, á fin que este sugeto lo hiciese saber al Gral. Salazar, con quien se comunicaba como intermediario.— La carta está fechada en Pillaro el 27 de Diciembre y entre otras cosas dice: “*He visto la nueva carta que escribe el Gral. Salazar á Emilio Orejuela (1), pidién-*

(1) No sabemos que noticia falsa acerca de la persona que acaudillaba la reacción del Centro, hubiese dado margen al General Salazar para dirigirse al joven Emilio Orejuela, como si fuese el Jefe; pero es lo cierto que dicho joven fué la persona á quien el Gral. escribió las preinsertas cartas, acerca de su actitud y movimientos, para unir sus esfuerzos á los de los patriotas del Centro.

dole marche á Cuenca ; esto me hace creer que están débiles. Yo no desampararé mi teatro por ningún caso. Ya he escrito al Gral. que se venga, y no lo dudo que pasará por la cordillera oriental que es segura. Sé que Mata debe unirse con Yépez, y hoy hacen los aprestos de viaje, según carta que acabo de recibir del Sr. E. T. Por mi anterior habrá U. visto que se malograron mis operaciones sobre Echeverría ; pero hemos saltado muy bien de las dos fuerzas que nos tenían al medio. Marcho á Quero para interponerme entre las fuerzas de Yépez y Echeverría. Creo probable que allí me atacarán, porque Ortega conoce mucho ese territorio. Yo lo he estudiado lo bastante, y si me atacan, es indudable nuestro triunfo. Le escribiré, amigo mío ; U. no deje de darme avisos ; y sobre todo estar á la mira de los movimientos de Yépez y del Gral. Salazar. Adios.—Su afectísimo.—JOSÉ MARÍA SARASTI”.

En un sentido análogo dirigióse también á Quito al Sr. D. Rafael Pérez Pareja, cuya carta, que circuló antes del combate de Quero, entre los partidarios más unidos, no nos ha sido posible conseguir. Empero la realidad de dicha comunicación está autorizada por la veraz palabra de un caballero, cuya honorabilidad es generalmente conocida. Pruébalo la siguiente publicación que el Sr. Pérez Pareja dió á la prensa, á fin de refutar un concepto equivocado acerca de la batalla de Quero :

“**RECTIFICACION.**—Como se da á entender en el Núm. 109 de “Los Principios”, que por mera casualidad tuvo lugar en Quero el combate entre las fuerzas restauradoras y las dictatoriales ; juzgo necesario que la República toda conozca un hecho de suma importancia.

Cuatro días antes de aquel combate, recibí comunicación del Sr. Gral. Sarasti, en la cual me anunciaba que, examinada la situación de Quero, le parecía muy propia para un campo de batalla, y que había resuelto aguardar ahí al enemigo.

Mostré entonces, si bien con extrema reserva, á varios patriotas tan notable comunicación, que, por desgracia, se me ha traspapelado.

De suma importancia es, en verdad, el referido anuncio, que pone en claro las relevantes dotes militares

del héroe de Chambo.

No á la casualidad, sino á la estrategia del Sr. Gral. Sarasti, debe, pues, atribuirse el espléndido cuanto decisivo triunfo de Quero.

Quero, donde setenta paisanos casi inermes derrotaron á setecientos veteranos armados de remingtons y protegidos por formidable artillería. Triunfo que suministró á nuestra tropa abundantes pertrechos, unió el ejército del Centro al del Mediodía y fué el precursor del inmortal "Diez de Enero".

Rafael Pérez Pareja".

XIX.

El sol se hundía en el ocaso, cuando el Gral. Sarasti con los suyos marchaba directamente á Quero, calculando que la luz de la aurora les rayaría cuando hubiesen ya llegado á aquel lugar. Pasaron el río de Quillán para dirigirse por la escabrosa vereda de la ribera derecha del de Ambato, que lo vadearon cerca de su confluencia; y esforzándose en ascender por las rampas practicadas en la extensa colina, trepaban con celeridad la áspera pendiente, cuando hé aquí que en el límite del horizonte y agrandados por la penumbra, déjanse ver numerosos gupos, como distribuidos en guerrillas que parecían ceonarse sobre las cabezas de nuestros aguerridos viandantes. Divísanlos éstos, y justamente sobrecogidos por tan inesperada y temerosa visión, alojaron el paso y agazapáronse para evitar un ataque en que podían ser víctimas, pues la posición en que se hallaban, dominados en todas direcciones, no era para prometerse éxito lisonjero. Sin embargo dispónense al sacrificio y resueltos aguardan los fuegos que el enemigo debía romper sobre ellos. El trance no podía ser más angustioso y grave, sin que siquiera se presentase senda para ocultarse ó huir del enemigo que suponían diseminado en todo el campo, para cerrar con ellos por todos los flancos. Retroceder era imposible, porque el río que acababan de atravesar con notorio peligro, oponiéndoles una barrera invencible. Estaban quemadas las naves y no podían volverse atrás. . . . Entre tanto avanzaba lenta y majestuosamente al encuentro de los nuestros la hilera enemiga, con reposado paso y sereno continente. Ya

están á cortísima distancia y pueden oírse las palabras iracundas y conminatorias de los apuestos combatientes: sin embargo los nuestros mantiéñense silenciosos y serenos; y con todo adelántanse los contrarios en términos de poderse empeñar la refriega á usanza de las lides de Grecia y Roma. Alzanse los nuestros y bufan los contrarios: gritan los unos y mugen los otros; silvan éstos y huyen aquellos. . . . No fué menester el estrépito de un tiro: dominado el peligro declaróse la victoria en favor de los valientes.—Aquella turba formábala una numerosa partida de mansos bueyes que volvían, *romere inverso*, á la majada después de haberse abrevado.

Fué éste el único peligro que se ofreció á los nuestros por aquel aspado ejército, en el trayecto á Quero. Este incidente traerá á la memoria del lector el recuerdo de la famosa escena de los batanes, única que conmovió con desusado espanto el valeroso corazón del inmortal manchego.

XX

Discurriendo al fin durante la noche, por los extensos y perezosos arenales que llevan camino de Quero, llegaron al pueblo al aclarar del día; hartos de cansancio y acosados de hambre. Pintoresco y ameno como el que más descuella Quero cual oasis, en medio de una árida llanura de abrasada arena. Recuéstase sobre un repecho de la cordillera oriental de los Andes; y contrasta con el monótono y sombrío aspecto del extenso páramo que le circunda, el risueño verdor de la arboleda espesa que se levanta como vallado en torno de la aldea. Las tortuosas sendas que arrancan de la plaza hácia los puntos cardinales del horizonte, repliéganse en caprichosas curvas, esquivándose á la vista del viajero; de modo que sólo á la distancia de 15 ó 20 varas de frente alcanzan á distinguirse los árboles y cabañas diseminadas en uno y otro lado de la vía. El río, llamado con el mismo nombre del pueblo, aunque de escaso caudal, precipítase en numerosas y blancas cascadas por un cauce profundo de cincelado granito; y en partes ciérrase tanto que fácil sería atravesarlo, si no lo impidiese el peñón inaccesible del lado opuesto. Desciende de S. O. y corriendo hacia el Oriente, forma un cuadrante de círculo que circunda al pueblo

por el Norte y Occidente, sin dar más paso que uno al ocaso, hacia la cabecera del panteón, en que sirve de puente una enorme piedra suspendida entre las dos peñas; otro al Norte en que está el puente de tránsito obligado; y otro al Oriente en el punto denominado *Cuncum*.

Instalados el Caudillo y la tropa en el villorrio, entregáronse unos al sueño reparador, tendiéndose á cielo raso, sin *temor que se les encogiesen las sábanas*; y otros se dan á buscar alguna vitualla para refrigerio del hambre. Entre tanto un menguado y ardiente partidario de la mala causa, (que no hay ninguna por pésima que sea que no los tenga) observa con marcada intención cuanto pasa en los reales del temeroso huésped, y como quien se gloria de una oportuna y felicísima idea, toma un avisado mozo y envíalo, en alas de los vientos, á Ambato para que diese al Jefe enemigo noticia de la situación y actitud de los restauradores. Si este aviso no hubiese partido de buen origen, sobrada razón habría tenido el Cnel. Ortega para recelar de la verdad con que le engañaba este inculpable Sinón. . . . Sigámosle, dándonos prisa, para alcanzarle y presenciar la escena, y dejemos Quero un breve momento, que pronto nos volveremos con numeroso acompañamiento á este teatro, no ya para explayar la vista tranquilamente en su espacioso horizonte, sino para contemplarlo de lejos con medrosa curiosidad.

XXI.

Aconteció que el 28 de Diciembre, día en que la Iglesia católica conmemora la fiesta de los Santos Inocentes, y en que el pueblo ecuatoriano acostumbra á divertirse con sorpresas y chascarros más ó menos soportables, fué también el día en que Marte y Belona, gustaron de secundar la magnífica *inocentada* que los fieles hijos de la Patria jugaron, por redimirla, á los tenaces é infatuados partidarios de la dictadura del Gral. Veintemilla.

En este memorable y glorioso día movilizábase las fuerzas comandadas por el Gral. Echeverría y Cnel. Ortega á la provincia del Chimborazo, en ayuda y refuerzo del Gral. Yépez, á quien suponían expuesto á trabajoso conflicto con los denodados conquistadores del

Sur. Habían salido ya de la ciudad de Ambato, y, hallándose á una legua del punto en que concurre con la carretera la vía de Quero, presentóse al Gral. Echeverría el posta despachado por el Teniente político de Quero, con la carta reveladora de la engañosa situación del Gral. Sarasti. Decíales que *éste hallábase durmiendo; que el Ejército andaba disperso y ebrio; y, finalmente, estimulaba con la mayor instancia que le atacasen en Quero, lo más pronto posible, con la seguridad de alcanzar la más completa victoria*. Esta nueva admitida sin disquisición ni examen, produjo en el Ejército de Echeverría ardoroso aturdimiento, en vez de entusiasmo ardiente; y sin más deliberación ni consejo, festejaron la nueva, aplaudieron al nuncio y torcieron el rumbo para dirigirse al lugar en que la Providencia había escrito el misterioso *mane, thezel, phares* contra el *epulón* Batazar del Ecuador.

Puestos en el punto de partida hacia Quero, recibieron un segundo posta, con noticias idénticas á la del primero; y para sostener en el Ejército el entusiasmo despertado con las plausibles nuevas, detuviéronse en aquel sitio mientras llegaran todos los Jefes, para comunicarles la resolución de atacar Quero, despertando á los dormidos y restituyendo el juicio á los ébrios. . . . El Cnel. Ignacio Paredes, previendo que los enemigos podían escaparse en derrota por el camino de Quero á Mocha, ofrecióse á partir á ese pueblo con parte de la tropa, para atacarles por aquel flanco. Empero considerando el Jefe de Operaciones la notable distancia que debía recorrerse en esta evolución, y apoyado en la convicción de hallar dormidos á Sarasti y su tropa, rechazó el plan propuesto, y ordenó la prosecución de la marcha. Desde aquella distancia, y sin orientarse siquiera de la posición topográfica del teatro adonde le conducía su infortunada estrella, dispuso el combate, entregando la descubierta de 150 hombres á Paredes para que, dividiéndola por mitades, enviase la una al encuentro del enemigo, y se quedase con la otra á la retaguardia en el puente. Seguía al medio el Estado Mayor y cerraba la marcha la restante tropa. En esta disposición avanzaban, y cuando hubieron llegado á divisar Quero, detuviéronse á una distancia de 15 cuerdas de la bajada al puente, para dar tiempo á que se adelantara la descubierta y prevenir en tanto el Ejér-

cito al certamen. No había pasado un cuarto de hora, cuando fueron heridos los oídos y corazón de los atolondrados campeones de la dictadura, con el estrépito del furibundo Remington. Entonces el Estado Mayor se da prisa avanzando hacia la bajada al puente; y habiéndose acercado á la primera vuelta del camino en que se espacia algún tanto la vista hacia el campo fronterizo, déjanse ver á los ojos atónitos de los paladines dictatoriales unos cuatro soldados de la descubierta que volvían jadeando en *demanda* (?) de pertrecho; y al propio tiempo divisan una guerrilla del Gral. Sarasti, situada en una casa de teja, que descargaba nutrido fuego sobre la primera avanzada. El Director de la guerra, trata entónces de reforzar á los primeros combatientes y ordena que avance el Ejército hasta el principio de la bajada; pero como no apareciese á la sazón sino la Banda de música del Batallón "Convención", mándales que entrasen á proteger la descubierta; y el Estado Mayor, aprovechando de este intervalo, se sitúa en una planicie, agazapándose entre las endebles y raquílicas plantas de *chochos*, desde donde observaron que los fuegos del enemigo salían de entre el bosque del frente, sin que se distinguiese un solo combatiente. Dos compañías del "Convención" que habían descendido por la izquierda de aquel llano, sin advertir la posición que ocupaban los de su propia vanguardia, y juzgando sin duda, que ya los contrarios habían pasado el puente y posesionádose de la ribera que defendían, empezaron á dirigir los fuegos á los propios que combatían desde una pequeña colina de la orilla del río; pero luego llegó el resto del Ejército y se desplegó por el flanco izquierdo de la planicie, agrupándose unos en guerrillas diseminadas en el *chochal*, y otros á su elección y talento.

Después de algo más de una hora de combatir en esta forma, mandó el Gral. que cesara el fuego tanto porque no causaba daño á su enemigo, cuanto porque juzgaba mayor el que se hacía á la propia descubierta. Sucedió en esta ocasión lo mismo que en Pansaleo: los toques de corneta no fueron atendidos, pues el Ejército dictatorial, ponderado de veterano, mostróse en los momentos solemnes del conflicto, tan extraño á la disciplina, como no había sido jamás la improvisada tropa de la restauración, cuya mayor parte entendía tan-

to de griego como de toques de corneta. Agregábase á este efecto necesario de la insubordinación habitual de los soldados, la notable circunstancia de encontrarse solos, sin Jefes ni oficiales que les advirtiesen el imperio de esa elocuente lengua que repite el conmovedor y temeroso clarín de Marte.

No siendo posible suspender la refriega trataron entónces de reforzarla con la media batería de artillería, y montaron los cañones, colocándolos al efecto en la loma denominada *Fuerte*, cuya posición ventajosa ofrecíales facilidad para reducir á cenizas el pueblo de Quero, así por la corta distancia, cuanto por la altura en que se levanta el *Fuerte* con respecto al lugar ocupado por Sarasti. Pero fué el caso que todos los esfuerzos del Gral. Echeverría eran vanos, cuando no le fueran contraproducentes; y los cañones manejados por dos oficiales que no sabían ni cargarlos, arrojaban los proyectiles media legua más allá del lugar al que intentaban dirigirlos. . . . “El Gral. Echeverría, dice un cronista del combate, estaba solo y aturdido, sin saber por donde andaban los Jefes de los cuerpos, ni el primer Jefe del Ejército que fué el Cnel. Ortega”.

“Hubo compañías, continúa, que contemplando el combate con suma indolencia, peleaban á su propia dirección y capricho, sin que nadie dispusiera operación alguna”. Oigamos el verídico testimonio de la persona que habla como testigo de vista del combate de Quero.

“El deseo, dice, de presenciar todas las operaciones de ambos Ejércitos, me hizo permanecer dos horas en toda la línea de batalla; pero como cerrase terriblemente el fuego enemigo, el miedo superó á mi curiosidad, y me retiré á colocarme detrás de un tapial que había á retaguardia de la línea. A poco que estuve en este sitio, vino un oficial también para ocultarse en él, circunstancia que me llenó de vergüenza y me obligó á dejar mi escondite para ponerme tras de un árbol muy grueso, á poca distancia del tapial, de donde vi que el oficial se reunió con muchos que habían estado al otro lado. Entrome entonces la tentación de asustar al grupo de oficiales escondidos. . . y les hice tres ó cuatro tiros, los cuales produjeron el efecto más imprevisto, porque así que los oyeron tomaron las de Villadiego por un declivio de la izquierda, gritando que ya el ene-

migo les cargaba por retaguardia. Oida esta voz por la guerrilla próxima, emprendió tambien la derrota; pero los soldados de otra compañía más valerosa, volvieron atrás en busca de los contrarios, y no habiéndolos encontrado siguieron de largo. . . . La voz de que el enemigo atacaba por retaguardia se difundió con tanta celeridad como la de los proyectiles que el enemigo non disparaba y el pánico se apoderó de toda la linea. Entonces el Gral. Echeverría ordenó que inmediatamente se hiciera entrar y se fusilara á los prisioneros de Chambo, que fueron conducidos á Quero, y se los tenia durante el combate distantes de la retaguardia. Mientras pasaba esto, apareció en la colina de la derecha una guerrilla enemiga á caballo, cuya presencia nos persuadió que realmente estabamos acometidos por todas partes, y nos vimos obligados á abandonar el campo entregándonos á la fuga. Cuando me escapaba en derrota, encontré á los prisioneros que ya los traían y regresé para suplicar al Cmte. N. Naranjo, encargado de ejecutar la orden de fusilamiento, que no cumpliera tan bárbara disposición, pues que el enemigo al saberlo haria otro tanto con nuestra descubierta que debia estar en su poder. Mientras así suplicaba, los prisioneros acosados por el nutrido fuego que hacia el enemigo, ocultáronse detrás de un árbol muy grueso, y uno de ellos que debió ser oficial, llamado Emiliano Erazo, se ofreció en rescate por los demás, dirigiendo estas palabras á Naranjo: *Mi jefe, deje U. á mis compañeros amparados detrás del árbol, y máteme á mí sólo.* Pero inexorable el Jefe Naranjo se apresuró á conducir los prisioneros de Chambo al lugar donde debian ser fusilados; y como éstos se resistiesen á salir detrás del árbol, ordenó á la escolta que los mataban en el mismo lugar. . . . Por no ver semejante espectáculo, continué mi camino en derrota. (1)

En la carrera encontré al Cnel. Ortega, Comisario de Guerra, Edecan y otros oficiales que se habían detenido en la carretera esperando al Gral. Echeverría; y el Cnel. Ortega propuso que nos dirigiésemos á Riobam-

(1) No llegó á ejecutarse esta orden; pues ocosados los dictatoriales por las avanzadas de Sarasti que ya caían sobre ellos dejaron escapar al Comandante Erazo y los demás y ellos mismos corrieron en seguida por otra vía.

ba para volver con el Ejército del Gral. Yépez; pero sin detenernos á considerar tal proposición, seguimos la derrota, temiendo que ya nos alcanzase la caballería enemiga.”

XXII.

Ahora que el lector ha visto de qué manera dirigieron el combate los Jefes del ejército dictatorial, y que se halla minuciosamente enterado de todos los detalles, nos anticipamos á prevenir la justa queja que pudiera exhalar contra el historiador, si no dejase satisfecha la curiosidad, instruyéndole también de lo acontecido en los reales del afortunado vencedor.

Habíamos dicho que la tropa acaudillada por el Gral. Sarasti, después de su llegada á Quero, unos buscaron el reparo de la fatiga y cansancio dándose á dormir una siesta en brazos de Morfeo; y otros buscando algún alimento para matar el hambre. Unos y otros se habían recobrado y disponíanse á levantar el campo para continuar su itinerario paralelamente al del contrario, cuando á la una de la tarde, se presenta al Gral. Sarasti un muchachito (1) dando repetidos gritos para anunciarle que ya la tropa enemiga se hallaba en el puente (á distancia de 6 cuadras de la plaza de Quero). La mayor parte de la tropa mostróse incrédula; pero repitióse el aviso y entonces los más resueltos y activos de los jóvenes del “Escuadrón Sagrado”, en número de ocho, adelantáronse al puente para cerciorarse del hecho y en efecto hallaron que el enemigo dueño ya del territorio de Quero, habíase adelantado más arriba de la casa de Teja. Topáronse las dos contrarias descubiertas á una distancia de 20 varas y cruzáronse los fuegos con vertiginosa violencia: todos combatían en el pequeño circuito de una casucha de

(1) Hortencia Velasco es el nombre del ángel tutelar de Sarasti en Quero. Bajaba esta niña con la madre á bañarse en una acequia próxima al río, cuando al desnudarse levantó la vista y distinguió á los soldados del Ejército de la Dictadura; y reparando en la uniformidad del vestido, hízolo notar á la madre y con su acuerdo corrió á dar aviso al Gral. Sarasti: encontró en el camino á otro chichuelo que bajaba á caballo, y habiéndole referido la aproximación de los enemigos, regresó éste al pueblo y lo comunicó al Jefe, quien apenas tuvo el tiempo estrictamente necesario para enviar á su encuentro á los jóvenes citados en el Parté á la Nación.

reducidas bardas; y allí habrían sucumbido los ocho campeones del "Escuadrón Sagrado", si no hubiesen acertado á dar muerte en la refriega á cuatro soldados de la guerrilla enemiga y al intrépido Capitán que la mandaba. Derrotados los restantes, quedaron los jóvenes en posesión de la casa; y observando que había cesado el fuego enemigo en su alrededor, el joven Benigno Flor, natural del Azuay, que hacia pocos días habíase incorporado á la tropa del Gral. Sarasti, salió cautelosamente á inspeccionar el campo, y adelantóse por el callejón que conduce al puente, cuando á la vuelta de un recodo fué sorprendido por una nueva guerrilla que disparó casi á quema ropa sobre el valiente, dejándole exánime en el sitio. Hemos recorrido personalmente el campo de Quero y señalado el sepulcro del invicto joven, donde debía leerse con caracteres indelebiles, para gloria suya, la inscripción que el poeta Simónides grabó en el sepulcro del último defensor de las Termópilas: — PASAJERO, VE Á DECIR Á ESPARTA QUE AQUÍ HEMOS MUERTO OBEDECIENDO Á SUS SANTAS LEYES.

Mientras los jóvenes habían trabado desigual combate con la avanzada enemiga, el Gral. Sarasti pudo distribuir en guerrillas toda la tropa, atendiendo como lo pedía el caso, á la más atinada y vigorosa resistencia. Los defensores del ala izquierda acudieron á combatir contra las guerrillas que les circundaban por ese flanco, al frente del panteón; y unos pocos lograron pasar al otro lado con temeridad inaudita, atravesando en medio de los fuegos, por la piedra que servía de puente, al occidente del pueblo. Treparon luego por asperísimas é inaccesibles breñas, y cerrando el flanco derecho de la numerosa guerrilla enemiga, la desalojaron de aquella posesión acosándola á dos fuegos, hasta que finalmente consumaron la derrota. Inútil sería cansar la paciencia del lector con estériles inmoraciones de propia cosecha, cuando tenemos el detal escrito por el Gral. Sarasti, en su *Parte á la Nación*. Cedamos la palabra al Caudillo, para complemento y término del glorioso combate que venimos historiando.

XXIII.

“BOLETIN REPUBLICANO N^o 10.—
PARTE Á LA NACIÓN.

**Detal del combate del 28 en el territorio
de Quero.**

El día 27 moví mis fuerzas de Píllaro con dirección al sur de Ambato, porque supuse una salida de las fuerzas del Gral. Echeverría hacia Riobamba; y marchamos por Quillán; atravesamos la colina, los llanos Salasaca y el río de Pachanlica, y tomamos para Quero, punto demasiado conocido por mí y que lo he considerado siempre muy favorable en esta provincia, para combatir siendo atacado. Esta marcha la verificamos por la noche y con el objeto de oponerme á los movimientos del enemigo que ocupaba la ciudad de Ambato. Le dejamos, pues, á nuestra retaguardia y obligado á salir de sus fuertes. Llegamos á Quero á las seis del día 28 y después de haber descansado la gente, ordené que la división estuviera lista, ya para combatir si nos atacaban ó para marchar por la vía de Mocha, si el enemigo tomaba la carretera con dirección á Riobamba; pues tuve ya aviso de que se movía de Ambato. Nuestros aprestos duraron hasta la una de la tarde, hora en que fuimos advertidos de que el enemigo avanzaba con su vanguardia y que había ocupado el puente de Quero. Ordené que una partida del Escuadrón descubriera al enemigo y mientras tanto hice echar pié á tierra á todos los que estaban á caballo y que la infantería se pusiera en estado de combate. La descubierta ene-

miga había avanzado ya hasta la entrada del pueblo y se encontró con la nuestra, compuesta de los bravos jóvenes ecuatorianos Benigno Flor, Alejandro Alvarez, Alejandro Cevilla, Joaquín Lalama, Juan González, Manuel Sarasti, Julio Alvarez, Abel Pachano y el Comandante Mauuel Folleco Albornos.

Trabose el combate con bizarría y fué derrotada la descubierta enemiga, dejándonos cuatro muertos inclusive su jefe Varela, imbabureño, y cuatro prisioneros. En este encuentro perdimos al interesante joven cuencano Benigno Flor, que, llevado por su arrojo cargó sobre la primera guerrilla enemiga.—Durante este tiempo había dado yo todas las órdenes convenientes para ocupar los puntos atacables, formando una línea de batalla de más de 15 cuabras de frente. Sin embargo de la sorpresa todo se verificó con valor, entusiasmo, prontitud y orden.

El pueblo de Quero, que fué lugar de nuestro campamento, es un plano que ocupa un lugar dominante respecto del pequeño valle del río *Quero*, *Quero-chaca* y *Cuncun*, situado al Norte, y dividido por una profunda quebrada. Al frente del pueblo y pasando el río y vallesito hay un camino y zanjas profundas, y sobre este camino se eleva la colina y territorio denominado “Fuerte”, que domina al pueblo por su elevación.—El paso al pueblo se verifica por un puente de madera y se trepa por un camino ancho que tiene varias curvas.—A la entrada del pueblo hay una casa de teja y corrales que sirven de parapetos.—Al occidente y en el panteón hay una entrada de á pié

y al oriente otra en el molino Cuncun.

El enemigo colocó su artillería en el "Fuerte" que era el centro de su línea y ésta la extendió por su derecha hasta el frente del panteón del pueblo, y por su izquierda hasta el molino Cuncun, todo al Norte de nuestro campamento.—Nuestra línea fué extendida en relación á la enemiga y á nuestro número, y ocupaba una extensión de 15 cuadras; en esta forma.—La 2.^a compañía y parte de la 3.^a de la columna "Tiradores del Norte" á mando del Capitan. Roberto Bolaños y del Teniente Daniel Guerrero, formaba nuestra ala derecha hasta el molino *Cuncun*.—El Centro que era la casa de teja y camino del puente se ocupó por nuestra descubierta, al principio del combate, y después aumenté su número con los audaces jóvenes José A. Campi, Emilio Alvarez, Teófilo Zantander y una parte del Batallón "Tiradores del Norte".

Nuestra ala izquierda que ocupaba todo el frente del enemigo, desde el panteón hasta el camino del puente, se componía de la 3.^a compañía y parte de la primera del mismo Batallón, al mando de los Capitanes Manuel Arciniega y Leonidas Fajardo y del Teniente Eliseo Recalde; habiéndose además reforzado esta guerrilla con varios jóvenes del "Escuadrón" y con los Capitanes Cristobal Vallejo, Emilio Orejuela, mi Ayudante José A. Campi, Elias Garcez, Darío Sarasti, E. Andrade y Leopoldo González. Una vez establecida la línea encomendé el ataque por la derecha al bravo Comandante Eladio Rivera, cuyo "Parte" es como sigue: — "Sr. Cnel.

Jefe de Operaciones del Centro.—Cumpliendo con la respetada orden de U.S., respecto de la dirección del ala derecha que estuvo á mis órdenes, en obsequio de la verdad, diré lo siguiente.—Que habiéndome informado de las posesiones del enemigo, dispuse mis guerrillas de modo que pudieran ofender, sin ser ofendidas; y en efecto, no tuve sino un herido.—Recorrí, por dos ocasiones la línea hasta la “Casa de teja”; y al bajar observé que una parte del enemigo, fuerte de cien hombres, avanzaba sobre los molinos de *Cuncun*, pretendiendo atacarnos por un camino que conducía á nuestro campamento. Me dirigí á ese punto, en unión del Cptán. Teófilo Zantander, y encontramos que el enemigo había bajado y ascendía á nuestro costado. Ordené que una guerrilla comandada por el valiente Sarjento 1º Fernando Cárdenas, me siguiera, en unión del cual desalojamos de sus posesiones al enemigo, poniéndolo en derrota. Como tenía pocas municiones mande cesar el fuego y que se estuviera mi gente emparapetada hasta reforzarla con parte de una guerrilla que ocupaba el ala izquierda. Una vez que me reforcé, dí el ataque, que consumó la derrota completa del costado derecho.

Permitaseme recomendar á todos los soldados por el buén cumplimiento de sus deberes.—Su afectísimo — *Eladio Rivera*”.

Rotos los fuegos por el costado izquierdo, cada uno de los jefes y oficiales se disputaban por tomar sus puestos preferentes en los lugares que se les había confiado; y cumplieron con su deber presentando libremente el pe-

cho á los fuegos enemigos, sin trepidar ni un sólo instante. Sinembargo de que habían pasado dos horas de reñido combate, el enemigo no abandonó sus posesiones; y como nuestras municiones estaban á punto de extinguirse, ordené que una pequeña guerrilla del costado izquierdo, pasara á la quebrada y atacara á las guerrillas enemigas, situadas en el puente, tomándolos por retaguardia. Así lo verificaron los valerosos jóvenes Mariano Hidalgo-tercer Jefe del Escuadrón, Jiménez, Viteri, Fajardo y otros.

Este paso se verificó con resolución y arrojo ejemplar; fué tomada la posesión enemiga con la muerte y derrota de una guerrilla que se hallaba emparapetada en una acequia del labio de la quebrada; y marchando de frente hácia la derecha del enemigo, fusiló por las espaldas á la fuerte guerrilla enemiga que se hallaba atrincherada en los barrancos del puente. Fué este el instante supremo en que determiné dar un ataque por el centro, pasar el río y continuar de frente hasta batir la mayor parte de la fuerza enemiga que, con la artillería, ocupaba la loma denominada "Fuerte". Con este objeto recorrí personalmente toda nuestra linea, tomé parte de la guerrilla de la derecha y reforcé nuestro centro. Una invitación de honor á nuestros jóvenes y soldados que ocupaban ese punto fué suficiente para que llenos de entusiasmo me siguieran en el ataque y paso del río, que se verificó con velocidad, bajo los fuegos convergentes de toda la fuerza enemiga. El Jefe del "Escuadrón, Manuel Folleco Albornoz, acompañado

de Manuel Sarasti, Alejandro Sevilla, Francisco Cárdenas y Sergio Estrada verificaron el paso y continuaron por el costado izquierdo, con el valor y serenidad que acostumbran, los cuales completaron la derrota del enemigo, por ese costado y la persiguieron hasta la quebrada de Palagua. Los demás jóvenes del centro, precedidos por el Sr. Emilio Alvarez, continuaron por el camino de la derecha y consumaron la derrota del enemigo—antes de ascender á la altura. Como yo me hallaba á caballo continué la marcha y encontré los cañones tomados y que estaban prisioneros algunos jefes y oficiales. Consumada así la derrota en toda la linea enemiga y despues de tres horas y media de combate, hice tocar reunión; se recogieron todos los elementos de guerra tomados al enemigo y fueron conducidos al pueblo de Quero.—El número de muertos más ó menos, asciende á 50: el de heridos es mayor y diariamente se encuentran en las casas del campo del combate. Los dos cañones tienen toda la dotación de municiones. Los rifles tomados hasta el día pasan de doscientos.—El número de cajones de cápsulas, hasta la fecha es 24; debiendo recogerse algunos que el enemigo ha abandonado en los campos durante la derrota. El número de combatientes del enemigo fué el de seiscientos hombres.

Faltaría á la verdad y á la justicia, si omitiera hacer mención de los importantes servicios que en toda la campaña, en los combates anteriormente librados y en el de Quero, ha prestado el Sr. Dr. José Alvarez.—Este

patriota con su inteligencia y serenidad en el peligro fué mi compañero, ya para organizar el combate, ya para continuarlo acertadamente y ya, en fin, para coronar la victoria con el ataque al puente, previamente combinado por los dos.

La moderación del Sr. Comandante Eladio Rivera ha hecho que él omita todo lo que hizo en el lugar que se le designó en el combate y me creo obligado á expresar que él, con su valor é inteligencia, dominó la situación en toda la línea del costado derecho.

Todos los Jefes, oficiales y soldados ocuparon los puntos que se les designó y cumplieron con su deber, sin que haya uno solo que hubiese dejado de participar de los peligros del combate y de las glorias del triunfo.

Felicito á la Nación por hallarse ya casi develada la fuerza dictatorial del centro; y porque parece un hecho el establecimiento del orden y el triunfo de las instituciones republicanas.

Cuartel general en Ambato, á 1^o de Enero de 1883.

EL JEFE DE OPERACIONES,

José Maria Sarasti."

XXIV.

Después de la memorable jornada que acabamos de narrar, el pendón de la Patria, izado en las faldas del Tungurahua, empezaba á descogerse victorioso, para flamear á todo viento en las gloriosas del Pichincha.... Este golpe inesperado desconcertó radicalmente al Gabinete de Quito, donde se difundió la noticia de la derrota con celeridad eléctrica, á pesar de la entrada nocturna de los Jefes que, batidos en Quero, no pararon en su velóz carrera, hasta llegar al más recóndito asilo del palacio presidencial, para ocultar su ignominia acogiéndose á femenil amparo. . . . Así el medroso Páris huía acosado por los dardos del pujante Aquiles, á esconder su semblante pálido en el regazo de la hermosa cuanto infiel aquea!

El infortunio entonces arrancó la espesa venda que la ambición y codicia habían puesto á los ojos de los obstinados defensores de procáz Dictadura: ¡ infelices! no veían: y todavía rebeldes al brazo Omnipotente que había resuelto sacar á su pueblo de la servidumbre de oprobioso Faraón, incúlpense los unos á los otros, se indignan, rabían, lloran. . . . y como poseidos de insensato frenesí, vuelven los ojos acá y allá en busca de nuevas legiones para sellar la afrenta de la Patria: encuéntranlas en el Norte y tráenlas á la Capital (1), para lanzarlas á su inocente seno, cual hueste de hambrientos lobos, á cebarse en la sangre de víctima inocente. . . . Ya se acercan, congregados por la justicia

(1) "Sr. Gral. Jefe de Operaciones de las provincias del Norte.—Quito, Diciembre 29 de 1882.

Sin embargo de haberse ordenado antes de ahora, dispone hoy S. E. el Encargado del Poder Ejecutivo que US. providencie lo conveniente para que inmediatamente, aunque la columna "Tiradores del Norte" no hubiese llegado á Ibarra, emprenda su marcha á este lugar, el Batallón "26 de Diciembre". Finalmente dispone que US. venga á esta Capital, con el Batallón 26 y el personal que compone la Jefatura de Operaciones que está á su mando.—Dios y Libertad.—Martín Icaza".

"Al mismo.—Quito, Diciembre 30 de 1882.

Conviniendo á las actuales circunstancias que US. con el Batallón "26 de Diciembre" abrevie su marcha para ocupar esta Capital, como tiene dispuesto por varias comunicaciones que le ha dirigido este despacho; hoy he recibido orden de S. E. el Encargado del Poder Ejecutivo de reiterar aquella disposición,

Eterna : vienen á empapar con sangre culpable é inocente las calles y plazas de la hermosa Quito. Confundidos caerán el verdugo y la víctima, en cruenta expiación para lavar la afrenta de la Patria (1); empero ella, luego se alzará gloriosa, y recobrada después de penoso llanto, se adelantará á recorrer con pasos de gigante la ancha senda que á sus plantas se dilata. Volverá á vestir el fúlgido manto que le arrebataron manos indignas ; brillará su frente con nueva aureola, y, llevando en su diestra su pendón glorioso, á par con el lábaro divino, recibirá, con plácida sonrisa, los repetidos aplausos que le tributarán las demás Naciones de la libre América (2).

para que US. sin pérdida de instantes se empeñe en darle su cumplimiento.—Dios y Libertad.—Martín Icaza.

“Al mismo.—Quito, Diciembre 31 de 1882.

Por mi órgano queda impuesto S. E. el Encargado del Poder Ejecutivo de que US. con el Batallón “26 de Diciembre” y el Encargado de la División se encuentra en marcha para esta Ciudad ; y espera que su llegada á esta, sea en el menor tiempo posible.—Dios y Libertad.—Martín Icaza”.

(1) En la terrible y heroica toma de la Capital, el 10 de Enero de 1883, durante doce horas de cruda y sostenida lucha, perecieron numerosas víctimas, en casi todas las calles y plazas de la ciudad, siendo la mayor parte de los soldados de la Dictadura, y en especial de los “Tiradores del Norte. Habían llegado tres días antes del 10, y fueron los más pertinaces y temerosos combatientes, cuyo ceño y ademán agresivo mantenía á los moradores de la Capital, bajo la presión de involuntario pavor. La cruel matanza del 8 de Enero justificó plenamente el miedo que había infundido esta especie de Hunos de la legión de Atila.

(2) El desenvolvimiento de los sucesos que hemos referido, y sobre todo de los que después narraremos, son en nuestro concepto, fidelísimo cumplimiento de la predicción profética del inmortal García Moreno, la cual se registra en nuestra “Colección publicada en 1876, relativa á la memoria del Ilustre Presidente asesinado por el puñal infame de la asoladora demagogia. “Es imposible, decía, que no llegue al Ecuador el huracán revolucionario : yo seré el primer envuelto en su torbellino y correrá sangre en las calles de la Capital ; mas, presto se recobrará la Patria y el catolicismo triunfará definitivamente en ella”. No creemos engañarnos si afirmamos que hemos tal vez llegado á la realidad de esta consoladora predicción. La luminosa

Hasta aquí hemos seguido en la narración histórica, el curso natural de los acontecimientos, guardando en ella cierta unidad parcial, si así podemos llamarla: en adelante la variedad de hechos y concurso de múltiples elementos, nos ofrece alguna dificultad para trazar al entendimiento un camino llano y expedito en la exposición de los sucesos, cuyo enlace buscaremos en las relaciones de lugar y tiempo. De aquí es que nos ha parecido conveniente publicar en un sólo libro la *historia parcial* de la reacción del Centro, la más desconocida, así como, en nuestro concepto, la más eficaz y decisiva en sus heroicos y gloriosos esfuerzos. El combate de Quero coronó con el triunfo magnífico allí alcanzado, los sacrificios y perseverancia del patriotismo de su Caudillo y demás comilitones. Hasta esta victoria campea por sí sola, la gloria de los restauradores de la reacción central: después, los laureles segados en los demás combates, circundan, con profusión mayor, las sienes vencedoras de los felicitos Jefes del Centro, Sur, Norte y Occidente de la República. Escribiremos, pues, en el siguiente volumen la historia de la primera y segunda expedición del Sur, la del Norte, y si podemos obtener datos, la del Occidente, hasta el día en que la Victoria ciñó la frente de todos los Caudillos con el inmarcesible lauro alcanzado en las márgenes del Guayas.

Asamblea de 1883, con su cordura y acierto, ha tratado de resolver el problema, y el Magistrado que ha elevado al Solie que ennoblecieron tantas virtudes, como después afearon indignos vicios, justificará, no lo dudamos, esta acertada elección de los dignos representantes de la voluntad nacional; y disipando las sombras de la ignorancia y la impiedad, funestos nubarrones que condensan las tempestades asoladoras de los pueblos, conducirá, con firme mano, al del Ecuador, por el recto sendero de la paz y el progreso á la consecución de su ventura social.



LAS BATALLAS. (*)

CANTO DEDICADO A LOS HEROES

DE LA

RESTAURACION.

I.

Titánicas batallas
Con asombro la estirpe venidera
A las madres y esposas
Escuchará narrar cual fabulosas.
No hay fortísima torre, no hay murallas
Que no derribe la ira justiciera,
Que al criminal hostiga
Y en cien y cien combates le castiga.

Nunca el imperio de la fuerza solo,
Hollando altivo las sagradas leyes,
Formó estable dominio.
Del Ecuador al polo,
De zona en zona déspotas y reyes
Mirad caer en duelo y exterminio,
Si bando popular, cual la tormenta
En truenos desatada, se presenta.

Si un altar se derrumba, mil altares
Alza á la diosa Libertad el mundo,
Y genios tutelares,
Aparecen guerreros á millares.
Sin patria, sin asiento,

(*) Publicamos en esta Historia el patriótico canto del Sr. D. Quintiliano Sánchez, como un epílogo poético de los gloriosos hechos que ella refiere.

Errante por el orbe el Despotismo,
 Mustio arrollando su pendón sangriento,
 Vuelve á su antigua gruta del abismo.

¿Dó está el esfinge impuro
 Que con aliento pestilente vicia
 Honor y dignidad? En cielo oscuro
 Radiante estrella fulguró propicia;
 Mostró su rostro la esperanza, y, yerta,
 La feroz Dictadura,
 Oyó en su derredor voces de alerta.
 Después, envuelto en nube enrojecida,
 Bolívar recorrió nuestras montañas
 Levantando animosos corazones,
 Al recuerdo feliz de sus hazañas.
 Contempló nuestra hueste, ya vencida,
 Ya vencedora, combatir sin tregua,
 Y en su último recinto
 Ahuyentar al tirano en sangre tinto.

II.

Vencido en Yuracruz, vuelve el patriota
 A combatir audaz: en más bravura
 El pecho animoso arde;
 Cobra en Pisquer más brío en la derrota:
 Que nunca la constancia fué cobarde.
 Olvida la pasada desventura
 Magnánimo el soldado.
 ¿Qué es el capricho de voluble suerte?
 El ejército, roto y destrozado,
 Torna á unirse más fuerte,
 Y al enemigo opone, en su despecho,
 Denso bosque de lanzas erizado.
 Así agitadas olas,

Si un momento, del ábrego al empuje,
Se van gimiendo separadas, solas,
Pronto se juntan sobre el mar que ruga,
Y unidas, con embate furibundo,
El alto escollo azotan: en fragmentos
Rueda luégo el coloso,
Y en fragor espantoso,
Húndese del abismo en lo profundo.

III.

En vano flota al aire la bandera
De negra servidumbre;
La juventud guerrera
Acude en apiñada muchedumbre;
Con férvido arrebató
El odiado pendón hace girones,
Y repiten del triunfo las canciones
Tus claras ondas, bullicioso Ambato.

Pocos los héroes son, grandes las huestes
Que audaces los acosan,
Mas con rayos celestes
El patrio amor los guía.
Los bravos no reposan,
Los bravos nunca tímida la espalda
Muestran al enemigo.
Luchar es su porfía,
Vencer es su ambición. Fuiste testigo
De lidia desigual, Chambo rugiente,
Cuando en la débil puente
Los jóvenes resueltos se apiñaron,
Como pequeña valla
Contra acrecido, asolador torrente.
Sobró el valor, faltóles la metralla;

Del tirano las hordas rechazaron;
Mas les negó el destino
Seguir las de la fuga en el camino.

IV.

Yo, proscrito in feliz, en extranjera
Costa, al estruendo de la mar bravía,
Con trova lastimera
Lloraba el sino de la patria mía.
De súbito, nublado el horizonte,
Mustio bando de sombras silenciosas
Por el éter sombrío discurría,
Las almas de guerreros que, llorosas,
Al Setentió:1 volaban, y en su vuelo
Nuncias eran de horror y desconsuelo.
El ángel del pesar y el sacrificio
Se aparece, y les nombra;
De áurea nube cercándoles, se asombra
Del valor de los héroes de Esmeraldas.
Cual lluvia de topacios
Relucientes guirnaldas
Les envía, y se pierde en los espacios.

V.

Cual iracundo rayo que discurre
Asordando la extensa
Atmósfera enlutada,
Y aquí desata el trueno, allí apagada
Deja su lumbre breve instante, y luégo
Aparece otra vez; la nube densa
Rasga, que estorba su veloz corrida,

Y rutila más vívido su fuego:
Tal del genio la chispa creadora
Renueva en todas partes lid reñida,
Y trémula la tierra
Atletas mil y mil brota impaciente.
Ya desde el abrasado
Macará al Carchi helado
Ronco retumba el eco de la guerra.

Pobres en armas, ricos de pujanza,
Aparecen del Norte los guerreros,
A merced de su genio y la esperanza.
Ochenta cazadores
Van á lidiar con tigres carniceros,
Van á domar los hórridos furores
De la innúmera turba que desgarró
Tu seno bienhechor, ínclita Ibarra.

Llegaron ya: tenaces combatieron
Un día y otro día;
Triunfó su bizarría;
Perdón y abrazos al vencido dieron:
Que es dulce perdonar, darle la mano,
Cuando yace caído nuestro hermano.

VI.

Cual vengativa loba
Que herida del pastor, en la cercana
Selva corre á ocultarse mal su grado,
Y ruge por la presa que le roba
El fiero vencedor, el destrozado
Bando dictatorial cede, y, con ira,
Meditando venganzas, se retira.

Cual, ingente por recios aluviones,
Con su raudal asolador borbota,

Y brama airado el Chota,
 Sus abrazadas márgenes cubriendo;
 Del Dictador las pérfidas legiones
 Invaden por doquier: número grande,
 Que hace temer, bajo su planta, el Ande.

Si con segur constante, en redoblados
 Golpes, hieren tres pinos
 Trescientos campesinos,
 Presto caen los árboles copados . . .
 ¡Venció la muchedumbre,
 La venganza triunfó! Con nube triste
 Veló el Cayambe la soberbia frente.
 Tú, mirar el destrozo no quisiste,
 Titán andino, y la abatida gente,
 Entregada á la bárbara cuchilla
 Que en manos del rencor hórrida brilla:
 ¡Baldón eterno al destructor infame
 De pobre pueblo inerme!
 Si blando sueño alguna vez le aduerme,
 Su pecho llama del averno inflame,
 Y de orfandad y de viudez el ruego
 Al criminal pertúrbele el sosiego.
 Terríficas visiones del culpado
 Tengan la mente inquieta:
 Que mientras más secreta,
 Es mayor la zozobra del pecado.

VII.

Lloró la Patria el postrimer combate
 Y la crueldad del vencedor; mas presto
 Súbito brilla el rayo de Patate.
 Sonrió el Ecuador con la esperanza,
 Y surgir vió noveles lidiadores,

Crepúsculo de aurora que se avanza,
Coronada de suaves esplendores.

Salve á tí, juventud alta y gallarda,
Cuya noble ciudad con sesgo giro
Del Obibunga las olas acarician.

Viendo que el triunfo de los libres tarda,
A lidiar te apercibes sin respiro;

Pródiga de tu vida,
Retas al enemigo en su guarida;

Le hostigas y amenazas
Y tu valor le ofusca.

En balde, en balde busca
Banda traidora inútil resistencia.

La oprimes, despedazas
El formidable fuerte: á tu potencia

Todo cedió; venciste, y, generosa
La Victoria se unió con la Clemencia.

Mas ay ! víctima noble
Guerrero valeroso, (*)

Como tronchado roble
Sucumbe en el combate furibundo.

Ved al hijo valiente, aunque lloroso,
Sostener á su padre moribundo

Y recoger el postrimer aliento
Del paternal amor. . . Cuadro sombrío

Que con tinté sangriento
Trazar no quiere el pensamiento mío.

Dicen que triste el padre Chimborazo
Cubrió su faz con funerario velo,

Y me dicen que un ángel, dulcemente,
Entre la bruma desplegando el vuelo,

Llevóse el alma del patriota al cielo.

(*) El coronel Félix Orejuela.

VIII.

Campo de Sanandrés, donde la Gloria
 Y la Piedad tendrán su monumento,
 Tú dirás á la historia
 Cuanto el valor y el noble sentimiento
 Pudieron en un ánimo elevado,
 Más generoso mientras más osado.
 Ancho muro de piedra
 Guarece al enemigo; es el denuedo
 El muro de los libres: nunca arredra
 A los resueltos á morir, el miedo.

Vencieron! Sonreída la Victoria,
 Sobre carro triunfal engalanada,
 Acompaña á los héroes: asombrada,
 Menos esquiva ya, menos odiosa,
 Muestra, por fin, el rostro la Fortuna.
 Ya la inconstante diosa
 Tornándose en adversa,
 Luz deficiente de menguante luna,
 Tiende á región diversa.
 Sueños del Dictador, sueños de rosa
 Anublándose van, y, una por una,
 Ilusiones de eterno poderío
 Se evaporan cual humo en el vacío.

IX.

Segunda vez ¡ oh Chambo! tus raudales
 Con la matanza horrible
 En sangre van teñidos.
 El genio de tus linfas invisible,
 Al ver tan fieros males,

Tus orillas llenó con sus plañidos.
En las ásperas peñas
Rodaron inflamadas las cureñas;
Por uno y otro bando
El lívido Pavor blande su tea;
La Muerte se recrea
Con su hoz las vidas, como mies, segando.
En el delirio cruel de la pelea
Sobre las puntas de hórridos peñascos,
Lastimado el bridón, grabó los cascos;
Y el cóndor espantado la ríscosa
Morada abandonó, lúgubres sonos
Mezclando al resonar de los cañones.

Cien contra mil combaten ; oh portento
Que la prole futura
Como conseja oirá, como locura!
En su heroico ardimiento
Quemó el patriota el postrimer cartucho,
Perdió el combate, conquistó la fama.
El enemigo aclama
Por triunfo su escarmiento.
; Vano engañar ! que la trillada senda,
Cubierta de cadáveres, detiene
El paso al vencedor: la del espanto
Pálida imagen viene
A helarle el corazón, y los cabellos
Se erizan, y el quebranto
Hace doblar los cuellos,
Y la diana triunfal truécase en llanto.

En retirada lenta
Nuestro animoso ejército se ausenta,
Para tornar después más denodado.
Semejante al león, cuando abrumado
De líbicos pastores,
A su pesar se aparta, y el rebaño

Deja, donde hizo irreparable daño.

X.

Tú, Musa, me dirás quiénes audaces,
Con large afán cruzando los desiertos,
A la patria del Shiri se encaminan:
Tú en exaltar, oh Musa, te complaces
La grandeza, el valor; tienes abiertos
Alcázares sublimes,
Donde los héroes moran y dominan:
Tú del ingrato olvido los redimes.
Ni viento helado, ni empinada sierra
Abaten su constancia.
¿ Quiénes son que no temen la distancia?
Los hijos denodados de la guerra.
Por entre breñas y hondos precipicios
Con ahinco atraviesan: sacrificios
Pide la libertad: fatigas, hambre
No alcanzarán á quebrantar sus bríos.
Desfilan por los páramos sombríos
Cual genios silenciosos
Que, en la noche callada,
Recorren la campiña sosegada
Del estéril Sechura
Hasta donde los Andes encadena
El aterido Azuay con nudo estrecho,
De rudos temporales á despecho,
El escuadrón de atletas se apresura.
Tú los viste lidiar firmes, serenos,
Nebuloso Alausí, y en su guarida
Buscar al enemigo: allí les plugo
Vencer y perdonar, darle la vida,
Y apellidar hermano á su verdugo.

Palpitó el Ecuador: en la sorpresa
A sus héroes bendijo;
Miró augurio feliz, y se predijo
Del suspirado triunfo la grandeza.
Los que aun dormían prolongado sueño
A lidiar despertaron,
Y, con tenaz empeño,
A la muerte, riendo, desafiaron.

XI.

Del Norte la falange
Ya desde Taya á reluchar se apresta:
Las hondas ramblas y la andina cuesta
Aumentan el denredo.
Convertida el azada en coryo alfange,
Emprenden los guerreros su camino;
Dejan atrás aprisionado al Miedo,
Y buscan mejor sino,
Henchido el pecho de furor divino.

En vano de Trembuetta
Ciénagas tembladoras,
Noches de horror y vendabal y nieve,
Inclencencias del aire matadoras,
El paso detenéis: nada sujeta
El alma, cuando el patriotismo mueve
Al hombre al sacrificio, á las empresas:
Amor de libertad es vivo fuego
Que deja al imposible hecho pavesas.

Después, repuesto bosque y ancho valle
A descansar convidan al guerrero:
Yo me espacié por la florida calle
De nunca hollado césped; placentero
Yo contemplaba el seductor paisaje,

Donde descuella, en majestad salvaje,
Riquísima y feraz naturaleza
; Oasis de placer ! los pabellones
Tiéndense allí, bandada de alciones
Que á solazarse empieza,
Y al sol de medio día,
El ala expande en grata algarabía.

Mas de súbito suena,
Llenando el aire, la guerrera trompa,
Y la quietud amena
Del bosque turban rudos estampidos.
Su primitiva pompa
Perdieron ya los árboles erguidos;
En vez del alborozo
De las canoras aves, que se ahuyentan,
Se oyen de ardientes balas los silbidos;
Espantable destrozo,
Cual granizar horrísono, acumula
Las ya deshechas ramas;
Y tú doliente clamas,
Oh ! Genio de la selva. Profanado
Viendo la vez primera
Su delicioso prado,
Ví del genio la Sombra veneranda
En actitud partirse lastimera,
Y huir dejando la apacible Banda,
Do tal vez en la noche el campesino
Oye llorar los manes de Noguera. (*)

La horda feroz retrocedió, al postrero
Resplandor de la tarde: rojas huellas
De su furia quedaron,
Y sobre el campo enviaron
Moribundo destello las estrellas.

(*) Francisco Noguera bárbaramente asesinado por los "Tiradores del Norte," sin embargo de estar rendido.

XII.

La fama, en tanto, nuncia de ventura,
Pregona ya, con repetido acento,
La humillación que abate
De pesar á la inicua Dictadura,
Como polvo deshecha en el combate.
Las campiñas de Quero
Resuenan con el toque lisonjero
De las alegres dianas,
Y el pendón tricolor, copia del iris,
Ondea levantado.
¡Gloria! repite el valle, y las lejanas
Rocas del Tungurahua el eco ronco
Devuelven duplicado.
Ya la legión triunfante
Tiende á Quito la espada centellante,
Y altivo avanza el Escuadrón Sagrado.

XIII.

En tanto la legión restauradora,
Que desde el Norte ahora
Más audaz y temida se abalanza,
Al enemigo amedrentado acecha,
Y en los riscos de Pisque, cautelosa,
Le aguarda; allí le estrecha,
Le rompe y desbarata,
Y tus linfas; oh río! antes de plata
Ruedan hoy en corriente sanguinosa.
Ya de Quito en las sierras y colinas
La fama está con voces argentinas
Cantando de la patria los loores

De futura victoria;
Y tiemblan los traidores
El irritado enojo
De la ciudad de Ascásubi y Riofrío.
Cuán presto ¡ay! ilusoria
Su potencia será, pobre despojo
De irresistible brío.
Fiero redoble de tambor anuncia
Que llegan ya los vencedores grandes:
Así veloz relámpago en los Andes,
Si la esfera se torna macilenta,
Al temeroso labrador avisa
Que viene ya cercana la tormenta!

XIV.

Quien desprecia la muerte
Rinde á sus pies á la implacable suerte.
Vigor de juventud, sublime arrojo
Al ánimo engrandecen,
Y, cuando estalla el popular enojo,
Donde quiera los déspotas fenecen.

Fuego de bien las juveniles almas
Enardeció cual nunca: gloria, anhelo
De arrancar al Traidor nobles presecas,
Son las mejores palmas
Que crecen, con el tiempo, giganteas.
Quiteña Juventud, que no rehusas
Entregar, así en flor, la dulce vida,
Canten tu nombre las excelsas Musas
De enardecidos bardos:
Que yo á loar tu fama esclarecida
Subo con pasos tardos,
¡ Elevada es la cima

Donde el humano ingenio se sublima !
Ninguna edad, empero,
Callará tu alabanza,
Y el vivo sol de Enero
Preludio de otro sol más esplendente,
Alumbrará en bonanza
Vuestro hogar circundado de laureles.
En derredor de plazas y cuarteles
Vagarán vuestras sombras, si algún día,
Pasado el escarmiento,
Triste ejemplo de horror, trono sangriento
Vuelve á sentar aquí la Tiranía.

XV.

Quando el añoso tronco
De pino secular, en selva inculta,
Se comienza á prender con chispa oculta
Que dejó el leñador, incendio renco
De súbito á los aires se derrama:
De diversas regiones
Se encuentran contrapuestos aquilonés;
Avivase la llama,
Es el bosque una hoguera;
Inflámase la esfera,
Y, faro luminoso al horizonte,
Refléjase la luz de monte en monte.
Después, vuelta en ceniza
La erizada espesura,
Se trueca en campo de eternal verdura
Que benéfica lluvia fecundiza.

Así, de Norte y Sur raudos viniendo
Temidos combatientes,
De esta ínclita ciudad en el regazo

Su bravura y tesón van confundiendo.
¡ Ved las altivas frentes !
¡ Ved á tanto adalid crispar el brazo !
A tanto batallar, á tantos sonos
Y continuada grita,
Al resonar sin fin de los cañones
Semeja la ciudad volcán rugiente.
Es Sangay nebuloso que vomita
Sin cesar lava hirviente.
Irrádiase repente
El gran Pichincha: apareció en la cumbre
Indignada la Sombra de un guerrero,
Cuyo semblante fiero
Rayos despide de rojiza lumbre.

“ ¡ Muera la servidumbre ! ”

Dijo en sublime voz: “ ¿ quién mi reposo
Viene á turbar y mi mansión sagrada ?
Te dí mi genio, te dejé mi espada,
Quito, de mi amoroso
Y tierno corazón hija mimada.
Del reino de las almas silencioso
Por vez postrera á tus clamores vengo.
Si la existencia material no tengo,
Aun conservo tu amor. Óyeme: mando
Que torne á tí la libertad: el rudo
Despotismo, que pudo
Tus glorias empañar, huya temblando.
Vive feliz, y próspera y segura,
Quito, reina gentil: en adelante
(Lo pruebas tú por digna y por constante)
No imperará jamás la Dictadura. ”

Así Sucre exclamó; y áureo celaje
Veló su majestad: canto de triunfo
Los corazones llena;
Y, ya vengado infamador ultraje,

Tras largas horas de luchar horrendo,
Libre su patria viendo,
El trovador proscrito se enajena.

XVI.

Rumor de otras victorias
Nos traen ya las auras de Occidente:
Babahoyo denodada
Abatió la cerviz del delincuente.
Allí está, coronada
De fresco lauro la radiosa frente.
¡Salve, ciudad, que el heredado brío
Contra el Tirano ostentas,
Y hermosa á tus hermanas te presentas,
Como la palma de tu claro río!

Y la feroz batalla,
Y el incendio voraz y la metralla
Que se desata en tempestad horrenda,
Y el clamor de mil voces que al rugido
Se mezcla del Oceano,
¿Tú, Musa callarás? Esfuerzo vano
Loar magna contienda
Con tu lira de lánguido sonido.

Prodigio de valor, cuna de atletas,
Si yo pudiera solo
Tu esfuerzo pregonar de polo á polo,
De otra libre región á los poetas
El alma inflamaría,
Y, coronado de laurel y gualdas,
Con ellos cantaríá

Tu nombre y tu blasón, bella Esmeraldas.

Tú, la primera, hiciste
Al Tirano temblar sobre su asiento;

Al fin caer le viste;
Tu constancia venció, y el vencimiento
Aplaude ya con cánticos Colombia,
Y, la fama, que vuela,
Lleva el canto de triunfo á Venezuela.

XVII.

¿ Viste al undoso Napo y al Pastaza
Y al Tigre unirse y confundir sus ondas
En el hinchado seno
Del padre de los ríos, Amazonas ?
Bajo la enorme maza
Remuge el hondo cauce en sus abismos;
El bosque tiembla ensordecido, y lleno
Del rimbombar de prolongado trueno.
El ponto airado, al recibirlos, gime,
Mientras, al són de cantos eternos,
De entre las aguas álzase sublime
El Genio de las selvas orientales.

Así de Norte y Sur y de Occidente
Las legiones triunfantes,
Desatado torrente tras torrente,
Afluyen sin cesar. Orgullosa antes,
Llena de gloria, ornato de sus playas,
Embeleso de ricos mercadantes,
La Sultana del Guayas,
Era del Ecuador preciada perla.
Mas ¡ hoy ! hiérese al verla
El corazón: un sátiro lascivo
Entre sus brazos oprimirla quiere.
Pálida está la ninfa; en afflictivo
Ademán tiene al cuello la cadena;
Ya su mirada languidece, y muere;

Y la sangre y la vida le envenena
El negro diente de la amarga pena.

Colgada allí de opaco tamarindo,
¡Cuán muda está la cítara de Olmedo!
Sólo el aura, al pasar, como de miedo
Hace gemir sus cuerdas. En el lindo
Rosal ya no sestean las ondinas,
Ni del cantor la imagen
Engalanan con flores purpurinas.
¡Como será que ultrajen
Inmudas plantas tu primer diadema,
Guayacense beldad, antes dichosa!
Mas ¡oyes? pavorosa
Descarga resonó. . . . ¡menguado! tema
Tu sórdido Tirano
O fuga vil ó término cercano.

Ancha zona de llama chispeante
De la ciudad en torno se distingue,
Y lluvia de metralla centellante
Cubre el campo de horror de Mapasingue.
Fuego en los flancos, fuego por el centro,
La sabana se alumbrá,
Y, en medio de la noche y la penumbra,
Tan sólo se oye repetir: ¡adentro!

Inflamada Quinera
Elévase el Santana, de cañones,
Y fusiles y lanzas, erizado.
Allí la rabia fiera
Sentó sus sanguinosos pabellones,
Último asilo del feroz malvado,
Cuyas huestes defienden, por encono,
De un amo vil el vacilante trono.

Añoso cedro, rey de las edades,
Despreciador de rudas tempestades,
En la altura sereno se resiste

El enemigo bando en su despecho,
Llena su mente de presagio triste,
El sueño de victoria ya deshecho,
Halla en la muerte fin á su vergüenza
Y hace del monte su mortuorio lecho.

A la hueste gentil, restauradora,
Todo cede en un punto:
Las trincheras, la fosa aterradora,
El fuerte impenetrable, todo junto
Despreció su valor: por todas partes
Van cayendo en pedazos los baluartes.
A cada rudo encuentro
Se enardece el soldado,
Y salva ya los montes y el Salado,
Siempre, en su furia, repitiendo: ¡adentro!

Del Traidor, por quien lidian, traiciona-
Huyen los enemigos espantados, [dos,
Cual de panteras formidable banda
Que en su cubil oculta, por regiones
Diversas se desbanda,
Si oye rugir de cerca á los leones.

¡ Batalla de titanes
Que narrará la Historia con asombro !
“ Paso de vencedor, armas al hombro ,”
Ordenan ya los bravos capitanes.
Ya Guayaquil sus puertas
Abre á los vencedores;
Y, al redoblado són de los tambores,
En tu palacio líquido despiertas,
Tú, seductora ondina,
Numen de la corriente cristalina
Del Guayas celebrado.
Tú, que inspiraste á Olmedo,
El mejor de los vates que han cantado
Glorias ecuatorianas,

Vuelve y ensaya férvidos cantares;
Y resuene tu canto en las sabanas,
Y del río las ninfas tutelares
El nuevo triunfo *anuncien á los mires.*
Por las cerúleas olas serpeando,
En fuga vergonzosa,
Harta de oprobio va la Tiranía.
Las alas de los vientos desearía
Para aquietar el ánimo medrosa;
Mas, dentro el corazón, va la conciencia
De maldades tamañas,
Cual buitre vengador que las entrañas
Le roe, á cada instante, sin clemencia.

XVIII.

¡ El Ecuador triunfó ! ¡ Gloria y alteza
A tantos adalides !
En balde, oh Musa, pides
Por cada atleta un canto,
Cuando mi voz á enumerar no alcanza
Tantos héroes y nombres: la alabanza
De insonoro laúd no puede tanto.

Vosotros triunfadores,
Orgullo de la patria, antemurales
Del pueblo que os llamó libertadores,
Vivid para la gloria, y en raudales
De luz indeficiente
Se bañará la coronada frente.

¡ Paz á los héroes que en la lucha impía
Lidiando sucumbieron, generosos
Mártires dignos de la patria mía !
Sol apagado en la mitad del día,
Pasó vuestro existir; mas la memoria

De vuestros claros hechos
No pasará jamás. . . . Mientras los Andes,
Testigos que proclaman vuestra gloria,
Se coronen de nieve,
Mientras, corriendo el Marañón gigante,
Al recio impulso que sus aguas mueve,
Férvido embista al bramador Atlante,
Se oirá el acento varonil que augura:
No imperará jamás la Dictadura.

D. Pánchez

XVII

INDICE.



	<i>Pág.</i>
AL LECTOR	1
Consideraciones generales.	1
Cap. I. Primer movimiento contra la Dictadura, en la ciudad de Ambato.....	2
„ II. El Comandante Antonio Arteaga. ..	5
„ III. Asalto al cuartel. ..	8
„ IV. Ármanse 200 hombres y se movilizan, sin resultado, á las órdenes del Gral. Victor Proaño.....	13

SEGUNDA PARTE.

	Promesa del Comandante Rivera. ..	20
Cap. I.	Entrevista en Patate.	21
„ II.	Preparación de Sarasti.	22
„ III.	Combinación para atacar los cuarteles de Ambato y Riobamba.	26
„ IV.	Rendición del cuartel de Riobamba y movimientos posteriores.	33
„ V.	Disolución de los reaccionarios el 4 de Octubre. ..	42
„ VI.	Sorpresa.	42
„ VII.	Esfuerzos de Sarasti para recaudar las armas.....	44

TERCERA PARTE.

	Situación de los dispersos que habfan quedado en Patate.	45
Cap. I.	Nueva reacción.	46
„ II.	El Cnel. Ortega en el puente de <i>Patate viejo</i>	49
„ III.	Defensa victoriosa de los reaccionarios.	51
„ IV.	La tropa del Cnel. Navarro socorre al Coronel Ortega.	54
„ V.	Conferencia y resolución de Sarasti y	

	<i>Pág.</i>
	sus compañeros. 56
" VI.	El Coronel Ortega en Pelileo..... 58
" VII.	Nuevos movimientos para invadir á Patate..... 59
" VIII.	Parte Sarasti á Baños. 62
" IX.	Escaramuzas en Patate. .. 67
" X.	Encuentro de Cusatahua y sus resultados. .. 68
" XI.	Sarasti en <i>Munduc</i> 72
" XII.	Prisión del Señor Octavio Alvarez.. 75
" XIII.	Consecuencias. 76
" XIV.	Ofrecen los jefes dictatoriales garantías. 78
" XV.	El Señor Octavio Alvarez en la hacienda de Tontapí. 80
" XVI.	Proposición de <i>tregua</i> 81
" XVII.	Arteaga llega de Riobamba. 87
" XVIII.	El emisario del General Sarasti y los jefes de la Dictadura en Ambato. .. 89
" XIX.	Condiciones para los arreglos. 90
" XX.	Regreso del emisario á Patate. 97
" XXII.	El Comandante Rivera. 102
" XXIII.	Conclusión de la <i>tregua</i> 105
" XXIV.	<i>Ultimatum</i> 108

CUARTA PARTE.

Cap. I.	La Dictadura y sus contrarios. 109
" I.	Las fuerzas del General Mata en Pelileo por segunda vez. .. 111
" II.	Apuestos bélicos. .. 113
" III.	Movimientos del Caudillo del Centro. 115
" IV.	Marcha á Sanandrés. 117
" V.	Combate de Sanandrés. .. 119
" VI.	Resultados del triunfo. 125
" VII.	Actitud de las fuerzas de Pelileo. .. 127
" VIII.	Resistencia en Patate viejo. 129
" IX.	La tropa dictatorial en Patate. 130
" X.	Evacuan la plaza de Patate. 132
" XI.	El Coronel Barona en Pelileo. 136
" XII.	El Designado Supremo en Ambato.. 137
" XIII.	Felicitación oficial por el triunfo de

	<i>Pág.</i>
	Patate. 138
" XIV.	Marcha del Ejército de la Dictadura á Riobamba..... 140
" XV.	Evacuan las fuerzas de Sarasti el cuartel de Riobamba..... 141
" XVI.	Su itinerario. 143
" XVII.	Las tropas del Señor Leopoldo Salvador en San Luis. 145
" XVIII.	Combate de Chambo. 148
" XIX.	Detal del combate por el Supremo Director de la Guerra..... 152
" XX.	Episodios. 159
" XXI.	Orden general dada por el Dictador después de Chambo. 163
" XXII.	Felicitación del Gabinete de Quito. . 164

QUINTA PARTE.

	Resolución de Sarasti después del combate..... 166
Cap. I.	Reúne la gente en Hatillo y Matus. 167
" II.	Avístanse con las fuerzas contrarias en Penipe. 169
" III.	Desconcierto y turbación de los jefes de la Dictadura. 171
" IV.	El General Sarasti deja la provincia del Chimborazo. 173
" V.	Ocupación de Pillaro..... 175
" VI.	Ventajas de este movimiento. 179
" VII.	Penoso cuadro del Ejército dictatorial. 182
" VIII.	Nuevos triunfos de Sarasti. 186
" IX.	El Cónsul de la frontera de Colombia. 188
" X.	Nuevas tropas dictatoriales de la Capital para reforzar las del Centro. . . 193
" XI.	Documentos oficiales. 194
" XII.	Anuncio de la expedición del Sur... 201
" XIII.	Adelántase Sarasti al encuentro del Comandante Franco. 203
" XIV.	Percances de la tropa comandada por este Jefe. 208

	<i>Pág.</i>
„ XV. <i>Combate de Pansaleo</i>	210
„ XVI. <i>Escursión á Píllaro</i>	211
„ XVII. <i>El General Sarasti se encamina á Quero</i>	213
„ XVIII. <i>Plan militar de este Jefe</i>	214
„ XIX. <i>Un curioso episodio</i>	216
„ XX. <i>Acampan en Quero</i>	217
„ XXI. <i>El Ejército de la Dictadura se dirige á Quero</i>	218
„ XXII. <i>Combate de Quero</i>	223
„ XXIII. <i>Parte á la Nación</i>	225
„ XXIV. <i>Ultimas providencias del Gabinete de Quito</i>	232
231 „ <i>“LAS BATALLAS”.—Canto del Señor</i>	
231 „ <i>D. Quintiliano Sánchez</i>	235

ATRAS Y ADELANTE!

En uno de los viajes que no en muy remotos tiempos hicimos de Guayaquil á la Capital, tuvimos la fortuna de encontrarnos en Bodegas con un *Gringo*, que quería visitar nuestras plateadas cordilleras. El día de nuestra marcha al interior plúgole agregarse á nuestra caravana, y le admitimos con muy buena voluntad. El amable *Gringo* al ver tantos cachibaches y trebejos de montar; al ver nuestros encauchados, ponchos, pellones, polainas ó *zamarros*, espuelas y toda esa máquina complicadísima de correas, hebillas, arretrancas, grupas, &ª &ª, estuvo á punto de perder el juicio, y abría unos ojazos como si preguntase qué significaba toda esa balumba y aparato. Fácil era comprender que el viajero no estaba *iniciado en los misterios* de la equitación hispano-americana, y él mismo nos declaró ingénuamente que jamás había cabalgado en sus 45 años de vida; y que en consecuencia se ponía todo entero en nuestras manos, para que hiciésemos de su amable persona lo que mejor nos pareciese. No era posible hacer traición á tan generosa confianza, puesto que para algo y para alguien haya de servir la lealtad y consecuencia. Así es que, entre todas las cabalgaduras escogimos para él, la más mansa, vo-

luntaria y segura. Éralo un macho, de mayor edad, y que por tanto podía aparecer en juicio por sí solo, pues contaba 29 años de vida; oriundo de Chillogallo, macho de mundo, macho fogueado, que ya en la toma de Guayaquil por García Moreno y el General Flores, había prestado importantes servicios á la patria conduciendo pertrechos y municiones de boca, y se había distinguido por la serenidad y la calma en varios encuentros peligrosos. El hecho es que tantos y tan grandes eran sus merecimientos, que su amo, en recompensa, le había ascendido de bestia de carga á macho de silla: sin duda alguna era este un ascenso, y muy merecido; sobre todo si se considera que en la especie humana, menos que eso se requiere, á las veces, para encumbrarse un individuo hasta las mismísimas nebulosas.

Llegado el momento de la partida, dirigíonos Mr. William Blayer, que así se llamaba, esta pregunta: ¿y cómo verificaré mi ascensión á las cimas de esta bestia?—Contestámosle:—Mire Ud.; ponga el pié izquierdo en el estribo correspondiente, tome con la mano siniestra al macho por la crin, y apoyándose en el estribo suba el cuerpo y eche á volar la pierna derecha por los aires, hasta ocupar perfectamente la cuenca del galápagos. Así... y montamos todos. Los habitantes del Norte de Europa y de América, son por lo común, hombres muy reflexivos y prácticamente filosóficos: todo lo hacen con cálculo y con una *razón suficiente*: ojalá fuésemos como ellos los moradores del Ecu-

dor. En esta virtud nuestro compañero, antes de emprender su ascensión, según decía, detúvose un instante y dijo:—Yo he leído la historia del Japón, donde se observa que los japoneses se apoyan para montar en el pié derecho, por cuanto no debe tan arriesgado negocio fiarse del izquierdo: yo opino con ellos . . . y diciendo y haciendo pasó al otro lado de la caballería. . . . Nos reímos todos á mandíbulas batientes, y aun el mismo macho, olvidando un instante su habitual gravedad, pareció participar de nuestra alegría y buen humor; porque observamos que inclinando la oreja izquierda hácia adelante y la derecha hácia atrás, miró al soslayo á su nuevo jinete y dió un risueño resoplido, como quien se sonreía de la impericia: más formalizose en breve, y restableciendo el perfecto paralelismo de sus largas y rectas orejas, dijo en su manera y muy de corazón al gringo que ya se había encaramado;—estoy á sus órdenes.

Echamos, pues, á andar todos contentos; y así como hubimos llegado á un trecho conveniente para hacer prueba del vigor y actividad de nuestras cabalgaduras, picamos un tantico más de prisa, y á breve rato, observamos que sobrevino al macho de nuestro compañero una inmovilidad inesperada, con excepción de la cola que la agitaba violentamente de una manera inusitada, arrojando á los compañeros por derecha é izquierda, y á guisa de asperges, unos bodoques de lodo seco, pendientes de las cerdas, como cuentas de rosario. Qué era ello?—qué había de ser!

Que mientras Mr. Blayer hincaba las espuelas en los hijares de la bestia, tiraba violentamente de las riendas. Indicámosle la causa de esa inesperada ó repentina inmovilidad, y él, después de un momento de reflexión, repuso: —Lo comprendo todo: aquí se ha verificado un teorema de mecánica: DOS FUERZAS IGUALES Y EN DIRECCIÓN CONTRARIA SE ELIDEN: yo con las espuelas decía á mi macho, adelante! y yo mismo con las riendas decía atrás!; y estas fuerzas elididas me explican el *statu-quo* de esta mi cabalgadura. Nada más natural.—Soltamos nuevas carcajadas, y nos convencimos de que el gringo, era un verdadero hallazgo para viaje tan penoso. Aflojó, pues, todas las riendas desde entonces, y el taimado *chillogalleno* tomó un andarcito tan *sui generis* que aquello ni era paso llano, ni paso de camino, ni era trote, ni pasi-trote, ni galope, ni carrera tendida, ni cosa que se le parezca: era un andar por andar, un andar á la ventura, un andar exclusivamente reservado para Mr. Blayer, á quien sacudía como badajo de campana, hácia atrás y hácia adelante, sin darle más oportunidad que para agarrarse con ambas manos de la cabezada. Todos reíamos sin ningún temor de Dios; sólo él muy serio y muy pálido, daba destemplados gritos, y se encomendaba (aunque protestante) á las once mil vírgenes. Perdió en la carrera, anteojos, sombrero, pellón, maletero . . . y en fin, *perdidos los estribos*, casi se pierde así mismo: tal era su perturbación y ansiedad cando hicimos alto, para reanimarle con una *puntita*

de nuestro viejo cognac, fidelísimo y socorrido compañero de los viandantes.

Acercóse á mí el buen Mister, con cara un si es no es compungida, y me suplicó le cediese mi mula, por cuanto sólo yo podía contener, á juicio de Blayer, aquel animal que sin duda era algún *poseso* en figura de macho.—Contestéle que yo ganaría en el cambio ; porque aunque la mula que yo montaba tenía buenas prendas, pero era asombradiza y quisquillosa, y podía darle un mal rato. Nada fué parte á convencerle é insistió tenazmente en su demanda. Cedí, pues, á élla y me desmonté: alargué las acciones, pues Mister Blayer era largo; apreté bien la cincha y aseguré todo lo demás ; y previniéndole los peligros, díle los preceptos necesarios para precaverlos. Nos hallábamos en una vereda muy angosta, que tenía, á derecha é izquierda profundos lodazales. Verificado el cambio subí yo en el macho y el buen gringo en su nueva caballería; y cuando comenzamos á andar, he aquí que él, parte por la perturbación de su ánimo, parte por el recelo que mis advertencias le inspiraron, hincó de nuevo las espuelas y tiró imprudentemente de las riendas . . . La mula no era el macho: airada con ese ya explicado y muy inconsecuente atrás y adelante, hizo toda élla un arco, y dió un tan gentil y horroroso corcobo, que se vió claro que su intención positiva era lanzar de sí á Mister Blayer, y arrojarle por los espacios imaginarios, de manera que no volviese á este globo terráqueo *per infinita saecula saeculorum*.

Esta vez no nos reímos, porque la cosa era grave: todos acudimos asustados para favorecerle, y le hallamos á 3 metros 7 decim. de distancia de la maldita mula, pero afortunadamente no había recibido daño; pues había caído, como en blando lecho de plumas, en el lodo muy reblandecido y bastante profundo. Viéndonos él muy asustados, quiso tranquilizarnos, y con la jovialidad propia de su carácter comenzó él primero á reírse de sí mismo y añadió:—Acaba de verificarse conmigo otro teorema de mecánica sobre fuerzas iguales y convergentes á un mismo punto, las cuales dan necesariamente una resultante. Dije á la mulita atrás!, y también díjele adelante!, y yo salí por los aires, como acabáis de verlo.—Bravo! Bravo! Mister Blayer, repitió unánime la comitiva con todo el entusiasmo de una barra inconsciente en un meeting rigurosamente democrático ó demagógico: y nos lanzamos intrépidos al lodazal, hundiéndonos algunos hasta el cinto, para sacar á hombros á nuestro impávido mecánico, con una solemnidad parecida á aquella con que fanáticos italianos condujeron, si mal no recordamos, en triunfo al bribonazo de Garibaldi, á quien Dios mirado haya con ojos de misericordia.

Fuera del fango el buen amigo, convirtióse en el objeto de la más exquisita y delicada ternura. Le limpiamos, le agasajamos, le acariciamos, le abrazamos, le regalamos, le besamos. . . . y el dulce Blayer, tan blando y suave como su apellido, murmuraba satisfecho:—Estoy en manos vuestras, queridos ca-

maradas, haced de mí lo que mejor os cuadre.—Terminose la escena amorosa con otra puntita del consabido, picarezo viejo.... cognac.... Perdonad SS. poetas, los versos eptasilabos, decasilabos y endecasilabos que se nos han escapado en las últimas líneas de este humilde escrito, ya que á las veces también vosotros nos regaláis en vuestras sublimes poesías, con prosa tan pura y tersa, como la del Fray Luis de Granada de los antiguos romanos, en tiempos de Pompeyo y César, ó como la del Cicerón cristiano de los españoles en sus mejores días. Vaya lo uno por lo otro!

Pero hablemos ya en serio. Enrique Lasserre en el prefacio de su famoso opúsculo intitulado "Las serpientes," dice, que así como el hombre expresa sus ideas y pensamientos en palabras, así Dios nos manifiesta los suyos con cosas: de modo que la creación entero es un libro, un símbolo que conviene leer ó interpretar con mucha meditación y estudio. Se queja en seguida este profundo escritor, de que los hombres sólo se aplican á conocer el *cómo* de las cosas, y se desentienden de estudiar el *por qué* de ellas, y concluye exhortando á los sabios á descifrar el gran geroglífico del mundo para descubrir las íntimas relaciones que existen entre el mundo físico y el mundo moral, el religioso y político. Cuánto vale una verdad bien expuesta! Desde que leímos este pasaje de Lasserre, confesamos con ingenuidad, nos hemos vuelto un tanto reflexivos y muy amantes del simbolismo. Desde que leímos

este pasaje de Laserre, nos convencimos de que en literatura la fábula, el apólogo tienen una significación más filosófica y profunda de lo que pudiera á primera vista parecer-nos, y nos dimos cuenta de por qué el Hombre Dios, no ejerció su divino magisterio en el pórtico del templo y en las aldeas y montes de la Judea, sinó por medio de sencillas parábolas y ejemplos muy comunes. Tal era la disposición de nuestro espíritu cuando hicimos con Willam Blayer la primera jornada de Bodegas hacia la sierra, tan llena de graciosos incidentes, como acabamos de referir. A ninguno, pues, de nuestros lectores debe cogerles de nuevo el que nosotros hayamos descubierto en hechos á primera vista insignificantes ó ridículos, una abundante mina de ideas y pensamientos sociales y políticos que se desprenden naturalmente de la fiel interpretación de esos mismos hechos. Quisiéramos decirlo todo de una vez; pero como la naturaleza de nuestra publicación no comporta artículos muy extensos, y cortos los desean nuestros amables lectores, nos vemos obligados á suspender aquí nuestro trabajo, despidiéndonos del público hasta la semana que viene.



LOS POLITICOS GRINGOS.

Es ley de gente honrada cumplir lo prometido; y pues en el artículo anterior hicimos al público ilustrado y benévolo una promesa, vamos á cumplirla del mejor modo posible, animados de la esperanza de que nuestros lectores nos corregirán cortés y suavemente, si erramos; y nos oirán dócil y provechosamente, si decimos la verdad monda y lisonja.

Conocéis ya, curiosos lectores, á William Blayer en los graciosos incidentes de la primera jornada que con él hicimos de Bodegas hacia esta capital. Pues bien, habéis de saber que en la noche de aquel día memorable, no nos fué posible conciliar el sueño un solo instante, porque se nos metió en la cabeza que todo cuanto había acontecido en aquella jornada á nuestro *gringo* y á sus cabalgaduras, era la imagen más perfecta de lo que ha acaecido, acaece y acaecerá, si Dios no lo remedia, á la obra magna de Simon Bolívar y demás próceres de la independendia. No nos faltaba razón para ello; porque, si en metáfora usual y corriente damos á todo gobierno, ya sea monárquico, ú oligárquico, aristocrático, ó democrático, sus *respectivas riendas*; nadie podrá tampoco negarnos el derecho de representarnos un pueblo ó muchos pueblos,

como una ó muchas cabalgaduras montadas, á las veces, por uno ó muchos *políticos gringos*. En esta virtud hicimos, con todo el desinterés patriótico de que somos capaces, una aplicación práctica de todo lo ocurrido en aquel día, á la marcha difícil de nuestra desventurada República del Ecuador. En esta aplicación práctica pareciónos entrever las causas verdaderas y profundas de nuestro malestar; y nuevos y nuevos hechos, que hoy todos presenciarnos, nos convencen de la exactitud de nuestras observaciones.

Porque, ¿quiénes son en primer término los responsables de todas las desgracias y calamidades del país? Esta pregunta tiene uñas: y es poco menos que imposible satisfacer á todos con una sola respuesta. Sin embargo, por la verdad murió Cristo, y allá va nuestra contestación. Son en primer término responsables los *políticos gringos*: los que, como Mister Blayer, no están iniciados en los misterios de la equitación hispano-americana, es decir, los que no saben gobernar ni manejar las riendas. . . .

Como si lo viésemos: al llegar á este punto nuestros lectores abren los ojos, fijan su atención para leer con suma complacencia, ó al menos con ávida curiosidad, alguna furiosa y *soberana* reprimenda contra el actual gobierno provisional. Pues nada de eso: ante todo y sobre todo somos hombres de orden; y como no puede haber orden sin subordinación, ni subordinación sin respeto y acatamiento á las autoridades; prometemos á los respetables ciudadanos que componen el ac-

tual *quinquevirato* no constituirnos en jueces *ligeros y apasionados* de cada uno de sus actos gubernativos, ni fomentar en nuestros escritos pasiones de bandería ó licencia y desfreno de censuras amargas, y de ordinario injustas. No, no abusaremos nunca del nombre de republicanos para dar al traste con la República, atizando el fuego de la discordia, y asordando el aire con las vociferaciones de la temeridad y aturdimiento de pueblos mal educados é ingobernables. La necesidad más imperiosa del país es el restablecimiento definitivo de la paz, así que se termine la campaña. Siga, pues, adelante el gobierno, escogitando y aplicando los medios más seguros y eficaces para alcanzar lo uno y lo otro: que de nuestra parte nada, nada entorpecerá su legítima libertad de acción.

Pues entonces ¿quiénes son los *políticos gringos*, dónde los hallaremos? Para conocerlos y descubrirlos, sepamos primero qué es República; no en teoría y abstracción, no cual debiera ser, ni cual nosotros la concebimos y amamos; sinó *históricamente* hablando, y cual muchos, por desgracia, la comprenden y quieren. — República es legítimo ayuntamiento de un príncipe llamado *Pueblo Soberano*, y de una princesa, no sé si hermosa ó fea, ignorante ó sabia, cuyo nombre es *Opinión Popular*. Dicen malas lenguas que estos dos príncipes son ginebrinos, y que se casaron allá en la Helvecia, y aun añaden, que son herejotes; pues habiéndose registrado escrupulosamente todos los libros parroquiales de las iglesias de los cantones suizos, en ninguno de

ellos aparecen las partidas de bautismo de tan ilustres novios. Si esto es verdad, claro está que un tal ayuntamiento no pasa de un matrimonio civil, ó como dijo nuestro gran Pontífice Pio IX, de *concubinato legal*. Luego en este maridage no está Dios! Sea como quiera, estos consortes, después de la luna de miel, después de haberse divertido muy mucho en los lagos encantados y en las pintorescas montañas de la Suiza, se echaron á correr por estos trigos de Dios, llevando á todas partes consigo la *República*.

Acababa Simon Bolívar de meter en un zapato al bárbaro español, y tremolaba triunfante la bandera de la Libertad, cuando hé aquí que aparecen en la ría de Guayaquil los dos príncipes aventureros, trayéndonos su *República*. Gravísimo era el negocio, y exigía muy madura deliberación: así es que antes de permitirles el desembarco, se reunieron San Martín y Bolívar, que á la sazón se hallaban en aquel puerto, y se pusieron á discutir seriamente, sobre las ventajas y peligros que presentaba la acogida de tan dudosos huéspedes. El zorro de San Martín sostenía que se les debía despedir con viento fresco, alegando en pro de su opinión *la ninguna cultura de los pueblos americanos, la diversidad de razas, la ignorancia casi general del clero de entónces, la propensión á la guerra de los pueblos, las dificultades de enfrenar la ambición de tantos guerreros de cuenta, la falta de virtudes públicas, la sobra de vicios para poder apreciar los principios republicanos, el ejemplo del Brasil, &c.^a, &c.^a* Bolívar, que sin duda había trata-

do á los novios en Europa, defendía la opinión contraria apelando á *la idea de la dignidad humana, al odio á la memoria de los reyes, al qué dirán de los hombres, á la revolución francesa, á la corriente del siglo, y en fin, á la esperanza de que se aclimatarían, aunque con alguna tardanza, en estos pueblos, las instituciones republicanas.* Después de muchos darses y tomarses concluyó San Martín la discusión con estas formales palabras á Bolívar: *Ojalá qué antes de cerrar los ojos pueda yo celebrar el triunfo de los principios que U. defiende: el tiempo y los acontecimientos dirán cuál de los dos ha visto lo futuro con mejor exactitud.* Murieron los heroes, y el tiempo y los acontecimientos nos están diciendo á nosotros con toda claridad cuál de los dos tuvo razón!!! Bolívar recomendó á sus secretarios la mayor reserva, y abrazando á San Martín, dispuso el desembarco de nuestros cónyuges "Pueblo Soberano" y "Opinión Popular." Desde entonces acá tenemos república á *nuestro modo.* En fin, cada alma con su palma

Aquí vendrían de perlas un par de *biografías impersonales*: la una del marido y la otra de la muger, á fin de que nuestros lectores las aprendiesen de memoria y se ayudasen de ellas para conocer y distinguir á tan misteriosos y evaporados personajes. Pero la cosa es sumamente difícil y muy peligrosa, por lo que luégo diremos. Nos contentaremos, pues, con algunos rasgos ó golpes de brocha gorda. Comenzaremos por el marido. Es una Personalidad que por lo que tiene de "Soberano" es alto, altísimo, sin fin; esconde su cabeza en las

nubes, y sus piés en las más profundas concavidades del mar; es un Nicolás Czar de las Rusias; elevado á la última potencia. Mas por lo que tiene de "Pueblo" es diminuto, raquí-tico, chiquirritín, se pierde entre las gentes; es la última abreviación de nuestro gracioso *Cataquito*, que en paz descanse. Según nuestras cuentas frisa con los 61 años de naturalización entre nosotros; pero está fresco como una lechuga, y aseguran sus fanáticos adula-dores ser él, entre todos los nacidos, el único que goza del privilegio de la inmortalidad. Ve muy poco; pues como "Soberano," sólo se entretiene contemplando estúpidamente las estrellas; y como "Pueblo," no alcanza á mi-rar cosa, aunque se ponga en puntillas, por-que todos son mas altos que él. Es-otro, sí, enemigo acérrimo del militarismo, aunque más de una vez hemos visto á los soldados, salir de sus cuarteles, y regalarse destripando á cuantos encontraban, todo en nombre del "Pueblo Soberano." Este Príncipe es además en su condición de "Soberano," muy altivo, soberbio como Lucifer, absolutamente inde-pendiente: nadie puede atreverse á disputar-le la omnipotencia que se abroga. Es la fuen-te de los derechos, de todas las garantías, de todas las libertades imaginables: autoridad social, suya es; poder ejecutivo, suyo es; po-der legislativo, suyo es; poder judicial tam-bién: y sin embargo, es cosa de volverse uno loco, este mismo Príncipe como "Pueblo" es un comerciante en quiebra, un deudor fallido, un pródigo hambreado, un tinterillo enreda-dor, un poeta en ayunas, y talvez un presidia-

rio y un perdonavidas. En fin este "Soberano," guarda el más riguroso Incógnito: nadie le ha visto, nadie le ha oído jamás; tiene hecho pacto con el diablo, en virtud de lo cual es invisible y está en todas partes: nadie le siente, y todos creemos en él, con una fé tan viva, que no podemos admitir la más pequeña duda deliberada sobre su real existencia, sin cometer pecado mortal. Es muy complaciente, asiste á todos nuestros juegos y entretenimientos. Cuando los mayores *jugamos á las elecciones*, como los chiquillos á la lotería, ahí está el "Pueblo Soberano" repartiendo cachiporras y rewolvers entre los electores para que se rompan el crisma; y cuando estos se separan de las mesas, con las manos en la cabeza cubierta de chichones, y con el rostro bañado en sangre, él se mata de risa y celebra el juego con estrepitosas carcajadas. Cuando reunimos nuestras asambleas constituyentes, ó cuando *juntamos*, como él dice, nuestros Congresos periódicos, ahí está el "Pueblo Soberano," manoteando con las manos de todos los oradores parlamentarios y gritando con las gargantas de todos los que forman las barras. De repente hay sesiones borrascosísimas en las que la barra lánzase furiosa al sagrado recinto de los legisladores; dícense mil lindezas, y aun se dan sendos remoquetes, y hay entre ellos una zambra y barahunda de mil diantres. En vano suena la campanilla; no se oye la voz de *al orden, al orden, señores*; y es preciso que 50 veteranos vayan á disolver la cámara á balazos, ó á amarrar á los insolentes que osaron profanar el santuario de

las leyes. En este segundo caso triunfan las cámaras ; en el primero sale victoriosa la barra ; pero en todo caso triunfa el “Pueblo Soberano.” Tal es nuestro invencible glorioso monarca, á quien Dios guarde !

Sí ; guárdele Dios luengos años ! Sea eternamente la delicia de sus vasallos ! Es un Príncipe amabilísimo ; basta leer, para convencernos, el Programa de su Gobierno, presentado en el día solemne de la inauguración de su feliz reinado, y respetuosamente conservado en los archivos de la democracia. Dice así, ni más, ni menos :

“HABITANTES DEL ECUADOR ! Acabáis de ceñir á mis sienes la corona que conquistasteis en mil sangrientas lides. Ah ! Ay ! Oh ! Sueño ? Deliro ? Qué es de mí ? (estrepitosos aplausos). Y este cetro en mis manos vara es flexible de fragante rosa. Oh flor hermosa ! Oh fragante, fragantísima ! oh rosa, rosísima ! (vivas al Poeta Príncipe). Cómo os pagaré queridos míos ? Lo juro, lo prometo : de hoy mas YO soy vosotros, y vosotros sois YO ! (bravo, bravísimo). Vais á ser dichosos : escuchad (*atención profunda*). Imaginaos un país sin rey, sin magistrados, sin generales, sin jefes, sin ninguna odiosa distinción gerárquica : allí cada uno hace lo que quiere, y sin embargo no se altera el orden : en ninguna parte se conocen más las leyes, ni se observan mejor : policía, para qué ? (bien, bien). Allí no hay esbirros, no hay gendarmes ; no hay querellas, no hay pleitos, no hay escribanos, ni leguleyos, ni abogados . . . (qué dicha, qué dicha !) Pene-

“trad en el hogar domestico : qué unión ! qué
“virtudes ! No hallaréis una mujer celosa, por-
“que no hay una sola coqueta (hilaridad). En
“este país venturoso no veréis ni avaros, ni
“pródigos, ni vagos, ni envidiosos, ni zoque-
“tes, ni pícaros : allí se habla de vicios sin
“conocerlos, poco más ó menos como hasta
“aquí habéis vosotros hablado de virtudes
“(señales de desaprobación en la derecha : en
“la izquierda, cierto, cierto). Allí los jóvenes
“son tan prudentes como los viejos, y los vie-
“jos tan ardientes como los jóvenes. Allí, si
“alguien delinque, reúnese el pueblo en una
“plaza, y en asamblea sin presidente, pro-
“nuncia unánime la sentencia ; y, oh prodi-
“gio ! el mismo reo es ejecutor de su pena
“merecida. Qué os diré de la guerra ? Allí
“cada individuo es un soldado, y cada solda-
“do un capitán . . . (eso es, eso es ; abajo el
“militarismo). Pues bien, queridos míos, ese
“pueblo imaginado, ese pueblo ideal seréis
“vosotros bajo mi gobierno (frenéticos aplau-
“sos). Solo exijo de vosotros una condición
“bien sencilla : *convertíos en ángeles*, y enton-
“ces, os juro por esta corona, por este cetro,
“por mi nombre, que todos, bajo mi gobier-
“no, seréis unos angelitos” *Recibe el*
Príncipe orador mil felicitaciones de todos los
concurrentes, quienes le prometen seriamente
hacer todos los esfuerzos posibles para llenar
la condición propuesta (!!!)

Este es el discurso del padre de los políti-
cos gringos : si el estilo es el hombre, reco-
nozcámosle en este discurso elocuente y pa-
tético, como tantos otros que hemos oído en

varias ocasiones. Con esto nos despedimos de nuestros lectores hasta el próximo artículo, en que les ofrecemos algo sobre la Sra. Princesa y madre fecunda de nuestros indescritos políticos gringos.



POLITICOS GRINGOS.

(SU MADRE).

Ya conocemos á Sr. Padre de los *políticos gringos*: veamos quién es su Sra. Madre. Sin duda alguna el estudio de este celeberrimo personaje es muy más curioso é interesante para varones y para hembras *in genere* que el de nuestro número precedente. Lo es para los varones, por esa ley de gravitación universal, en cuya virtud cada corazón masculino se mueve con todo su peso hacia algun corazón femenino, y vice versa. Lo es para las hembras, porque toda hembra es muy amadora de sí misma y émula de sus congéneres. Poned en manos de una pizpeta la biografía de una mujer célebre, y observareis con cuanta avidez la devora, y cuando lee que la heroína tiene frente de alabastro, ojos rasgados y mejillas de rosa, inmediatamente deja el escrito para contemplarse ella en el espejo, y decir con íntima fruición: *esa soy yo*. Mas si tal vez, tilda el biógrafo algún lunarcillo de su *celebridad*, inmediatamente la lectora corre su traslado y exclama triunfante: *esa es mi rival*. De mo-

do que biografía de muger es cosa rica para hembras y para varones. Con esta seguridad, pecho al agua y arda Troya.

Trátase de la "Opinión Popular". Oh gran Sra. nuestra! inspiradnos Vos misma lo que debemos sentir, pensar y decir de vuestra egregia persona, de vuestra sin par belleza, de vuestra excelsa gloria y poderío. Qué son el talento y el genio del hombre si Vos no los favoreceis? Y al contrario ¿á qué no se atreve la más insignificante medianía por Vos alentada y sostenida? Sed, pues, con nosotros; y razonable y justa, dejaos trasladar á nuestro pobre lienzo como sois.

La Princesa, esposa del "Pueblo Soberano", es mujer de una hermosura maravillosamente fascinadora. Era niña cuando la vió un italiano muy enamorado, segun refiere Pascal, y arrebatado de sus encantos exclamó fuera de sí: "La Opinión es la Reina del mundo" El maligno Juan Jacobo Rousseau, no echó en saco roto tan expresivo chicoleo, y palmoteando con entrámbas manos, dijo á su vez: "Ah! esta sola expresión equivale á un buen libro". Nadie negará que los italianos son hombres de buen gusto, y que Juan Jacobo en esta ocasión es juez competente. Porque, figúrense UU. una mujer de talle muy airoso y esbelto, fresca siempre y bien repartida, redonda como la primera letra de su nombre; una cabellera larga y espesa, que se derrama en hilos de oro hasta las mismas pantorrillas; de cada una de las hebras van prendidos otros tantos jóvenes románticos y viejos *verdes*. La frente, como la

de toda mujer, no es prominente ni espaciosa; pero campean en ella dos arcos atrevidos que dan á todo el semblante un aspecto perfectamente aristocrático, aunque toda ella es popular. Los ojos ah! los ojos de esta peregrina criatura, no son tan cerrados como los de la Fé, ni tan rasgados como los de la Evidencia; las pupilas son dos brillantes aceitunas; la mirada no es profunda, pero en cambio es vivísima y muy inquieta. Ve mucho, nada mira. La nariz napoleónica se retuerce desdeñosa sobre labios de coral que, en los breves instantes en que no habla ni ríe, resguardan dos sartales de perlas finísimas. La boca es grande; proveyóla naturaleza de este órgano con larga mano; porque había de hablar mucho, y en todos los idiomas. La Opinión es el Mezzofanti de las mujeres. El timbre de su voz es metálico, y no necesita esforzarla demasiado para dejarse oír á grandes distancias. Para qué ponderar las mejillas, la barba? Ahora considerad todo este conjunto sobre un cuello flexible de marfil; ved esos hombros y brazos perfectamente torneados; contemplad la gracia, el donaire de todos sus movimientos y gesticulaciones; y decid si no tuvo sobrada razón el italiano anónimo, para exclamar fuera de sí: "La Opinión es la Reina del mundo", y Juan Jacobo para gritar con todos sus pulmones: "esta sola expresión equivale á un buen libro".

Los fisonomistas han hecho examen prolijo de todas las facciones y perfiles de esta Reina, para determinar la raza á que preci-

samente pertenece : si á la arábica ; si á la caucásica, si á la griega, si á la romana ; pero hasta el presente han sido inútiles todas sus investigaciones. Los alemanes dicen que es alemana, los italianos que italiana ; los franceses que francesa, los españoles que española ; y hasta nosotros los sudamericanos decimos que es indiana. Lo positivo es que agrada indistintamente á todos, y todos quisieran que fuese propiedad exclusiva suya : en una palabra, no podía menos de ser la Esposa legítima del “Pueblo Soberano”.

En una mujer hermosa llama también la atención el color y el vestido. Pues bien, el color natural de la Opinión es el mate, y se ha observado que en tiempos de paz conserva siempre un claro useuro muy agradable á la vista ; pero si la paz dura mucho tiempo insensiblemente va perdiendo el lustre y degenera en pálido y descolorido. Mas en tiempo de guerra se le sube toda la sangre á la cara , pónese encarnada y aún roja, y no bastándole la natural alteración de sus propios colores, arranca á las paletas de todos los alumnos de Apeles los más variados tintes, para defigurarse de tal modo, que si ella no nos dijera : “Yo soy la Reina del mundo”, nadie, nadie podría reconocerla.

Estudiemos el traje de esta Sra. nuestra. La Opinión vestida es la Moda en persona. En los países católicos, como el nuestro, la Reina del mundo es, ó á lo menos aparece muy piadosa y edificante. Persuadida de que *Regis ad exemplum totus componitur orbis*, tiene en todos los templos muy cómodos, an-

chísimos y lujosos reclinatorios de terciopelo de finísima seda. Oye cada día el santo sacrificio de la misa, y comulga tres veces en la semana. Para esto se levanta á las siete en puntos, se asea escrupulosamente; se viste de saya negra de raso, y de un manto riquísimo del mismo color; cubre el rostro con un velo de tul muy transparente, se llena todos los dedos de entrambas manos de sortijas de diamantes deslumbradores; lleva en la siniestra un ridículo bordado de finísima pedrería, y dentro de él un "Flavigny" de concha de nacar con filetes de oro. Al entrar en el templo toma agua bendita con mano muy trémula, y centellean los diamantes: dirígese luego á la sacristía, donde le está aguardando un sacerdote jóven, que abrumado por el peso de tanta dignación, casi cae de rodillas y la saluda con las muestras del más profundo y respetuoso cariño. Crúzase cuatro palabritas, ocupa la Reina su reclinatorio, y después de cinco minutos, ella y el sacerdote van al confesonario. Os parece que el sacerdote es el Padre espiritual de la Reina? Pues no: ella, la Reina, es la Madre Espiritual del sacerdote. En vano este le da la absolución; porque concluida la ceremonia, ella es quien se lleva al presbítero metido en el bolsillo. En prueba de ello pudiéramos citar algunas demostraciones de obsequio y altísimo encomio, hechas en ocasiones dadas, por el hijo espiritual á la Reina penitente, y que Ella se las agradeció con una sonrisita benévola . . .

Mas volviendo al punto: la Opinión es

muy grave y mesurada en los templos. No así en calles, plazas, tertulias y bailes. Ella es la pesadilla de padres y esposos, la visión fantástica de novias y solteras, y la ganancia segura de los comerciantes. Usa telas de toda especie y colores y formas caprichosísimamente combinadas : sería muy prolijo detenernos en minuciosas descripciones ; pero pongamos algunos ejemplos. Se le mete un día en la cabeza salir inflada como un globo ? Pues sale, y al día siguiente aparecen en tiendas de mercaderes mil y mil redecillas de alambre, que desaparecen en un abrir y cerrar de ojos, y luego se llenan las calles de globitos inflados, que son otras tantas muchachas que quieren imitar á la Reina. Se le pone de repente salir como Canónigo en procesión de las Banderas ? Pues saldrá arrastrando una cola interminable ; y las muchachas seguirán tras ella haciendo, como se dice, el aseo de las calles con las superfluidades de la seda : toda á costa, se entiende, de los bobalicones de sus padres ó esposos. Al día siguiente aparece la Reina como un paraguas cerrado. Pues no hay qué tratar : llenarése toda la ciudad de paraguas cerrados, y habrán desaparecido todas las mujeres . . . ; Caramba ! eso se llama despotismo. De modo que si mañana se le antoja á Su Majestad restablecer los antiguos peinetones, ó los sombreros altos de Jipijapa, y los faldellines prensados con lentejuelas ; las mujeres lo han de hacer, no tiene remedio.

Y lo peor es que la "Reina del mundo" no sólo se divierte con las personas de su sexo,

sino también con nosotros los varones, apesar de todas nuestras barbas, y nos sujeta á todos sus caprichos y humoradas: ya nos rapa el cabello como á frailes; ya nos pone anteojos ó antiparras como á viejos; ya nos aprisiona con estrechísimos pantalones, ya nos deja más holgados en muy anchos gregüescos. . . . Todo lo hace la "Opinión" con un solo figurín que viene de París, y todo lo hacemos nosotros con una sola guiñada de nuestra gentil Sra. He aquí "la Reina del mundo" en su persona exterior. En otra ocasión estudiaremos su alma y espíritu.



CARACTER DE LA OPINION.

“La Opinión es la Reina del mundo.” Luego si el mundo está mal gobernado, ó, lo que es peor, completamente desgobernado, toda la responsabilidad pesa sobre esta Reina aclamada. Qué os parece lectores benévolos, de esta terrible consecuencia? Qué decís vosotros, ciegos adoradores de esta deidad culpable? La consecuencia es terrible, pero recta y legítima, ó no hay lógica en estas regiones sublunares. Consecuencia terrible pero recta y legítima, ella, en nuestro concepto, explica satisfactoriamente la verdadera causa de los males que pervierten la inteligencia, y corrompen el corazón de los pueblos y los individuos. Piensan los hombres corregir los errores y remediar los males ensanchando el poder de la opinión, y engañanse; porque *de ordinario* esa misma Opinión á que apelan viene á agravar el mal y á confirmar el error que tratan de proscribir. Nace de aquí la necesidad imperiosa y urgentísima de formar, dirigir, rectificar é ilustrar la Opinión Pública; sin esto vanos son todos los esfuerzos. Mas quién se atreverá á ponerse delante de Reina tan altiva y desdeñosa, y acometer tan árdua empresa?

En los países republicanos no conocemos

más que un sólo órgano del pensamiento capaz de vencer, ó á lo menos de equilibrar el peso irresistible de las opiniones populares. Este órgano es la prensa. Multiplicación prodigiosa de la palabra humana, debe ella, si no queremos convertirla en máquina de destrucción y muerte, llenar los espacios y los tiempos con las altas inspiraciones de la Verdad y del Bien; ya que la palabra es hija y signo del pensamiento, que á su vez es destello y reverberación de la Razón Increada. Venid, pues, vosotros, hombres sabios y rectos, venid á la prensa; sentáos en esta cátedra, ocupad esta tribuna; hablad, enseñadnos, formad la opinión de los pueblos; ilustradla, dirigidla, corregidla. ¡Cómo! será posible que mientras vosotros mismos proclamais y respetáis la libertad de la prensa, abandonéis cobarde ó negligentemente su ejercicio á los falsos intérpretes de los deseos y aspiraciones de los pueblos, á esas pitonisas furibundas; cuyo Apolo délfico no es sino la encarnación de las más turbulentas pasiones y feroces instintos? No, no puede ser: venid vosotros, hombres sabios y buenos, venid á la prensa: esto exige de vosotros la Patria. Cuando la sociedad desgarrada por la guerra civil y la discordia se resuelve en sus elementos primitivos, deber es incli- nable de los hombres ilustrados y probos, recoger esos elementos dispersos, combinarlos y componerlos con tino, é inspirarles el soplo de vida que sólo puede descender de las serenas regiones de la virtud y de la ciencia.

Escasos de una y otra, atrevémonos sin em-

bargo á abrir el camino guiados por nuestra buena voluntad y con la esperanza de que no faltarán quienes se resuelvan generosamente á segundar tan sanas intenciones. Insistimos, pues, en el estudio de la opinión popular, y después de haberla dado á conocer en su persona exterior, nos detenemos en el examen filosófico de su alma, de su espíritu, de su índole y carácter.

Un poeta latino dijo una gran verdad en el siguiente verso, harto prosaico :

Conveniunt rebus nomina saepe suis ;

que traducimos, también prosaicamente, de este modo:

No es rara maravilla

Que el nombre al hombre venga de perilla.

Esto acaece á la “Reina del mundo:” su nombre le cuadra perfectamente; de modo que basta para conocerla bien en su espíritu y carácter saber qué cosa es la opinión en sí misma.

Dos lumbreras encendió el dedo de Dios en el mundo de las inteligencias para que iluminasen los inciertos caminos que debían, al través de los siglos recorrer las criaturas racionales. La Fé y la Ciencia. La Fé es un rayo directo, la Ciencia un rayo oblicuo y reflejo de la Divinidad. La Fé es un tanto sombría, pero inconcusa y cierta; la Ciencia es limitada pero exacta y evidente. En los confines de la Fé y de la ciencia, los rayos ya debilitados de una y otra forman una penumbra inmensa que envuelve anchísimos horizontes, en medio de los cuales la opinión levanta su trono para gobernar el mundo. Allí esta Reina tie-

ne de la Fé lo oscuro, pero no lo cierto ; y tiene de la Ciencia lo razonable, pero no lo evidente ; por cuanto contempla todas las cosas en ese *claro oscuro* tan propio de su naturaleza. La opinión es un *parecer*, un *sentimiento*, esto es, lo menos cierto y preciso que hay en el pensamiento humano después de la duda. Basta para convencernos de ello, averiguar su verdadero origen y genealogía. De dónde viene la Opinión ? No de revelaciones del Cielo, las cuales siempre enseñan dogmas precisos : no de profundas investigaciones de la ciencia, las cuales casi siempre nos conducen á resultados exactos ; no de intuiciones directas é inmediatas, como las de la conciencia y de los sentidos, las cuales producen siempre nociones positivas. Cuál es, pues, la cuna en que se meció la Reina del mundo ? Ah ! consultemos todos nuestros sentimientos y pareceres y en el fondo de todos ellos, no alcanzaremos á descubrir sinó percepciones incompletas y dudosas, investigaciones infructuosas y estériles, revelaciones inexactas ó mal comprendidas, analogías, inducciones, ejemplos, conjeturas, presentimientos, visiones, éxtasis, pasiones, superstición y fanatismo. No es esto negar que la opinión sea á las veces razonable, plausible, prudente, buena, justa ; pero sí es afirmar que de ordinario la opinión es caprichosa, fantástica, problemática, disparatada y absurda. Ella misma nos lo prueba en su conducta práctica. Miradla cuando está sola, sin cortejo : *se muere de miedo* ; y para pronunciar una que otra palabra, vuelve primero á uno y otro lado la mirada recelosa, y casi no

se deja oír. Cuando está entre los sabios, apenas se atreve á hablar, y eso con gran prudencia y desconfianza: mas cuando está rodeada de una turba infinita de vocingleros superficiales, cuando la asordan los vítores y aplausos de aduladores ébrios, en una palabra, cuando cuenta con el número, entonces alza la cabeza, yergue el cuello, y marcha llena de seguridad y confianza, infatuada de altanería y extremada intolerancia. Quién se atreve entonces á provocar sus furores? quién se expone al fuego de sus rayos? quién puede rehusarle la más ciega sumisión?

En días de vivos observad una inconsecuencia lamentable. El espíritu de la época es espíritu de emancipación é independencia: todos nos armamos contra la tiranía y despotismo, y muchos viendo *en todo gobierno*, una sombra de despotismo y tiranía, se creen obligados á asestar sus tiros contra *todo gobierno*, en nombre de la Reina del mundo; y sin embargo no advierten, insensatos, que mientras proclaman una libertad escandalosa, levantan en la Opinión el poder más tiránico y despótico á que rinden humilde vasallage. Porque, preguntad á Plutarco, qué es la Opinión, y os dirá que es un poder más fuerte que la razón. Preguntádselo á Pascal y os dirá que la Opinión es la directora del error, y que la halla tanto más engañosa, cuanto que *no lo es siempre*; porque, añade: sería regla de la verdad si lo fuese infalible de la mentira, pero designa con el mismo carácter lo verdadero y lo falso. Esta potencia soberbia, prosigue, es la enemiga eterna de la razón, á la cual se com-

place en contrariar y dominar. Y quién lo creyera! Rousseau, aquel hombre que cuando vió á la Opinión en su exterior no dudó llamarla "Reina del mundo;" tan luego como estudió su espíritu y carácter, trocóle el nombre y dijo que la opinión es el monstruo que devoraba al género humano. Y Napoleon, que fué diez años su favorito, hallóla siempre caprichosa y extravagante. Y Voltaire en los lúcidos intervalos de su ingenio, se vuelve indignado contra la opinión y se queja amargamente de que todas las cosas dependen de élla. En general, dice, más fácilmente se reconoce su tiranía que se explica como se forma. Una máxima política, una gran necesidad social, un filósofo, un literato, una desgracia pública, un accidente, una mentira, una nada, las más veces da origen á esta Reina fantástica, que crece á la sombra, se insinua lentamente en los espíritus, gana de una en una las familias, los gremios, las generaciones; unas veces, sin que lo advierta la Opinión que va á ser destronada, otras por lo comun á despecho de ella, en su presencia, y bajo el golpe mismo de sus persecuciones. ¡ Dichoso el género humano cuando ella no engendra superstición ni preocupaciones! Pero esta dicha es rara; y este cortejo habitual de toda opinión nueva no daña jamás á su fortuna. Al contrario le asegura el ciego servilismo de las turbas; y cuando ella se ha apoderado del espíritu de todo un pueblo, de una época dada, llega un ambicioso, un charlatán, un hipócrita ilustre que la arrebató, la explota, y personificando en sí mismo el pensamiento co-

mún, lleva y conduce donde quiera este rebaño humano que le someten la credulidad, el entusiasmo y el fanatismo.

Preguntamos ahora: Puede darse un despotismo más humillante y vergonzoso que aquel que desconoce y atropella todos los fueros de la razón humana para avasallarla y dominarla? Y si en circunstancias dadas este es precisamente el despotismo de la "Reina del mundo," no será justo y necesario que los hijos probos é ilustrados de la verdadera República citen al tribunal de la razón á esta Reina del mundo para ilustrarla, corregirla, y, en caso necesario, para acusarla, convencerla y condenarla?

✦

CARACTER DE LA OPINION.

(Continúa.)

Volvamos á la carga. Sin duda el combate es desigual: somos pocos contra todos ya que todos son factores de la "Opinión Popular:" mas nunca fué hidalguía cejar ante las dificultades de una empresa que se acomete en nombre de la Patria. Los prudentes, ó digamos mejor, los tímidos (que muchas veces los vicios usurpan el nombre de las virtudes), suelen establecer con respecto á las opiniones populares estos axiomas: es necesario no desafiarlas con imprudencia, ni obedecerla ciegamente; lo cual equivale á decir, que es necesario ser á las veces más prudente que la opinión general, y más hábil para los demás, nos perdonen esta superioridad, todo lo cual se reduce á esta breve

fórmula: en la vida práctica es muy útil aprender á nadar entre dos aguas. Poco, á poco, Sres. nadadores! No somos de aquellos que pueden comulgar con ruedas de molino. Discutamos sobre esos axiomas, y sobre esa fórmula, y veamos cuál es su valor positivo.

En religión, en moral, en política hay dogmas incontrovertibles, hay preceptos terminantes, hay principios fundamentales y evidentes. No es así? En este caso salva la ignorancia que no puede fundar ninguna opinión razonable, tanto vale la razón colectiva, como la razón individual. Yo conozco las mismas verdades que conocen *todos*, y conózcolas del *mismo modo* con que *todos* las conocen. Pero los pueblos tienen sus momentos de vértigo, hay exaltacion de pasiones ciegas que en religión niegan ú olvidan sus dogmas incontrovertibles; en moral atropellan y conculcan esos preceptos santos; y en política desconocen ó aplican mal esos principios fundamentales y evidentes. La opinión popular entonces se resuelve en esas puras negaciones ú olvidos, en esos puros atropellos, desconocimientos y falsas aplicaciones de principios certísimos. En tan difíciles y peligrosas circunstancias hay un hombre reflexivo y concienzudo que contempla con dolor los furores de la Opinión insensata, y observa que el pueblo lanza al cielo ávidas miradas en busca de un rayo de luz consoladora en medio de las sombras que oscurecen el horizonte. Deberá este hombre cerrar los ojos, apretarse los labios y arrojar al remolino para *nadar entre dos aguas*, reprobando

do en su conciencia aquello mismo que está haciendo en gracia de la Opinión pública? Esa es una traición cobarde á la Religión, á la Moral, á la Patria. Veamos otro caso.

En Religión, en Moral, en Política hay cuestiones muy árduas, hay problemas muy difíciles, sobre los cuales no han pronunciado, ni acaso pronunciarán jamás su fallo definitivo, ni dirán su última palabra ni la sabiduría, ni la Ciencia, mucho menos la turba multa ciega, apasionada, superficial, inconstante. En este caso tan incompetente es la razón colectiva, como la razón individual, y si la opinión se arroga derechos que no tiene para imponerme sus fallos, nadie podrá negarme el derecho que me asiste de rechazarlos, fundado en nuestra común incompetencia. Apesar de esto, qué es lo que se observa ordinariamente en la vida práctica de los pueblos? Mientras cuatro jóvenes aturdidos y temerarios, mientras cuatro viejos eternamente niños se erigen por sí y ante sí en tribunales permanentes de la plebe para perpetuar el reinado de preocupaciones vulgares, de sistemas quiméricos, de principios problemáticos, de doctrinas tal vez dissociadoras, inmorales y antireligiosas; los sabios, los buenos, que por desgracia poséen á las diez mil maravillas el arte socorrido de *nadar entre dos aguas*, encógense de hombros, frótanse las manos, alzan los ojos al cielo, menean la cabeza de izquierda á derecha, suspiran... mas luego inclinan la frente, aceptan el *hecho*, admiten las soluciones aventuradas de problemas insolubles y las definiciones dogmáticas

de la ignorancia ó mala fé, y haciendo coro con el pueblo, llaman *dogma* á lo que no es dogma, dicen *santo* lo que no es santo, proclaman *verdadero* lo que bien saben que es falso y muy falso. Así llegan los pueblos á esas épocas funestísimas en que pierden la inteligencia misma de los términos llamando bien al mal y mal al bien. Si entónces se presenta un hombre como Catón en el Senado romano á decirles: Sres. hemos olvidado ya nuestro idioma: *jam pridem rerum vocabula amisimus*; alzaráse contra él todo el pueblo y le arrancará la lengua por atrevido y mal hablado. Qué es esto Sres. nadadores? Esta es una segunda traición á la verdad.

Acaso dirá alguno: nadie niega el deber que tiene todo hombre sensato y bueno de ilustrar la opinión pública, de corregirla, y en caso necesario, de contrariarla y combatirla; pero que á las veces es preciso ceder á las circunstancias, y aguardar el *momento oportuno*, ó como dice Bismark, el *momento psicológico* en que se ha de dar el golpe de gracia á la Reina del mundo. Valientes *oportunistas* de nuevo cuño! Egregios diplomáticos de Berlín! Y cuál es ese momento oportuno, ese *momento psicológico* que estais aguardando, aguardando y nunca llega? Si el inmortal Pio IX hubiera esperado momentos oportunos, ó *psicológicos*, habría antes fallecido mil veces, que hubiésemos nosotros los católicos recibido de su augusta diestra aquel precioso legado que nos dejó en herencia contra todos los errores contemporáneos: el "Syllabus" y la Definición del dogma de

la Infalibilidad Pontificia. Momento oportuno, momento psicológico! Qué momentos son esos?—Acabais de salir de vuestras casas, y os dirigís á esa próxima y espaciosa llanura que termina bruscamente en un profundo y horroroso despeñadero. Hallais allí algunos buenos amigos y proseguís juntos en íntima y grata familiaridad. De repente os alarma el tropel de fogosos corceles que arrastran desbocados hacia el abismo el carruaje que lleva vuestras esposas é hijas. Oh Dios! que aprieto. Sacude el polvo el casco de indómito caballo, y los gritos desesperados de los infelices encienden más y más el ciego furor de los bridones. No os queda otro recurso: ó cubrir los ojos de los feroces animales arrojándoles vuestras capas ó por lo menos salirles al encuentro abriendo vuestros brazos para desviarles de la dirección hacia el abismo. Qué os dice, qué os inspira el amor de esposas é hijas? Aguardaréis que se precipiten y despeñen, esperando para interponeros el *momento oportuno*, el *momento psicológico*? No, no por Dios, que si tal hicierais, justamente la sociedad os condenara como esposos y padres desnaturalizados y crueles.

Aplicad esto á las circunstancias de la Patria, y os convencereis de que el momento oportuno, el momento psicológico en que ella demanda nuestro socorro es precisamente el instante del peligro, los días de perturbación y de alarma, la época de arriesgadas transiciones. No es esta, por desgracia, la primera guerra civil en que nos hallamos en-

vueltos; no son estos los primeros sacrificios ni las primeras victorias del pueblo sobre sus opresores. Pues bien, cuántas veces, volviendo los ojos hacia otras, y descubriendo en la memoria del pasado tan tristes desengaños, no decimos con un arrepentimiento tardío: ah! si entónces hubiéramos hecho esto y aquello; si hubiésemos dirigido el pensamiento público en este y en el otro sentido; si hubiésemos sostenido los fueros de la verdad contra los embates del error; si hubiésemos moderado el ardor y las malas pasiones y devuelto á la moral todo su prestigio; ciertamente habría sido fecunda la sangre de nuestras víctimas, y los días de esos sacrificios y de esas victorias, señalarían en los anales de la Patria la aurora gloriosa de su prosperidad y engrandecimiento . . . ? Si así hablamos del pasado; porque no nos corregimos en el presente? Qué ceguera, qué maldición es la nuestra?

Pero no: no estamos ciegos, ni pesa sobre nosotros maldición alguna: y si el diplomático de Berlin clavase hoy su profunda mirada política en nuestra República, á buen seguro que la hallaría en su *momento psicológico* para emprender las más saludables transformaciones y reformas, mediante una dirección atinada de la opinión pública. Todos los escritores de la capital, (con insignificantes y despreciables escepciones) nos llaman á un uso recto y legítimo de la libertad de la prensa; y en medio de las iras de la guerra nos provocan á una discusión calmosa y reflexiva de principios: todos piden *respeto al hogar do-*

místico, consideración y deferencia á las personas, compasión generosa para los vencidos, gratitud profunda para los vencedores, obediencia para los gobernantes, amor para los ciudadanos, desinterés y espíritu de sacrificio para la Patria, unión para la fuerza. Así se expresan los escritores en medio de un pueblo inmenso que á su vez aprueba, aplaude y sonríe complacido á cuantos concurren á la satisfacción de necesidad tan imperiosa. Prueba es de ello la benévola acogida que ha dado á nuestra República. Apénas apareció el primer número; cuando todos la saludaron con simpatía, la leyeron con suma complacencia y dijeron unánimes: "he aquí la verdadera interpretación de nuestro espíritu y tendencias".

No desmayemos, pues, en nuestra grande empresa: no perdamos de vista nuestro objeto. No pretendemos destronar á la Reina del mundo, porque eso sería hacer una traición á la misma República mas sí nos proponemos en nuestro trabajo ilustrarla y corregirla, á fin de que así ilustrada y corregida, no venga á ser entre nosotros la "Opinión popular" la madre legítima de los *Políticos Gringos*.



Tan importante y necesario es el conocimiento exacto del verdadero carácter de la Opinión pública, que creemos prestar de nuestra parte algún servicio á las personas sensatas que nos honran con la lectura de estos escritos, insistiendo todavía en el examen filosófico de este agente poderoso de la prosperidad ó ruina de los pueblos libres. Nuestra intención es recta: queremos únicamente el bien del país, no la humillación de ninguna persona; y la más apetecida recompensa de nuestro pequeño trabajo sería el sincero retorno de una sola inteligencia extraviada, á las sendas luminosas de la verdad, y el de un sólo corazón atormentado al camino de la virtud y justicia sociales.

“La Opinión pública” dice con el juicio que acostumbra Bálmes, es una palabra de que se abusa lastimosamente, sobre todo en tiempo de revoluciones, haciéndola muchas veces consistir en los pareceres y sentimientos de unos pocos que por engaño, pasiones é intereses, sostienen doctrinas y sistemas que están en abierta oposición con el pensamiento y el deseo de la inmensa generalidad de aquellos cuyo nombre se usurpa. Pero no puede negarse que en la realidad existe una verdadera opinión pública, y que no impidiéndolo la violencia, se da á conocer tan á las claras que tomándose, para observarla, el tiempo conveniente, no se la puede equivocar con la gritería y el ruido de las facciones y de los bandos. Entendemos por Opinión pública la de la mayoría de los hombres juiciosos, y que además sean inteligentes en la materia sobre

que se deba formarla. Con la imprenta, al par que se han facilitado medios de fingir la existencia de esta opinión, también se le han proporcionado conductos para mostrarse tal cual es, de manera que alcanzan á encontrarla los hombres que la buscan con sinceridad y buena fé”.

Si el espíritu de observación y buen sentido se encarnasen ó personificasen para hablarnos al oído, no emplearían por cierto otro lenguaje en la enseñanza de tan importantes verdades concernientes á la índole y carácter de la Opinión pública. Estudiemos estas verdades en el siguiente breve análisis del trozo del ilustre publicista que acabamos de transcribir.

Desde luego la Opinión pública parece un elemento necesario de la vida política de los pueblos adultos y libres. Sólo en las sociedades primitivas, exclusivamente dominadas por la fé no ejerce influjo alguno la Opinión, porque no existe; más á proporción que se va debilitando la fé y desenvolviendo la razón, los pareceres y sentimientos diversos de los hombres comienzan á crear insensiblemente el Poder de la Opinión que aspira á las veces, á dominar aún á la misma fé y á la ciencia, las cuales en muchos puntos deben contentarse con simples conjeturas, hipótesis é inducciones de ordinario incompletas; á causa de la esencial limitación del entendimiento humano, combinado con su generosa y constante aspiración á la verdad absoluta. Esto explica por qué hallamos á la Opinión en todas las regiones y zonas distintas del saber

humano. La hallamos en la historia, en la literatura, en la filosofía, en la moral, en la religión, pero sobre todo la hallamos en la política.

La política, como toda ciencia, tiene sus axiomas indemostrables, sus principios incontrovertibles, sus leyes y doctrinas universales, constantes, uniformes: la moral y la religión la iluminan con sus rayos, y le prestan su apoyo y cimiento indestructible, como son indestructibles en el corazón del hombre las ideas y los sentimientos de eterna justicia, equidad, virtud, derecho, deber, caridad, religión, Dios, &^a—En todo esto no cabe opinión alguna, porque los hombres y los pueblos están en posición indisputable de la certeza; y quien temerario se atreve á zapar esos cimientos, se declara por el mismo hecho, enemigo de la sociedad y de los hombres, y sale de la órbita de la razón y de la ciencia, para vagar perdido y solitario en la región tristísima de tenebras perpetuas y desoladoras.

Pero la política no es una ciencia abstracta: es ciencia de pura aplicación, y ella misma se gloria de ser entre todas las ciencias la más positiva. De esto nace que en la esfera de la especulación, no hay acaso otro ramo del humano saber en que abunden más teorías seductoras, más ingeniosas combinaciones, más sueños dorados, más castillos en el aire. Cree ella satisfacer de este modo á su carácter eminentemente práctico; y ocupa á los publicistas, á los literatos, á los poetas, y en general á los hombres menos prácticos,

en buscar lo que nunca hallarán : las soluciones de los problemas más árdulos y difíciles sin tomar para nada en cuenta ni el país en que viven, ni el espíritu dominante, ni costumbres, ni leyes, ni cosa que lo valga. Qué ha de suceder ? Que llevadas esas soluciones inconsultas al terreno de los hechos, la misma política, desengañada de la vanidad de sus esfuerzos, tiene que convertirse en humilde esclava de la *Opinión pública*. Efectivamente es innegable el poder de la opinión en política. Ella descubre los defectos de los códigos y siente la necesidad de su reforma ; ella inspira á los legisladores en los estados absolutos, y hace y deshace de los gobiernos representativos ; ella designa los legisladores y promulga las leyes porque ejerce igual influjo en las cámaras y en los colegios electorales : ella, en fin, domina casi del mismo modo en los imperios que tienen leyes despóticas y en las repúblicas que las tenemos discutidas. Es por tanto un hecho incontrastable la existencia de la Opinión Pública, y su aspiración peligrosa á dominarlo todo.

Decimos *peligrosa*, porque en materias de Opinión, como en todas las cosas humanas, anda siempre mezclado lo verdadero con lo falso, lo malo con lo bueno. Hay opiniones razonables, legítimas, atendibles ; y hay opiniones infundadas, absurdas, despreciables : hay opiniones singulares, aisladas, completamente desacreditadas ; y hay opiniones verdaderamente populares, compactas, uniformes, que son la fiel expresión de un pensamiento común y de unos mismos votos. Na-

ce de aquí la necesidad de un criterio que cada cual debe aplicar en el juicioso discernimiento de tantas opiniones encontradas.

¿Cuál será este criterio? Si comparamos en sí mismas, y prescindiendo de su carácter público ó privado, una opinión con otra, aquella será razonable, legítima y atendible, que está siempre en su lugar, y se pronuncia únicamente sobre los puntos de su competencia; aquella que guardando el medio entre la certeza y la duda, deja á la fé sus dominios, á la moral sus leyes, á la filosofía y á la ciencia sus principios. Por el contrario, aquella opinión es infundada, absurda, despreciable que no contentándose con combatir verdades por todos reconocidas; invade osadamente los dominios de la ciencia y de la fé, y envolviéndose en el manto teatral de un escepticismo cómico, desafía ella sola á todo un pueblo; y para imponerle el respeto á que se cree acreedora, se desata en insulsas declamaciones, en lloriqueos de mujeril sentimentalismo, en arengas frias de entusiasmo impotente y en parodias románticas ó pedantescas, en las que no hay ciencia, ni conciencia, ni sentido común, ni nada.

Comparando ahora dos opiniones en su carácter de públicas ó privadas, preguntamos: cuál será el verdadero criterio para distinguir con seguridad lo que es verdaderamente popular, de lo que está muy lejos de serlo? Balmes resuelve muy satisfactoriamente esta cuestión en pocas palabras del texto que hemos citado. "Entendemos, dice él, por opinión verdaderamente pública, no

la gritería y el ruido de las facciones y de los bandos ; ni la variedad de pareceres y sentimientos de unos pocos que en tiempo de revoluciones sostienen por engaño, por pasión, por interés doctrinas y sistemas que están en abierta oposición con el pensamiento y el deseo de la inmensa generalidad de aquellos cuyo nombre se usurpa : sino el recto sentir de la mayoría de los hombres juiciosos, y que además sean inteligentes en la materia sobre la que se deba formar la misma opinión”.

Qué os parece, lectores benévolos, esta norma? No es eminentemente práctica y fundada en la más sagaz observación de los hombres y de las cosas? Porque, sin ir muy lejos, qué pasa entre nosotros, en estos días, siempre luctuosos, de guerra civil? Oíd lo que se dice, leed lo que se escribe. No, mil veces no : es imposible que lo que hoy se dice, y lo que hoy se escribe por algunos, sea la interpretación fiel del pensamiento y del deseo de la inmensa generalidad de los ecuatorianos. Si así fuese, el Ecuador sería el país más desventurado de la tierra : si así fuese el Ecuador no podría subsistir veinte y cuatro horas. Lo que hoy se dice y lo que hoy se escribe por algunos no es sino gritería y ruido pasajero de facciones y bandos, que, según Balmes y conforme á la razón, nunca pueden formar la opinión pública.

La opinión pública en el Ecuador es el recto sentir de la mayoría, decimos más, de la universalidad de los ecuatorianos juiciosos é inteligentes en las materias opinables. En

lo económico los hombres verdaderamente juiciosos é inteligentes, son todos los propietarios y todos los trabajadores; y cuántos comunistas hay entre los trabajadores y propietarios de la República? Ni uno solo. En lo científico los verdaderamente juiciosos é inteligentes son todos los profesores y todos los alumnos que cultivan las ciencias con esmero, y beben las doctrinas en las fuentes más puras de la humana sabiduría: ¿y cuántos prosélitos del error hay entre los alumnos y profesores de la República? Grave injuria irrogaríamos á nuestros maestros y á nuestros jóvenes, si osáramos afirmar que existe entre ellos una sola inteligencia extraviada. En lo político, los hombres verdaderamente juiciosos é inteligentes son los legisladores, los que muchas veces, en mejores días han merecido la confianza pública para el desempeño de cargos difíciles, los hombres experimentados y sesudos previsores y cuerdos, nobles y desinteresados, que no aspiran sino al bienestar de la Patria, á la moralización de la familia, al perfeccionamiento del individuo: esos únicamente, esos tienen títulos legítimos para ser los directores y los jueces de la opinión pública en materias políticas. Y bien: cuántos de nuestros legisladores y hombres públicos cuenta por suyos la demagogia desenfundada ó el espíritu anárquico ó el socialismo destructor? No nos alucinemos, no hay uno solo. Todos estos legítimos jueces y directores de la opinión pública en el Ecuador saben sentir y sienten rectamente de las cosas; porque son hombres de fé y hombres de cien-

cia; y su ciencia y su fé determinan con precisión los límites más allá de los cuales nunca debe llevarse el dominio de la opinión. Hablen por la prensa estos jueces, estos directores; y el pueblo ecuatoriano conocerá y sabrá quienes y cuantos son los *politicos gringos*. . . . *Rari nantes in gurgite vasto!!!*

Adelante!—Nunca haremos lo que nuestro querido amigo y compañero, Mister William Blayer con las dos primeras cabalgaduras: hincarles las espuelas y tirarles de las riendas; esto es decirles al mismo tiempo *atrás y adelante*, porque esto nos expondría á un *statu quo* humillante y vergonzoso, ó á una caída justamente merecedora de las carcajadas y silbidos de muchachos imprudentes y crueles. Quisiéramos ser como esos gallardos y diestros jinetes que en las abiertas llanuras del Chimborazo, y en presencia de sus queriditas, hacen y deshacen de sus briosos yungas, los vuelven y revuelven á derecha é izquierda; y cuando ya impacientes sacuden la cabeza y tascan el freno espumoso, les dan la última sentada hacia *atrás*, para dispararse como una exhalación hacia *adelante* y beber esos huracanes bramadores, aliento poderoso del Rey de los Andes. Si: quisiéramos ser buenos jinetes para ir tirando patas arriba á todo gringo que se atreva á salirnos al paso en nuestra airosa carrera. Mas ya que no lo somos; volvamos á nuestro andarcito. . . . *paso que dure, y no trote que cance.*

Varias cositas sabemos ya de la "Reina del

mundo”, de la Señora madre de los políticos gringos. La conocemos en su persona exterior; y hemos dicho no poco de su alma y espíritu, cuando hemos estudiado el carácter é índole de la *Opinión*, filosóficamente considerada; pero aún nos falta lo más digno de consideración. Es un principio trivial que *en la unión está la fuerza*: bastaría para convencernos de ello el mismo poder de la Opinión Pública cuyo secreto no consiste sino en la suma, conjunto ó *unión* de los pareceres y sentimientos individuales. Realmente es cosa imposible atajar el torrente ó desafiar la fuerza de una opinión común. No hay Krup, ni Remington, no hay maquiavelismos ni diplomacias capaces de humillar á la Reina del mundo. Podrá en combates parciales retirarse y aún ser vencida, mas á la postre acabará por sobreponerse á sus temerarios enemigos y restablecer sobre su ruina el trono de su imperio. Pero observad un fenómeno muy frecuente en la historia de los pueblos libres, el cual hace de esa misma opinión ya triunfante un peligro gravemente amenazador á la paz y ventura de las naciones. Acaece más de una vez que la opinión victoriosa, como olvidada del secreto de su naturaleza, emprende luego la tarea de dividir los ánimos de sus prosélitos para perpetuar su reinado; como si el programa único de su gobierno fuese este: *divide et impera, separa y reinarás*: y esta conducta, verdaderamente inexplicable, de la Reina del mundo acaba por confirmar esta terrible paradoja: *la concordia de unos mismos pareceres y sentimien-*

tos es la discordia del entendimiento y voluntad sociales. Un modesto poeta frances, autor de una comedia moderna, Mr. Laville, lo observa muy juiciosamente en el siguiente verso:

Les gens du même avis ne sont jamais d'accord.

Jamás están acordes

En un mismo sentir hombres concordés.

No sería menester declarar *cómo* esto se verifica, si la sola observación de las cosas bastara no á convencernos de que *así* sucede, muy especialmente en política: más como por desgracia los hombres en épocas turbulentas somos muy poco reflexivos, y nos dejamos arrebatar casi de un modo inconsciente del torbellino de los públicos acontecimientos; parécenos un deber sagrado de todos los que ocupan la prensa para dirigir la opinión pública, llamar la atención de los lectores hácia estos fenómenos del mundo moral y psicológico, que cuando pasan desadvertidos, comprometen sériamente los más altos intereses sociales, y extienden en la tierra el funesto imperio de las aberraciones humanas.

Veamos, pues, *cómo* se verifica en política el pensamiento del poeta frances. Salta desde luego á los ojos que una opinión popular cualquiera, considerada en cada uno de los individuos que la forman, no es, ni puede ser sino un estímulo de la acción individual para concurrir con la acción social, ahora al remedio de algún grave mal que aqueja á un pueblo, ahora á la conquista gloriosa de un bien que le hace falta. ¿Pesa sobre un pueblo republicano el despotismo de

un soldado imbécil, ó la Dictadura oprobiosa de una ambición y codicia insaciables? Alzase imponente la "Reina del mundo", es decir, la Opinión popular; y con estos gritos: abajo el despotismo! abajo la dictadura! se insinuará en el ánimo de cada uno de los hijos de la patria, quienes responderán á su llamamiento y le dirán: aquí estamos, qué mandáis? En este caso cualquiera ve que la Opinión considerada en la mente y en el corazón de cada individuo no es, ni debe ser, sino el estímulo de su acción individual para concurrir con la acción social al remedio de esos males. Pero no se concibe acción social sin una autoridad que es el lazo común de las inteligencias y de las voluntades: luego es forzoso que la Opinión popular, considerada en los individuos, someta á todos ellos al influjo de la autoridad de quien depende el movimiento general de los pueblos hácia el bien propuesto. Mientras la Opinión popular conserva este carácter, la Opinión popular es salvadora, la Opinión popular es plausible y merece todos nuestros respetos y consideraciones.

Mas como de todo abusamos por desgracia los hombres, acaece con mucha frecuencia, y estamos observándolo diariamente entre nosotros mismos, que sin advertirlo aún los individuos bien intencionados, desnaturalizase el verdadero carácter de la Opinión, y de simple estímulo de acción individual para concurrir con la acción social al remedio de los males que se deploran, esfuérganse todos y cada uno en convertirla en acción social, ó

en lo que era su principio, es decir, en la misma autoridad. Cada uno dice: "yo opino como todos, luego yo debo mandar; yo opino como todos; luego mi parecer debe ser preferido al de todos los demás: yo también grité, aunque desde mi retrete, *abajo la dictadura, abajo el despotismo*; luego yo tengo derecho para dirigir desde mi retrete la campaña de Guayaquil, como Dios me de á entender; y los jefes y oficiales y tropas que están allá son dignas de las más amargas censuras, porque no hacen lo que á mí me parece; porque no emprenden éstos y aquellos movimientos que yo desde Ambato, ó desde Quito juzgo los más acertados para rematar la victoria". Quién no vé en este caso que si cada ciudadano piensa así, la opinión popular, que era en un principio lazo de unión y principio de fuerza, viene insensiblemente á convertirse en el más poderoso agente de las discordias? Y como esto acontece muy de ordinario, nadie podrá negar con cuanta verdad dijo Mr. Laville:

Les gens du même avis ne sont jamais d'accord.

Desnaturalízase también la opinión popular de otro modo, y con el mismo fatal resultado, siempre que en una sociedad los individuos y los bandos interpretan á su placer el *lema* primitivo que escribió en su bandera la "Reina del mundo". En efecto, ¿cómo hace esta sus conquistas en el seno de sociedades pacíficas bien ó mal gobernadas? Preséntase un día á los ojos de las turbas, tremola un estandarte y suelta al viento un lienzo en

que ha escrito en letras de oro una palabra que condensa un pensamiento, una aspiración, un voto capaz de excitar hasta el delirio la imaginación y de encender hasta el heroísmo el entusiasmo de un pueblo entero. Esa palabra es el lema, y ese lema en aquellas circunstancias tiene, á pesar de toda su abstracción, un sentido muy preciso, muy determinado y muy inteligible que todos comprenden fácilmente, y todos hallan muy conforme con el pensamiento dominante de aquella época dada. En esta virtud corren todos á porfía y agrúpanse en torno de aquel estandarte, ofreciendo á la Reina del mundo sus bienes, sus vidas, hasta coronar con feliz éxito las más árduas empresas. Hasta aquí el pueblo es un solo corazón, una alma sola; y si el lema es justo y legítimo, justa y legítimamente triunfa la Reina del mundo. Mas he aquí que al otro día de la primera victoria, cuando todos alegres celebran el triunfo de la Opinión, cobijados con la sombra del pabellon glorioso; vienen tambien sin ser llamados, unos cuantos hombres funestos, unos cuantos políticos gringos, que leyendo en el lema un termino abstracto, apodéranse de él y sorprenden á la multitud con mil variadas, caprichosas y peligrosísimas interpretaciones de aquel lema, las cuales halagando ya á ésta, ya á aquella pasión, desgarran á un pueblo en mil y mil facciones y bandos, cada uno de los que pretende representar la verdadera opinión pública, con el solo hecho de invocar el lema de que se adueñaron.

En confirmación de esta veerdad acerca de

la múltiple interpretación que así los individuos como los partidos políticos suelen dar á un mismo lema, queremos ofrecer hoy á nuestros benévololectores algunas pruebas de hecho que atestiguan esta verdad. Registrad la historia de ese gran pueblo que parece haber recibido el cargo providencial de popularizar las ideas y conducir de frente los ejércitos de la "Reina del mundo". Comprendéis que hablamos de la Francia. Pues bien, ya desde el siglo XV la inconsideración de los poderes establecidos había inspirado á los franceses un pensamiento universal de reformas puramente políticas. Al principio este pensamiento no podía representar la opinión pública: mas en el siglo XVII se insinuó en los animos y se infiltró en todas las capas sociales el *espíritu de igualdad*, sostenido por el orgullo individual; y entonces la Reina del mundo levantó su Bandera, despues de haber en ella escrito como lema la palabra *Igualdad*. Saludáronla todos llenos de entusiasmo y protestaron contra las clases sociales, injusta ó exageradamente privilegiadas. En este sentido el lema de la opinión pública expresaba una aspiración generosa y legítima de un pueblo culto, y la opinión misma era razonable y plausible. Mas vinieron los *políticos gringos*, leyeron la palabra *Igualdad*; término abstracto, y la tradujeron por el *odio sistemático* á toda superioridad establecida, y por la facultad de elevarse ellos solos sobre todos sus semejantes, sin más títulos ni merecimientos que los de haber gritado con más fuerza que nadie; *Viva la Igual-*

dad! Y en nombre de la igualdad vinieron los regicidas, y mataron al Rey; y en nombre de la Igualdad vinieron los imperialistas y sostuvieron á Napoleón I; y en nombre de la Igualdad derribaron á Napoleón para restablecer á Luis XVIII, y derrocarlo luego en nombre de la misma Igualdad. Entre tanto otros enemigos de la sociedad, y del hombre, y de la Iglesia, y de Dios continuaban interpretando á su modo el mismo lema, y dijeron unos: si todos somos *iguales* no ha de haber *pobres* y *ricos*; ved ahí el comunismo. Dijeron otros, si todos somos *iguales*, lo mismo es el moro que el cristiano, el budista que el griego cismático, el judío que el católico, el incrédulo, el impió, el blasfemo que el creyente, el piadoso y el adorador humilde de la Divinidad: ved ahí el indiferentismo. El genio del mal iba adelante, y dijeron muchos: si todos somos iguales, el hombre es Dios; ved ahí el racionalismo y el panteísmo. Y como la pendiente del mal es muy resbaladiza, no faltó quien después de haber igualado los panteístas al hombre con Dios, tratase también de igualar al hombre con el orangutan: testigo Darwin. Quién pensara que una sola palabra, un breve lema de la Reina del mundo fuese capaz de dividir hasta el infinito los sentimientos y pareceres de tantas sectas, de tantas teorías absurdas, de tantos delirios que hoy mismo escandalizan al mundo, y conspiran en la ruina de la nación más grande y más gloriosa de la Europa cristiana!

Si no nos equivocamos, tal ha acontecido

también á nuestras repúblicas hispano-americanas. Y para hablar de casa ¿cuál fué el lema de la opinión popular en Quito, en el año de gracia de 1809, en el nunca olvidado y hasta la saciedad repetido 10 de Agosto? Qué escribió en su bandera el héroe Libertador, cuyo centenario van á celebrar en breve los pueblos agradecidos? Escribió esta palabra: **Independencia**. Y qué significaba en la mente de Bolívar, y de nuestros próceres, y de nuestros mayores esa palabra? Significaba la emancipación de la Metrópoli, la soberanía nacional de estas colonias españolas, el derecho de gobernarnos por nosotros mismos, y una aspiración natural y generosa á la dignidad de pueblos que tuvieran personería política independiente, y fuesen *sui juris*, como otros tantos. ¿Era para esto necesario emprender una guerra titánica contra los Borbones? La emprendieron. Era preciso derramar mucha sangre? La derramaron. Era inevitable aborrecer por entonces á los godos? Los aborrecieron. Todo esto hizo la opinión popular con el lema de su bandera *concreta y muy perfectamente interpretado*. Recórrase la historia de nuestro respectable Dr. D. Pedro Fermín Cevallos, y se verá que las primeras banderillas, atribuidas al Dr. Espejo, y clavadas en varias esquinas de Quito no decían sino SALVA CRUCE, LIBERTATEM CONSEQUITO! SALVA CRUCE, LIBER ESTO! Tradúzcanlo nuestros *gringos*, que sin duda saben más latin que todos nuestros mayores juntos, quienes ciertamente, entendieron el lema de esas banderillas. Aún más:

nuestros padres proclamando la independencia y libertad políticas, decían : Abajo Napoleón, abajo la junta de Sevilla, viva Fernando VII ! Luego para nuestros próceres la Independencia y la Libertad respetaba el Evangelio con su Cruz, el Evangelio con sus dogmas y con su moral, el Evangelio con su Iglesia, con sus tradiciones, con su gerarquía, con sus persecuciones, con sus combates, con sus triunfos, con sus glorias. Luego nuestros padres Bolivar, Sucre, Salinas, Ascáubi, Quiroga, &ª &ª no fueron *demagogos*, ni demolidores del edificio social, ni patrocinadores del crimen, ni aborrecedores de la virtud, ni enemigos eternos de todo poder constituido, ni perpetuos conspiradores y revolvedores del orden público. Luego si ellos proclamaron la Independencia y vertieron su sangre por conquistarnos libertad y soberanía nacional, no fué por cierto para legarnos en ellas un don funesto que hubiese de condenarnos con su abuso, á una anarquía permanente y á una guerra á muerte entre *todo gobierno* y el pueblo ; guerra cuyos efectos no pueden ser otros que esas constantes alternativas de despotismo y furioses democráticos que cada día alejan más y más toda esperanza de una organización sólida y juiciosa. Porque, desengañémonos, el instinto de propia conservación en las sociedades, como en todas las cosas, es más eficaz y poderoso que todas las utopias ; y cuando una sociedad ve amenazada su existencia por el bárbaro martillo de la demagogía, la sociedad de suyo le opone un déspota, y tal vez un

tirano; ó bien la Providencia le envía un Conquistador para humillación y escarmiento de pueblos altivos y excesivamente orgullosos y corrompidos. De este modo se verifica que los verdaderos fautores de todos los despotismos y tiranías, los verdaderos destruidores de la soberanía nacional de la Patria, son precisamente esos hombres funestos que interpretando á su placer y según los caprichos de pasiones indómitas los lemas en su principio gloriosos de la opinión pública, introducen la división de los ánimos, extravían las ideas de los pueblos y corrompen la moralidad en sus más fecundos gérmenes.

Cuántos de estos hombres funestísimos no cuenta la América española desde la época de nuestra independendia! Cuántos de estos hombres funestos no acibararon la existencia del inmortal Bolivar, hasta arrancar de sus labios moribundos palabras fatídicas que pesan sobre los pueblos por él redimidos, como la maldición de un padre indignado sobre su desventurada descendencia! Lo peor es que estos mismos hombres funestos, esos políticos gringos, añadiendo en su ceguedad á la ingratitud el sarcasmo, atrévense á proclamarse ellos los *únicos* herederos del espíritu del Libertador; ellos los *únicos* continuadores de la obra comenzada, ellos los *padres* de la Patria!!!

Sombras gloriosas de Bolivar y de Sucre, salid de vuestras tumbas, venid á hacer justicia! Ah! ya os vemos, Bolivar, padre inmortal de un nuevo continente, conmoveros al

grito de aplauso sempiterno con que los pueblos agradecidos vuelven su vista al sarcófago que encierra vuestras cenizas venerandas! Ah! ya os vemos: dirigiendo estais una mirada á la América del Norte, y otra á la América Meridional; y entrambos héroes, estrechando sus diestras y cubriéndose de vergüenza la faz llorosa con la siniestra, al contemplar nuestros extravíos, repetís airados las palabras de Régulo:

..... O pudor!

O magna Chartago, probrosis
Altior Italiae ruinis!

E. P. y V.

